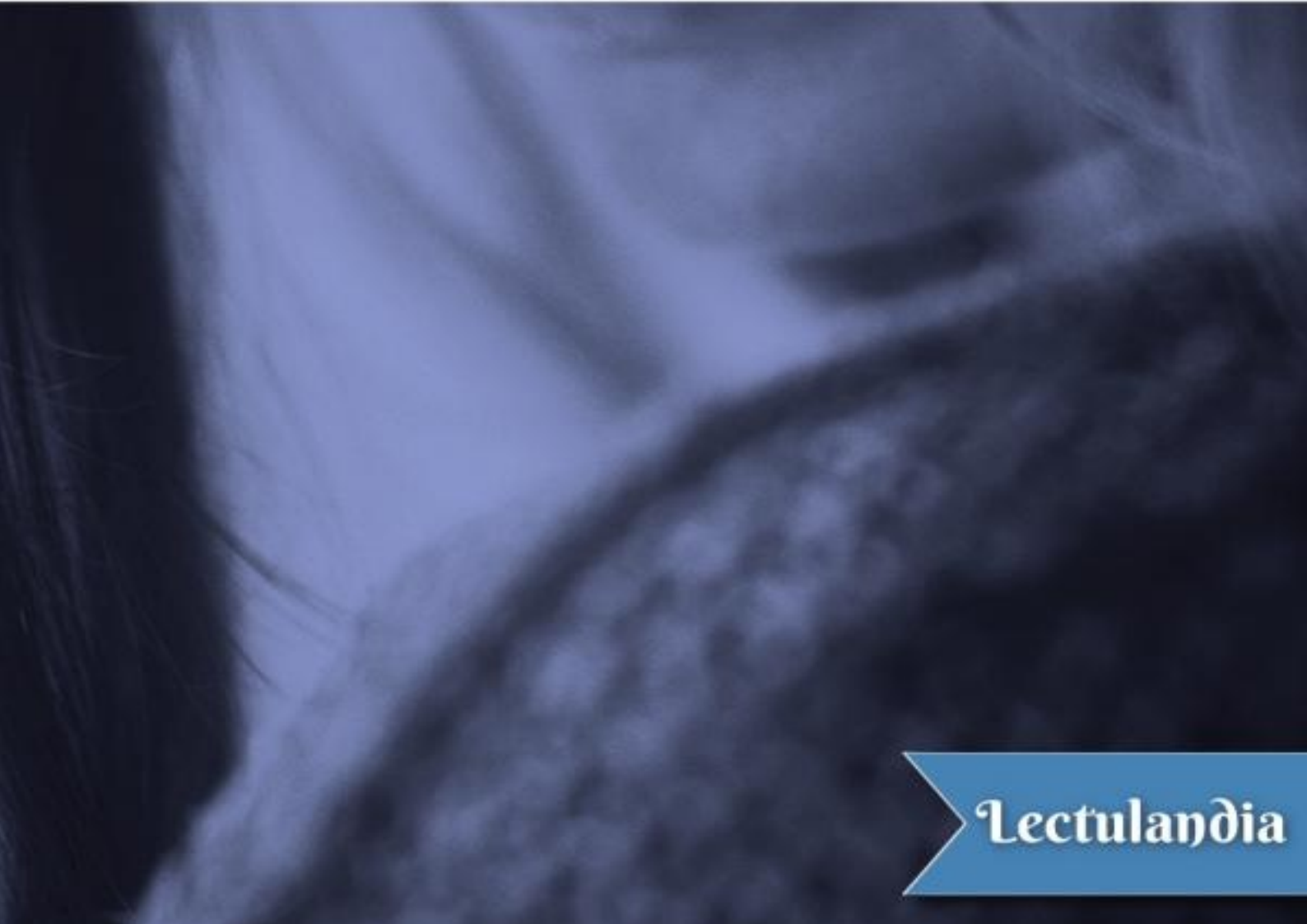




Christopher R. Beha

Qué fue de Sophie Wilder

Traducción de Damià Alou



Lectulandia

Charlie Blakeman vive en Washington Square, Nueva York, ha publicado una novela que ha pasado sin pena ni gloria y, aunque se supone que está escribiendo otra, dedica su tiempo a trasnochar con aspirantes a artistas en el apartamento que comparte con su primo.

Un día se reencuentra por casualidad con Sophie Wilder, su novia de la universidad con la que rompió diez años antes y a la que no ve desde entonces. Sophie le empieza a contar cómo ha sido su vida desde que se separaron: el inicio de su carrera literaria, su matrimonio y también la temporada que pasó cuidando de un enfermo moribundo. Cuando Sophie vuelve a desaparecer, Charlie querrá saber qué fue de Sophie Wilder.

Publicada recientemente en EE. UU. con gran éxito de crítica, *Qué fue de Sophie Wilder* es una novela clásica en el mejor sentido de la palabra: una novela inteligente, conmovedora y bien armada que aborda algunos de los grandes temas de la literatura como la amistad, el amor o la fe.

Lectulandia

Christopher R. Beha

Qué fue de Sophie Wilder

ePub r1.0

dacordase 21.12.14

Título original: *What Happened to Sophie Wilder*
Christopher R. Beha, 2012
Traducción: Damián Alou

Editor digital: dacordase
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

Cuando escribas mi epitafio, debes decir que fui la persona más solitaria que existió.

ELIZABETH BISHOP, en una carta a Robert Lowell

Si no crees en Dios, ¿cómo creer en un pinche libro?

ROBERTO BOLAÑO, 2666

PRIMERA PARTE

Las estrellas en lo alto

Antes de instalarme en la Casa Parroquial, vivía en una vieja casa adosada, al lado norte de Washington Square, donde mi primo Max y yo le alquilábamos unas habitaciones a un alemán de mediana edad llamado Gerhard Gottlieb, que era tío de una antigua novia de Max. Nunca estuve del todo seguro de a qué se dedicaba Gerhard, pero normalmente estaba fuera del país, y en su ausencia nos dejaba a cargo de la casa, siempre y cuando le paseáramos al perro, un bóxer de pura raza llamado *Ginger*, y diéramos de comer a los peces tropicales de su enorme acuario victoriano. Max y yo éramos los únicos que pagábamos alquiler, pero a menudo había dos o tres personas más que se alojaban en el piso vacío de arriba. Todos nos dedicábamos al «arte», como nos gustaba decir con una ironía profunda, aunque no dirigida a nadie en particular, y eso era lo que nos daba libertad para sacar a *Ginger* durante el día y pasar la noche divirtiéndonos en esa vieja casa, bebiendo bourbon y fumando esos porros finos y elegantes que todos liábamos con tanta facilidad.

Max era crítico de cine en un semanario local. Las películas no le gustaban mucho, al menos no las que se veía obligado a reseñar, pero era de la firme opinión de que un crítico incapaz de participar en la conversación —y en cierto momento de la noche podíamos utilizar esos términos en serio— no era crítico ni era nada. El artista era libre para trabajar en soledad, incluso para cultivarla. Pero el crítico era alguien que tenía que explicarse. Su trabajo se basaba en el público, y el público iba al cine. Y eso decía Max durante aquellas veladas, cuando un juez invisible nos invitaba a defender la manera en que pasábamos los días.

Cuando hablaba de cultivar la soledad, se refería a mí. Y era cierto que nadie había leído mi novela cuando salió, unos meses antes. Pero no en virtud de ninguna estratagema estética. A mí me habría encantado tener público. Mi editor me la había pagado bien y había arrimado el hombro, como suele decirse, para promocionarla. Habían aparecido reseñas donde uno espera que aparezcan, y algunas habían sido buenas. Max y yo compartíamos el mismo apellido —nuestros padres eran hermanos, o lo eran al menos mientras el mío vivió—, y durante una breve época corrió la especie, originada por el propio Max, de que los Blakeman representaban un nuevo momento cultural. Todo eso terminó después de que mi libro se sumiera silenciosamente en el anonimato. Fuera del mundo de los blogs malintencionados nadie tenía ni idea de quiénes éramos. En secreto, Max me culpaba por ello, aunque lo cierto es que la gente simplemente estaba cansada de los jóvenes blancos

neoyorquinos acomodados. Yo no podía culparlos; yo también estaba harto de nosotros.

A pesar de toda esa decepción, el dinero había sido real, y Gerhard apenas nos cobraba alquiler, de manera que no necesitaba mucho para ir tirando. Podía vivir de mi anticipo mientras pensaba qué iba a hacer. Comprendí que, fuera lo que fuera, no debía esperar gran cosa. Había tenido mi gran oportunidad —más de lo que muchos consiguen— y ahora me las tenía que arreglar por mi cuenta.

Mientras tanto, pasábamos largas horas en aquella casa, hablando de los Grandes Gestos, de si hoy en día existían y en qué podían consistir. Deseábamos tanto creer que todavía era posible vivir de las ideas, excepto cuando deseábamos con todas nuestras fuerzas creer que ya no era posible, pues entonces el fracaso, cuando lo consiguiéramos, ya no sería nuestro, ni provocado por la falta de disciplina o talento, ni por el hecho de que en el fondo no deseábamos las cosas con tanto empeño como pensábamos.

Lo cierto era que estábamos llegando rápidamente —y probablemente ya habíamos llegado— a esa edad en que ya no tiene sentido hablar de «promesa». Fue más o menos en esa época cuando le comenté a Max que, consiguiéramos lo que consiguiéramos, ya nadie diría: «Es tan joven...». Habíamos dejado atrás la precocidad.

—Después de los veintiocho —dije con tristeza—, se te juzga por tus propios méritos.

—A no ser que mueras —me corrigió Max—. Entonces todos dicen: «Era tan joven...».

Todo esto pretende ser una explicación sincera de cómo estaban las cosas para mí la noche de principios de otoño en que volví a casa de una cena y me encontré una concurrida fiesta y a Sophie Wilder sentada en la butaca de cuero medio hundida cerca del acuario, en la otra punta de la sala de Gerhard.

Había pensado mucho en Sophie —durante mucho tiempo ha sido alguien en quien he pensado—, así que enseguida tuve la sensación, una sensación de la que no conseguí desembarazarme durante todo lo que ocurrió a continuación, de que yo la había convocado. Lo único que yo sabía era que Sophie se había ido de Nueva York después de su ruptura con Tom, y que ahora estaba aquí. Cuando me enteré de que su matrimonio había acabado, quise ponerme en contacto con ella, pero no estaba seguro de cómo abordarlo. Luego me enteré de que se había ido de la ciudad. Se especulaba acerca de su paradero. Estaba en una comunidad de escritores, no Yaddo ni MacDowell, sino una de esas poco conocidas del oeste. Había trabajado para una ONG en África. Vivía en un convento cerca de su residencia familiar de Connecticut.

A pesar de todo, le encontré cierta lógica a que en aquel momento estuviera sentada en el sofá de Gerhard. No experimenté ninguna sorpresa al cruzar ese espacio

vacío que ocupaba casi toda la primera planta de la casa, solo un temblor de satisfacción y la conciencia de la elegancia narrativa del hecho. Lo que se suponía que tenía que ocurrir había ocurrido.

—Charlie —me llamó, y vino como flotando hacia mí. Tenía el pelo negro y se lo había dejado crecer, lo que suavizaba un poco el contorno generalmente anguloso de su pálida cara. Por lo demás, seguía siendo la misma chica que yo había conocido. Se inclinó hacia delante y me besó en la mejilla.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

Dio un paso hacia atrás y dejó la mano izquierda posada con descuido en mi clavícula, como si la hubiera olvidado allí y pensara en la pregunta. Era un detalle de ella que solo entonces recordé: su costumbre de tomarse en serio todo lo que yo decía, incluso las conversaciones sin importancia, de manera que, cuando estaba en su compañía, siempre quería dar lo mejor de mí. También recordé que esa costumbre a veces resultaba asfixiante, igual que cuando constantemente tienes que dar lo mejor de ti.

—Qué casualidad —dijo, como si la hubieran pillado haciendo algo malo—. He venido a la ciudad a pasar el día, a visitar algunas galerías de arte, y me encuentro con tu primo por la calle.

En ese momento Max salió de la cocina con dos copas en la mano y un cigarrillo sin encender en la comisura del labio. Sophie apartó la mano de mi hombro y se la llevó a la cara, en un gesto casi protector, y me dije: *Sí, Max*. Otra cosa de ella que casi había olvidado.

Al principio, fue solo el nombre. Diez de nosotros habíamos sido admitidos en el taller de Introducción a la Narrativa durante mi primer semestre en New Hampton, una pequeña facultad de humanidades en el centro de Nueva Jersey, pero solo nueve nos presentamos a la primera clase. Nuestro profesor, un novelista casi famoso, fue pasando lista por orden alfabético, y acabó con Sophie Wilder. Nadie contestó. A la semana siguiente, seguía sin aparecer, y aquello comenzó a intrigarnos.

New Hampton, por lo demás una facultad de escaso renombre, era conocida por los novelistas y poetas que había convocado para dar clases, y muchos aspirantes rechazaban facultades más prestigiosas para estudiar con ellos. Después de matricularte, tenías que entregar una segunda solicitud para el programa de escritura, de manera que un estudiante que hubiera acudido a New Hampton con la única intención de participar en esos talleres podía quedarse fuera. A los que pasamos el corte, se nos hacía difícil imaginar que alguien hubiera sido aceptado y no se presentara.

A la tercera semana, apareció.

Aun cuando no se hubiera saltado las dos primeras clases, me habría llamado la atención. Quiero decir que parecía más adulta que los demás, con más experiencia,

aunque eso no es del todo exacto. De hecho, se la veía incomodísima, como si estuviera allí en contra de su voluntad. Cualquiera habría dicho que era una persona tímida o poco preparada, pero cuando el profesor formulaba una pregunta, ella contestaba de manera meticulosa, expresándose muy bien. Tenía opiniones meditadas sobre todas las obras que comentamos esa semana, pero no las habría expresado si no se la hubiera obligado a participar. A medida que transcurría el semestre, se la veía cada vez más cómoda, pero su actitud siguió invariable: nunca comentaba nada de manera voluntaria, pero siempre tenía algo que decir.

Los demás hablábamos todo lo que podíamos, casi siempre para impresionar al profesor, aunque eso no nos sirvió de mucho. Sophie era la única a quien se tomaba en serio. Fuera cual fuera el motivo de su ausencia en las primeras semanas, no se lo echó en cara. A medida que transcurrían las semanas, le insistía más y más para que dijera lo que pensaba, y a menudo le daba la última palabra sobre nuestro trabajo. Por este motivo, era difícil no estar molesto con ella, aunque ella no hacía nada para que el profesor la tratara así, y tampoco parecía que ese tratamiento le produjera ninguna satisfacción.

El segundo mes del semestre le tocó a Sophie presentar su trabajo, y nos repartió un relato de setenta y cinco páginas. Otra cosa que nos molestó. No que fuera capaz de escribir algo tan largo —aunque eso también; pocos de nosotros éramos capaces de crear una narración de más de diez páginas—, sino que nos obligara a leerlo. Sus reflexivas respuestas a lo largo del semestre ahora parecían pensadas para justificar esa imposición. Y desde luego que la justificaron: después de toda la atención que nos había dedicado, habría resultado bochornoso presentarse en clase sin una respuesta adecuada a ese fajo de papeles, en realidad una novela corta, demasiado gruesa para poder graparla o sujetarla con un clip normal.

El día antes del taller semanal, yo estaba en el patio que había cerca de mi colegio mayor, fumando Parliaments y leyendo esas páginas. Era una especie de cuento gótico acerca de un chico y una chica —eran hermanos, aunque eso no llegaba a decirse abiertamente— que vivían por sus propios medios en una enorme mansión vacía en medio del bosque. En ningún momento se mencionaba a los padres, y su ausencia nunca se explicaba. En mitad del relato, una manada de animales salvajes rodea la casa, impidiendo que los hermanos fuesen a buscar comida al bosque. Los animales se pasan la noche aullando, con lo que ni el chico ni la chica pueden dormir. Pasan los días, la despensa está vacía, y los dos hermanos, agotados, flaquean. Al final, el chico baja sin ninguna explicación al sótano, donde encuentra una escopeta y munición. Se da a entender que la escopeta es una especie de herencia que el muchacho no ha querido utilizar hasta entonces. Pero ahora no tiene elección. El muchacho saca la escopeta y, a lo largo de diez páginas, dispara y mata a todos los animales. Luego sube a su dormitorio. Mientras él duerme, la chica cava una fosa en la que entierra a los muertos. Cuando ha terminado, se lava lentamente, de una manera ceremonial, antes de encaminarse a la habitación que comparte con el chico.

Permanece de pie a su lado, contemplando cómo duerme. El chico ha dejado la escopeta —que ahora es *su* escopeta— apoyada contra el marco de la puerta. Ella la coge y dispara contra el chico. A continuación se acurruca junto a él y cierra los ojos.

Al día siguiente, en clase, contemplé a la autora de esa extraña historia y descubrí que era hermosa. Ese hecho se había ido revelando lentamente, porque, a pesar de su belleza, Sophie no era exactamente guapa. Me dije que encontrarla tan atractiva indicaba una suerte de refinamiento por mi parte, como si fuera capaz de apreciar algún relato discretamente elegante que aburriese al resto de la clase. Nadie la habría calificado de «bombón», que era como se llamaba universalmente en el campus a las chicas deseables. Pero a su lado los bombones parecían horteras: llevaba el pelo moreno y corto estilo chico, tenía la piel pálida —a excepción de algunas pecas—, y unos pómulos salientes que, a pesar de su plenitud, parecían luchar bajo el peso de los ojos. Sophie tenía la nariz larga y afilada, y sospecho que ese rasgo fue lo que al principio me ocultó su belleza, aunque, una vez descubierto su esplendor, fue una de sus claves. La luz de octubre tenía aún la claridad del verano, pero se iba apagando lentamente, y Sophie llevaba un grueso jersey azul de punto de ochos, pasado de moda y demasiado grande, de esos que un padre le da a una niña cuando los dos se ven sorprendidos por el frío. Tenía las mangas arremangadas por encima del codo, y ambos antebrazos estaban forrados de anchos brazaletes de madera de todos los tonos del gris y el verde.

Durante la media hora que pasamos comentando su obra mantuvo los ojos clavados en la mesa que tenía delante. Casi inmediatamente quedó claro que todos estábamos impresionados, pero ella parecía impaciente por que la discusión terminara. Intenté formular, tal como habría hecho ella, unos comentarios meticulosamente pensados, pero perdí el hilo mientras la contemplaba retorcerse en la otra punta del aula. Cuando me recuperé, me di cuenta de que farfullaba sin sentido, y el resto de la clase parecía casi tan avergonzado como ella. Mi voz se fue apagando y nuestro profesor dijo unas palabras de conclusión antes de marcharnos.

Sophie se me acercó mientras yo cruzaba las pocas manzanas que separaban el Centro de Bellas Artes del resto del campus, y me siguió de cerca en silencio mientras mi vergüenza se acrecentaba. Ya no parecía nerviosa ni incómoda, solo un poco irritada, aunque era ella la que me había abordado.

—Soy Sophie —dijo por fin, sin que yo le hubiera dado pie, como si se le acabara de ocurrir que podíamos charlar mientras caminábamos.

—Charlie —contesté.

—Eres de Nueva York.

No fue tanto una pregunta como una afirmación, y no dirigida exactamente a mí, como si me relatara mi propia historia mientras yo escuchaba. El primer día de clase habíamos dicho en qué ciudad habíamos nacido, pero ella no estaba, de manera que no sabía dónde lo había averiguado.

—¿Te gustó criarte en Nueva York?

—Me alegro de estar aquí ahora —dije.

Mi padre había pasado enfermo mis años de secundaria, y murió pocos meses antes de que comenzara la universidad. Me sentía culpable por haber dejado sola a mi madre, aunque tampoco concebía quedarme con ella. Llevaba siendo infeliz desde mucho antes de que tuviera para ello un motivo que yo pudiera comprender, y después de la muerte de mi padre su mudo sufrimiento llenaba el ambiente de nuestro apartamento, de su vida.

—¿Te gustan los Beats?

Eso también lo había oído en clase, cuando se nos había preguntado cuáles eran nuestras «influencias». Unos años antes, más o menos en la época en que mi padre se puso enfermo, Max me había regalado su ejemplar de *Los vagabundos del Dharma*, y yo me había arrojado a los brazos de Kerouac, Ginsberg, Burroughs e incluso de Gary Snyder, Lucien Carr y Gregory Corso; me habían proporcionado un gran consuelo, pues me mostraban la vida que yo podría llevar algún día, cuando ser huérfano resultara un estado existencial a partir del cual crear una gran obra y no solo otro tipo de pérdida.

—Burroughs es bastante bueno —añadió Sophie, haciendo una concesión que yo no le había pedido—. Casi todo el resto es una mierda.

Esperaba una respuesta, pero yo no tenía ninguna, así que continuó.

—No tienen ningún control, ningún sentido de la forma. Idealizan sus métodos, como si debiéramos leer *cómo* escriben en lugar de *lo que* escriben. Al final todo resulta sentimental, como una conversación con un borracho baboso.

Yo no conocía a nadie —desde luego no de nuestra edad— que hablara así de los libros. Ella hacía que ese tipo de conversación pareciera una de las cosas más emocionantes de nuestra nueva vida de casi adultos, como poder pasar los días y las noches como nos diera la gana.

Sonrió, esperando que yo saliera en defensa de esos escritores que supuestamente admiraba. Pero la autoridad de su tono me desarmó. Para ser sincero, en aquella época no había leído mucho, aunque en mi casa los libros siempre habían sido muy apreciados y desde joven yo había dicho que quería escribir. Casi todo lo que leía era lo que Max me decía que leyera, pues él era un año mayor y sus gustos resultaban irreprochables.

—Entiendo a qué te refieres —dije, un comienzo bastante flojo, aunque era verdad. En cuanto hubo pronunciado su veredicto sobre los libros con los que yo había pasado los tres o cuatro últimos años comprendí que era justo. Pero que le diera la razón la decepcionó. Esperaba una defensa. Se tardaba mucho en comprender este rasgo de Sophie: ella no quería sumisión; quería una lucha de igual a igual. No le importaba ganar o perder.

—¿Y a ti quién te gusta? —pregunté.

—Nabokov.

—¿*Lolita*?

Yo había comenzado el libro un año antes, de nuevo por recomendación de Max, y había esperado algo en consonancia con las otras novelas que me había pasado. Lo había dejado al ver que su elegancia no se volvía escabrosa, y no lo había vuelto a coger.

—Claro —dijo—. Pero me gusta más *Pálido fuego*. Y *Ada*. Y también algunas de sus primeras novelas rusas, como *La defensa*. Pasé casi todo el año pasado leyendo a Proust, que puso en sus libros tanto de su vida como Kerouac. Pero él creía en el oficio.

Habría sido difícil aceptar eso de otra persona, pero estaba claro que ella no estaba presumiendo.

—Da la impresión de que prefieres la leyenda de la habitación forrada de corcho a la leyenda del rollo de papel en la máquina de escribir y la Benezdrina.

Soltó una risita, pero fue una risa sincera.

No dijimos gran cosa más durante el resto del paseo. Le pregunté adónde iba y descubrí que vivíamos en el mismo edificio, aunque hasta entonces no la había visto por allí. Entonces experimenté por primera vez ese sentimiento de falta de sorpresa que regresó cuando me la encontré en el sofá de Gerhard, como si quienquiera que estuviera escribiendo la historia de nuestra vida hubiera procurado mantenernos cerca el uno del otro, para devolvernos al relato del otro, aun cuando las fuerzas de la convención y la verosimilitud se opusieran a ello. Sacó una cajetilla de cigarrillos de su bolso y me ofreció uno. Mientras caminábamos y fumábamos, de vez en cuando nos tropezábamos con alguien que conocíamos. Uno de los dos se paraba a charlar y el otro esperaba, y así dejamos de ser dos personas que se habían encontrado por casualidad al salir de clase y nos convertimos en dos personas que iban juntas a alguna parte. Si pudiera ser ahora una sola cosa, sería esta: alguien que va a alguna parte con Sophie Wilder.

La fiesta que se celebraba aquella noche en casa de Gerhard no obedecía a razón alguna —en aquella época a menudo celebrábamos algo, y rara vez había motivo—, pero se había reunido un nutrido grupo de gente. Sophie, Max y yo nos quedamos un momento entre ellos, mirándonos, junto al acuario de Gerhard. Max le dio las copas a Sophie, para poder encenderse el cigarrillo. A continuación volvió a coger un vaso y lo hizo chocar con el de ella.

Que yo supiera, Sophie no había bebido en años, desde que se dedicaba al matrimonio y a Dios. Pero a lo mejor ahora que se había separado de Tom todo aquello había terminado ya. En cuanto a Max, él siempre seguía siendo Max —su único cambio consistía en serlo todavía más—, por lo que resultaba natural que contara con que todos siguieran siendo como eran cuando él los había conocido.

Sophie echó un buen trago y se inclinó ligeramente hacia él. Me di cuenta de que los dos estaban borrachos. Le cogí un cigarrillo a Max y me dirigí a la cocina.

Allí había cuatro o cinco personas, a las que nunca había visto, que rodeaban a un tipo alto y delgado más o menos de mi edad que llevaba una pajarita y una camisa de esmoquin con botones de plástico, y unos tejanos negros exageradamente ajustados. Llevaba el bigote —«mis bigotes», casi me parecía oírlo llamarlos así— encerado.

—Así que le pregunté a Wes qué clase de colores pensaba utilizar esta vez — estaba diciendo cuando yo entré—. Le dije que me encantaban las paletas de colores que escogía.

Me abrí paso entre la gente hasta los armarios y el fregadero.

—Tío —me dijo el que llevaba la camisa de esmoquin—. Creo que tenemos que utilizar estos.

Con un dedo tatuado me señaló una bolsa de vasos rojos de plástico que había sobre el mármol.

—Gracias —dije, mientras seguía buscando en el armario un vaso limpio—. Vivo aquí.

Me preparé un vodka con soda, con más vodka que soda, y me lo bebí de pie junto al fregadero. De repente me sentí muy cansado de esas fiestas que ocupaban una parte tan grande de mi vida. O quizá de repente me di cuenta de que hacía mucho que estaba harto de ellas. No estaba seguro de si ya no quería saber nada más de ellas porque Sophie había aparecido o si Sophie había aparecido porque ya no quería saber nada más de ellas y estaba totalmente preparado para su vuelta.

En la sala, Max le presentaba Sophie a Jeff, que trabajaba de verificador de datos en su revista.

—Así que —dijo Jeff— conociste a Blakeman antes de que fuera famoso. ¿Cómo diantres era?

A Max todo el mundo le llamaba Blakeman. A veces incluso yo lo llamaba así, aunque también era mi apellido.

—Yo siempre he sido famoso —insistió Max—, incluso cuando nadie había oído hablar de mí.

Hubo un tiempo en que esa broma resultaba divertida, antes de que pareciera posible que llegásemos a ser realmente famosos. Al parecer volvía a ser divertida ahora que esa posibilidad había pasado.

Rick Tanner, compañero de habitación de Max en la facultad, y que trabajaba en una galería de Chelsea, apartó suavemente a Jeff.

—Sophie Wilder —dijo, y la besó en ambas mejillas—. Joder, cuántos años. Oí decir que te habías casado.

—Nos hemos separado —dijo Sophie.

—¿Sabes quiénes se han separado también? —preguntó Rick, dirigiéndose no ya a Sophie, sino a los demás que se habían reunido a su lado—. Henry y Klara.

—Parecían una pareja perfecta —objetó un hombre debidamente convencional.

—Estaba a un paso de meter la cabeza en el horno —dijo Rick—. Quiero decir que Henry es el Ted Hughes de los consultores.

Todos menos Sophie se rieron, y yo aproveché la ocasión para acercarme a ella.

—¿Cómo te ha ido?

—Ya me lo has preguntado —dijo.

—Y todavía no me has contestado.

—Bastante bien. Pospongamos la cuestión hasta un posterior análisis. Y de ti, ¿qué me cuentas?

Bien mirado, me había ido bastante bien. Pero no le dije eso. Lo que le dije fue: «Te he echado de menos».

Fue ridículo decir algo así después de tantos años. Pero era cierto. Y la echaba más de menos ahora que la tenía justo delante de mí. Levantó una mano y me colocó la palma en la mejilla. A continuación la retiró y dijo:

—Tenéis una casa bonita —y el hechizo se rompió.

—Gerhard, el propietario, dice que Henry James vivió aquí. Pero no hay ninguna placa ni nada. Probablemente es una trola.

—James detestaba Washington Square cuando volvió a los Estados Unidos —dijo Sophie—. Le hacía sentirse como si le hubieran amputado algo.

Nunca lo había oído, pero era una de las típicas cosas que Sophie sabía. Estaba preparando mi respuesta cuando la habitación quedó en silencio. Ambos volvimos la cabeza y vimos a Eddie Hartley, un antiguo amigo que Max y yo conocíamos desde nuestra época en St. Albert, ahora un actor en apuros que aparecía en algún anuncio y en algún episodio esporádico de *Ley y orden*, de pie sobre la otomana de cuero. Comenzó a leer un libro de Wallace Stevens que había sacado de una de las estanterías:

Canto un canto en un cantón,
Cocoricó, oh, cuco...

La gente que rodeaba a Eddie le insistió para que continuara. Terminó de leer el poema e hizo una reverencia burlona. A continuación se volvió hacia mí.

—Tu turno, Charlie.

Esas representaciones —lecturas improvisadas de poesía moderna que al mismo tiempo eran burlas irónicas de la clase de fiestas en las que esa clase de lecturas improvisadas se tomaban en serio— eran un número habitual de nuestras noches. Nunca me había parado a pensar en ellas, pero me avergonzaba que Sophie viera que nos tomábamos a burla cosas que nos habían importado tanto. Eddie me dio el libro. Me subí a la otomana y leí sin ningún humor «El emperador de los helados», lo que apagó la animación de la fiesta, tal como había esperado. Me bajé con el libro en la mano y regresé a donde había estado con Sophie. Pero ella había desaparecido.

En la cocina me encontré con el mismo grupo de desconocidos, apiñados con aire de conspiradores alrededor del horno. Cuando entré, unos cuantos se apartaron y dejaron visible al de la pajarita. Tenía en la mano un destornillador, con el cual había

extraído dos de los mandos de la cocina. Ahora hacía lo mismo con el tercero. Cuando vio que lo observaba, se detuvo.

—Lo siento, tío —dijo—. Solo hacía el tonto.

—No te preocupes —le contesté—. No cocinamos.

Me serví otro vodka.

Cuando volví a la sala, le pregunté a Jeff dónde había ido Sophie.

—Creo que se ha ido con Max —dijo.

—Ahora te toca a ti —le dije, entregándole el libro de poemas.

A continuación me senté junto al acuario a observar los hermosos peces de Gerhard, y fue entonces cuando me pregunté, no por primera vez ni por última: ¿Qué fue de Sophie Wilder?

El teléfono ya estaba sonando cuando aquella mañana volvió a casa de misa, y lo dejó sonar mientras se ponía cómoda. Cruzó la sala —la «sala común», todavía la llamaba a veces Tom, como si él y Sophie vivieran en un colegio mayor, o como si el resto de la casa no fuera común para los dos— y llegó a su escritorio después de tres o cuatro timbrazos. Tenían teléfono fijo solo para la conexión de internet, y nunca utilizaban ese teléfono, que era el más barato que habían podido encontrar, color hueso y con cable, con horquilla para el auricular y un teclado enorme, como si uno de los dos se estuviera quedando ciego. En otro ambiente podría haber parecido elegante o *kitsch*, pero ahí tenía un aspecto rotundamente funcional, como casi todo el apartamento; Sophie carecía de instinto doméstico, y Tom estaba tan poco en casa que no se ocupaba de esas cosas.

Sin embargo, su número figuraba en el listín, y de vez en cuando les llamaban, casi siempre para venderles algo. El teléfono estaba en el escritorio de Sophie, y si sonaba mientras ella trabajaba, levantaba el auricular y volvía a colgarlo sin decir una palabra. A veces tenía la tentación de desconectarlo, pero Tom se quejaba si volvía a casa y lo encontraba desconectado.

¿Y si es una emergencia?

¿Quién iba a llamar?, preguntaba Sophie. Nadie tiene el número.

Yo, decía Tom.

Puedes llamarme al móvil.

Pero siempre está desconectado.

Cosa que era totalmente cierta. Sophie desconectaba el teléfono cada mañana antes de ir a misa, y a menudo se le olvidaba y no volvía a conectarlo en todo el día. Escribía propuestas de subvenciones para pequeñas obras de caridad, y sus clientes —supuestamente directivos sin ánimo de lucro, pero en su mayor parte simplemente individuos con una causa, a veces monjas o párrocos que pretendían servir a su congregación de alguna manera que la archidiócesis no había previsto en su presupuesto— tenían poca necesidad de estar en contacto con ella mientras exponía sus casos a diversas fundaciones empresariales. De vez en cuando también había que hacer trabajo de campo: visitar albergues y comedores sociales, en una ocasión fue a casa de un anciano, que en otro tiempo había cometido delitos violentos y que recogía ropa para que la gente que estaba en libertad condicional se la pusiera para las entrevistas de trabajo. Pero casi siempre se pasaba el día sentada en su escritorio,

igual que antes, y no quería quedar a completa disposición del mundo. Le resultaba necesaria cierta desconexión, aunque era incapaz de explicarle a Tom el porqué.

Seguía trabajando en los mismos cuadernos de notas marmolados que había utilizado siempre, y abrió uno cuando el teléfono sonó por décima o undécima vez. No tenían contestador, de manera que aquello podía continuar indefinidamente. A lo mejor era algo importante de verdad. Lo más probable es que fuera una grabación. Se preguntó si el ordenador se desconectaba en cierto momento o insistía eternamente.

En cuanto decidió contestar, se movió con parsimonia, desafiando al que llamaba a colgar. Cerró el cuaderno, que había comprado junto con media docena más hacía tres semanas, cuando había agotado sus reservas. Esperó a que el teléfono sonara una vez más y descolgó a medio timbrazo.

—Diga.

Un silencio al otro extremo, como si alguien cogiera aire. Luego, cuando contó la historia, intentando darle algún sentido, afirmó que ya en ese momento supo quién estaba al teléfono. ¿Pero quién puede decir qué presentimientos tenía en realidad?

—¿Thomas?

Le llegó el nombre de su marido, débil y vacilante. Entonces lo supo, aunque nunca hubiera oído esa voz. Y supo que ella había estado esperando la llamada.

—Tom está en la oficina —dijo Sophie. Como la voz no contestó, añadió—: Puede llamarle más tarde, si quiere. Generalmente llega a medianoche.

No era una exageración, sino un cálculo aproximado. Tom llevaba semanas sin aparecer por casa antes de las nueve, y a menudo no había vuelto de la oficina cuando Sophie se acostaba.

—¿Puede darme el número de su oficina?

No pretendía dejar al hombre en la incertidumbre, pero tardó un momento en decidir qué hacer, en pensar qué preferiría Tom que hiciera. El hombre rompió el silencio en tono de disculpa.

—Soy su padre.

Había algo extraño en su voz. Sophie pensó que estaba borracho. No puedo permitir que llame a Tom en este estado. Como respondiendo a su suspicacia, el hombre habló lentamente, tanteando las palabras, dejando que cada una permaneciera un momento aislada.

—Es una emergencia.

Sophie le dio el número, pero solo porque Tom querría encargarse del asunto en persona, querría que ella tuviera que ver con ese hombre lo menos posible, y porque parecía la manera más rápida de conseguir que soltara el teléfono. En cuanto el hombre hubo colgado, Sophie se quedó sentada ante el escritorio, con el auricular en la mano, hasta que el teléfono comenzó a emitir el irritante sonido de cuando lo dejabas descolgado, esa súplica de atención del mundo de los objetos. Sophie había esperado años para tener una oportunidad de hablar con él, y ahora la oportunidad había pasado. Tom haría todo lo posible para procurar que no hubiera otra.

El cuaderno permanecía inerte en el escritorio, y ella lo dejó allí. Abrió la puerta corredera y salió al pegajoso calor de su pequeña terraza de cemento. Desde el piso veintiocho contempló Nueva York, que la humedad de última hora de la mañana parecía envolver como una gasa. No había nubes en el cielo, que estaba vacío pero curiosamente pálido.

A lo largo de los años, había dedicado muchas horas a pensar en el padre de Tom, preguntándose cómo se sentiría si tuviera un progenitor vivo en el mundo, presente, y nunca hablara con él. Desde hacía mucho tiempo, ella y Tom habían acordado tácitamente que Sophie nunca le preguntaría por él, y ella había cumplido el pacto. Tom no había dado ninguna señal de que la existencia de aquel hombre le interesara lo más mínimo, pero Sophie no podía creer que fuera cierto. Por su parte, su suegro era uno de los enigmas más persistentes de su vida. Ahora le asombraba haber hablado con él aunque solo fuera un momento, y más aún el hecho de que lo hubiera despachado rápidamente cuando por fin le había llegado la oportunidad de intercambiar unas palabras con él. Lamentó su precipitación con el desasosiego con que de vez en cuando lamentaba haber hecho algo que sin embargo le había parecido acertado. De todas formas, no estaba segura de qué le habría preguntado, si se hubiera decidido a preguntarle algo.

Sophie sacó un cigarrillo de la cajetilla blanda que llevaba en el bolsillo de la blusa y lo encendió con una cerilla. Desde que había comenzado a fumar otra vez, utilizaba solo cerillas, porque cada cajetilla era siempre la última, y un mechero de cincuenta centavos parecía una mala inversión. Aunque había pasado ya un año desde que había vuelto a fumar, todavía se mareaba y sentía una agradable náusea con un solo cigarrillo. Cuando acabó de fumarlo, lo lanzó por encima de la barandilla y se inclinó para ver cómo desaparecía: sintió entonces un vértigo placentero. La colilla bajó trazando una elegante espiral, dejando tras de sí una leve estela de ceniza. Luego pareció quedar atrapada en el aire y frenar su caída, y Sophie se imaginó en su lugar. Echó la cabeza hacia atrás, como para sacudirse esa idea.

Dentro, el teléfono volvía a sonar. Esta vez contestó sin vacilar, sabiendo que sería Tom. Una vez más esa breve pausa, la dosificación de fuerzas.

—¿Sophie?

Qué extraño oír su nombre en esa voz. Cinco minutos antes no habría podido afirmar con certeza que ese hombre conocía su existencia.

—¿Sí?

—Soy tu padre. Tu padre político. Bill Crane. El padre de Tom.

Cuanto más hablaba, más convencida estaba Sophie de que algo le ocurría.

—Sé quién es.

—No nos conocemos —dijo él, como si ella pudiera dudar—. Eso me entristece. He querido conocerte.

—¿Por qué llama?

No le gustó adoptar ese tono, pero se sentía casi obligada.

—Estoy en el hospital de Saint Vincent, recuperándome de una operación. Una intervención poco importante, exploratoria. Me tenían que dejar salir hace dos horas. Pero una de las enfermeras me dio algo para el dolor, y ahora me dicen que para poder darme el alta alguien tiene que venir a buscarme.

Sophie tardó un momento en asimilar la noticia.

—Lo lamento —dijo por fin, y era cierto—. Espero que se encuentre bien.

—Soy un hombre de sesenta y dos años y no me dejan salir sin un acompañante.

—¿Ha probado en el número que le di?

—Tom no... es decir, no he podido hablar con él. Solo necesito a alguien que venga hasta aquí y me acompañe afuera, eso es todo. Y quizá tenga que firmar algún formulario. Una vez en la calle, ya me las arreglaré solo.

—Si espera un par de horas, seguro que le dejarán marcharse.

—No puedo esperar —dijo—. No puedo seguir aquí.

Sophie sintió toda la fuerza de su desesperación. El sonido de su voz no era producto del alcohol, ni de cualquier medicamento que le hubieran administrado, sino del terror que pugnaba por contenerse.

—¿No hay nadie más que pueda ayudarle?

Si hubiera alguien más, no la habría llamado.

—A lo mejor podría volver a intentar llamar a Tom.

Los dos sabían que ya había hablado con Tom, y que este se había negado.

—No puedo irme solo hasta mañana, y no puedo pasar otra noche aquí.

Sophie no estaba segura de querer ayudar a ese hombre, y ni siquiera estaba del todo segura de que fuera lo acertado. La voz que la impulsaba a hacerlo, reconoció con cierta sorpresa, era una voz que hacía tiempo que no oía: no la voz de la conciencia, sino la voz de la curiosidad. Esa voz que decía: *Esto sería una historia estupenda.*

—Estaré ahí dentro de media hora.

En sus primeros años con Tom, Sophie a menudo había pensado en conocer a su padre. La cuestión le había preocupado, soñaba con ella. Se había creado un gran misterio a su alrededor, un misterio que Tom no se sentía dispuesto a abordar, de manera que era natural que ella sintiera curiosidad. Pero su interés iba más lejos: si había un misterio que deseaba aclarar conociendo al padre de Tom, posiblemente era el del propio Tom.

Al principio no había visto nada misterioso en él. No era más que otro de esos chicos que se especializaban en economía y vivían en un piso compartido, los chicos con los que se juntaba durante sus rupturas con Charlie, chicos que quedaban temporalmente prendados de ella, pues la encontraban muy distinta, pero que al final tenían tanta prisa en romper como ella. Lo conoció el último año de universidad, el segundo día de la semana de vacaciones del primer semestre. Aunque el comedor

estaba abierto, cuando Sophie entró a comer parecía tan vacío como el resto del campus. Estaba sola en una de esas largas mesas rectangulares, comiendo una ensalada en un gran cuenco de plástico, cuando él colocó su bandeja a su lado.

—Estás en mi clase de filosofía —dijo él.

Era verdad: introducción a la ontología.

—Por así decirlo —contestó ella.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que quizá necesitaríamos definir nuestro predicado de manera más precisa.

Cuando él se sentó, se le veía sumido en una simpática confusión.

—La verdad es que no lo pillo —le contestó—. Solo curso esta asignatura porque es la obligatoria de humanidades.

—Ah, sí —dijo Sophie—. Me había olvidado de que había obligatorias de humanidades.

Al parecer, él no se dio cuenta de que Sophie estaba siendo grosera. A lo mejor era estúpido, pero ella sospechaba —como él admitió posteriormente— que llevaba tiempo queriendo hablar con ella y no estaba dispuesto a dejarse desanimar por su sarcasmo.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —preguntó Sophie, intentando mostrarse más cordial, aunque no fuese esa la impresión que dio.

Le habían alargado el plazo para entregar un trabajo, y lo había acabado esa mañana. Volvía a casa dentro de un par de horas.

—¿Y tú?

Después de varios años pasando las vacaciones en Nueva York con los Blakeman, volvía a no tener adónde ir cuando cerraran el campus, pues no se hablaba con Charlie. Naturalmente, no le dijo eso. Simplemente le comentó que ya se espabilaría.

—Puedes venir conmigo, si quieres —dijo—. En casa de mi familia hay sitio de sobra, y siempre nos alegra tener visitas.

Él parecía hablar sin pensar. En teoría, ella estaba en contra de los estereotipos, pero los encontraba útiles, y se dijo que conocía a los de esa clase. Él se había aventurado a hacerle aquella invitación espontánea pensando que quizá podría aprovecharla durante las vacaciones. Sophie prefería creer eso a creer que se trataba sencillamente de un acto de amabilidad. No quería admitir que en aquel momento estaba tan necesitada de encontrar un lugar en el mundo que era capaz de aceptar la amabilidad de un casi desconocido, y prefería la idea de poder conseguir un trato más equilibrado.

Su nombre, Tom O'Brien, era casi todo lo que sabía de él, con lo que se imaginaba una gran prole irlandesa: un padre parlanchín y lleno de anécdotas y una madre sonriente que jugaba a que todos se reían de ella, aunque todo el mundo comprendía que era ella quien cortaba el bacalao; un sinfín de hermanos y hermanas y primos imposibles de distinguir unos de otros, quizá incluso unos gemelos, y entre

todos ellos podía pasar fácilmente desapercibida una amiga de la facultad. En el coche —resultó que la casa estaba en el sur de Nueva Jersey, a unas pocas horas de New Hampton— ella le preguntó por su familia.

—Dame un poco de información —dijo Sophie—, para que pueda saber quién es cada uno.

—Solo estamos Beth y yo.

—¿Beth?

—La hermana de mi madre, Beth O'Brien. Ella me crió.

—¿Y tus padres? —preguntó Sophie.

—Murieron.

—Los míos también —dijo ella, sospechando que él ya lo sabía—. *Un picnic, un rayo*; como el libro.

—¿Perdona?

—Un accidente de coche —explicó Sophie—. Muy literario. ¿Y los tuyos?

—Murieron en un incendio —dijo Tom. O eso recordaría Sophie. O quizá dijo que los había «perdido» o se los habían «llevado», o alguna otra construcción que no era mentira en el sentido semántico más estricto, pero dio a entender claramente que los dos habían muerto. Había adoptado el apellido O'Brien al irse a vivir con Beth a los ocho años. Otro huérfano, se dijo Sophie. Como si la ausencia creara vacíos que se atraían. Vista en retrospectiva, fue una conversación muy íntima para tratarse de dos personas que más o menos se acababan de conocer. Pero eso fue en una época en que a Sophie la vida le parecía una serie de intimidades como esa, cuando sus pérdidas se ofrecían como una mano, zarandeada a cada apretón.

—¿Así que solo seremos tres?

—¿Te parece bien?

—Espero no molestar.

—En absoluto. Como ya te he dicho, a Beth le encantan las visitas.

Cenaron por el camino, y ya era tarde cuando llegaron a la pequeña casa de dos plantas estilo Reina Ana, adosada a otras casas de estilo parecido, con un porche corrido y una torre en el costado derecho que sobrepasaba el tejado. La luz del porche estaba encendida, y la tía de Tom abrió la puerta antes de que acabaran de aparcar en la entrada para coches. Era una mujer sorprendentemente hermosa, de piel pálida y pelo rubio rojizo que se le rizaba ligeramente sobre la cara, muy fina. Solo su atuendo —un vestido recto y floreado que llegaba hasta el suelo— sugería la tía solterona que Sophie había imaginado durante la última hora de trayecto. Cuando Tom las presentó, Beth dio a Sophie un abrazo no muy fuerte pero sentido.

Tom y Beth la llevaron a una pequeña habitación de invitados de la primera planta, donde Sophie sacó de la maleta las cuatro cosas que había metido en ella después de comer. Le inquietaba un poco pasar una semana con desconocidos, y tampoco comprendía que a aquella pareja le entusiasmara tanto acogerla. Había estanterías en una pared, y por costumbre y nerviosismo echó un vistazo a los libros,

algo que siempre la tranquilizaba un poco. Reconoció algunos títulos. Casi todos los libros trataban de religión, un tema del que Sophie no sabía casi nada. *La fe de los católicos, La montaña de los siete círculos, Guía a Santo Tomás de Aquino.*

—¿Cómo os conocisteis Tom y tú? —le preguntó Beth a Sophie cuando Tom llevó sus cosas a su habitación.

Ella resistió la tentación de decirle que no se conocían.

—Coincidimos en una asignatura de filosofía —contestó.

—Qué curioso —dijo Beth—. No sabía que a Tom le interesara el tema.

A continuación Beth le enseñó la casa y vio que Sophie observaba una foto enmarcada que había en una mesita, la foto de una joven —podía ser la propia Beth— con un bebé en el regazo.

—Es mi hermana —dijo Beth—. La madre de Tom. Murió cuando él era pequeño.

En la foto, la mujer estaba sola con el niño.

Aquella noche en casa de Beth, Sophie esperaba que Tom bajara a su habitación. Llevarla en coche a su casa y presentarla a lo que venía a ser la totalidad de su familia era una molestia que pocos se habrían tomado, y parecía que le daba derecho a una visita nocturna. Si viene, se dijo, haré lo que quiera. Pero lo cierto es que no se presentó.

Al día siguiente Tom llevó a Sophie a la ciudad, y pasearon por Main Street. Cada pocas manzanas, un exprofesor o el padre de un antiguo compañero de clase o un amigo de Beth los paraba por la calle. Todos abrazaban a Tom y le preguntaban cómo le iba en la universidad.

—Ya debes haber acabado.

—Me gradúo en primavera —dijo Tom.

—¿Y luego?

—Voy a ir a la Facultad de Derecho de Columbia.

—Parece que no te ha ido muy bien en esa facultad —bromeó el entrenador de béisbol del instituto de Tom. A continuación le contó a Sophie que en su equipo había sido una gran estrella, su mejor lanzador, y que en los playoffs del condado dejó al equipo contrario a cero y todavía se hablaba de ello.

¿La vida era realmente así para alguien?

Sophie se sintió feliz por primera vez en meses, sobre todo porque nada de eso tenía que ver con ella. Aquella población era un lugar que no se podía haber imaginado, que había existido todo ese tiempo sin que ella lo supiera. Era feliz sobre todo porque el mundo que le daba la bienvenida no mostraba indicios de haberla estado esperando, ni de que fuera a darse cuenta de su marcha.

Cada noche se preparaba para su visita, al igual que cada día esperaba sentir su torpe brazo en torno a sus hombros, o una mano recorriendo su espalda. A la cuarta

noche su sorpresa se había convertido en auténtica decepción. La quinta noche ella misma fue a buscarlo. Él le dio la bienvenida, pero con cierta desazón, al parecer tampoco demasiado complacido. Tom tardó dos noches más en sentirse cómodo, y en ese momento ella comprendió que durante toda la semana se había sentido amedrentado por ella, aterrado ante la idea de necesitar a una chica que apenas conocía. Entonces ya había llegado el momento de volver al campus. Dos meses después, cuando Tom y ella volvieron para pasar las Navidades con Beth, eran pareja, y Sophie seguía creyendo que su padre había muerto.

Sophie nunca había entrado en el hospital de Saint Vincent, aunque había pasado por delante muchas veces. En recepción preguntó por William Crane, y la enviaron a uno de los pisos de arriba, donde volvió a preguntar por él.

—Soy su nuera —le explicó a una enfermera que había detrás del mostrador—. Vengo a recogerlo.

La carcajada de la enfermera casi pareció de coqueteo.

—Este hombre es un caso —dijo—. Ha intentado escaparse dos veces. Casi hemos tenido que ponerle correas.

Sophie se quedó sentada durante unos minutos, hasta que sintió una presencia a su lado. Cuando levantó la vista no se encontró al hombre que esperaba, un reflejo moribundo de su marido, sino a una mujer no mucho mayor que ella.

—¿Señora Crane? —preguntó la mujer.

—Sophie —dijo ella.

—Soy la doctora Phillips. Me preguntaba si, ya que está aquí, podríamos hablar.

Sophie esperaba que la llevara a una consulta, pero la doctora la hizo entrar en una habitación vacía. Hacía años que Sophie no entraba en una habitación de hospital. La falta de pacientes le daba un aire fantasmagórico, como si la doctora y ella conversaran entre los muertos.

—Su suegro está muy disgustado por tener que estar aquí, ya lo sé. Pero la verdad es que no había otra solución.

—Entiendo.

—¿Está usted al corriente de su estado?

—La verdad es que no mucho —dijo Sophie—. Para ser sincera, nunca nos hemos visto.

La doctora Phillips pareció aliviada al comprobar que no se estaba enfrentando a un pariente afligido.

—Está muy grave.

—¿Se está muriendo?

—Sí. —A continuación le aclaró—: Todavía podemos intentar algunas cosas, desde luego. Le hicimos una endoscopia, para echarle un vistazo a unos tumores que tenía en el estómago. Hemos encontrado una presencia importante en algunos

nódulos linfáticos cercanos. Posiblemente también en el hígado. Sabremos más cuando tengamos los resultados de la biopsia, pero el pronóstico no parece que vaya a ser muy bueno. Creo que lo que ofrece más garantías es hacerle una gastrectomía completa. Es decir, que le extraeremos el estómago. Y ya puestos, podemos quitarle esos nódulos linfáticos y parte del tejido que los rodea.

Hizo una pausa como si fuera una profesora que calibrara si la clase había entendido lo que acababa de decir.

—Lamento tener que decírselo así. No tenemos muchas opciones. Se lo he explicado al señor Crane, pero no está muy lúcido, y no estoy segura de que lo haya comprendido. Tengo entendido que no mantiene buenas relaciones con su marido, pero ustedes son el único contacto que nos ha dado.

—¿Qué espera que hagamos, exactamente?

—Bueno, hay diversas maneras de hacer que todo esto sea más fácil para él. El señor Crane no sabe cuidar muy bien de sí mismo. Para empezar, no parece que se tome la medicación. Voy a hacerle unas recetas, y quiero que se asegure de que se toma los medicamentos.

—Eso puedo hacerlo —dijo Sophie—. Pero no puedo prometerle mucho más. Mi marido y su padre no se llevan bien.

La doctora ya le estaba entregando las recetas.

—Haga lo que pueda. En última instancia, desde luego, el responsable de su propio bienestar es él.

Se había cumplido un deber, y se había impuesto otro, y el equilibrio entre las dos mujeres sufrió un ligero desplazamiento mientras salían al pasillo y volvían a la zona de recepción.

—Aquí tiene mi tarjeta —dijo la doctora Phillips a modo de despedida—. Si tiene alguna pregunta, puede llamarme.

En cuanto la doctora se hubo marchado, Sophie rellenó los formularios y esperó la llegada de Crane.

Posteriormente, Sophie se imaginó que él había aparecido primero como un fantasma, con el uniforme verde claro del hospital emanando de su cuerpo en oleadas. Se lo imaginó flotando hacia ella, acarreando una obligación —como ocurre con todos los espíritus—, como si lo que él acabaría exigiendo estuviese presente en ese instante, físicamente palpable en su interior.

Pero él iba vestido para marcharse, con una camisa negra holgada y tejanos, un atavío que Sophie reconoció como el uniforme de un tipo concreto de anciano que solía rondar por el sur de Manhattan. Todavía llevaba las zapatillas del hospital, y se le acercó arrastrando los pies, y si parecía algo del otro mundo, era una de esas criaturas de los retratos medievales de condenación eterna, la cara pálida animada solo por el miedo. Una barba blanca de pocos días le cubría de manera irregular las

mejillas y la barbilla; tenía el pelo gris y ralo en la coronilla, donde se lo había peinado hacia atrás en un esfuerzo por parecer presentable. La enfermera que caminaba a su lado le señaló a Sophie. A lo mejor sabía, como ya parecía saber la doctora, que no existía ninguna relación entre ellos.

—Señor Crane —dijo Sophie, tendiéndole la mano.

Él apenas asintió, y ella bajó la mano. Ninguno de los dos volvió a decir nada hasta que entraron en el ascensor.

—Gracias —dijo él—. No soportaba estar aquí.

En su voz no había mucha gratitud. Pero ella no quería gratitud. Mejor que él entendiera su llegada como el cumplimiento de un deber. Así era como ella misma quería considerarla. Quería creer que estaba actuando contra su propia voluntad, aunque solo fuera para poder decírselo a Tom. Sin embargo, dejar que el anciano pasara la noche en el hospital no le habría supuesto un gran cargo de conciencia. Había venido por ella. Había venido para conocer al padre de Tom.

—Puedes dejarme aquí mismo —le dijo cuando llegaron a la calle.

—Le voy a llevar a casa.

—No hace falta.

—He firmado un impreso ahí dentro —dijo Sophie, como si eso importara algo—. Voy a llevarle a casa y le obligaré a tomarse sus medicamentos. Si no le gusta, puede volver a entrar en el hospital.

Sophie se esforzó por dar con el tono adecuado. Experimentaba más compasión de la que había esperado, más de la que quería sentir, y si actuaba con mucha autoridad, la situación solo sería más patética. Pero no tenía intención de ceder, y necesitaba que él lo supiera.

—Vivo en la Cuarta con la Avenida C —dijo él—. Hay una farmacia al final de la manzana.

Sophie lo ayudó a entrar en un taxi y no hablaron durante el trayecto. Todavía quedaba todo por decir.

Él se sacó la camisa de los pantalones, y metió la mano debajo para hurgarse en las tripas. La cicatriz de una operación, supuso. Se dijo: *Así que es este*. Tom no había querido que ella conociera a Crane, habría sido feliz si ella no se hubiera enterado nunca de su existencia, y era difícil apartar la idea de que un acto de amabilidad con el uno suponía una traición al otro. O que así lo vería Tom, lo que equivalía a lo mismo. Pero todo lo que había visto hasta ahora confirmaba la imagen secreta del padre de Tom que había tenido todos esos años, la imagen de un hombre triste que había cometido errores que no sabía cómo reparar, un hombre que no había encontrado compasión en nadie. A un hombre así le debían amabilidad aquellos que estuvieran en posición de ofrecérsela.

Su nombre figuraba en los archivos de la farmacia, y el boticario le dijo a Sophie que tendrían las recetas preparadas dentro de una hora y media. Recorrieron otra manzana, y ella subió con él a un apartamento de tres habitaciones contiguas, sin

pasillo, como los que habían ocupado muchos de sus amigos de la facultad en sus primeros años de estudiantes. Había papeles por todas partes, páginas sueltas y recortes de periódico, algunos de ellos aparentemente muy antiguos. Casi todos estaban dentro de carpetas de papel manila, como para sugerir cierta organización, un gesto que solo servía para empeorar aquel caos.

—¿Por qué no se echa —le dijo Sophie—, y yo voy a recoger sus medicinas dentro de un rato?

Él asintió sin decir nada, todavía hurgando debajo de la camisa lo que fuera que le molestaba. A continuación desapareció en el dormitorio, dejándola sola entre sus ruinas.

A Sophie le quedaba al menos una hora, que podía haber pasado fuera, en un restaurante o en un café. Pero se hizo un poco de sitio en el sofá tirando una de las carpetas al suelo. Por un momento, mientras examinaba los papeles y el desorden general, se dijo: *Esta podría ser yo. Esta podría ser mi vida.* Se sintió inexplicablemente agotada.

Cuando se puso en pie estaba mareada, no se sostenía. Fue a la cocina a buscar un vaso de agua y encontró el fregadero lleno de platos sucios y el armario vacío. Lavó y llenó uno de los vasos. Pero antes de dar un sorbo se puso a limpiar los otros.

Su propio padre, asesor de inversiones sujeto a tremendos cambios de humor, nunca parecía más feliz que cuando llevaba a cabo alguna labor física, como rastrillar las hojas o cortar madera en el patio de su casa en Connecticut. Había intentado inculcárselo a su hija, invitándola a menudo a compartir el trabajo físico. Ahora, cuando dedicaba el día a barrer y pasar el aspirador, pensaba en él. O tampoco es que pensara en él, exactamente, pues el hecho de no pensar explicaba en buena medida el intenso placer que le proporcionaban esos días. Pero su yo no pensante, su cuerpo animal trabajando, la hacía sentirse más próxima a su padre, y por esta razón a ella le gustaba el trabajo.

De todos modos, lavar platos tampoco le entusiasmaba. Te mantenía inmovilizado en un sitio y no tenías la sensación de hacer algo físico de verdad. En las escasas ocasiones en que Tom estaba en casa para cenar, Sophie le hacía lavar los platos. Pero ahora el agua caliente en las manos le resultaba agradable. El trapo estaba más sucio que casi todos los platos, pero había jabón y un escurridor, y con eso tenía suficiente. En cuanto hubo acabado, se llevó su vaso a la sala. Allí también puso un poco de orden. Mientras recogía las carpetas de Crane, el impulso de mirar se hacía difícil de resistir. Pero Sophie se contuvo, pues intuía dónde llevaría eso, las complicaciones que acarrearía ese interés. Las dejó perfectamente amontonadas, para que al menos insinuaran la posibilidad de cierto orden. Pensó que también podía comprar productos de limpieza cuando fuera a la farmacia, con lo cual podría rematar el trabajo a la vuelta.

Se le ocurrió ir a comprobar cómo estaba Crane antes de ir a buscar las medicinas, pero no quería despertarlo. Se fue enseguida y al volver se dio cuenta de que no había cogido la llave. Llamó dos veces al apartamento, sabiendo que Crane no se despertaría, antes de probar en otros pisos. Una voz con un fuerte acento hispano le contestó en el interfono.

—¿Sí?

—Oh, lo siento —dijo Sophie—. Estoy haciendo un recado para el hombre del cuarto, pero me he quedado fuera sin llave.

El interfono quedó mudo, y una mujer salió de un piso de la primera planta y se acercó pesadamente a la entrada.

—¿Le está haciendo un recado al señor Crane? —preguntó la mujer, abriendo la puerta del edificio unos pocos hospitalarios centímetros. Era bajita y gorda, quizá cincuentona, de pelo negro y ojos inquisitivos.

—He salido un momento, pero me he olvidado la llave.

—El señor Crane nunca tiene visitas. Los dos llevamos diez años viviendo aquí, y nunca ha tenido ninguna visita.

—Soy su hija —dijo Sophie, algo que parecía bastante próximo a la verdad y que probablemente le daría algo de autoridad.

—Jamás mencionó que tuviera hijos. ¿Usted es su hija, y no lo ha visitado en todos estos años?

—Lo siento —dijo Sophie, aunque sin tener claro por qué. A continuación le enseñó a la mujer la bolsa de la farmacia, señalando la etiqueta de la medicina—. Fíjese, pone William Crane.

A lo mejor eso sugería algo oficial, pues la mujer empezó a hablar con deferencia:

—Soy Lucia Ortiz.

—Encantada de conocerla, señora Ortiz. Yo soy Sophie.

—¿El señor Crane está enfermo? Vivo aquí con él desde hace mucho tiempo. Es un hombre muy amable. Es callado, pero muy amable.

Sophie tuvo la sensación de que la aparición de esa mujer en su relato era un acto providencial —como, de hecho, solían parecerle esas apariciones—, y enseguida se le ocurrió cómo aprovecharla.

—Sí, me temo que está bastante enfermo. —Señaló la bolsa de las píldoras, que ahora estaba en manos de Lucia—. ¿Cree que podría entregárselas luego, para no molestarlo mientras duerme?

—Descuide —dijo Lucia Ortiz, visiblemente aliviada por no tener que dejar entrar a Sophie en el edificio.

—Otra cosa. —Sophie vaciló—. Si le es posible, ¿podría echarle un vistazo de vez en cuando? Intentaré venir a verle pronto, pero me resulta muy difícil. Le dejaré mi número por si ocurre algo.

Sophie escribió su nombre y el número de su móvil en un papelito que encontró en el bolso. Sacó un billete de veinte dólares y se lo entregó torpemente a Lucia junto con el papel.

—No, no —le dijo Lucia, devolviéndole el billete. Señaló la cruz que Sophie llevaba en el cuello, casi tocándola—. Dios la bendiga, Sophie Crane. Pasaré de vez en cuando a ver cómo está su padre.

Cuando Sophie entró en su apartamento, oyó sonar el teléfono, y tuvo la perturbadora sensación de que volvía a ser por la mañana. Regresaba de misa, y tendría que revivir de nuevo aquel día tan agotador. Esta vez no esperó antes de descolgar. Quería acabar de una vez con todo aquello.

—Diga.

—Has contestado.

Qué feliz se sintió al oír la voz de su marido, al ver que sonaba como siempre a pesar de lo que había hecho.

—¿Volverás pronto?

—Ojalá lo hubieras cogido antes. Llevo horas llamando.

—Lo siento —dijo Sophie—. Había salido. Deberías haber llamado al móvil.

—Lleva todo el día desconectado.

—Lo siento —dijo otra vez.

—¿Qué has estado haciendo? —Sophie se dio cuenta de que él intentaba mantener la calma, a la espera de que ella confirmara sus temores.

—He ido a sacar a tu padre del hospital.

Lo dijo como si fuera simplemente una tarea que los dos sabían que tenía que cumplir, como en cualquier otra familia.

—Sophie.

—No tenía elección, Tom. Está muy viejo y muy enfermo, y solo.

—Si está solo es por culpa suya.

Quería contarle lo que había sentido en el apartamento de Crane, quería decirle que había visto allí todas las cosas que él había querido evitar que viera. Y más aún, quería que él quisiera saber de su padre.

—Es posible —dijo ella por fin.

—Y si no nos necesitara, jamás nos habría llamado.

—Probablemente sea cierto.

En el silencio que siguió, a Sophie se le ocurrieron algunas ideas que se cuidó de no expresar. A él le quedaba un progenitor, a ella ninguno, y era inhumano por su parte renunciar a ese legado, tanto daba lo que hubiera hecho ese hombre.

—No digamos nada más ahora —dijo Sophie—. Ya hablaremos cuando vuelvas a casa.

—Todavía tengo para un buen rato.

—De acuerdo. Intentaré esperarte levantada. Si me duermo, mañana prepararé un buen desayuno y hablaremos.

—De acuerdo.

—No te enfades.

—Se me pasará —dijo él.

—Te quiero —le dijo Sophie.

—Yo también te quiero, nena.

Aunque un momento antes le habría gustado hablar con él sin parar, colgó el teléfono aliviada.

Aquella noche, mucho después de subir a mi habitación, oí risas y conversación en el piso de abajo. Siempre habíamos dejado que esas fiestas siguieran su curso natural, y yo había aprendido a dormirme en medio de ese murmullo, como el que vive cerca del mar. Pero aquella noche me quedé en vela, escuchando el ruido de abajo, intentando distinguir la voz de Sophie. La había esperado abajo más de una hora, pero al final había renunciado, y ahora no podía dormir sin saber si había regresado. Según mis cálculos, había pasado un año desde la última vez que la había visto, en la boda de un amigo de New Hampton. Ahora que nos habíamos vuelto a encontrar, no quería que desapareciera de nuevo. Al final entró para darme las buenas noches, cruzando la lámina de luz polvorienta de la entrada, como si supiera que la había estado esperando.

—Duerme —dijo, cuando me incorporé para tenderle los brazos—. Podemos hablar por la mañana.

Pero la desazón no desapareció cuando se hubo marchado. Me di cuenta de que había sabido desde el principio que ella encontraría un sofá o alguna cama libre cuando la fiesta terminara, que la vería por la mañana. Había estado escuchando no porque dudara de su regreso, sino porque quería saber que no estaba con Max.

Max era estudiante de segundo curso en Yale el año que Sophie y yo entramos en la universidad. A principios de diciembre, cogió el tren para venir a visitarme. Tenía dos amigos del instituto que iban a New Hampton, y los tres me llevaron por ahí el fin de semana. Era típico de Max hacerme de guía en mi propio campus. Aunque solo era un año mayor, yo siempre le seguía.

No había hecho mucha vida social durante los dos primeros meses del semestre. Cada viernes por la tarde cogía el tren de Nueva Jersey y me bajaba en Penn Station para pasar el fin de semana con mi madre. Ella insistía en que no era necesario, pero a mí no me parecía bien salir con mis amigos mientras ella se quedaba en casa habiendo transcurrido tan poco tiempo desde la muerte de mi padre. Su enfermedad había sido un lento proceso de sustracción —había perdido el pelo, las fuerzas, los dientes, la cabeza—, de manera que era difícil decir exactamente qué perdió aquel día, unas semanas antes de mi graduación en la escuela secundaria St. Albert, cuando lo que quedaba de él falleció. Sin embargo, nada de lo que había ocurrido antes nos

había preparado para ese momento. Es posible que la poca conciencia que le quedaba se sintiera aliviada con el final, pero lo único que yo quería era que él siguiera con nosotros, a pesar de todo su sufrimiento.

Cuando mi padre vivía, comíamos en la mesa del comedor, pero ahora parecía demasiado grande para nosotros. Los viernes por la noche mi madre preparaba la cena, y para comer nos sentábamos en unos taburetes junto a la encimera de la cocina. Cada fin de semana iba a ver a mi madre con la esperanza de servirle de consuelo, pero una vez que estaba con ella me parecía imposible. Supongo que quería que ella me consolara, aunque sabía que eso también era imposible. Me preguntaba por mis clases, pero no había mucho que decir, pues asistía a muy pocas, tras descubrir que en New Hampton podía ir tirando prácticamente sin hacer nada. Ya había decidido no someterme nunca a los rituales de las entrevistas de trabajo y solicitudes para cursos de posgrado, por lo que las notas me importaban bastante poco. Solo necesitaba aprobar para poder ser aceptado en el taller de narrativa. Me quedaba en mi habitación, leyendo relatos o los libros que Sophie mencionaba en nuestros paseos al salir de clase, sin abrir jamás los libros de texto.

Una vez agotado el tema de mi vida académica, mi madre me preguntaba por mis compañeros de clase y mi vida social. Era viernes por la noche y estaba cenando con mi madre a una hora del campus: esa era mi vida social. Sophie era la única persona de las que había conocido que me importaba algo, y ni siquiera me atrevía a mencionar su nombre.

Mi madre todavía trabajaba, al menos en apariencia, de agente inmobiliario, pero había dejado de coger clientes cuando empezó a cuidar a mi padre, y ahora le costaba volver. Yo quería saber cómo le iba, pero no sabía cómo sacar el tema. «¿Cómo llenas el día?», podría haberle preguntado, pero ¿quién pregunta algo así? ¿Qué respuesta podría haberme dado que yo estuviera dispuesto a oír? Mi presencia no aliviaba su sufrimiento, simplemente le incomodaba tener público.

Cada noche, sobre la encimera, había entre nosotros una botella de vino. Generalmente yo bebía un vaso o dos mientras mi madre se tomaba el resto. A veces yo bebía más para que no le quedara tanto a ella, pero eso tenía sus riesgos. Si yo bebía demasiado, ella abría otra botella. Después de cenar, nos íbamos a su habitación, donde nos metíamos en la cama juntos y mirábamos películas antiguas hasta que ella se dormía. Se despertaba cuando yo apagaba el televisor, de modo que al final lo dejaba encendido y me limitaba a bajar un poco el volumen antes de salir sigilosamente por la puerta y atenuar las luces. A continuación recorría el pasillo con un gusto amargo en la boca y pasaba el resto del fin de semana como lo habría pasado en la facultad: solo en mi habitación. Cuando llegaba el momento de marcharme, los dos nos sentíamos un poco peor que a mi llegada, y yo me decía que en adelante sería mejor que me quedara en el campus. Pero volvía a llegar el viernes y regresaba a Nueva York.

Todo continuó igual hasta el Día de Acción de Gracias, que pasamos con Max y

sus padres en su apartamento. Luego me quedé tres días en mi habitación, trabajando en un relato cuyos detalles he olvidado por completo.

—Tienes que llevar una vida normal en la facultad —me dijo mi madre aquel domingo antes de despedirnos—. ¿Por qué no te quedas en el campus el próximo fin de semana?

—No me importa venir —le dije—. Puedo volver el viernes.

—Charlie —dijo, en un tono suave pero insistente—. No quiero que vuelvas.

En el campus descubrí que mis compañeros de clase habían trabajado de manera infatigable. Contrariamente al trabajo académico, construir una vida social exigía una atención constante. No podías salir un sábado de cada tres o cuatro y esperar que te abrieran los brazos los que tenían todas las lecturas ya hechas y tomaban apuntes siempre. Mi compañero de clase, Dean, un chaval de Cleveland cordial pero un tanto torpe que no me había parecido poseedor de una gran habilidad social, me invitó a una fiesta en la habitación de otro novato. Cuando acabó, le seguí hasta las casas de las fraternidades.

—¿Tienes algún azul? —me preguntó mientras hacíamos cola delante de una mansión estilo Tudor llena de chavales borrachos.

—¿Qué es eso?

—Joder, tío —dijo Dean—. No puedes entrar sin un pase. Van cambiando los colores. El de esta noche es azul.

—No, no tengo ningún azul.

—Me gustaría ayudarte —dijo—. Pero me he pasado toda la semana intentando conseguir tres pases, y le dije a ese bombón de química que la entraría a ella y a su compañera de habitación.

Dean me miró como si le presentara un grave dilema ético.

—No pasa nada —dije—. No es más que una fiesta.

Así que pasé el resto de otra noche leyendo solo en mi habitación.

Todo esto cambió cuando Max llegó a la semana siguiente. Al igual que Dean, me llevó a una fiesta, pero esta vez se celebraba en una habitación de una residencia de los cursos superiores, donde bebimos cerveza de un barril escondido detrás de dos sofás, en previsión de una posible inspección por parte de la policía del campus. Max me presentó otra vez a sus viejos amigos, dos tipos que conocía vagamente de St. Albert. Cuando los asistentes comenzaron a marcharse, nos sentamos en círculo y nos colocamos con una pipa de agua de plástico de quince centímetros.

—Charlie, tío —dijo uno de los amigos de Max—. Sabía que estabas aquí, pero todavía no te había visto. Tenemos que salir por ahí.

—Últimamente he estado trabajando mucho —dije—. Pero ahora empiezo a salir más. O sea que sí, que deberíamos hacer algo.

Cuando salimos hacia las casas de las fraternidades me di cuenta de que esta vez

tampoco llevaba pase, y que ni siquiera sabía qué colores tocaban. Pero el tema ni se planteó. Nos saltamos la cola que se había formado delante del porche, sobre un césped cuidadísimo, y nos dejaron entrar. Por entonces ya había conseguido entrar en algunas fraternidades aunque no en las más populares, que parecían de uso exclusivo de una población aparte.

Estábamos en el sótano, cerca de una mesa de ping pong, cuando noté un golpecito en el hombro. Antes de poder volverme, Sophie me había echado los brazos al cuello y me besaba en la mejilla.

—¡Tú por aquí! —dijo, como si resultara una gran sorpresa que saliera con otras personas. Y para mí lo era, aunque no esperaba que ella lo notara. Habíamos vuelto de clase juntos todas las semanas de un mes, pero por lo demás no habíamos hablado mucho. Ahora yo iba colocado y ella estaba borracha, y por un momento nos miramos estúpidamente el uno al otro. Procuré no sentirme decepcionado al ver lo bien que ella encajaba con los demás, lo cómoda que se la veía entre ellos. Ella parecía pensar lo mismo de mí. Quise explicarle que no era así. Max se presentó y le presentó sus amigos, y Sophie nos presentó a las chicas que la acompañaban. Transcurrieron unos minutos de conversación, de esa charla vacía que exigen semejantes situaciones y en la que Max siempre ha sobresalido. Sophie y yo nos estuvimos mirando todo el rato como diciendo: «Nosotros no somos así, ¿verdad?».

—¿Quién es esa? —me preguntó Max cuando nos quedamos a solas.

—Una chica del taller de escritura.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, no recordaba gran cosa de la noche anterior, pero sabía que había vuelto solo a mi habitación. Me sorprendió encontrar a Max durmiendo en el sofá.

—¿Cómo te fue el resto de la noche? —pregunté cuando se levantó y me encontró leyendo y fumando junto a la ventana.

—Hicimos un trabajo importante —dijo—. Puede que sea demasiado tarde para que nosotros nos beneficiemos de él, pero las siguientes generaciones nos lo agradecerán. —Cogió un grumo de baba seca de la pelusa de su barba y lo observó con aire científico—. Lo más importante es que nadie resultó herido.

Soltó una risita macabra.

—¿Hiciste nuevos amigos?

—Tendrás que ser más concreto —dijo—. La verdad es que son todos amigos. Estoy a favor de los que creen en los placeres disolutos. Bailo con los bebedores y bebo con los bailarines. O algo parecido.

—Parecías ir detrás de un placer en concreto.

Ahora fue él quien soltó una carcajada.

—Las confusiones del joven Charlie.

—¿Qué quieres decir?

Apartó la manta y se levantó del sofá: solo llevaba sus bóxers. Miró a su alrededor en busca de sus tejanos, que se puso después de coger un cigarrillo del bolsillo de atrás.

—¿Conoces bien a esa tal Sophie?

—Como te dije ayer, está en mi taller de escritura. ¿Por qué?

—Bueno, pues que tengas suerte. A mí me parece que es tortillera.

Se recostó en el sofá y me relató el resto de la noche. Yo me había ido de aquel sótano furioso y sin dar ninguna explicación —en cuanto lo dijo, me pareció bastante verosímil—, y él y sus amigos se quedaron. Retomaron la conversación con Sophie y las demás chicas, y cuando se acabó la bebida todos volvieron al campus a fumar hierba y escuchar música.

—No estoy seguro de quién era el dueño de la habitación —dijo Max.

Reconoció que quería ligar con Sophie, pero no estaba seguro de cómo abordar el asunto al no tener dónde llevarla.

—Así que en algún momento se me fue completamente la pelota. A mí me pareció un segundo, pero supongo que fue más rato, porque al despertar la música seguía sonando pero me había quedado solo en la habitación, y estaba muy colocado. Supongo que debería haber vuelto aquí, pero pensé que antes echaría un vistazo. No entres suavemente, y todo eso, como diría Dylan Thomas. De manera que llamé a la puerta de un dormitorio, y dentro oí como un susurro, y tu amiga y una de las otras chicas estaban en la cama juntas.

—Se fueron a dormir a la misma cama. Las chicas suelen hacerlo.

—Ya lo sé. Y en apoyo de tu teoría, diré que la otra chica todavía estaba vestida. Pero Sophie estaba más desnuda que otra cosa. Yo no diría exactamente que las pillé *in fraganti*, pero tampoco exactamente *ex fraganti*. En cualquier caso, es una suerte que ayer no acabáramos a tortas por ella, que es adonde parecías encaminarte, porque el ganador habría acabado en medio de una pelea de gatas.

—Creo que debes estar sufriendo un fallo neuronal —le dije—. O a lo mejor no es más que tu deseo subconsciente.

—El muchacho es un incrédulo. Supongo que en esta facultad no enseñan a Platón. Los sexos son tres, porque el sol, la luna y la tierra son tres. —Arrojó el cigarrillo a una lata de cerveza vacía que tenía a los pies y se fue a buscar una camiseta—. Vamos —dijo—. Invítame a almorzar y te hablaré de los pajaritos y las abejas.

Antes de la visita de Max no me había dado cuenta de hasta qué punto esa chica, de la que realmente no sabía nada, había acaparado mis pensamientos. Pero lo comprendí justo cuando se disipó la esperanza de actuar en consecuencia. Estaba furioso sin saber por qué, y mi cólera era injustificable y descontrolada, de manera que durante unos días procuré no ver a nadie. Aquella semana no asistí al taller de escritura. Solo

cuando llegó la hora en que solíamos pasear juntos por el campus lamenté la decisión. No podía estar otra semana sin hablar con ella.

Cuando media hora después del final de la clase oí que llamaban a la puerta, abrí con una mezcla de pánico y alivio. Se presentó como si la hubiera estado esperando. Y de repente me di cuenta de que era verdad. Entró en la habitación y se dirigió directamente a un póster que tenía colgado en el que se veía a una modelo en bikini bebiendo una botella de cerveza.

—Me gusta —dijo tras pensárselo un momento—. Añade una serena dignidad.

—Lo colocó mi compañero de habitación. Es suyo.

—Una lástima. —Se agachó y recogió el libro que yo había dejado en el suelo antes de abrirle la puerta—. A lo mejor puedes hacer un trueque: un ejemplar a medio leer de *A la sombra de las muchachas en flor* por una chica en flor.

—Parece un cambio justo.

Se sentó en el alféizar donde yo había estado leyendo antes de su llegada, y yo me senté en el sofá.

—Te hemos echado de menos en clase —dijo, aún con mi libro en la mano—. Es terrible hablar de literatura sin alguien que la aprecie.

—Me estaba quedando rezagado en mi educación.

—Deberías haber empezado con Nabokov. Es un poco más conciso.

—Ya lo he hecho.

—¿De verdad? ¿Por qué libro?

—*Pálido fuego. Ada*. Algunas de sus primeras novelas rusas.

Pareció complacida pero incómoda al averiguar que había seguido su curso de lectura, y se volvió para dejar el volumen de Proust.

—¿Has avanzado lo bastante como para saber la verdad de Albertine?

—Se insinúa —dije—. Pero el narrador parece un poco obtuso.

—Entonces a lo mejor yo puedo ilustrarte un poco.

Sophie podía ilustrarme, y mucho. Estaba en el último año de secundaria cuando sus padres murieron en un accidente de coche mientras volvían a casa de una fiesta celebrada a unos pocos kilómetros de su casa. Me lo relató como si describiera el argumento de un libro poco convincente que le habían obligado a leer en clase. En aquella época ya la habían aceptado en New Hampton, pero tanto la oficina de admisiones como el psicólogo del instituto le recomendaron que lo aplazara un año. Debieron de imaginar que pasaría ese tiempo con la familia, pero ella no tenía familia digna de mención. Desde que cumplió los dieciocho —«Ya era mayor de edad», me dijo con fingida indiferencia— nada le impedía vivir por su cuenta en casa de sus padres. Escribía durante días seguidos. Cuando no estaba escribiendo, rondaba la librería del barrio, cuya propietaria era una treintañera que había dejado la universidad para hacerse cargo de la tienda cuando sus padres, los propietarios, se

jubilaron. La mujer se llamaba Lila. Le dio a Sophie una lista de lecturas, y juntas dirigían una especie de seminario.

—Y ahora viene la parte sórdida y predecible —me dijo Sophie—. La educación que recibí no fue solo literaria. Si contara la historia determinado tipo de escritor, le daríamos la vuelta al cartel de la puerta y en lugar de «abierto» se leería «cerrado», y en un arrebato pasional caeríamos justo al pie de las estanterías. No fue exactamente así. Pero casi.

Cuando llegó el siguiente otoño, Sophie estaba dispuesta a renunciar completamente a la universidad. Pero unas semanas después de comenzado el primer semestre, Lila le dijo que no quería que el futuro de Sophie pesara sobre su conciencia.

—Yo estaba perdidamente enamorada de ella. Me dijo que podía quedarme en casa o venir a la universidad, lo que prefiriera, pero que en cualquier caso todo había terminado entre nosotras. Desde que llegué a la universidad la he llamado un par de veces. Se muestra amable conmigo, pero no quiere que me haga ilusiones. Para ser sincera, no estoy completamente segura de que me gusten las chicas. Sé que ella me gusta, pero ella no quiere saber nada de mí.

Lo poco que hasta entonces sabía de Sophie —que escribía mejor que los demás, que había leído más libros y mejores, que no acababa de encajar en aquella facultad —cobraba sentido. Me la imaginé sola en la casa vacía de sus padres, escribiendo ese largo relato que había leído semanas antes. No le quitaba mérito, pero lo hacía comprensible.

No había nada que pudiera responderle, así que dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Mi padre murió hace seis meses.

Nunca me decidía a hablar de la muerte de mi padre con mis compañeros de universidad. No sabía qué pensarían los demás. La verdad es que yo mismo no sabía qué pensar. Ya no era exactamente un niño, de manera que no era un caso tan trágico, pero esa pérdida no dejaba de provocar lástima, y quizá eso era lo que me impedía hablar de ello. También tenía la sensación de que algo tan importante se vería degradado en una conversación trivial, se convertiría en algo que me definiría de la misma manera superficial con que a los demás les definía el deporte que practicaban o la música que les gustaba. Pero ahora que tenía la oportunidad de que Sophie me conociera, fue lo primero que dije.

Su única reacción fue asentir con la cabeza, como si dijera: ya lo sé, por eso te encontré.

Y quizá lo sabía. Era un campus pequeño, donde las noticias volaban. Como mínimo, los amigos de Max ya lo sabían. O a lo mejor se lo había contado el propio Max. Era la típica cosa que uno cuenta, colocado y sentimental, al final de una noche como esa. Nunca le pregunté qué sabía de mí el día que vino a mi habitación, pero antes de eso no habíamos mantenido ninguna conversación prolongada que no tratara

de libros, y ahora parecíamos impacientes por comprendernos el uno al otro.

A la semana siguiente la invité a ir a Nueva York a pasar las Navidades. Tener a alguien en casa sería un alivio para mi madre y para mí, y Sophie parecía contenta de tener un lugar adonde ir. Nos acompañó a la misa del gallo de Nochebuena, una vieja tradición familiar que en gran parte se debía a mi padre, y a la que por primera vez asistiríamos sin él. El día de Navidad comimos en casa de mis tíos, y Max presentó Sophie a sus padres como si fuera su invitada.

En años posteriores, a Max le gustaba recordarme que tal vez mi relación con Sophie no habría existido de no haber sido por su visita. Lo decía en broma, pero la verdad es que tenía razón. Lo que quería decir era que yo no tenía ningún derecho especial sobre ella.

Cuando bajé, esperaba encontrarme el habitual caos de la mañana después, pero la sala de Gerhard estaba vacía y limpia, y por las ventanas abiertas se colaban la brisa y los bocinazos de los coches. El lugar se parecía más al ideal que debía tener en mente el propietario al dejar la casa a nuestro cuidado que al aspecto que solía tener habitualmente. Sophie salió de la cocina con una escoba y un recogedor.

—No tienes por qué hacer todo esto —dije.

—No es molestia —contestó—. Me gusta hacer las tareas domésticas. Excepto fregar los platos. Eso te lo he dejado a ti.

Llevaba el pelo recogido, por lo que, vista de frente, tenía el mismo aspecto que cuando lo llevaba corto. También su vestimenta, unos tejanos negros y ajustados y una camiseta negra, me recordaron aquella época.

—Se te ve distinta.

Soltó una risa incómoda.

—Los estragos del tiempo.

—Me refería a que te has cambiado de ropa.

Se rio otra vez, ahora con más desenvoltura, y se miró con fingida sorpresa.

—Esta mañana he ido de compras después de misa. Max me ha dicho que hay una habitación vacía, si no te importa que me quede una temporada. —Sin darme tiempo a responder, añadió—: Siéntate. Te serviré un poco de café.

—Tengo que sacar al perro —dije.

Así fue como Sophie y yo cruzamos Washington Square andando detrás de *Ginger* mientras aquella luminosa mañana otoñal se acercaba al mediodía.

—Publicaste tu novela —dijo.

—Sí.

—Enhorabuena. Lo siento, debería haberte felicitado mucho antes.

—No pasa nada. No es muy buena.

—No —dijo—. No es verdad.

—¿La leíste?

—Claro que la leí.

Cuando el libro se publicó, la primavera anterior, esperaba tener noticias de Sophie, y su silencio había sido un triste recordatorio de nuestra ruptura. Con el tiempo, se convirtió en la única gran decepción que sustituyó a las muchas pequeñas decepciones que rodearon el fracaso del libro, como si todo se resumiera finalmente en la ausencia del único lector cuya opinión me importaba. Y me importaba: todo el libro lo había escrito para ella. Sabía que no valía gran cosa, pero estaba dispuesto a hacer algo más. Lo que más difícil me hacía ponerme a escribir otra vez —o eso pensaba— era saber que ella no estaba escuchando.

—De todos modos, fue un comienzo —dije—. La próxima vez lo haré mejor.

—Qué precoz. A casi todos los escritores les lleva años lamentar su primer libro.

No hacía falta que le dijera que había leído la colección de relatos que había publicado el año después de graduarnos, el libro que le había proporcionado la breve fama literaria que Max tanto ansiaba para nosotros. Sophie y yo todavía estábamos muy unidos cuando ella escribió esos relatos, y yo fui el primero en leerlos.

—¿Cómo llevas tu próximo libro? —pregunté.

—Ya no lo llevo.

—Estupendo —dije—. ¿Cuándo podré leerlo?

—No quería decir que lo hubiera terminado. Nadie va a leerlo.

—¿Se lo has enseñado a tu editor?

Sophie dio un ligero manotazo en el aire, ahuyentando de un golpe mi pregunta y su libro. Nunca había sido de las que menosprecian su obra por cortesía o para provocar vacías palabras de apoyo. Nunca había hecho un drama de eso, nunca había declarado al final de un mal día: Todo esto es una mierda; me rindo. Si decía que había abandonado su novela, lo decía en serio.

Cerca de la fuente, se había agolpado un gentío alrededor de tres adolescentes que bailaban break-dance con música hip-hop de los ochenta. Sophie y yo nos quedamos en la periferia del grupo, mirando a medias a los chicos.

—La semana pasada —dije— me compré en la calle el anuario de mi instituto.

—Esto parece prometedor —dijo—. Cuéntame más.

—Fue en la Sexta Avenida, cerca de la biblioteca de Jefferson Market. Pasé por delante de uno de esos tipos que venden libros de segunda mano en la acera. Leon Uris y Erica Jong. Ejemplares de *Glamour* que tienen quince años. De dónde sacarán toda esta mierda. Y ahí estaba mi anuario. St. Albert, clase del 92.

En realidad, el anuario era del curso superior al mío —la clase de Max— y lo había encontrado meses antes, pero quería contarle una historia, como hacíamos siempre, y esa fue la primera que me vino a la cabeza.

—Me paré y lo abrí para ver las inscripciones. Había pertenecido a un tal Justin. Recuerdo que era un chaval becado, que lo habían trasladado de una escuela pública cuando estaba en sexto o en séptimo. Llegué a conocerlo bastante. No es que fuéramos íntimos ni nada, pero era una escuela pequeña. Todos nos conocíamos.

Supongo que tiró el libro después de graduarnos, o lo regaló, o lo vendió. Con un puñado de viejos libros de texto o algo parecido.

—¿Habías escrito algo en él? —preguntó Sophie.

—Claro —contesté, como diciendo: *Si eso es lo que quieres que haya ocurrido*—. Escribí: «Para Justin: tu secreto está a salvo conmigo».

En días mejores, en ese punto Sophie y yo habríamos comenzado a elaborar un argumento juntos, intentando superarnos el uno al otro, o proponiendo digresiones extravagantes y dejando que el otro retomara el hilo de la historia. Yo le había dado un comienzo fácil, y ahora contemplaba sus esfuerzos por continuar, decepcionado al ver lo mucho que nos costaba volver a las viejas costumbres. Los dos estábamos desentrenados, pero no era solo eso. Ella parecía agotada.

—O sea, que me lo compré —dije por fin—. Me costó dos o tres pavos. Me propuse seguirle la pista a Justin, averiguar a qué se dedicaba y devolverle el libro.

—Pero no lo harás —dijo Sophie.

—No, no lo haré.

—No quieres oír el final.

—Porque la historia es demasiado buena.

Durante la primavera de nuestro primer año, cuando llevábamos solo unos meses siendo íntimos, pero ya teníamos la certeza de que nuestras vidas estaban unidas, Sophie me habló de una costumbre que tenía el joven Henry James. Durante sus primeros años en Londres, James iba invitado a cenar cada noche y escuchaba hablar a los demás convidados. Cuando alguien comenzaba una historia que parecía prometedora, que le proporcionaba una *donnéé*, como denominaba a esos gérmenes iniciales de sus libros, le pedía al narrador que parara. Si sabía cómo iba a acabar el relato, todo su potencial quedaba en nada. Pensé que estaba insinuando que había alguna relación entre nosotros y ese joven aparentemente ocioso que se convertiría en el Maestro al que no se le escapaba detalle.

—Si alguna vez me hubiera hecho eso —dijo Sophie—, lo habría mandado a tomar por culo. Es mi historia, Hank.

Esa fue una de las largas noches que pasamos en la habitación de Sophie, fumando Camels sin parar y bebiendo Jameson. Ella dominaba a ese whisky «mi irlandés», una antigua expresión de su padre. Quizá debido a su situación familiar, a Sophie le habían concedido una habitación individual, algo muy raro para los novatos, y en aquella época puede decirse que yo me había mudado con ella. Compartíamos la cama, aunque eso significaba cosas distintas en momentos distintos. Gran parte de nuestro ardor lo gastábamos charlando y bebiendo, y cuando acababa la noche estábamos agotados. En otras ocasiones nos poníamos a follar como si fuera una conversación; era importante, desde luego, pero también todas las demás cosas que hacíamos juntos.

Por la mañana nos despertábamos resacosos y escribíamos mientras todos los demás se iban a clase. Podíamos pasar horas separados por menos de un metro sin decir palabra. Después de comer, íbamos a pasear.

Henry James, hablando de sus días en Londres, de cuando volvía a casa caminando cada noche después de la cena, describió una de sus novelas como «el fruto maduro y redondo de los paseos». Creo que nuestra relación era esa. Comenzó con los paseos que dábamos al salir de clase, pero se desarrolló en esas largas tardes de primavera, cuando salíamos del campus y vagábamos por el pueblo de New Hampton.

Fue entonces cuando comenzamos el juego de contar historias juntos. Uno de nosotros miraba a una anciana y a un joven que caminaban juntos por la calle y decía: «Todo el mundo cree que es mi madre, esa es la parte más difícil de estar enamorado». Media hora más tarde ya habíamos bosquejado toda una relación. Uno u otro, o los dos, quizá intentara escribir algo de esa historia, pero esa no era realmente la cuestión. La cuestión era que había historias en todas partes, esperando ser descubiertas mediante la invención.

Cuando yo era niño tenía un juego solitario: cerraba los ojos y contaba los pasos mientras caminaba por la calle. Al cabo de uno o dos, todavía percibía exactamente dónde me encontraba en relación con el mundo. Al tercero me sentía incómodo, y al cuarto o quinto abría los ojos con gran alivio y descubría que cuanto me rodeaba me resultaba familiar, veía que podría haber seguido durante muchos más pasos. Pero ya era demasiado tarde; lo único que podía hacer era empezar otra vez. Así era como escribía antes de conocer a Sophie: empezaba con gran entusiasmo y esperanza, que sobrevivían una página o dos a pesar de la creciente desorientación. A la página seis abría los ojos temiendo estar completamente perdido. Fue durante esos paseos, contando esas historias, cuando aprendí a mantener los ojos cerrados, a abandonar este mundo y vivir en otro el tiempo suficiente para que pareciera real.

Cuando nos cansábamos de contar historias, hablábamos de lo que habíamos leído aquella mañana: una novela de John Hawkes, un poema largo de Merrill o Stevens. Hablábamos de ellos tal como ella me había hablado de los Beats o de Nabokov en nuestro primer paseo juntos, tal como imaginábamos que cada uno de esos escritores hablaba de los demás. Alfred Kazin dijo en una ocasión de Saul Bellow que fue la primera persona que conoció que hablase de Lawrence y Hemingway no como ídolos, sino como rivales. Así era como intentábamos hablar nosotros. No fingíamos estar a la altura de los escritores que adorábamos, pero todos éramos del mismo ramo. A veces también hablábamos de nuestras clases, pero solo para menospreciarlas.

—Querían hablar de lo que hemos *aprendido* de Keats —dijo Sophie—. Es como preguntar qué aprendes de echar un polvo. Aprendí que me gusta cómo hace que me sienta.

Caminábamos hasta quedar agotados, y entonces nos sentábamos en la acera para

descansar antes de regresar al campus. Más o menos por esa época ambos leímos un ensayo en el que Thoreau propone el francés *sans terre* como raíz del verbo «to saunter». Un auténtico paseante, decía, es alguien que carece de tierra propia. Nuestros propios vagabundeos poseían ese elemento de desarraigo. Había algo desesperado en nuestra manera de caminar, al igual que había algo desesperado en nuestra manera de leer y escribir, en nuestra manera de beber y fumar cuando por fin regresábamos a su habitación.

Durante otra de nuestras sesiones nocturnas, Sophie contó que el novelista visitante medio famoso que había impartido el taller en otoño la había besado en sus horas de visita. Cuando me lo dijo, ese novelista ya no estaba en el campus, y quería que ella lo visitara en Nueva York.

—¿Vas a ir? —le pregunté.

Echó un buen trago de su irlandés y se le arrugó la cara. Sacudió la cabeza.

—Sería una gran historia —dijo.

Esta frase se había convertido en un estribillo para nosotros, y significaba cosas distintas en distintos momentos. Hablábamos de nuestra vida casi exclusivamente como material literario, como un primer borrador en el que uno aprendía lo que luego funcionaría en la página. Si Sophie consideraba que coger el tren de Nueva York era la mejor manera de sacar una historia de la proposición de nuestro profesor, entonces eso es lo que haría. Pero la expresión también sugería lo contrario: que las historias podían liberarnos de la experiencia, permitiéndonos pasar días seguidos en silencio el uno junto al otro sin tener la sensación de que nos estábamos perdiendo lo que ocurría en el mundo. Si conseguías que un relato cobrara vida, entonces no necesitabas vivirlo. De manera que su respuesta, en realidad, no decía nada de sus intenciones.

En New Hampton nadie salía con nadie, pero compartir cama en régimen de más o menos exclusividad se consideraba salir juntos. En este sentido, el término se aplicaba a nosotros como se aplicaría a cualquier otra pareja. Para nuestros amigos, Sophie y yo llevábamos varios meses saliendo. Pero ella seguía hablándome de Lila, y de vez en cuando se esforzaba en recordarme que lo nuestro no era nada fijo. Además de otras cosas, hablarme de la invitación de nuestro profesor era una manera de recordármelo.

Otra historia que le gustaba contar, heredada de Lila, era sobre Edmund Wilson y Edna St. Vincent Millay, que había sido compañera de clase de la hermana de Wilson en Vassar. Después de que Wilson descubriera la obra de Millay en una antología de alumnos y la ayudara a labrarse un nombre en Nueva York, esta se convirtió en la gran belleza bohemia. Todo el mundo se enamoró de ella, y Wilson el que más. Un día, en el porche trasero de la residencia familiar de los Millay, el crítico más importante de la época se arrodilló delante de ella y le propuso matrimonio. Después de pensárselo un momento, ella contestó: «Supongo que eso sería una solución». Ella supuso que se lo proponía como favor, para ofrecerle una conveniente capa de respetabilidad debajo de la cual pudiera seguir escribiendo sus poemas y acostándose

con los hombres y mujeres que le apeteciera. Pero lo único que pretendía Wilson es que fuera su mujer.

Cuando acabó el curso académico, regresé al apartamento de mi madre y Sophie volvió a su gran casa vacía de Connecticut. Esperaba poder pasar el verano con Lila en la librería, pero al llegar se encontró con que estaba cerrada. Lila respondió a su e-mail al cabo de unos días, diciendo que estaba de viaje por Europa, practicando las lenguas que sabía porque pretendía volver a la universidad. Sophie me lo contó durante una de sus visitas a Nueva York de ese verano. No dio a entender que el fin de sus esperanzas con Lila influyera en nuestra relación. Se quedó a pasar el día, cenó conmigo y con mi madre y cogió el tren de vuelta.

De haber estado mi padre vivo, aquel verano me habría obligado a trabajar. Pero no estaba, y a mi madre, ocupada de nuevo en su trabajo inmobiliario, le hacía feliz que yo fuera y viniera a mi antojo. Pasé casi todo el verano leyendo y escribiendo, pensando en que Sophie hacía lo mismo en Connecticut, y con la sensación de que estábamos juntos. Las estrellas, dice Thoreau, son los vértices de unos maravillosos triángulos.

En otoño, de nuevo en el campus, todo volvió a ser como antes. Ahora los dos disponíamos de una habitación individual, pero era siempre en la suya donde pasábamos los largos días y las largas noches, bebiendo, hablando y leyendo. Teníamos que escoger nuestras asignaturas antes de regresar, pero Sophie no había rellenado los impresos, y me preguntó cuáles había elegido yo. Se matriculó en introducción a la historia antigua y en la clase de filosofía que yo había escogido, pero negó con la cabeza al ver el curso que a mí me había parecido evidente.

—Esos talleres de escritura son absurdos —dijo.

Y así fue como renunciamos a nuestros talleres literarios, aunque fueran la razón por la que ambos habíamos ido a estudiar a New Hampton. A partir de entonces solo nos enseñamos nuestros escritos el uno al otro.

Sophie regresó al campus con un montón de relatos, quizá una docena. Uno se titulaba «Profesor visitante», y con el tiempo se convertiría en el título de la colección. El narrador de la historia es una alumna universitaria que va a Nueva York a una cena romántica con un profesor mayor al que idolatra. Sabe que el hombre quiere acostarse con ella, y no le parece mal. Pero fuera del aula el hombre carece del encanto y seguridad en sí mismo que la había atraído. Se emborracha y despotrica vergonzosamente de su mujer, que lo ha abandonado. La narradora lo consuela. A la estudiante el apartamento en el que él vive desde que su mujer lo echó de casa le recuerda otras habitaciones del colegio mayor donde la han llevado otras veces a altas horas de la noche, pero de todos modos decide quedarse con él. Cuando van a su dormitorio, el profesor está demasiado borracho para hacer nada más que intentar darle un puñetazo y decirle que se vaya. En la última página del relato, la narradora

está sentada en Penn Station esperando el tren que ha de devolverla a Nueva Jersey, pensando en el muchacho del campus al que ama. Piensa en cómo describir la velada, preguntándose qué clase de historia quiere que sea, si quiere convertirla en una comedia o en una tragedia, o una mezcla de ambas.

Entre la noche en que me habló del beso en el despacho hasta el día que me entregó esas treinta páginas, Sophie no había mencionado ni una vez al profesor. Yo no sabía si había ido a verlo o si se lo había inventado. Tras leer el cuento, fui incapaz de preguntar. No solo porque no quería admitir que estaba celoso, sino porque la historia convertía la verdad en algo irrelevante. Lo que importaba era el relato. Eso al menos creíamos entonces. Ahora creo que estábamos equivocados. Lo que ha ocurrido sí que importa, aunque solo podamos saberlo cuando es demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Esencialmente, todo lo que acabó formando parte de su colección de relatos — una colección que ganó premios, que «anunciaba el debut de un gran escritor americano», tal como escribió ese mismísimo profesor visitante en la sobrecubierta del libro— fue escrito durante esa época. Mi propia obra era bastante potente, para ser la de un estudiante, pero la decisión de abandonar los talleres equivalía, en cierto modo, a declarar que nos juzgábamos según otros criterios. Y según esos criterios más elevados, a mí todavía me faltaba un poco. Era algo que los dos reconocíamos sin ningún malestar especial: ella era simplemente mejor que yo. Pero yo mejoraba, escribía con ella en mente, sabiendo que no me dejaría pasar ni una. Y disponíamos de todo el tiempo que necesitábamos. Jamás dudamos de que los dos lo conseguiríamos. Tenía que ocurrir, porque lo deseábamos con todas nuestras fuerzas. La certeza de ese deseo nos permitió no hacer caso de cuanto nos rodeaba, entregarnos por completo a nosotros mismos.

Es lo que echo de menos de aquellos días: la libertad de desear; la creencia de que nuestros deseos nunca nos decepcionarían, siempre y cuando permaneciéramos fieles a ellos; la sensación de que podíamos escoger nuestro destino, como si el destino no fuera exactamente la falta de elección.

A pesar de todo, tampoco quiero dar la impresión de que pasamos tres años juntos en un ambiente cerrado. En muchos aspectos, vivíamos como todos los demás estudiantes. A la hora de comer nos sentábamos con nuestros compañeros de clase y hablábamos de lo que suele hablarse a la mesa. Íbamos a clase cuando estábamos de humor para ello, y en esos momentos del año en que resultaba inevitable si uno quería aprobar. Los días soleados al comienzo y al final del año académico nos uníamos al resto del mundo en el patio, nos tumbábamos sobre una manta a la sombra del falso gótico de nuestro colegio mayor, y echábamos furtivos tragos de latas de cerveza caliente. Los fines de semana a veces nos íbamos a beber con los demás. Pero cuando llegaba el lunes por la mañana, comenzábamos la semana juntos, leyendo y

escribiendo en el sofá de Sophie, y pasaban días en los que apenas hablábamos con nadie más.

Cada pocos meses, ella me cerraba la puerta. Levantaba la mirada del libro que estaba leyendo con total indiferencia y preguntaba: «¿No crees que deberías marcharte?». O a lo mejor, al final de nuestro paseo habitual, anunciaba que volvía a su habitación en un tono que dejaba claro que yo no estaba invitado a volver con ella. Las primeras veces que esto ocurrió, le pregunté si había hecho algo mal. Me miró como si me estuviera comportando de manera ridícula. ¿Tan extraño era que deseara un poco de tiempo para sí misma? Claro que no, solo que no era ese el trato que yo pensaba que habíamos hecho.

Al final acabé viendo esos paréntesis —los más cortos duraban unos pocos días, los más largos unas semanas— como parte del ritmo del tiempo. Incluso proporcionaban cierto alivio. En cuanto estaba lejos de ella, me daba cuenta de lo restrictiva que podía llegar a ser nuestra vida juntos. Y sin embargo, regresaba ansioso a esa vida en cuanto ella volvía a aceptarme.

Mientras tanto, acabé comprendiendo que había ciertas reglas. Cuando ella me dejaba fuera, yo no podía dar el primer paso para volver. Tenía que esperar a que ella viniera a mí, cosa que finalmente hacía, por lo general en mitad de la noche. Me despertaba suavemente y entonces me la encontraba encima de mí.

Sabía que durante esos paréntesis se acostaba con otros chicos. Eran rubios, risueños, frívolos, se especializaban en empresariales y jugaban a squash. Parecían buena gente, aunque perplejos al recibir de pronto las atenciones de Sophie. Nunca intentaba ocultarme esas relaciones, cosa que, por otra parte, habría sido imposible en una facultad tan pequeña. Y también habría sido imposible evitar que nos encontráramos. Sabía que acabaría viéndola cada pocos días, cuando se dirigía a clase con un grupo de chicas o incluso con el muchacho que tenía a prueba. Me saludaba o me sonreía como si yo no fuera más que otro amigo, y su nuevo acompañante, que sabía que Sophie y yo habíamos estado «juntos» de una manera inconcreta, agachaba la cabeza con deferencia.

Lo que yo sentía no era tan simple como los celos. Sophie se me volvía borrosa. La veía a través de los ojos de sus otros chicos, para quienes representaba un capricho divertido o simplemente una chica más. Peor aún, cuando no tenía su atención me desconcentraba. No era solo mi escritura, sino toda mi vida, lo que había compuesto con un solo lector en mente.

Mientras cruzábamos Washington Square, muchos años después, de nuevo paseando juntos, todo volvía a ser como antes. Se me ocurrió que a lo mejor estábamos a punto de comenzar una nueva vida juntos, como si los años anteriores hubieran sido uno de esos interludios habituales, y su matrimonio con Tom otra aventura con uno de esos muchachos que encontraba por ahí. El público que rodeaba a los bailarines había

crecido hasta incluirnos, y *Ginger* corría en círculos estrechos alrededor de mis piernas, rodeándolas con la correa como si me estuviera tendiendo una trampa.

—Te lo puedo dar, si quieres —le dije a Sophie. Seguíamos hablando del anuario, pero yo me refería a la idea, al germen que representaba—. No me ha inspirado mucho.

—He acabado con todo eso —dijo—. No solo con la novela. —Pareció sorprendida de tener que decirlo, como si yo tuviera que haberlo adivinado con solo mirarla. Y a lo mejor debería haberlo adivinado; volví a fijarme en lo cansada que parecía, lo perdida que estaba—. Lo he dejado.

¿Había sido una decisión reciente, quizá relacionada con el final de su matrimonio, o lo había dejado mucho antes? Podría habérselo preguntado, pero no lo hice. La Sophie que había existido todos esos años, cuya vida había transcurrido en paralelo a la mía, aunque sin que pudiera verla, a quien todo ese tiempo había estado enviando mensajes secretos que, creía yo, de algún modo había recibido e incluso respondido, esa Sophie seguía comprometida con nuestro gran proyecto. Parecía imposible que hubiera abandonado sin que yo lo supiera. Así que decidí creer que lo había dejado hacía poco, que había acudido a mí para que la ayudara.

A veces se despertaba demasiado pronto, al rayar el alba, antes de que el mundo estuviera preparado para ella. A continuación oía un zumbido a lo lejos que un oído poco avezado podía confundir con la lluvia o un aparato de aire acondicionado en funcionamiento, pero ella sabía lo que era: el sonido de todos los elementos que componen una vida flotando fuera del lugar que les corresponde, esperando una llamada para volver a colocarse. En ese momento, antes de que esas partes hubieran respondido a su llegada, todavía era posible que un nuevo pasado se formara detrás de ella, se organizara delante de ella un nuevo futuro, una vida distinta que la acogiera en su seno.

Cuando Tom estaba allí, sus inquietos ronquidos hacían que todo cobrara la forma de la vida a la que ella pertenecía, en lugar de adoptar una de las muchas que ella podía haber seguido y no siguió. Pero cuando él viajaba por asuntos de trabajo solo se oía ese zumbido, y las posibilidades flotaban de nuevo.

En aquella ocasión, Tom se despertó a su lado. Abrió los ojos a la habitación en penumbra y vio a su mujer incorporada en la cama.

—¿Un sueño? —preguntó, dándole a la palabra una cadencia de preocupación. Estaba guapo en la oscuridad.

—Un sueño —contestó ella, y los dos ya volvían a dormirse.

Desayunaban con calma. Incluso cuando Tom tenía mucho trabajo, su horario laboral comenzaba tarde, una nimia ventaja en la vida de un joven abogado. Aquella mañana Sophie preparó huevos revueltos y los sirvió sobre una tostada de trigo integral. El silencio en medio del cual desayunaron no le pareció incómodo.

El primer día después de que ella fuera a buscar al padre de Tom al hospital, lo notó un poco distante. Sophie pensó que estaba enfadado, lo cual parecía lógico, aunque seguía creyendo que ella había obrado correctamente. Cuando pasaron dos días y él seguía igual de distante, sospechó que Tom estaba más avergonzado que otra cosa. Había visto algo que él quería que no viera nunca. Quiso decirle: *Ese hombre no puede mostrarme nada que me haga quererte menos*. Quiso decirle: *No tenemos que escondernos nada*. Pero lo único que dijo fue:

—Se está muriendo. No durará mucho más.

Tom no había reaccionado de ninguna manera a la noticia. Tampoco le había

preguntado qué había hecho en compañía de Crane, de qué habían hablado, qué aspecto tenía su padre. Ni siquiera le preguntó si habían hablado de él. A Sophie le costaba creer que no quisiera saber esas cosas. Y sin embargo él siempre había sido inflexible, desde el primer día de su relación; aquel tema siempre había estado vetado. Sophie ni siquiera sabía qué cosa tan horrible había hecho Crane para que su hijo no mostrara ningún interés por él.

—No quiero que vuelvas a verle —había dicho Tom. No era exactamente una orden. Tom nunca le decía lo que tenía que hacer, pero comprendía la fuerza de sus deseos, una fuerza mayor que la de cualquier orden. Y ella tampoco deseaba volver a ver a Bill Crane. Era algo que le daba miedo.

Pasó una semana antes de que Tom volviera a ser el de siempre.

—¿Quieres que me pase esta tarde por la oficina? —le preguntó Sophie para romper el silencio—. Podríamos ir a tomar un café o lo que sea.

—Me encantaría —dijo Tom, cosa que, sabía Sophie, significaba que eso no iba a pasar—. Hoy tengo un día duro. Tenemos que llevar a los veraneantes a comer, y esas cosas se eternizan, de manera que no podré salir de la oficina cuando vuelva.

Los veraneantes eran los alumnos de la Facultad de Derecho que trabajaban para la empresa durante las vacaciones. No hacía mucho Tom también había sido veraneante, y esas palabras de su argot profesional eran casi todo lo que Sophie había llegado a saber de su trabajo.

—Otro día —dijo ella. Era importante que Tom se diera cuenta de que no estaba molesta por no poder contar con él, pues era parte de la vida que habían elegido, y después de todo, a menudo, y a su manera, tampoco se podía contar con ella—. Te llamaré.

Caminaron juntos hasta las escaleras del metro de Lexington, donde Sophie dejó a Tom antes de continuar otra manzana hasta St. Agnes, la iglesia donde iba a misa cada mañana. Cuando llegó para el oficio de las diez, había otros cinco fieles desperdigados por los tres primeros bancos. Estaban las dos viudas, que tenían ya sus ochenta y pico años, y que asistían a misa cada mañana y siempre intercedían por el alma de sus maridos durante la oración de los fieles. También había una mujer de mediana edad que no asistía cada día, pero sí muchos días, acompañada de su hijo, que debía tener unos treinta y algo, pulcramente vestido y perfectamente afeitado, aunque despistado e infantil: su mandíbula inferior daba vueltas con compulsiva terquedad, indicando alguna vaga discapacidad.

Solo el hombre de la segunda fila no era un habitual. Llevaba traje y corbata, y tenía el pelo gris y muy repeinado para atrás; se arrodillaba incómodo con la cabeza gacha y los ojos muy apretados. Por su aspecto se diría que vivía en el barrio, aunque el hecho de que Sophie no lo conociera y la desmaña con que ocupaba el banco sugerían que había entrado en la iglesia de manera impulsiva. Dichos personajes no

eran infrecuentes en St. Agnes, aunque su asistencia siempre era efímera. Sophie siempre se preguntaba qué emergencia espiritual —una enfermedad, alguna muerte o algún acto irrevocable cuya culpa deseaban expiar— impulsaba a esos fieles a cumplir entre desconocidos un ritual al que estaban poco acostumbrados o que habían abandonado hacía mucho. Pero al poco Sophie se olvidó de él e inclinó la cabeza hasta que el sacerdote salió de la sacristía para iniciar la misa.

El padre Seneviratne era un hombre tímido y atento cuya voz a veces incomprensible se quebraba cuando cantaba el Gloria y el Agnus Dei. Cuando llegó a la parroquia tres años antes, parecía serenamente estupefacto ante el hecho de que su vocación le hubiera llevado a miles de kilómetros de su país para proporcionar un consuelo provisional a los acaudalados blancos del Upper East Side de Manhattan.

Unas semanas después de su llegada, Sophie invitó a Seneviratne —su nombre de pila era Sameera, y él le pidió que lo llamara Sam— a su apartamento a tomar el té. Al ser una conversa, ella tenía poco trato con los aspectos culturales de la Iglesia. Lo que sabía, o creía saber, procedía de los libros, casi todos ellos de más de una generación de antigüedad. Sophie lo había invitado suponiendo que esa era la costumbre cuando un nuevo sacerdote llegaba a la parroquia, pero Sam, al aceptar, le hizo saber que no había recibido muchas invitaciones.

Dos días después, tras la misa, ella lo esperó delante de la iglesia mientras él se cambiaba. Salió de la casa contigua a la parroquia tras haber cambiado su vestimenta por unos pantalones caqui, una camisa de algodón grueso con botones en el cuello y un blazer azul. Parecía casi un escolar, aunque Sophie intuyó que tendría ya treinta y tantos. Sam le agradeció de nuevo su invitación mientras doblaban la esquina y pasaban junto a lo que antes había sido una casa de pisos y ahora eran unas casas unifamiliares que se vendían por millones de dólares.

—Me alegro de estar aquí —dijo Sam, respondiendo a una pregunta que Sophie no había formulado.

—Es un barrio bonito —contestó Sophie. Entendió que él se refería a una zona más amplia que las pocas manzanas que rodeaban la iglesia.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí? ¿Desde que era niña?

—No, solo desde que acabé la universidad hace unos años.

Mientras se encaminaban hacia el este, las casas unifamiliares dieron paso primero a los edificios de apartamentos de Park Avenue, y luego a las zonas comerciales de Lexington y la Tercera, y por fin al enorme rascacielos de la segunda avenida, donde Sophie vivía con Tom.

—¿Es usted de la India? —le preguntó Sophie mientras subían en el ascensor.

—Soy de Sri Lanka —dijo Sam, y el mero hecho de pronunciar las palabras pareció abrir una puerta en su interior.

Cuando se hubieron acomodado en el apartamento, Sophie sabía muchas cosas de

su vida. Se había educado como católico —«En mi país hay todo tipo de religiones», dijo— y había estudiado en una escuela católica de Colombo. Había decidido hacerse sacerdote muy joven. Durante su infancia hubo una larga guerra civil en la que murieron varios miembros de su familia, y el sacerdocio parecía la mejor manera de huir a Europa o los Estados Unidos. Lo dijo sin el menor tono de disculpa, sin dar la sensación de que fuera una razón imperfecta para abrazar una vocación. «¿Y por qué no?», se dijo Sophie. En la parroquia hacía un trabajo que nadie más parecía dispuesto a hacer.

—Durante tres años estuve en Irlanda —dijo, aún un poco asombrado ante la idea—. Y ahora estoy en Nueva York.

Y eso era todo. Ahora era Sophie la que tenía que hablar, pero no se le ocurría nada que decir. Su privilegiada infancia en una región de caballos de Connecticut de repente la avergonzó. Incluso las dificultades que había pasado parecían relativamente insignificantes. Pensó en hablarle de su conversión, de sus sentimientos religiosos, pero le parecieron cosas demasiado íntimas y que de todos modos no venían a cuento. El propio Sam había hablado de la Iglesia como una institución, y de lo que esta le había proporcionado a su familia y a él, pero no había mencionado a Dios.

De manera que se quedaron callados, bebiendo té y comiendo unas galletas que Sophie había comprado para la ocasión. Parecía una primera cita, o lo que ella imaginaba que sería una primera cita, pues era algo que en realidad nunca había experimentado. Pilló a Sam mirando el escritorio que había detrás de ella, donde reinaba el caos. Había limpiado gran parte del apartamento antes de su llegada, pero había dejado montones de papeles —el manuscrito que pugnaba por nacer— tal como estaban.

—Soy escritora —dijo entonces.

—¿De verdad? —preguntó Sam—. ¿Escribe? Estoy buscando un escritor.

Todo el cuerpo de Sam pareció expresar su entusiasmo ante la idea, y comenzó a hablar más de prisa, de manera que Sophie se esforzó por entenderlo. Estaba recaudando dinero para una organización benéfica de Sri Lanka que buscaba un hogar para los niños desplazados por la guerra. Había una fundación que podía ayudarles, pero había que rellenar las solicitudes, los impresos, y escribir no era su fuerte.

—Ser escritor es algo muy útil —dijo—. Si es usted escritora, a lo mejor me podría ayudar.

Tres años más tarde, el padre Seneviratne —con ese nombre pensaba en él durante la misa; en las demás ocasiones era Sam— llegó al altar, se volvió hacia la congregación y los saludó.

Después de su conversión, a Sophie le había llevado mucho tiempo comprender

que muchas de las formalidades que había leído acerca de la Iglesia pertenecían a una época distinta y ya no se practicaban. Incluso entonces, le sorprendía lo informales que podían ser a veces esas misas de diario. Algunos días le habría gustado que el sacerdote le diera la espalda y salmodiara en una lengua muerta, la mejor manera para lograr el imprescindible esplendor. Pero en esas breves ceremonias matinales Sophie había acabado encontrando algo más práctico que sustituía a lo sublime, al igual que había acabado viendo la santidad en el padre Seneviratne, aun cuando él mismo admitiera que su camino al sacerdocio había estado guiado por intereses terrenales.

La misa fue breve, y al salir Sophie estrechó la mano de Sam y le besó la mejilla antes de volver a casa. Una vez en el apartamento, se sentó al escritorio y abrió un cuaderno. Generalmente pasaba gran parte del día ante el ordenador, investigando por internet, pero seguía escribiendo todo a mano y con todas sus letras. No sabía trabajar de otra manera. Debía terminar el borrador de una propuesta para una clínica de logopedia a la que Sam la había remitido. La clínica trabajaba con niños a los que se les había hecho un implante coclear: habían nacido sordos y de repente oían. Al parecer, en algunos casos las complicaciones causadas por la recuperación del oído eran más peligrosas que la propia discapacidad. Pero la mente de Sophie se había despistado y había escrito algo muy distinto.

En cuanto sonó el teléfono lo cogió. Solo entonces se dio cuenta de que llevaba toda la semana esperando oír ese sonido, esperando que Bill Crane la llamara otra vez.

—Eres una muchacha difícil de localizar, Sophie Wilder.

Solo una persona llamaba a ese número y la llamaba por su nombre de soltera.

—Greg —dijo Sophie—. No te he estado evitando, lo juro.

—Escucha —dijo de buen humor. Siempre era amable y jovial cuando hablaba con ella—. He estado pensando en tu nuevo libro.

—No me digas.

Casi todos los agentes literarios, al menos eso creía Sophie, simplemente se olvidaban de un escritor que había perdido el interés en escribir. Pero, según Greg, su libro de relatos había ido muy bien, y él le tenía una gran lealtad. Sophie a veces pensaba que no estaría mal que expresara esa lealtad guardando un disimulado silencio. La verdad era que él no había sabido aprovechar el éxito de Sophie en beneficio de su propia carrera, y también necesitaba que escribiera otro libro. Había fingido una gran comprensión cuando ella le anunció que abandonaba años de trabajo, pero ahora tenía mucho interés en que saliera algo de todo aquello. Cada pocos meses la llamaba para ver cómo iba todo, y a menudo le proponía alguna idea.

—¿Has pensado en escribir algo un poco más... autobiográfico?

Sophie estaba segura de que eso ya se lo había propuesto antes.

—¿Te refieres a un libro acerca de una mujer de veintitantos que intenta escribir un libro en Nueva York? ¿No crees que eso ya se ha hecho?

—A la gente le gustan las cosas que ya se han hecho. Sabe qué terreno pisa.

Además, tú darías al tema una perspectiva femenina. Eso sería una novedad.

—Cada vez que baso algún personaje en mí, lo mato a mitad de la historia.

Lo que evidentemente pretendía ser una carcajada le llegó a Sophie como un resuello no muy saludable.

—Pues mávalo. Le añadiré patetismo.

—Lo pensaré —dijo Sophie.

—Te digo todo esto porque no hace mucho comí con un editor que me dio un nuevo libro que está dando mucho que hablar. Acabo de terminarlo, y me ha hecho pensar en ti. Es decir, no es ni la mitad de bueno que tú, pero está en una línea que podría irte bien. Te lo mandaré, y me dices qué te parece.

—De hecho —le contestó Sophie—, no hace falta que me lo mandes. He empezado algo, y la verdad es que está saliendo muy bien.

—Estupendo. Cuéntame.

Solo cuando Greg mostraba auténtico interés, su entusiasmo habitual parecía falso en comparación.

—Para empezar, no es autobiográfico. Trata de un anciano. Un anciano solitario que se está muriendo, solo en una habitación, angustiado por sus errores.

—Parece uno de esos libros que no se pueden dejar.

—La verdad es que debería ponerme a trabajar.

—Muy bien —dijo Greg—. Escucha, te mando este libro de todas maneras. Nunca está de más ver qué hacen tus competidores.

No parecía tener muy claro si ella le estaba tomando el pelo. La propia Sophie tampoco lo tenía muy claro. ¿Cómo se le había ocurrido decir algo así? Había pasado gran parte de la semana anterior escribiendo sobre Crane, pero de una manera compulsiva, sin intención de enseñarle el resultado a nadie.

En cuanto hubo colgado el teléfono, repasó aquellas páginas, cosa que antes se había resistido a hacer. La escritura era torpe, de primer borrador. Era el primer esbozo narrativo que escribía en mucho tiempo, y sus herramientas se habían oxidado y mellado. Sintió el fuerte impulso de pulirlo, corregirlo y poner orden, pero eso la comprometería a continuar, y tampoco tenía mucho sentido, pues aquello no podía ir a ninguna parte. Sería demasiado cruel para Tom. De haber considerado la posibilidad de que alguien lo leyera, no lo habría escrito.

No había sido más que una broma para deshacerse de Greg. No necesitaba enseñarle esas páginas ni a él ni a nadie. Pero el mero hecho de pensarlo la frenó en seco, y supo que aquel día no escribiría nada de esa historia.

Poco antes del mediodía, el andén del metro estaba casi vacío, y Sophie permanecía completamente inmóvil, sintiendo el aire viciado y cálido de la estación en la cara. A continuación oyó el traqueteo a lo lejos y se inclinó sobre las vías para ver cómo se acercaban los dos puntos de luz.

Llevaba un libro en el bolso, y de haberse encaminado a alguna parte —a hacer un recado o a encontrarse con un amigo para comer— lo habría sacado para pasar el rato nada más entrar en el metro y sentarse. Pero no iba a ninguna parte. Tenía el bolso cerrado entre las piernas y observaba el vagón.

Sophie creía que el metro era uno de los pocos lugares de la tierra donde uno podía observar toda la vida humana. Todos los neoyorquinos, excepto los más ricos, acababan allí de vez en cuando. Aunque era última hora de la mañana había dos hombres con trajes caros leyendo el *Wall Street Journal* de camino al trabajo. También se veía, en la otra punta del vagón, a una indigente envuelta en una manta a pesar del calor que hacía. Tenía el pelo enmarañado y soltaba un olor que inundaba el vagón. Había entrado en Grand Central, y tras tomar asiento se había puesto a cantar en sordina. Las pocas personas que había cerca de ella enseguida se habían apartado. Sophie no estaba cerca de la mujer, pero no dudaba que, de haberlo estado, también se habría alejado. Se reprendió pensando que el reino de los cielos pertenecía a esos indigentes. Y sin embargo, a nadie le sentaba bien —y mucho menos a la indigente, que no se enteraba de nada— ponerse a su lado, oler la orina que le empapaba los calcetines, como para dar fe. La mujer siguió cantando hasta que se apeó en Astor Place, donde la gente que estaba cerca de Sophie intercambió unas miradas cómplices de alivio.

Al llegar a Spring Street casi ningún viajero sabía que aquella mujer había estado en el vagón unas paradas antes; solo sabían que en el vagón había un olor inusualmente desagradable. En Canal, incluso el olor había desaparecido. Esa era otra de las cosas que a Sophie le gustaban de ir en metro: observar las distintas vidas que llevaba un tren a lo largo de su línea.

—Hemos llegado al final de la línea —dijo la voz automatizada del conductor cuando llegaron a Brooklyn Bridge—. Por favor, apéense del tren.

Sophie no se movió mientras el resto del vagón se vaciaba.

Hacía años que no cogía el tren de la línea seis hasta el final, pero durante meses, en su peor época, había repetido ese ritual casi cada día. Pasaba junto a la estación de metro al salir de misa, y la perspectiva de regresar a su apartamento y ponerse a trabajar otra vez resultaba tan desalentadora que no podía evitar bajar las escaleras, como si el tren pudiera llevarla a cualquier parte.

Esto ocurrió en sus primeros años después de la universidad, cuando vivía en un apartamento más pequeño en el mismo edificio y Tom en la residencia de la Facultad de Derecho, al norte de la ciudad. En aquella época ella estaba escribiendo una novela, porque había prometido hacerlo.

—También querrán los derechos del gran libro —le había dicho Greg, mientras se disponía a mandar su colección de relatos a los editores. Naturalmente que habría un gran libro. ¿Por qué no iba a haberlo, teniendo en cuenta lo joven que era? Sophie

también estaba convencida.

Enseguida vendieron los relatos a un editor, tras dura competencia. La propia autora ya era una buena historia, huérfana y muy joven. El editor que ganó la puja quiso poner énfasis en el «desenfreno» que sugerían los relatos. Fue idea suya titular el libro «Profesor visitante», con la insinuación de que era escabrosamente autobiográfico. Incluso su viraje religioso tenía interés, le había dicho un agente de prensa. («Es como Graham Greene o algo parecido. Quiero decir, ¿quién se convierte hoy en día? Es más habitual que se *desconviertan*».)

Sophie se negaba a hablar de ello. No por timidez ni vergüenza; simplemente se negaba a utilizar su fe para vender un libro. De modo que el libro se vendió sin recurrir a ella. A Sophie, que creía que todo el mundo leía como ella, las cifras de las ventas no le parecieron muy impresionantes, pero todos insistieron en que lo eran. Hubo reseñas, entrevistas y sesiones de fotos. Chavales vergonzosos le declaraban su lealtad en internet. Todo esto le ocupó un año de su vida, durante el cual no escribió nada. Tampoco se esperaba que lo hiciera, por lo que no le costó imaginar que todo aquello acabaría en algún momento.

Más o menos en la época en que los relatos salieron en bolsillo, la gente comenzó a hablar de su segundo libro. Sophie tenía centenares de páginas de relatos que no había incluido en la colección, y parecían bastante semejantes en el tono, el estilo y los escenarios como para convertirlos en algo unificado y completo. Pero cuando se puso manos a la obra, en su segundo año después de acabar la universidad, se dio cuenta de que tenía que volver a meterse en la piel de la chica que había escrito aquellos relatos, la chica que escribía en aquella voz que a todos gustaba tanto. Y era incapaz. Solo era cuestión de corregir y ordenar, pero le suponía un esfuerzo insoportable. No podía creer que todo aquello le hubiera salido con tanta facilidad.

Pasó el tiempo. El último año que Tom estuvo en la Facultad de Derecho, se casaron y se mudaron a un apartamento más grande en el mismo edificio donde ella vivía. Él salía cada día de casa, primero hacia la facultad y, después de aquel año, a trabajar, y los días de ella pasaban igual que antes. Sin saber cómo, dedicó dos años—no dos décadas, ciertamente; tampoco era una gestación insólita para una novela, aunque sí una porción importante de su vida hasta entonces— a un libro que supo que había nacido muerto antes de empezar. De hecho, había pasado aquellos años en compañía del libro, no trabajando en él. Seguía sin saber a qué había dedicado el tiempo. No estaba del todo segura de cómo había ocurrido.

Lo único que señalaba el paso de los días era la liturgia, que entraba y salía del tiempo convencional a través de la Cuaresma, la Semana Santa, el Adviento y la Navidad. Quizá por esa razón durante esa época comulgaba cada día, aunque en los años posteriores a su conversión iba a misa de manera bastante irregular. En aquella época, con el recuerdo de la gran transformación todavía vivo dentro de ella, las obligaciones terrenales de la fe parecían menos acuciantes. Pero dedicar el día a repasar lo que había escrito cuando era una muchacha hacía que se sintiera de nuevo

perdida, y así fue como comenzó a asistir a misa cada día en St. Agnes, para no olvidar la fuerza de su fe.

Y un día se acabó. Dos años de trabajo habían convertido trescientas páginas de buenos relatos en doscientas cincuenta páginas de una novela horrenda. Cuando anunció que iba a empezar de cero, esperaba cólera o decepción. Estaba dispuesta a devolver el dinero, pero su editor ya había abandonado la editorial, de manera que nadie se lo reclamó. Esperaba que Greg, cuando menos, le leyera la cartilla por el tiempo que había desperdiciado. Por el contrario, confirmó la fe que tenía en ella. Sophie se sintió obligada a explicar que, aunque no sabía qué iba a escribir, no se parecería a los relatos que tanto habían gustado a todo el mundo, porque la chica que los había escrito ya no existía. Estaba regenerada. El término era *gennathei anoten*, que para ella no significaba «renacida», sino «nacida desde lo alto». Su segundo libro, cuando llegara, nacería de igual modo de un lugar diferente. Greg le aseguró que le parecía muy bien. Incluso con un punto de vista distinto, con unos valores diferentes, ella seguía teniendo su *estilo*.

Aquello confundió a Sophie, aunque no lo dijo. ¿Qué era el estilo, sino un punto de vista, una serie de valores? Últimamente había leído a San Agustín, que decía que la belleza consistía en la justicia y la aptitud: la elegancia con la que una cosa se adaptaba a sus fines. Sophie entendió que esto significaba que la belleza no podía ser un fin en sí mismo. ¿Dónde quedaba entonces el estilo? ¿Cómo iba a cambiar todas las partes de sí misma menos esa?

Esa preocupación era meramente teórica, porque lo cierto es que era incapaz de escribir, en ningún estilo. A veces se le presentaba alguna idea, hermosa y prometedora. Pero cuando intentaba transmitirla, una especie de afasia se apoderaba de ella. Los objetos e ideas más simples se volvían inefables. Era incapaz de darle nombre a un personaje, de describir si alguien era alto o bajo, por no hablar de participar en la alquimia mediante la cual tales descripciones se convertían en algo parecido a la vida.

De todas las mentiras que podía haber escogido vivir, la de estar escribiendo un libro tal vez fuera la más fácil de colar. Por superstición o por razones más prácticas, casi todos los escritores se niegan a hablar de lo que están escribiendo, de modo que la gente casi nunca les pregunta. Cuando le preguntaban a Sophie, a veces contestaba que todo iba bien; otras levantaba las manos en un gesto de frustración. Pero nadie le pedía que fuera más concreta, ni Tom, ni Greg, ni nadie. Ni siquiera le preguntaban cuándo calculaba que acabaría el libro.

Fue en ese momento cuando comenzó a viajar en tren hacia ninguna parte. El zumbido del metro aliviaba su desazón. Casi siempre seguía la línea más cercana a su casa, pero a veces hacía trasbordo a las líneas cuatro o cinco y continuaba hasta Brooklyn. A veces se apeaba en Borough Hall y regresaba caminando a Manhattan por el puente. Cuando hacía buen tiempo el puente estaba plagado de turistas, que se paraban a hacerse fotos mientras los ciclistas amenazaban con atropellarlos. Prefería

los días nublados, cuando disponía de un buen trecho de acera para ella sola. Contemplaba cómo la niebla se iba posando sobre el río, asombrándose de su numinosa belleza y recordando la época en que el telón se había desgarrado y había vislumbrado brevemente el mundo que había debajo del mundo. Imaginó una vida que solo fuera pasear e ir en metro. Podría llevar una vida así.

Luego Sam llegó a la parroquia, fue a su casa a tomar el té, y le pidió que escribiera en nombre de la organización benéfica de Sri Lanka. De hecho, Sam solo quería que le echara un vistazo a lo que él había escrito, que lo arreglara, que corrigiera la gramática y la ortografía. Pero en cuanto Sophie se puso a la labor supo que tendría que empezar de cero. Compró libros sobre propuestas de subvenciones y dedicó mucho tiempo a aprender la fórmula. Buscó otras fundaciones que pudieran estar interesadas, aparte de la pequeña que Sam ya había encontrado. Se pasó tres semanas escribiendo. Al final mandaron 30.000 dólares a Sri Lanka. Algo que ella había escrito había resultado importante para el mundo. Las palabras que ella había redactado habían cambiado algunas vidas. Le preguntó a Sam si sabía de alguien que necesitara su ayuda, y así fue como consiguió un nuevo empleo.

Cuando ella hablaba de aceptar trabajos por cuenta propia —apenas algo para llenar los días cuando la novela no avanzara—, Tom la animaba. Él había estado orgulloso del éxito de su libro, pero también desconcertado por lo que escribía. Sabía que, en conjunto, la cosa no iba bien. Para él no era importante que ella acabara el libro, solo que fuera feliz. De todos modos, Sophie tampoco renunciaba a la literatura; simplemente se tomaba un descanso. Pero la satisfacción que le proporcionaba lo que escribía ahora, que parecía representar su fe en acción, era demasiado grande para prescindir de ella.

No hubo ninguna declaración solemne. No dijo nada a la gente que esperaba la novela. Pero poco a poco fue comprendiendo que lo había dejado. Sabía que la olvidarían fácilmente. Quizá algunos de sus relatos acabaran en alguna antología, pero la colección se olvidaría, y cuando eso ocurriera Sophie Wilder abandonaría las estanterías. Incluso Greg la acabaría olvidando. Encontraría nuevos clientes, o no, pero en cualquier caso renunciaría a ella. Eso supuso un alivio. Mientras tanto, Sophie toreaba sus llamadas trimestrales, le decía que todo estaba encarrilado y continuaba enviando propuestas a los nietos de capitalistas sin escrúpulos, solicitándoles que mandaran el dinero de sus familias a los comedores benéficos de la parroquia o a programas de adopción. Creía ser feliz con su elección, que de todos modos tampoco le había parecido exactamente una elección. Pero solo había necesitado una conversación para volver a los trenes, a las estaciones secretas.

El tren de la línea seis con destino al centro, tras vaciarse de pasajeros en Brooklyn Bridge, continuó hasta la estación de City Hall, que ya no estaba abierta pero seguía allí, hermosa con sus relucientes tejas. Sophie recordó el día que descubrió aquel

lugar, un destino oculto, le pareció, otro recordatorio del mundo debajo del mundo. Siempre le sorprendía encontrarla todavía allí. Se quedaba sola en el vagón mientras el tren cruzaba la estación y salía de nuevo a la estación de Brooklyn Bridge en dirección a la zona alta de la ciudad.

Sophie salió de allí con intención de regresar a casa, pero cuando llegó a Bleecker se apeó del tren y salió a la calle. Antes de llegar, ya sabía adónde se dirigía. Cuando llegó al edificio de Bill Crane, llamó al timbre, y él le abrió sin preguntar quién era.

A mitad de camino entre la segunda y la tercera planta, le llegó el olor a marihuana por el hueco de la escalera, un olor todavía familiar aunque habían pasado años desde la última vez que fumó, y por lo menos meses desde que lo olió en una fiesta. Ese olor había estado lo bastante presente en su vida anterior como para evocar importantes fragmentos del pasado. Pensó en aquellos días e imaginó a una pareja de jóvenes enrollados viviendo en el edificio entre inmigrantes asiáticos e hispánicos.

Tras llamar una sola vez y oír un breve susurro al otro lado de la puerta, esta se abrió. Crane se quedó un momento bloqueando la entrada, observándola. Antes incluso de oler el humo detrás de él, Sophie supo por su cara, por la flojera cansada de los carrillos, que procedía de su apartamento. Su mirada de confusión fue dando paso lentamente al reconocimiento, pero seguía sin apartarse para dejarla entrar. Era imposible que esperase que volviera, pero no pareció sorprendido al verla. Simplemente intentaba comprender el sentido de su aparición.

—Adelante —dijo al cabo de un momento, retrocediendo.

La limpieza que había hecho Sophie había pasado a la historia, y las carpetas que había amontonado se desperdigaban otra vez por el suelo, como si él hubiera estado trabajando en ellas. Sobre la mesita baja de madera, junto a un montón de libros, había un cenicero de cristal en el que se veía un porro recién encendido. Crane lo cogió y dio una calada mientras ella cerraba la puerta.

—¿Le parece una buena idea? —preguntó Sophie.

—Muchacha, me estoy muriendo —dijo—. Me lo ha recetado el médico.

—¿Es así como funciona ahora?

Ella había tenido la tentación de beber solo una o dos veces en los años transcurridos desde que lo había dejado, pero nunca la de tomar drogas. Pero cuando él le ofreció el porro ella lo aceptó sin pensar, como si obedeciera a las reglas de la casa.

—Siéntate —dijo él, apartando unos libros del sofá. Y ella se sentó.

Sophie apenas dio una calada lenta y no muy profunda, deseando sentir el sabor en la garganta, pero no distanciarse demasiado del mundo.

—¿Sabe Thomas que estás aquí?

Crane podría haber intuido la respuesta, pero parecía desear que ella lo dijera.

—No —dijo ella—. Y no le haría feliz saberlo.

Él le quitó el porro.

—Háblame de él.

Sophie era incapaz de contestar a eso.

—Supongo que si quisiera que usted supiera cómo es, habría venido en persona.

Crane se tomó esas palabras mejor de lo que ella esperaba.

—Entonces háblame de ti.

Se había presentado sin que la invitaran y no podía quejarse, pero no le gustaba ese interrogatorio.

—Soy escritora.

—Eso ya lo sé —dijo Crane—. Eres famosa. Escribiste un libro que iba de folleteo con hombres mayores.

Sophie no supo hasta qué punto era intencionada la maliciosa mirada que le lanzó. Le devolvió el porro.

—¿Qué me dices de tu familia? —preguntó Crane.

—¿Qué quiere que le diga?

Él soltó una carcajada.

—Casi todo lo que necesitas saber de una persona lo puedes averiguar viendo cómo han acabado sus padres.

—Murieron hace años. —No estaba segura de si contar mucho más—. Solo estamos Tom y yo. Y tía Beth.

—Beth. —Pronunció el nombre como si la materializara en la habitación—. Una mujer estupenda, por lo que recuerdo. De todos modos, siempre me pareció un poco fría. Y una especie de fanática religiosa.

—Es mi madrina.

—Ya. ¿Te convertiste, verdad?

Convertirse. Del latín *tornare*, dar vueltas. Como en Eliot: *Porque espero no dar más vueltas*.

Sophie asintió, preguntándose incómoda cuánto sabía de ella.

—¿Fue una petición de Beth, o de Tom?

—De ninguno de los dos. —Sophie no se sentía a la defensiva; solo quería que él comprendiera. Dio otra calada antes de continuar—. No me convertí para casarme con Tom ni nada parecido. Fue una decisión propia.

—¿Pero lo hiciste por Tom?

—A él le importa muy poco —dijo Sophie—. Lo hice por mí.

Se dio cuenta de que él se esforzaba por comprenderlo.

—Supongo que te proporciona algún consuelo.

—Casi siempre me acojona.

Esa respuesta le gustó a Crane. Las arrugas ya profundas de su cara se hicieron más pronunciadas al sonreír. Ella le devolvió el porro y se apoltronó en el sofá.

—Es curioso —dijo él—. Después de tanto tiempo, la gente sigue sin poder pasar sin Dios. Jamás imaginé que sobreviviría a vuestra generación. Incluso los ateos son militantes. No consiguen superar esa idea.

—Casi todos mis amigos son bastante indiferentes a esto —le dijo Sophie—. No

están ni a favor ni en contra; simplemente no piensan en ello.

—Dos cosas llenan la mente con un asombro y un respeto reverencial siempre nuevos y crecientes. El cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral que hay en mi interior.

—Sabe utilizar las palabras —dijo Sophie.

Habían acabado el porro, y Sophie lo aplastó. Emitió un breve susurro donde el cenicero estaba húmedo, y se apagó.

—Es una frase de Kant —dijo Crane. Como ella no respondió, le preguntó—: ¿Qué sabes de mí?

Sophie se preguntó qué respuesta preferiría aquel hombre. A lo mejor le gustaba ser un misterio, le gustaba sorprenderla con lo que sabía de su carrera literaria, mientras que ella estaba en desventaja.

—Solo que existe —dijo—. Y ni siquiera eso lo tengo muy claro.

Después de todo, resultaba ciertamente extraño que Tom le hubiera contado tan poco de su padre. Aunque ya tampoco estaba segura de cuánto sabía Tom, pues no admitía conocer nada de su vida. La auténtica traición por parte de Sophie habría sido enterarse de cosas de Bill que Tom no sabía. Y sin embargo, ¿qué la había llevado hasta allí, aparte de ese deseo?

—La *vía negativa* —dijo Crane—. Esa es la única manera de acercarse a mí.

Si su intención era provocarla con ese amago de blasfemia, se llevaría un chasco. Tras un largo silencio, Crane dijo:

—¿Crees en Dios? ¿O lo único que te atrae es el olor de incienso?

—No —dijo ella—. Creo. ¿Y usted?

—Oh, para odiarle como le odio, tendría que creer en él.

Sophie no estaba segura de poder realizar la excavación que él parecía estar exigiendo. Allí había mucho: toda una vida. Todo lo que sabía ahora de esa vida era que pronto acabaría. No sabía cuánto duró el siguiente silencio. Y entonces probablemente ella habló, aunque tampoco podía asegurarlo. Antes había disfrutado con esa desconexión que sentía cuando se colocaba, con la incertidumbre sobre qué se había dicho efectivamente y qué no se había exteriorizado. Ahora eso la aterraba. Se dio la vuelta y se lo encontró liando otro porro. En ese instante parecía muy viejo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Crane.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —dijo ella—. No estoy segura de por qué he venido.

—Ni yo tampoco —dijo él antes de colocar el material de liar sobre la mesa y acompañarla a la puerta.

Ella quería que Crane le pidiera que volviese, pero sabía que no lo haría.

—¿Está bien aquí solo? —preguntó Sophie.

Él pareció sentir la tentación de ofenderse, pero sonrió.

—Es un poco tarde para comenzar a preocuparse por mí.

Ella se había preocupado por él antes de saber de su existencia. Se lo habría

dicho, pero Crane ya estaba cerrando la puerta. Mientras Sophie bajaba las escaleras, se dio cuenta de que ya estaba escribiendo la escena en su cabeza.

En su penúltimo año de universidad, Sophie alquiló un apartamento en el Village con el dinero que le dejaron sus padres. Estuvo haciendo prácticas en una editorial de poesía, y alguien le presentó a Greg, que se convertiría en su agente literario. Yo le conocí, pero parecía otro de esos jóvenes prematuramente hastiados, recién salidos de la universidad, y que en esa época parecían estar por todas partes, cuyas filas yo aún no sabía que acabaría engrosando. No era más que un asistente, pero le pidió a Sophie que le dejara leer sus relatos y comenzó a mandarlos a todas partes. Vendió uno a la *Paris Review* y otro al *New Yorker*, y le consiguió a Sophie un contrato para publicar un libro. Aquella colección de relatos le permitiría a Greg dejar de contestar el teléfono para su jefe y hacer de agente a tiempo completo.

Aquel verano comencé una novela que alcanzaría las mil páginas antes de que la abandonara. Max, ahora ya licenciado, comenzó a abrir el correo y contestar al teléfono para el semanario donde todavía trabaja. Vivía con otros tres sujetos en un loft de Thompson Street, un gran espacio abierto casi tan idóneo para celebrar fiestas como la casa de Gerhard, algo que Max y sus compañeros de piso solían hacer a menudo. Quiero decir que ese fue el verano en que los tres empezamos a considerar la escritura como un trabajo en lugar de como una manera de estar en el mundo. Quiero decir que perdimos nuestra inocencia, y que posteriormente no estábamos del todo seguros de qué habíamos obtenido que compensara esa pérdida. Sophie y yo comprendimos, sin llegar a admitirlo ante el otro, que el mundo hermético en el que nos habíamos encerrado había comenzado a descomponerse. Pero en realidad todo fue mucho más simple. Ese fue el verano en que Sophie se folló a Max.

Ocurrió a finales de agosto, unas semanas antes de que volviéramos a la universidad. Yo llevaba unos días enfermo, y cuando mejoré, bajé al centro a comer con Sophie.

—¿Cómo está el enclaustrado? —preguntó.

—Me encuentro mejor —contesté—. Todavía bastante enclaustrado.

Ella me habló de su trabajo, que veía con irónica distancia, y me ofreció un esbozo del carácter de todos los personajes importantes a los que supuestamente tenía que intentar impresionar. Pero me di cuenta de que se sentía incómoda por algo. Al salir del restaurante me dijo:

—Todavía no tengo que volver al trabajo.

Caminamos unas cuantas manzanas al norte de Houston Street. Con la

universidad cerrada durante el verano, y en plena canícula, MacDougal Street estaba abandonada, y sus tiendas de artículos de fumador vacías, con la excepción de las exóticas pipas de agua de los escaparates, todas con un aspecto vivo y siniestro.

—Esta noche la he pasado con Blakeman —dijo Sophie.

—¿A qué te refieres?

—A Max —dijo—. Me refiero a Max. Quiero decir que me he acostado con él.

Entonces me di cuenta de que su franqueza era una especie de defensa. Tenía la esperanza de que la cambiante naturaleza de nuestra relación pudiera protegerla ante un grave error.

—Podrías haber elegido a otro.

—No fue así —dijo—. Era tarde, y éramos los últimos en la fiesta. No fue nada importante.

No pronunció ninguna disculpa. Ni siquiera reconoció que yo pudiera esperarla. Le había dejado la iniciativa, y ahora lo único que podía hacer era seguirle la corriente. Conseguí mantener la conversación hasta que llegamos a su oficina en Broadway. Entonces me fui a casa.

Unos días más tarde, Max se presentó en mi apartamento cuando mi madre estaba trabajando. Al principio se refirió vagamente a que Sophie y yo no estábamos realmente juntos. Me recordó lo que yo le había contado de los interludios de Sophie con otros chicos. Incluso le había dicho que no me molestaban. Pero por fin reconoció el hecho como lo que era, y me dijo que lo lamentaba. En definitiva, Max era Max. No podías esperar otra cosa. Los dos sabíamos que yo acabaría perdonándolo. No vi a ninguno de los dos durante el resto del verano, y no sé si ellos siguieron viéndose.

Un día, cuando ya habíamos vuelto a la universidad para nuestro último año, Sophie llamó a la puerta de mi habitación. Cuando abrí, se echó a llorar, algo que nunca le había visto hacer. Esperaba que ella volviera conmigo, que me suplicara que la perdonase.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Necesito tu ayuda.

—Lo siento —dije—. No puedo.

—No se trata de Max —dijo—. Es otra cosa. —Entonces se corrigió—. Quiero decir que no se trata realmente de él.

—Me da igual de qué se trate —dije.

—Estoy embarazada.

Tardé un momento en asimilar la noticia. Era algo bastante verosímil, pero yo quería pensar que no era más que otro relato, este bastante convencional, sobre una joven asustada que se ha metido en un lío.

—Joder —dije—. ¿Tan descuidados habéis sido?

—Sí —contestó.

Ahora pienso en lo que podría haber sido diferente en ese momento. Aun cuando

hubiera comprendido que esa era mi última oportunidad con Sophie, no sé si la habría aprovechado. A lo mejor estaba dispuesto a tirar por la borda la vida que habíamos compartido, una vida que entonces me parecía insoportable. Y a lo mejor tenía razón al sentirme insultado si ella esperaba que yo la ayudara a cargar con las consecuencias de lo que había hecho con Max.

—Ya no puedo ayudarte más —dije.

Pareció profundamente asustada, como si en ningún momento hubiera dudado de cuál iba a ser el resultado de nuestra conversación, y ahora tuviera que recalibrar muchas cosas para asimilar ese giro imprevisto.

—¿Así que no vamos a superar esto? —preguntó.

No contesté.

—Bueno, ¿qué debo hacer, entonces?

—¿A qué te refieres?

—Yo te he creado —susurró.

Tenía razón, aunque en aquel momento eso no cambiara nada. Le pedí que lo repitiera, no porque creyera haberlo oído mal, sino porque quería volver a oírlo, quería que aquella idea me quedara perfectamente clara.

—Te necesito —dijo.

Seguimos encontrándonos en el campus, pero no hablábamos mucho, hasta que un día de principios de invierno fui a la habitación de Sophie. Estábamos a principios de diciembre, se cumplían casi exactamente tres años desde la visita de Max al campus. A lo largo de los años, sus sucesivas habitaciones individuales habían sido casi imposibles de distinguir, pero esa era distinta de las demás, quizá simplemente más limpia. No había papeles ni libros encima de los muebles ni por el suelo. No había porros ni cigarrillos encendidos ni botellas medio vacías.

—No está mal —dije.

—Bueno, sola no puedo hacer tanto daño.

—Supongo que no.

—Oye, Charlie. Lo siento mucho.

—No tienes por qué sentirlo —dije.

—No, de verdad —dijo—. Siento todo lo que pasó. Sabía lo que estaba haciendo. Lamento haber fingido que no importaba. Y siento haber acudido a ti para que arreglaras el estropicio.

—Respecto a eso —dije—, yo también lo siento.

Asintió, y eso fue todo lo que dijimos sobre aquel asunto. Nunca le pregunté cómo había solucionado lo del embarazo.

—He pensado que a lo mejor te gustaría venir a casa por Navidad —dije—. Ya es una especie de tradición. Y a lo mejor podemos arreglar algunas cosas, volver a encarrilarlo.

La invitación pareció sorprenderla.

—Te lo agradezco, Charlie. Pero tengo planes.

—¿Tienes planes?

—Voy a pasar las vacaciones en casa de Tom O'Brien —dijo—. Con Tom y su tía.

Fue así como se alejó hasta quedar fuera de mi alcance.

En cierto modo, me alegré de que hubiera elegido a Tom. Yo había coincidido en algunas asignaturas con él, lo había conocido un poco a lo largo de los años. Era un tipo discreto. Poco imaginativo, me parecía. No me habría impresionado ni aunque hubiera sido uno de esos estudiantes con los que Sophie se liaba un par de semanas en años anteriores, y dudaba que aquello durara mucho.

—¿Vais en serio?

—Estamos juntos desde las vacaciones de otoño.

La gente me lo había estado ocultando, lo que indicaba que mis esfuerzos por superar lo de Sophie habían sido más aparentes de lo que yo pensaba.

—Te gustaría si lo conocieras.

Lo dudaba.

—Seguro que sí —dije—. En cuestión de gustos siempre te he seguido.

Tardé en comprender que Sophie no superaría tan rápidamente la fase de Tom. Dedicué el resto del último año a tratar de imaginar en qué clase de persona iba a convertirme, ahora que ella no estaba mirando. Salí con una chica del curso inferior, con la que aún sigo en contacto y que merecía algo más que la persona que yo era ese año.

Un día me encontré con mi antiguo compañero de cuarto, Dean, que me dijo que sus padres lo habían visitado ese fin de semana. Habían ido a misa juntos, no a la capilla del campus, sino a la iglesia del pueblo.

—Vi allí a Sophie Wilder, sentada sola en la parte de atrás. No sabía que era católica.

—Y no lo es —dije—. Debiste confundirla con otra persona.

—Conozco perfectamente su cara —dijo Dean—. Eras inseparables cuando vivíamos juntos. Te digo que era Sophie.

Valoré la posibilidad.

—Probablemente sea por alguna historia que esté escribiendo.

Posteriormente, otras personas me dijeron que Sophie asistía a misa regularmente, nunca con otros estudiantes, y siempre en el pueblo. Algunos decían que había hablado con el sacerdote de la localidad para que la bautizara, pero parecía un simple rumor y no pensé mucho en ello.

Después de graduarnos, Sophie publicó su colección de relatos, que dedicó a la memoria de sus padres. En la página de agradecimientos, mi nombre aparecía justo

después del de Tom. Aquella colección de relatos le dio fama durante una breve temporada, esa fama local y limitada que era todo a lo que podíamos aspirar. El objeto de esa fama era una chica a la que ya no conocía, pero su causa —sus relatos— la conocía mejor que nadie, mejor quizá que la propia autora. Fue extraño ver cómo ocurrió, cómo fue pasando, y tener que limitarme a esperar a que publicara el próximo libro, como cualquier otro de sus admiradores.

A veces coincidíamos en alguna fiesta, pero yo no pasaba mucho tiempo con nuestros amigos de la universidad, y prefería al displicente grupo literario que giraba en torno a Max. Entre ese grupo, a veces se mencionaba el nombre de Sophie. Algunos la habían conocido el verano anterior y sabían lo que había ocurrido entre nosotros, pero para los demás era solo una chica que ya tenía un contrato para su futura novela. Hablaban de ella con ese tono vagamente suspicaz con el que hablábamos de los escritores jóvenes que no habíamos leído pero cuya reputación juzgábamos inmerecida.

—Fuimos juntos a la universidad —les decía—. Éramos buenos amigos.

La gente se acordaba, supongo, porque a medida que pasaba el tiempo comenzaron a preguntarme: «¿Qué fue de Sophie Wilder?». Y yo me encogía de hombros, preguntándome en secreto lo mismo.

Todo había ocurrido en poco menos de tres años, y a medida que iba pasando el tiempo nada de ello tenía por qué significar nada. Pero para mí sí que tenía un sentido. Aquellos días con Sophie vinieron a ser la piedra de toque con la que medía el paso del tiempo, mis relaciones, lo que escribía, y todo me parecía muy poca cosa. No era solo nostalgia: aunque es posible que hubiera idealizado nuestra relación, no quería recuperar el pasado. Lo que me obsesionaba era que la historia hubiera quedado incompleta, que no hubiera terminado.

A menudo pienso en esas palabras —*yo te he creado*— que puede que dijera o no. Entonces recordé las primeras semanas de mi primer año en la facultad, cuando vagaba por las librerías en busca de todos los libros que ella me había incitado a leer. Sophie me había hecho de guía del mismo modo que Lila la había guiado a ella el año anterior, y ella había acudido al campus con la esperanza de encontrar a alguien con quien compartir todas esas cosas. Como esa persona no apareció, me convirtió en ella. Quizá por eso pensaba yo que las cosas tenían que tener un final diferente: ella no podía abandonar a su propia creación.

Estoy recayendo en mis antiguos hábitos, volviéndome demasiado afectado o demasiado literario; así que dejad que me ciña a los puros y simples hechos. Ya no puedo imaginar a la persona que era antes de conocer a Sophie, un chico cuyo padre todavía vivía, cuya madre todavía estaba anclada a la tierra, no eterizada ni flotando. Toda mi vida anterior a aquel día en que me siguió después de clase es como el esbozo de unos antecedentes pergeñado por Sophie mientras cruzábamos el campus aquella tarde. Sophie Wilder me inventó.

Mientras paseábamos el perro de Gerhard por Mercer Street, esperaba que Sophie empezara a hablar de nosotros. Pero me contó otra historia. Trataba del padre de Tom, un hombre llamado Bill Crane, y comenzaba con una llamada telefónica. Sophie me contó que había ayudado a Crane a salir del hospital, lo había llevado a su apartamento y lo había ayudado a meterse en la cama. Me contó que había limpiado la cocina y ordenado los papeles que había en el suelo. Me describió los presagios que tuvo al presenciar el desorden de aquella vida.

De momento, no estaba mal. Su historia no tenía nada que ver con nosotros. Era una de esas que podríamos habernos contado uno al otro después de cruzarnos por la calle con algún hombre cansado de mediana edad. Yo podría haber cogido el hilo a la mitad y saber cómo acabaría todo entre Bill Crane y su nuera. Me sentía feliz paseando de nuevo con Sophie. Nos dirigimos hacia el este por Bleecker y volvimos hacia el norte por Broadway, para luego encaminarnos otra vez al este hacia Tompkins Square. Nos movíamos sin ninguna lógica aparente, ninguno de los dos guiaba al otro, como había ocurrido siempre. Pero cierta intención por su parte, consciente o no, nos llevó hasta un viejo edificio de apartamentos del Lower East Side.

—Es aquí —dijo Sophie.

—¿El qué? —pregunté.

—El edificio de Crane.

Lo observé atentamente, como si ya supiera que tendría que describir el lugar. La fachada era blanca hasta los bordes superiores de las ventanas del primer piso, pintada con rodillo a brochazos anchos y descuidados, con las manos de los trabajadores todavía visibles en la capa arrugada e irregular de pintura. Después del primer piso, el ladrillo rojo medio desmoronado quedaba al descubierto. En algunas plantas se veían macetas con flores en la escalera de incendios, y en la ventana de la planta baja más cercana a nosotros había unas cuantas luces de plástico de colores y una estatuilla de la virgen María.

Sophie no señaló la ventana de Crane, pero intenté imaginar su apartamento a partir de lo que me había contado. El estado de su vivienda no era muy distinto del de las habitaciones en que ella y yo habíamos vivido juntos, ni del del apartamento en que yo vivía. Aunque yo no tuviera la intención de vivir así en los próximos treinta años, tampoco estaba dispuesto a reconocer la tragedia que significaba esa clase de vida.

Mientras estábamos allí se abrieron las cortinas de la ventana de la planta baja. Apareció la cara de una anciana, rodeada por las luces y la estatuilla, convertida en una presencia parpadeante. No era una cara hostil, pero había algo aterrador en ella. Sophie me agarró del brazo y me alejó de allí. El aspecto de la mujer en la ventana pareció deprimir a Sophie. En aquel momento acabó nuestro paseo, y tomamos el camino más corto hasta Washington Square.

Cuando llegamos, Max estaba fumando un porro en el sofá y mirando *El tercer hombre*. Detuvo el deuvédé y nos preguntó cómo había ido la mañana.

—Hemos hecho el *flâneur* —dijo Sophie—. Ha sido agotador. He perdido la práctica.

Se dirigió a las escaleras. Observé cómo Max la miraba marcharse antes de sentarme junto a él en el sofá. Volvió a poner en marcha la película y me ofreció el porro, que rechacé. En la pantalla, Joseph Cotten le gritaba a un portal en sombras en la Viena bombardeada. En el piso de arriba, una mujer encendía la luz y revelaba la expresión ladina de la cara de Orson Welles, que parecía casi avergonzado de su propio encanto.

—Probablemente merece que se la reconsidere —dije.

Max contempló de manera burlona el porro que se le había apagado en la mano.

—Es una buena interpretación —dijo—, pero siempre me ha gustado más en esos anuncios de vino Mondavi.

—He seguido su sombra —explicaba Joseph Cotten—. Hasta que de repente, bueno, ha desaparecido.

Cuando acabó *El tercer hombre*, Max volvió a ponerla desde el principio. Nunca iba al cine, como no fuera para ver alguna película que tenía que reseñar, pero era capaz de quedarse en el sofá viendo alguna de sus películas favoritas tres o cuatro veces seguidas. Alcanzaba una especie de estado de fuga; la gente entraba y salía de la casa y él no daba señales de darse cuenta.

Todavía mirábamos la película cuando Sophie bajó tras cambiarse de vestimenta: ahora llevaba una camiseta sin mangas y una falda oscura que le llegaba justo debajo de las rodillas. Parecía repuesta, pero un tanto apagada. Había en su cuerpo cierta lasitud, como si acabara de despertarse de un largo sueño.

—Qué guapa estás —dije, cosa que era cierta pero que no venía a cuento. Me dedicó una irónica reverencia para diluir la incomodidad que le provocaba mi comentario.

—Vamos a comer algo —le dije a Max—. Vente con nosotros, si te apetece.

—No puedo —dijo—. Tengo que escribir algo en mi blog acerca del monólogo sobre el reloj de cuco.

Habría olvidado fácilmente esa tarea si hubiera querido acompañarnos, pero me alegró que no viniera. Incluso después de tanto tiempo, era incapaz de sentarme a una mesa con los dos; quería a Sophie para mí solo.

—Comportaos, chicos —dijo Max cuando me levanté—. Que el Espíritu Santo os ayude a guardar las distancias.

No pensábamos ir muy lejos, a alguno de los restaurantes italianos de Sullivan o Thompson. Era una tarde fresca y hermosa. Hacía solo unas semanas que los rigores

del verano habían terminado, y decidimos dar un paseo. Le dije a Sophie que había leído la última novela de nuestro profesor visitante.

—¿Todavía hablas con él? —pregunté.

—Ni siquiera llegó a besarme —dijo Sophie—. Incluso esa parte me la inventé. —Se rió como si fuera una excentricidad infantil, pero pareció que le resultaba doloroso recordarlo—. En aquella época no reconocía la diferencia. Era incapaz de identificar la verdad cuando la veía.

—Claro que eras capaz —dije—. Pero eras una escritora de ficción.

—Si eso es lo que significa, entonces me alegro de haberlo dejado.

Por la manera en que lo dijo, no supe si quería hablar más del asunto.

—¿De verdad lo has dejado? —pregunté—. ¿No es solo ese libro?

—Lo he dejado del todo.

Me entristeció muchísimo oír esas palabras. En aquella época habíamos estado tan convencidos...

—No es demasiado tarde —dije, tanto a ella como a mí—. Siempre hay esperanza.

—Una esperanza infinita —contestó—. Pero no para nosotros.

En Clinton Street pasamos junto a un restaurante recién abierto que la semana anterior había sido comentado en la revista de Max. Lo recomendaban a los que quisieran impresionar a una chica en una primera cita, pero eso no se lo dije a Sophie cuando le propuse entrar. La *maître* nos dijo que teníamos que esperar un poco a que quedara libre una mesa, así que nos sentamos en la barra. Sophie pidió un Jameson para cada uno.

—Tu irlandés —dije.

—Mi irlandés —dijo Sophie—. Debes de pensar que soy una reincidente sin remedio.

—Para ser sincero, nunca entendí por qué lo dejaste. Casi todo el mundo que conocíamos estaba peor que nosotros.

—Cometí unos cuantos errores —dijo—. Y tuvieron consecuencias reales.

No dijimos nada más hasta que nos trajeron las bebidas. Entonces Sophie levantó su vaso hacia mí.

—De todos modos, ya he cumplido mi penitencia. Puedo volver a cometer errores.

Choqué mi vaso contra el suyo.

Después de eso no dijimos gran cosa. Me acordé de las largas horas que habíamos pasado unidos en una callada tristeza. Sería fácil decir que no habíamos sido más que dos chavales infelices que habían perdido a sus padres y buscaban consuelo mutuo. Es lo que creían muchos de nuestros compañeros de clase cuando pensaban en nuestra relación extrañamente intensa. Pero echaba de menos la peculiar infelicidad de aquellos años.

Cuando nos sentamos a la mesa ya habíamos pedido una segunda copa.

—¿Qué estás escribiendo ahora? —preguntó Sophie—. ¿Cómo va tu segundo libro?

—Intenté empezar algo enseguida —dije—. Pero pasé demasiado tiempo pensando en cómo iba a cambiar todo cuando saliera el libro. A lo mejor quería ser otra Sophie Wilder.

—Era toda una escritora, ¿verdad? ¿Qué fue de ella?

—Hoy enseguida desapareces del mapa. Todavía no tengo claro qué hacer ahora. Tampoco parece importar, puesto que nadie lee mi obra.

—Yo sí.

—Pero yo no lo sabía.

—Salió en un momento complicado —dijo Sophie—. Pero debería haberte llamado, aunque solo fuera para felicitarte.

Creí saber de qué complicaciones estaba hablando. Unos meses después de que saliera mi libro, un amigo me contó que Sophie y Tom se habían separado. Yo ignoraba las circunstancias, pero no podía evitar imaginar que tenían algo que ver conmigo, que Sophie también había utilizado nuestros días juntos como piedra de toque y había descubierto las carencias de su vida. Sería erróneo decir que la idea me complacía, pero en el momento en que me llegó la noticia, me hizo albergar esperanzas de que la aparición del libro fuera la ocasión de su regreso.

—No es que esperara convertirme en una celebridad —dije—. Pero miraba a la gente que conocía, las pocas personas a las que supuestamente deberían importar esas cosas, e incluso a ellos les importaba una mierda. Yo solo quería que le importara a alguien de la manera en que esas cosas nos importaban a nosotros.

Nunca había hablado de eso, ni siquiera había sido consciente de sentirlo. Pero Sophie lo comprendería, aunque fuera la única. Y sin embargo, ¿qué ayuda podía ofrecerme, si ya no podía ayudarse a sí misma?

—Ya verás como todo se arregla —dijo. Su tono no fue alentador ni insistente. Fue como si hablara desde el futuro, informando de un hecho simple y cierto que ella esperaba que fuera tomado como tal.

Después de cenar regresamos a casa de Gerhard, donde encontramos a Max y a un montón de gente bebiendo y riendo en la sala.

—¿Hacéis esto cada noche? —dijo Sophie con fingido disgusto.

—Lo procuramos —dijo Max.

—¿Has acabado lo que tenías que escribir? —le pregunté.

—Es un puto blog.

—No te lo niego —le dije—. Pero forma parte de la conversación.

—El caso es que la conversación va a buen ritmo sin mí. En este preciso momento mis comentaristas están manteniendo un debate muy serio sobre *Piratas del Caribe*.

No me apetecía otra velada con Max y nuestros amigos, pero Sophie ya estaba en la cocina preparándose una copa. La esperé en el sofá, junto al acuario.

El tanque de agua tenía casi tres metros de largo y uno de alto, y se sustentaba sobre unas patas de latón color turquesa con adornos *art nouveau* que recordaban la entrada de una estación de metro parisina. En el fondo brotaba una vegetación musgosa. Dentro no había ningún accesorio gracioso, como tesoros escondidos o submarinistas con campana de inmersión. Aquel mundo estaba diseñado para sus habitantes, no para los espectadores. Yo no sabía gran cosa de la media docena de peces que vivía en aquella pecera, solo que eran exóticos y que Gerhard nos había dado instrucciones precisas sobre cómo debíamos cuidarlos. Para ser exactos, era tarea de Max —yo me encargaba del perro—, pero a menudo se le olvidaba, de manera que yo intentaba ir echando un vistazo. De vez en cuando algún invitado borracho golpeaba groseramente el cristal con su vaso, pero ni siquiera eso inmutaba gran cosa a los peces, que seguían con su vida, sin hacer caso de los gigantes que los rodeaban y bajo cuya atención nadaban.

Sophie regresó con dos vasos de whisky.

—¿No vas a presentarme a tus amigos?

Comencé con Morgan Bench, un viejo amigo de Max que había alcanzado cierta notoriedad trabajando para una columna diaria de chismorreos, colándose en fiestas y haciendo travesuras. Había abandonado su trabajo y ahora escribía guiones de cine, pero su reputación perduraba. Se le consideraba un tarambana irresistible, como un personaje de esas antiguas comedias alocadas de Hollywood, y a veces lo era. Pero no acababa de ajustarse al personaje, puesto que en el fondo era mejor persona de lo que trataba de aparentar. Aquella noche, Morgan iba vestido para un brunch en un club náutico de Nueva Inglaterra: unos pantalones rojos muy pijos, mocasines sin calcetines, un blazer azul con un bolsillo blanco y cuadrado. Pero debajo del blazer llevaba una camiseta ajustada de color rosa con un dibujo de la cerdita Piggy.

—Morgan —dije—, te presento a Sophie O'Brien, una antigua amiga mía.

—Ya has oído hablar de Sophie —dijo Max, corrigiendo mi inadecuada presentación. Cuando Max se responsabilizaba de un grupo de gente, era importante para él que todo el mundo tuviera un papel adecuado—. Es una escritora maravillosa. Firma con su nombre de soltera, Wilder. ¿Te acuerdas de aquel libro de relatos, *Profesor visitante*, que hace unos años llamó tanto la atención?

Morgan levantó la mirada al techo y arrugó la nariz como si le picara y no pudiera rascarse.

—¿Hicieron una película?

—Compraron una opción para diversos relatos —dijo Sophie—, pero al final no se rodó ninguno. A decir verdad, no resistirían muy bien el salto a la pantalla.

Morgan la miró con simpatía.

—A lo mejor la próxima vez —dijo—. De todos modos, tienes unas tetas muy bonitas.

—Tampoco resistirían el salto a la pantalla.

Max me dejó charlando con Morgan mientras guiaba a Sophie hacia Colleen Lawrence, escritora de la redacción de su revista. Por la reacción de Colleen tuve la impresión de que ya conocía a Sophie, o que quizá había leído su obra. Al verlas hablar, me imaginé que le preguntaba a Sophie en qué estaba trabajando ahora, y que esta se encogía de hombros modestamente, invocando el derecho sagrado del escritor al secreto. Tuve la misma sensación que tienes a veces cuando miras la televisión sin voz: qué absurdos son los más leves gestos humanos. Recordé lo que pensaba cuando observaba de lejos a Sophie en el campus, cuando para ella resultaba una parodia estar en el mundo, interactuando como un ser humano normal. Pero en alguna parte adquirió ese talento imprescindible para reservarse la mejor parte de sí para ella y ofrecer una fachada mínima con la que engañar al mundo. Me pareció que había cometido un gran error al pensar que yo poseía un acceso especial a la parte de Sophie que permanecía oculta a todos los demás. Es posible que hubiera visto una capa escondida a los otros, pero las auténticas profundidades permanecían siempre fuera del alcance de los demás.

Al lado de Colleen se encontraba Marvin Alexander, un diseñador de páginas web que también tocaba la batería en una banda de country alternativo que no estaba mal. Después de haber hablado unos minutos, Max la llevó con el resto del grupo, casi todas ellas personas que yo conocía muy poco o nada. Nunca me quedó claro dónde encontraba Max a todas esas personas que llenaban nuestras noches, o si realmente las encontraba. Quizá simplemente aparecían cuando se las necesitaba. Pero Max siempre los conocía, o procuraba que todo el mundo lo creyera. Era parte de su trabajo. Aunque vivíamos allí juntos, él siempre oficiaba de anfitrión.

Intercambié unos cuantos chistes groseros con Morgan, pero cuando se fue a buscar un cigarrillo regresé junto a la pecera. Contemplaba los peces cuando Sophie se acercó en el reflejo del cristal, caminando con paso vacilante dentro del marco formado por los bordes de latón del tanque. Había vuelto a llenarse el vaso.

—Bueno, ya has conocido a toda la pandilla —dije.

—Así es.

—¿Y qué te parece?

—¿Qué me parece? —Se quedó mirando la pecera como si la respuesta estuviera allí. Señaló a Morgan, sin esforzarse por disimular—. Creo que ese es Sebastian Day.

Era el nombre de un personaje secundario de mi libro, basado completamente en Morgan.

—Me declaro culpable —dije.

—Y la chica de negro, Colleen, es Sarah Staple.

Colleen y yo estuvimos saliendo más o menos en la época en que escribí la novela, y acabó teniendo un papel más importante en el libro. Esta vez ni siquiera me molesté en reconocerlo.

—Marvin es Paul Tanner. Aunque lo convertiste en bajista, cosa que me parece

bastante injusta. Los baterías son mucho más sexis.

—¿Y qué me dices de ese? —pregunté, señalando a un muchacho alto y desgarrado que llevaba la cabeza afeitada. Estaba al lado de Max con una extraña sonrisita de suficiencia en la cara, estudiando a la gente igual que hacíamos nosotros. Antes me había fijado en que hablaba con Sophie, pero que yo supiera, no nos conocíamos.

Sophie contestó sin vacilar.

—Esta es una pregunta con trampa. Es un personaje salido de un libro completamente diferente.

Quise decir que se equivocaba, que no era tan simple. Pero había sido así de simple. Había escrito exactamente la clase de libro que Sophie tanto odiaba: la experiencia de la vida real arrojada sobre la página sin ninguna transformación. Comencé a escribir ese libro después de abandonar el ingobernable mamotreto en el que había estado trabajando desde que conocí a Sophie, la novela que había ido brotando de nuestras horas de escritura y conversación. Cuando abandoné esa obra y empecé otra, estaba harto de inventar. Había agotado mi imaginación. Algunas escenas del nuevo libro eran transcripciones casi palabra por palabra de conversaciones mantenidas mientras estaba colocado en el antiguo loft de Max o descripciones de las pequeñas molestias a las que debía hacer frente en la oficina donde trabajaba mientras escribía el libro. No sé cómo Sophie pudo adivinarlo, pues no había seguido mi vida y no conocía a las personas a las que había metido en el libro. Seguramente era algo que se notaba leyéndolo. Ella había confirmado mis peores temores acerca de mi escritura.

Todo lo peor de Sophie —su carácter caprichoso, su veta de crueldad, su intransigencia con los pecados estéticos incluso más veniales— me vino de nuevo a la memoria. Si había sido un error no dejar que fuera de vez en cuando simplemente una chica más, quizá también se había equivocado ella al intentar llevarme a su nivel, cuando los dos sabíamos que ella poseía un talento del que yo carecía.

—Al menos no he tirado la toalla —dije.

Cuando me volví hacia ella, miraba fijamente la pecera, embobada por los movimientos elegantes y ausentes de los peces, o quizá por su propio reflejo.

—Debería ir subiendo —dijo—. Ya no estoy acostumbrada a acostarme tarde.

—Lo siento —dije—. Yo también subiré.

—No, quédate. Diviértete con tus amigos. Mañana será otro día.

Así que me quedé. Me acerqué al hombre alto que había visto hablando con Sophie. Entonces me di cuenta de que yo también lo conocía. Era un miembro de la banda de Marvin. Siempre había llevado el pelo largo, y no lo había reconocido con la cabeza afeitada. Al final, en esas fiestas todo el mundo conocía a todo el mundo.

En cuanto Sophie se hubo marchado, todo volvió a ser como siempre. Llegó más gente, hasta que la primera planta se llenó. Me quedé levantado hasta tarde, aunque estaba cansado, y cansado de esas noches. Si alguien me hubiera dicho que pronto se

acabarían, me habría sentido aliviado.

Sophie decidió esperar a que se le aclararan las ideas antes de telefonar a Tom al trabajo. Pero cada vez tenía la cabeza más espesa, y se durmió. Todavía dormía cuando sonó el despertador a la mañana siguiente. Permaneció inmóvil hasta que Tom la despertó zarandeándola ligeramente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Muy bien —dijo ella.

—Pareces enferma.

Y la verdad es que se sentía enferma, pero sabía que el dolor en la garganta y en el pecho se le pasaría antes de que acabara la mañana. Tom le puso la mano en la frente y frunció los labios con un gesto de preocupación. Sophie estaba segura de que no tenía fiebre. Tom se marchó sin decir palabra. Unos minutos más tarde regresó con un té y un plato de tostadas.

—Eres muy bueno conmigo.

Lo dijo simplemente para agradecer el detalle. No quería decir nada especial.

—¿Tú crees? —preguntó Tom—. A veces me preocupa.

—¿Qué te preocupa?

—No estar en casa lo suficiente. No es bueno para ninguno de los dos.

—Ahora estás muy ocupado —dijo ella—. Y yo también.

Si en ese momento le hubiera contado que había ido a ver a su padre, las pocas palabras que habían intercambiado esa mañana quizá habrían desaparecido como si nunca se hubieran dicho. Al esperar, hizo que la conversación se solidificara en un engaño. No habérselo dicho antes sería otra cosa por la que tendría que responder. Tras acabarse las tostadas, Sophie se levantó y se fue a la ducha.

Cuando volvió al dormitorio, Tom ya estaba vestido: no para ir a trabajar, sino con tejanos y un polo.

—He llamado a la oficina —dijo—. Les he dicho que no iría a trabajar hasta la tarde.

—¿Estás seguro?

Sophie todavía no comprendía del todo los ritmos de trabajo de Tom. Había trabajado todas las noches desde comienzos del verano, pero podía conseguir la mañana libre siempre que algo lo exigía.

—Tengo unas cuantas cosas que puedo hacer desde aquí, y todo lo demás puede esperar.

—La verdad es que no me encuentro tan mal —dijo Sophie—. Creo que la ducha me ha sentado muy bien.

—Pues mejor todavía. Tenemos toda la mañana para nosotros.

Tom supuso que ella podría abandonar sus tareas sin más ni más. Hiciera lo que hiciera Sophie, podía esperar. A ella le irritó esa suposición, aunque fuera cierta, y en ese caso el momento elegido fue realmente malo. No había escrito nada para la clínica de logopedia, nada sobre los sordos que recuperaban el oído y lo bien que les iría disponer de fondos para aprender a hablar. Pero le quedaba poco tiempo porque había perdido mucho con Bill Crane: pensando en él, escribiendo sobre él y visitándolo. Mostrarse ahora celosa con su tiempo en el momento en que Tom lo reclamaba sería elegir al padre por encima del hijo.

Se fueron hacia el oeste, pasaron las escaleras del metro y luego St. Agnes, abandonando la rutina juntos. En Central Park caminaron debajo de una catedral de ramas de olmo por la que se filtraba el sol de verano. Una pareja mayor iba de la mano delante de ellos, y Sophie buscó la mano de Tom, sintiendo una afinidad con ellos. Tenía la sensación de haber visto una imagen del futuro de Tom. O más bien una imagen en negativo, pues él no se parecía en nada a su padre. Quiso hablarle de su visita solo para decirle esto: no te pareces en nada a tu padre; nunca te parecerás.

En la universidad, los amigos de Sophie consideraron a Tom O'Brien otra de sus diversiones. A lo mejor él pensó lo mismo cuando se sentó con ella en el comedor vacío. Solo Sophie había comprendido que esta vez el descanso que se había tomado de Charlie era diferente. Ella había puesto a prueba el límite, siempre lo estaba poniendo a prueba, marchándose y volviendo. Finalmente lo había roto, y el límite había quedado marcado. Pero el hecho era irrevocable. Después ya no recordaba por qué había necesitado hacerlo, pero entonces sí había estado segura. Era como un secreto contado en un sueño que uno se esfuerza por recordar cuando se despierta.

Cuando Tom la invitó a casa a pasar la Navidad las cosas ya «iban en serio» entre ellos, aunque ella no se tomaba nada muy en serio desde su ruptura con Charlie y la pérdida del niño. Se sentía separada de su propia vida, irreal. Pero recordó su anterior estancia en casa de Beth como un breve período de alegría y afecto en medio de todo ese flotar, y mientras regresaban a esa casa se sentía llena de esperanza, deseando que comenzaran esas dos semanas de inactividad que tenía por delante. No había escrito nada en todo el semestre, el período más largo en años desde la muerte de sus padres. Pero Greg estaba contento con la colección de relatos que habían comenzado a reunir, y eso ya era algo. Alguien trabajaba en aquellos relatos, aunque no fuera ella. En el maletero había una bolsa de libros. Si no podía escribir, pasaría aquellas semanas leyendo.

La primera noche se quedó en la cama con una novela, vacilante y tentativa, como si estuviera adquiriendo un nuevo hábito en lugar de hacer algo que había

consumido toda su vida hasta ese momento. Luchaba por entregarse, sabiendo que la mismísima necesidad de luchar era una garantía de que el esfuerzo se desperdiciaría. Cada palabra le llegaba con gran claridad, pero cuando intentaba relacionarla con las que había delante y detrás, para extraer un significado de esa relación, se veía incapaz de mantener el hilo. Escogió otro libro y llevó a cabo el mismo proceso. Ahora sentía pánico, lo que solo servía para que se desconcentrara aún más. Por primera vez le preocupó que el cambio operado en ella, la distancia entre ella y su propia vida, fuera permanente.

Se volvió hacia las estanterías que había junto a la cama y miró los títulos, repasándolos más atentamente ahora que durante su visita anterior. No había leído ni uno solo. Escogió *La montaña de los siete círculos* de Thomas Merton, porque el título le resultaba familiar. La historia del libro, a grandes rasgos, no era diferente de la suya. Merton había perdido a sus padres antes de ser adulto, y después de esa pérdida había pasado unos años de desenfreno. Había engendrado un hijo. Pero todos estos paralelismos no habrían sido suficientes para mantener su interés donde todo lo demás fallaba, sobre todo teniendo en cuenta lo poco que le interesaba su vida. Lo que le sorprendió fueron las extrañas digresiones, que venían como de un mundo distinto. Al principio del libro leyó una línea acerca de «la pauta y prototipo de todo pecado»: «la deliberada y formal voluntad de rechazar el amor desinteresado del que somos objeto por la razón puramente arbitraria de que no lo queremos». Eso era exactamente lo que le había hecho a Charlie con Max. No había sido un experimento, ni un juego, ni un error: había sido un rechazo del amor. Ella había pecado.

Con el tiempo, Sophie acabaría conociendo todas las conversiones famosas que habían llegado a través de los libros. *Tolle, lege*, le había instado una voz a Agustín. Toma, lee. San Ignacio estaba en la cama, recuperándose después de que, en una batalla, una bala de cañón le hubiera destrozado la pierna. Pidió unas novelas para pasar el rato, pero le dieron la vida de Cristo. Posteriormente, en las raras ocasiones en que a Sophie le pidieron que explicara lo que le había ocurrido, así era como contaba la historia, remontándose hasta el momento en que se topó con el libro de Merton. Así era más fácil; decir que había quedado convencida por un argumento leído en un libro encajaba con las ideas que la gente tenía de ella y de la respetabilidad intelectual.

La verdad era más difícil de explicar. Siguió leyendo porque encontró el libro interesante, nada más. Sin embargo, no hubo ningún cambio en su interior. Cuando lo hubo terminado —le llevó casi todo el día—, miró los demás títulos que había en la estantería. No todos eran religiosos, en sentido estricto. Había novelas de los años treinta y cuarenta de escritores franceses que le resultaban vagamente familiares. Había obras de historia y pensamiento social. Pero solo tardó un momento en darse cuenta de que todos habían sido escritos desde una perspectiva católica. Se le ocurrió que toda una variedad del sentimiento y el pensamiento humanos le había resultado totalmente ajena hasta ese momento. A falta de otra inclinación más poderosa,

parecía valer la pena conocerla. Así que cogió otro libro.

Esa semana aprendió la diferencia entre la religión natural y la revelada, entre el Dios al que uno se puede acercar mediante la lógica y el Dios que se nos debe manifestar. Aprendió la historia de la fundación de la Iglesia con Pedro al frente.

Lo poco que sabía anteriormente del cristianismo le había llegado por medio de escritores como Milton y Dante. Pero Dante era cristiano del mismo modo que Virgilio era pagano; era una peculiaridad histórica por la que uno debía abrirse paso para llegar a su poesía intemporal. Se sentía como si visitara el Mediterráneo moderno sin más arma que la guía de Ovidio.

Los padres de Sophie no habían sido religiosos —carecían de la sensibilidad para ello, lo que ella aprendería a denominar la *capax Dei*, la capacidad de experimentar a Dios—, por lo que no había estado en muchas iglesias. Cuando la mañana de Navidad Beth, Tom y ella fueron a misa, el único elemento de comparación de que disponía era St. Agnes, adonde la habían llevado los Blakeman tres años antes. La misa de Navidad allí era muy importante, un concierto con cantantes profesionales acompañados de un enorme órgano. Los Blakeman se tomaban la tradición familiar muy en serio, pero no daban señales de tener verdadera fe.

La iglesia a la que asistía Beth era pequeña, y los músicos eran aficionados, pero tocaban con mucho sentimiento. Mientras que los sacerdotes de St. Agnes parecían profesores, ese era una especie de hombre de negocios. Si le quitabas la vestimenta, habría sido fácil imaginarlo en una obra o en la parte trasera de un camión de bomberos. Parecía dirigir la ceremonia y al mismo tiempo participar en ella sobrecogido.

Lo que ocurrió después no se puede transmitir con palabras, dada su naturaleza. Las pocas veces que Sophie intentó explicarlo posteriormente, incluso a sí misma, cayó en el tópico: algo se había apoderado de ella; había salido transformada. Lo más aproximado que se podría decir es que, durante un rato, algo la invadió. Después de las lecturas de la semana anterior, se dijo que aquella fuerza solo podía ser el Espíritu Santo. Pero casi lo único que sabía era que se trataba de algo exterior a ella, algo real, no una idea, ni un concepto, ni una metáfora. Una vez que hubo pasado, Sophie supo que su mismo perfil había quedado transformado, y que esa nueva forma era algo que había esperado durante mucho tiempo, aunque no lo hubiera reconocido. Más que eso, supo que deseaba volver a experimentar aquella sensación. Si hacía falta, la buscaría eternamente. Todo derivó de ahí. Esa fue la parte que no pudo explicar a los demás. No se podía explicar. No procedía de los libros; era algo que no se prestaba a la demostración ni a la refutación. En la semana restante de sus vacaciones, no lo mencionó, aunque creía que la gente lo adivinaría con solo mirarla.

Nunca volvió a recuperar del todo la sensación de aquel día, pero todavía creía firmemente que había sido real. Tenía que creerlo, porque había construido su vida en torno a ella, y no podía aceptar que no fuera más que otra fase, otra vida que había elegido después de que la última quedara en nada. Así que esperaba el regreso de esa

sensación. A falta de ella, tenía sus rituales diarios. Tenía la forma de la fe.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —preguntó Tom mientras caminaban por el parque.

Sophie quería decirle que estaba pensando en él. ¿Por qué no pensaba en Tom cuando se acordaba de aquella época? Todo había ocurrido ante los ojos de él. Quizá no pensaba en él porque todavía estaba allí. Lo que recordaba, lo recordaba por su ausencia.

—Estaba pensando en nuestras primeras Navidades en casa de Beth.

Tom aflojó un poco el paso, como si ella hubiera colocado un obstáculo delante de los dos.

—¿Y por qué te has acordado de eso?

A Tom aquellos días le traían recuerdos distintos. Debió de pensar en la conversación que habían mantenido unos días después de Navidad, mientras Sophie todavía estaba aturdida por la luz. En la primera y única vez que hablaron de su padre.

En el pasillo, Sophie se había acercado a Beth, que estaba mirando la foto en la que se veía a Tom en el regazo de su madre.

—Era guapa —dijo Sophie. No lo dijo solo por decir. La mujer de la foto era realmente hermosa, del mismo modo que Tom era hermoso.

—La echo de menos cada día —dijo Beth.

—¿Fue un incendio?

Resultaba extraño admitir que era lo único que sabía. Por entonces debería haber sabido algo más, aunque solo llevaran juntos unas semanas. Beth parecía pensar lo mismo. La ignorancia de Sophie vaticinaba problemas, ya fueran para Tom o para Sophie.

—Tom tenía ocho años cuando la casa ardió hasta los cimientos. Entonces fue cuando vino a vivir conmigo.

En aquel momento Sophie podría haberle preguntado cualquier cosa, y Beth le habría contestado. Pero sabía que a quien tenía que preguntar era a Tom. Esperaba que le contara algo más de sus padres, pero él no había dicho nada. Ninguno de los dos hablaba mucho del pasado. Tom sabía lo de Charlie, desde luego. Ella le contó lo del embarazo y el aborto, aunque dejó que supusiera que el padre había sido Charlie. Tom no le preguntó por sus padres. La verdad es que no le hizo ninguna pregunta. En aquella época a Sophie eso le gustó, e intentó corresponderle de la misma manera.

Aquella noche, en la habitación de él, cuando Sophie le habló del accidente de sus padres y de las consecuencias que había tenido para ella, le contó cosas que no había contado a nadie. Mientras hablaba, Tom intentó consolarla, pero ella no necesitaba que la consolaran. Necesitaba que él supiera cómo había ocurrido y contárselo en persona.

—Háblame del incendio —dijo Sophie, con los labios sobre el suéter de Tom

mientras él la apretaba contra su pecho—. Cuéntame cómo murieron tus padres.

—Mi madre.

—¿Cómo?

—En el incendio solo murió mi madre. Mi padre escapó.

Sophie no supo qué decir. No estaba segura de que, en sentido estricto, él le hubiera mentado, pero desde luego la había engañado. El hecho de que él no le hubiera aclarado el malentendido sugería algo preocupante.

—¿Qué le ocurrió?

—Me trajo a vivir con Beth. Supongo que no se vio capaz de criarme. Nunca he vuelto a verle.

—¿Eso fue todo? ¿Desapareció y ya está?

—Más o menos.

—¿Sigue con vida?

—Que yo sepa, sí.

—¿Alguna vez has pensado en buscarlo?

Sophie nunca antes había visto enfadado a Tom. Todo pasó muy rápidamente, pero se había revelado algo importante sobre él.

—No quiero hablar de ello.

—No tenemos por qué hablar de ello ahora —dijo Sophie.

—No quiero hablar de eso nunca.

Hasta ese momento, a ella le había gustado no tener que contextualizarse, no tener que reunir los hechos de la caracterización convencional ni llevar a cabo el esfuerzo de hacerse presente a cada momento. Tom ya se había hecho una idea de cómo era ella, y no se daba cuenta de que Sophie a veces parpadeaba como una llama. Pero a ella eso le había gustado solo porque le convenía en esa extraña época de su vida. No estaba segura de querer adoptar esa actitud de manera permanente, y eso era lo que Tom parecía estar proponiendo. Tom parecía decir que sus vidas habían comenzado el día en que él se sentó junto a ella en el comedor. Antes de eso, nada tenía que importar. Pero después de todo, a Sophie le importaban sus padres, incluso en su ausencia, y quería que también le importaran a Tom, aunque ya no fuera a conocerlos. El pasado no podía suprimirse a voluntad, aun cuando los dos lo desearan. A la hora de aceptar la oferta de Tom, en el ánimo de Sophie pesó favorablemente el recuerdo reciente de lo ocurrido en la iglesia. Ciertamente, había comenzado una nueva vida.

Durante todos esos años Sophie había respetado el acuerdo, tanto el espíritu como la letra. No solo no le había preguntado nada a Tom, sino que había resistido la tentación de preguntarle a Beth por Bill Crane o buscarlo en internet. Fue esa misma contención lo que le impidió indagar en las carpetas del apartamento de Crane. Pero ahora todo parecía haber cambiado.

—Háblame de tu padre.

Tom le soltó la mano, pero no hubo ninguna otra reacción.

—Soy tu mujer —dijo Sophie—. ¿Cómo no voy a querer saberlo?

—Entonces pregúntaselo tú misma.

—Si no quieres decírmelo, de acuerdo. Pero no me culpes por interesarme por tu vida.

Apelar a la consideración y el buen sentido de Tom era casi injusto, puesto que era la persona más considerada y sensata que conocía. Estaba a punto de disculparse, de decirle que no tenía que explicar nada, cuando él rompió el silencio.

—¿Qué te ha contado? —preguntó Tom—. Del pasado, quiero decir. De mí.

—Nada.

—¿No te ha contado nada del incendio?

—No.

Tom hizo una pausa, considerando cómo abordarlo de manera adecuada.

—Se conocieron en la universidad de Misuri. Mi padre estudiaba filosofía y mi madre literatura. Los dos estaban acabando la tesis. A él le invitaron a quedarse como profesor ayudante, y mi madre siguió con sus cursos de posgrado hasta que yo nací. Tenían una casita en el campo, alquilada, donde nos alojábamos una semana o dos durante las vacaciones para que mis padres pudieran escribir. Ahí fue donde ocurrió el incendio.

Por un momento, pareció que ya no iba a decir nada más, aunque solo había repetido los pocos detalles que ella ya conocía. Pero estaba buscando la forma adecuada de expresar algo que había guardado muchos años en su pecho.

—Él lo provocó.

Sophie quiso decir algo acorde con la enormidad de lo que le había obligado a contar, pero no había nada que decir. Con un brazo rodeó su cuerpo rígido.

—A lo mejor fue un accidente —dijo Tom, como si la distinción apenas importara—. Cuando ocurrió él estaba borracho y colocado. Debió de haberse quedado dormido con un porro o algo. Hubo un juicio. No por el incendio, sino por homicidio imprudente. Lo condenaron a dos años. Entonces fui a vivir con Beth. Yo esperaba que cuando saliera volvería a recuperar a mi padre. Entonces yo tenía diez u once años. Lo recuerdo bien. Pero cuando lo soltaron, simplemente desapareció. No volvimos a saber de él.

—Lo siento mucho, Tom. Debió ser horrible.

—Al cabo de un tiempo lo superé. Simplemente dejé de esperar. Beth me dio todo el afecto o la atención o lo que sea que necesita un niño. No sentí una gran pérdida. Simplemente crecí así.

Como si esa desesperada evocación de una infancia feliz hubiera exigido un correlato objetivo, llegaron a una gran escultura de bronce de Alicia encima de un hongo, dominando sobre el Sombrero Loco y la Liebre de Marzo. Era uno de sus lugares favoritos del parque, y en aquel momento Tom se adelantó un poco, no tanto para alejarse de ella como para acercarse a la estatua. No intentaba hacerse el difícil,

pensó Sophie. No quería que aquella historia significara nada, por eso se negaba a darle forma. Ella no aceleró su paso y no lo alcanzó hasta que los dos estuvieron junto a la escultura. Tom se desplomó como un niño cansado sobre uno de los hongos, adoptando una postura con la que parecía querer decir que no se había saltado el trabajo para eso.

—Estoy seguro de que se sentía culpable. Estoy seguro de que lo pasó muy mal. Pero yo necesitaba que mi padre volviera. Necesitaba que fuera lo bastante fuerte para volver. Al final me sentí como si él también hubiera muerto. Y así fue como decidí tratarlo. Si ahora se está muriendo, no tiene nada que ver conmigo.

Sophie se sentó a su lado y le cogió la mano.

—No debería haberte hecho hablar de todo esto.

No estaba segura de cómo se sentiría Tom después de haberlo contado todo, ni de cómo se sentía ella después de oírlo. Pero él dejó que su mano rodeara la suya, y la miró casi con ternura. Ahora ya no tenía más que decir del asunto, y la condujo a la salida del parque.

Comieron en una cafetería de Madison, y Tom pareció aliviado. Le contó historias de los torpes veraneantes de ese año, y el tema lo reanimó. Ese era el Tom que a Sophie más le gustaba, divertido pero con un gran corazón, aunque le resultó extraño ver lo rápidamente que superó aquel recuerdo del que durante años no había querido hablar. Ahora charlaba como si entre ellos todo hubiera quedado solucionado. Sophie decidió no contarle su viaje al centro, y consideró aquella omisión como un gesto de amabilidad más que como un engaño.

Aquella tarde, en su escritorio, después de que Tom se fuera a trabajar, Sophie se puso a pensar en Bill Crane. Le alegraba que la historia hubiera terminado, pero no sabía muy bien qué hacer con ella. ¿Era posible que el hombre que había conocido hubiera incendiado la casa a propósito? ¿Había matado a su mujer? Un accidente parecía más probable. Y un accidente, incluso una imprudencia, convertía a Crane en una figura completamente trágica para ella.

Sophie intentó imaginar cómo se habría sentido al salir de la cárcel, luchando por comenzar una nueva vida. Pensó que comprendía por qué había emprendido aquella lucha solo. A lo mejor sabía que Tom estaba mejor con Beth. Quizá fue una especie de abnegación, aunque errónea, lo que le mantuvo lejos todos esos años. Sophie recordó que Crane le había dicho que odiaba a Dios, y creyó que ahora comprendía los orígenes de ese odio. Mientras pensaba todo eso, se puso a escribir.

—Diga.

—¿Sophie Crane?

Era como un sueño, oír su nombre mezclado con el de él.

—Lucia —dijo.

—Señorita Crane —dijo Lucia Ortiz—. Le llamo por su padre.

—¿Va todo bien?

—Hace días que no sale de su apartamento, así que he llamado a la puerta y no me ha contestado. El casero y yo hemos entrado a ver cómo estaba. Se encuentra muy enfermo. Es posible que no se haya movido en mucho tiempo. La ambulancia acaba de venir a buscarlo.

—¿Dónde lo llevan?

—A St. Vincent.

—Voy hacia allá.

En las tres semanas transcurridas desde que Tom le contó la historia, había seguido pensando en Crane, y escribiendo sobre él, pero no había vuelto a verle. Se había prometido ir si la llamaba, pero sabía que no la llamaría. Ahora se avergonzaba de su comportamiento. Le había importado más el relato que el hombre.

Encontró la tarjeta de la doctora en el bolso. La llamó con pocas esperanzas de hablar con ella, pero la mujer contestó al segundo pitido.

—Lo lamento —dijo la doctora Phillips en tono profesional después de que Sophie se lo explicara todo.

—Me parece muy bien que lo lamente —contestó Sophie, sorprendida de su propia cólera—. ¿Pero qué tenemos que hacer ahora?

—Su suegro ya no es mi paciente. —La mujer habló como si se dirigiera a un niño conflictivo—. Supongo que no se lo ha dicho. Después de analizar los resultados de la última operación, recomendé la gastrectomía, pero el señor Crane se negó. Sugerí algunos tratamientos alternativos, y también los rechazó.

—¿Y ya está?

—Bueno, también le recomendé que fuera a un hospital para enfermos terminales. Si no está interesado en un enfoque más agresivo, no hay otra alternativa, puesto que no tiene familia que lo cuide. —Tras decir esto hizo una pausa—. Pero también se negó. Dijo que quería morir solo, en casa.

—¿Y no piensa impedirlo?

—Es un adulto. Por lo que he visto, está en plena posesión de sus facultades mentales. Si no quiere que lo cuiden, yo no puedo obligarle.

Sophie colgó sin despedirse. Recogió sus cosas y por segunda vez fue a liberar a Bill Crane.

Detrás de la cortina de urgencias, Bill Crane tenía mejor aspecto de lo que Sophie esperaba. Estaba delgado, pero no de una manera desastrosa, y dormía plácidamente. Se acercó un médico de urgencias, y la enfermera que había acompañado a Sophie hasta la cama se retiró.

—¿Es usted pariente del señor Crane?

—Soy su hija.

—La buena noticia es que solo sufre malnutrición —dijo, alejándola de la cama de Crane mientras hablaban—. Le hemos administrado alimento líquido, y espero que no tarde mucho en recuperar las fuerzas.

—Estupendo.

—Tengo entendido que su padre ha decidido dejar de tratarse el cáncer.

—Sí —dijo ella—. Para ser sincera, yo misma acabo de enterarme. La verdad es que no estamos...

Pero no había sido una pregunta.

—La cuestión de cómo abordar el final de la vida es muy difícil, señorita Crane. No culpo a su padre por tomar esa decisión. Pero lleva dos días sin comer. Está sufriendo un dolor totalmente innecesario. En cuanto salga de aquí, le recomiendo que lo lleve al hospital para enfermos terminales.

—No quiere ir.

—No lo dudo —dijo el médico—. Pero si su familia... si usted... va a dejar que se muera de hambre en su apartamento, entonces no quedan muchas opciones. Hay que tomar algunas medidas paliativas. Llegado a este punto no puede estar solo. Y si no quiere que nos ocupemos de él, no podemos mantenerlo aquí.

—Mi marido y yo cuidaremos de él.

—¿Está segura? Va a ser duro.

—Estamos encantados de hacerlo. No sabíamos que estaba tan grave.

—Muy bien. Dentro de un par de horas lo trasladaremos arriba, y debería poder levantarse dentro de un día o dos. Entonces puede llevárselo a casa. Podemos conseguirle una cama de hospital. El seguro debería cubrirlo. Y puedo recetarle algunas medicinas contra el dolor. Lo más importante es hacérselo lo más fácil posible.

Anotó el teléfono de Sophie y la dejó volver a la cama donde Crane dormía. Sophie se sentó en la silla que había junto a la cama. El camisón de hospital verde pálido le había caído de los hombros, descubriendo su pecho huesudo, y por primera vez vio la quemadura. Por su aspecto, se la podría haber hecho dos días atrás, en lugar de dos décadas atrás. La cubrió con el camisón, y al tacto parecía reciente y cálida. Sintió el palpitar de la sangre, la lucha por vivir.

No había indignación en ella, ni siquiera por Tom, solo tristeza al pensar en todo lo que le habían quitado a aquel hombre. Ahora era su personaje, y lo observaba igual que Dios observa a todos los que viven en la oscuridad. Se lo imaginó escribiendo cartas a su hijo, cartas nunca abiertas, extraídas por Beth de entre las facturas del correo y apartadas antes de que Tom las viera. No sabía por qué se imaginaba eso, puesto que Beth sería incapaz de hacer tal cosa. Esas cartas no habían existido. Pero ahora existían, pues era Sophie quien tomaba las decisiones. Apartó la mano del pecho quemado de Crane y la llevó a sus finos dedos, los cogió entre los suyos y lloró. Cualquiera que hubiese entrado habría pensado que eran el padre moribundo y

la hija afligida que ella decía ser.

Si Tom se negaba a aceptar a Bill, ella se quedaría en su casa con él. Pero no llegarían a ese extremo. Sophie estaba segura de la bondad de Tom. Confiaba en ella. En cuanto viera lo desamparado que estaba su padre, querría hacerlo.

—¿Cree que despertará pronto? —le preguntó a una enfermera que pasaba.

—Ahora le están dando algo —dijo la enfermera, mirando el gráfico. Señaló uno de los dos goteros que tenía conectados a los brazos—. Parece que estará fuera de combate todo el día.

Podría haberlo dejado allí, dedicar la tarde a hacer planes para llevarlo a casa. Pero se lo habían confiado. Agachó la cabeza y rezó porque aquel hombre todavía pudiera salvarse.

La mano de Crane todavía estaba en la de ella cuando llegó la oscuridad, como un heraldo. Pasó todo un minuto antes de que la luz regresara con un sonoro zumbido y una conmoción al otro lado de la cortina que los separaba del mundo. Sophie salió y encontró una enfermera que reclamaba la atención de la sala de espera.

—Ha habido un apagón —dijo—. El hospital ha conectado el generador de emergencia y garantiza que los pacientes serán atendidos. En primer lugar, quiero que todo el mundo mantenga la calma. Para evitar desórdenes, pedimos a las visitas que se despidan y salgan lentamente a la calle.

Sophie no tenía que despedirse, así que se marchó de inmediato. En la calle, donde brillaba el sol de aquella tarde de principios de verano, no encontró señales de que se había ido la luz hasta que vio los semáforos apagados y a los peatones en medio de la calle, dirigiendo el tráfico mientras los taxis de la Séptima Avenida hacían sonar las bocinas.

Se acordó de los apagones de su infancia. Generalmente llegaban después de que un árbol derribara la línea eléctrica, por lo que coincidían con violentas tormentas. Eran emocionantes, y enfrentaban a la familia contra los elementos sin la habitual ventaja de la tecnología. Todo sucedía en un ambiente fantástico, como si vivieran en una época lejana, iluminada con velas, y utilizaran los recursos naturales. Su casa era un viejo edificio colonial en el que cada tablón crujía, y en esas largas veladas parecía especialmente habitada por los fantasmas del pasado.

Pero ahora no había ninguna tormenta, y aquel apagón era algo impropio de Nueva York. Sus padres vivían en la ciudad cuando el apagón de finales de los setenta, antes de que ella naciera. Decían que era algo que ocurre una vez en la vida, y lo cierto es que sus vidas ya habían transcurrido sin que se repitiera.

—¿Usted cree? —preguntó una mujer cerca de Sophie, insinuando la posibilidad de que la ciudad hubiera sufrido otro ataque como el del 11-S, cuyas heridas estaban todavía recientes.

—No —dijo el hombre que estaba al lado de la mujer—. No es más que un

accidente.

Cuando Sophie llamó a Tom, un mensaje le indicó que todos las líneas estaban ocupadas. Se acordó de aquella mañana de dos años antes, cuando intentaba desesperadamente ponerse en contacto con él. Lo intentó otra vez y recibió el mismo mensaje. Echó a andar en dirección norte.

En los escaparates de la avenida las luces estaban apagadas, y las tiendas que seguían abiertas ya estaban cerrando. Todo el mundo había dejado el trabajo, y las aceras estaban llenas. Algunas personas parecían asustadas, pero casi todas comprendían que nada grave había ocurrido. Dos chavales habían trepado al semáforo de la esquina, y aguantándose precariamente allí arriba, observaban el caos a sus pies. La gente ya pensaba en lo que contaría acerca de la noche del gran apagón. Se pusieron a cantar y a festejar, como para estar a la altura de la leyenda de mañana.

Sophie ensayó el discurso que le soltaría a Tom aquella noche. No le hablaría de salvar el alma de su padre. Le diría que tenían una obligación. Tom comprendía perfectamente el idioma de los deberes. Sophie quizá añadiera que cuidar a ese hombre sería una manera de demostrar que su padre no tenía ningún poder sobre él, que Tom controlaba la clase de persona que era ahora.

Tardó dos horas en llegar a casa desde el hospital, y por el camino se le hizo de noche. Luego tuvo que subir los veintiocho pisos a pie. En cada descansillo había encendidas unas velas que bañaban el hueco de la escalera en una luz vacilante. Sophie volvió a acordarse de los apagones de casa de sus padres, recordó aquellas terribles tormentas, cuando podían pasar días antes de que volviera la luz. Se acordó de lo rápidamente que todo se volvía tedioso. Querías mirar la televisión, utilizar los electrodomésticos, abrir la nevera. Querías que los fantasmas se marcharan.

Abrió la puerta y encontró a Tom. Había comprado velas, cosa que a ella no se le había ocurrido, y las había colocado a lo largo de la encimera de la cocina y en la sala de estar. Casi todas estaban apagadas.

—Creía que te encontraría en casa —dijo Tom cuando ella entró. Sophie intentó determinar, bajo aquella luz parpadeante, si había una expresión de alivio en su cara.

—Lo sé. Lo siento.

La verdad era que lo sentía. Se alegraba de ver a su marido, y se acercó a él y le rodeó el cuello con sus brazos mientras él permanecía impertérrito.

—¿Alguna vez estás aquí cuando dices que pasas el día en casa?

Sophie todavía no le había contado nada, pero él sabía lo suficiente para estar enfadado. Las cosas comenzaban a escapar a su control.

—Claro que estoy aquí. ¿Dónde iba a estar?

Entonces ella vio el cuaderno que Tom tenía en la mano, y que ahora blandía como un arma.

—Con él.

—Nada de eso me lo ha contado él —dijo—. Me lo he inventado.

Sophie sabía que eso no serviría de nada.

—¿Así que estás escribiendo un relato sobre él?

—No lo sé —admitió Sophie—. No lo creo. No pensaba enseñárselo a nadie. No es más que mi manera de entender las cosas. Tienes que confiar en mí.

—Y hoy, ¿dónde estabas?

En aquel momento Sophie se puso en acción, compartió con él su nueva carga, que había acarreado a lo largo de tantas calles hasta llegar a casa.

—Me llamaron del hospital, y no tuve elección. Está muy enfermo. No puede seguir viviendo así. Lo que te hizo fue terrible, puede que imperdonable. Pero no tienes que perdonarlo para ayudarlo. No tiene más parientes que nosotros, y no sabes cuánto nos necesita. Así que les he dicho a los médicos que cuidaríamos de él. Creo que solo le quedan unas semanas de vida. Y sé que te sentirás mejor si lo haces. Aunque la verdad es que no tienes que hacer nada. Simplemente dejar que yo me encargue.

Continuó hablando así, sin saber muy bien de dónde le llegaban las palabras. Lo que decía no tenía nada que ver con el calculado discurso que había preparado por el camino. Ese guion se había perdido. Al final se interrumpió y esperó a que apareciera alguna expresión en la cara impávida de Tom.

—¿Has estado con él hoy?

Ya no estaba enfadado. Parecía confuso, casi abatido.

—Nunca contestas al teléfono —dijo—. No estás aquí cuando dices que estarás.

Mientras él hablaba, ella cayó en la cuenta.

—¿Por qué estabas mirando mi cuaderno? En todos estos años, no lo habías hecho nunca.

Tom se miró las manos, como si no estuviera seguro de cómo había llegado allí aquel objeto. Entonces lo dejó sobre el escritorio de Sophie como si fuera algo frágil.

—Pensaba que te veías con otro hombre.

Sophie casi soltó una carcajada de alivio. Eso sería muy sencillo de aclarar.

—Tom. Eso es una tontería. No lo haría nunca.

—No es ninguna tontería —dijo él—. La gente lo hace continuamente.

Qué poco se habían comprendido el uno al otro, quizá desde el principio.

La chica era una veraneante de la empresa. Dentro de unas semanas regresaría a Charlottesville para acabar la carrera de derecho. Tom no estaba seguro de si seguirían juntos cuando ella regresara a Nueva York en primavera, pero aquello le había hecho comprender que necesitaba vivir solo una temporada.

—Supongo que es algo que no he hecho nunca —dijo Tom, como si Sophie le hubiera privado de la oportunidad.

—De acuerdo —dijo Sophie.

—¿De acuerdo?

—¿Qué quieres que diga?

—Pensaba que por una vez levantarías la voz.

—Que te den. —Lo dijo sin inmutarse. Sin rabia: era solo su manera de hablar.

Tenía una maleta preparada. Con qué antelación la había hecho, fue algo que no se dijo. Tom no dijo que fuera a vivir con la chica, pero tampoco dijo lo contrario. A lo mejor ya tenía un apartamento en alguna parte.

—Me debes algo más que desaparecer así por las buenas —dijo Sophie, aunque no estaba segura de si él le debía algo. De todos modos, tampoco quería que se quedara a dar explicaciones. Si se iba, quería que se marchara. Ya habría tiempo para mantener interminables conversaciones si lo consideraban necesario. Todo eso vendría después. Sophie había recorrido un largo camino, y ahora estaba agotada.

Cuando ella lo miró de arriba abajo, con la bolsa de lona en la mano, orgulloso y temeroso como un niño, una inmensa y sorprendente provisión de amor, buena voluntad y compasión se apoderó de su corazón. Se lo imaginó todo el día esperando con esa noticia en las tripas, preguntándose dónde estaba.

Una vez que Tom se hubo marchado, Sophie encendió el resto de las velas, convirtiendo la encimera en una especie de altar. La hermana Dymphna, la monja que llevaba las clases para los iniciados, había dicho que Dios era como la electricidad. No podemos verle, la mayoría no podemos comprenderle, pero sabemos que le necesitamos, y sabemos —indirectamente, por sus obras— que siempre está ahí.

Cuando le entró el ansia de fumar, se dirigió de manera instintiva a la terraza, aunque ahora nada le impedía fumar dentro de la casa. Las únicas luces que había en la calle eran las de los coches. Se imaginó viviendo según los ritmos de la luz natural. Cuando el sol se ponía, el día había terminado. Esa época parecía muy remota. Levantó la vista, esperando ver el cielo habitualmente vacío de Nueva York. Pero vio estrellas, y se acordó de cuando era pequeña. Se acordó de la Casa Parroquial. El cielo estaba lleno de luz, y al verlo, ella misma quedó iluminada por un escalofrío de mudo asombro.

A la mañana siguiente, *El tercer hombre* estaba de nuevo en la pantalla y Max de vuelta al sofá. Junto al cenicero a rebosar que había sobre la mesa, delante de él, se alzaba una copa de cóctel cuyo contenido probablemente había sido el desayuno de Max o restos de la noche anterior.

—Estás progresando —dije.

—El progreso es un mito que la burguesía ha inventado para servir a sus intereses.

Entonces nos quedamos callados, viendo cómo Harry Lime corría por las cloacas de Viena.

—El reloj de cuco —dije por fin.

—El reloj de cuco —asintió Max.

Sophie siempre había sido de las que se levantan temprano, y se había ido a la cama horas antes que nosotros, pero pasó casi toda la mañana antes de que bajara. Se la veía cansada, y se quedó de pie junto al sofá, fumando uno de los cigarrillos de Max, reconciliándose con el nuevo día.

—¿Tienes hambre? —me preguntó por fin.

Dejamos a Max con su película y fuimos andando a una cafetería de Waverly Street, donde Sophie se desplomó delante de mí en uno de los reservados. Desde su llegada, el misterio de Sophie se estaba desentrañando, o quizá había estado desentrañado desde el principio y solo yo lo iba comprendiendo lentamente.

—No estoy segura de estar hecha para vuestro estilo de vida —dijo.

—Yo tampoco —contesté—. Ni nadie, en realidad.

Cuando acabamos de comer, Sophie me guió hacia el oeste por Waverly, en dirección a Christopher Street, alejándonos de la casa.

—¿No te importa? —preguntó—. No quiero impedirte escribir.

Sabía perfectamente que no me estaba impidiendo nada. Llevaba semanas sin trabajar. Es difícil explicar lo que había hecho con mi tiempo antes de la llegada de Sophie. Ya ni siquiera daba esas largas caminatas. Todo lo que me encontraba por la calle conspiraba para que mi vida fuera intrascendente. Si necesitaba alguna fuerza revitalizadora, no la iba a encontrar allí. Siempre que bromeaba con Max acerca de algún desecho de la cultura popular que había abordado con seriedad profesional en las páginas de su revista, me citaba a Schiller: *Un hombre debe ser un buen ciudadano de su época, y también de su país*. Yo no era un buen ciudadano de

ninguna de ambas cosas. De hecho, se había vuelto difícil salir a la calle sin que el capitalismo de última hornada me provocara un gravísimo ataque de nervios. Pero cuando aparecí en la Séptima Avenida con Sophie, no me sentía tan desacompañado con el mundo.

—Aquí es donde estaba cuando las luces se apagaron —dijo en la calle Doce.

—¿En el hospital?

—Venía de estar con Crane.

Solo habían pasado unos meses desde el apagón. La verdad es que no había situado la historia de Crane en el tiempo, y me desasosegó sentirla tan cerca. Sophie la relató aquel día mientras seguíamos hacia el norte desde St. Vincent. Habíamos llegado a Chelsea antes de que me diera cuenta de que nos dirigíamos a su apartamento. Cruzamos la ciudad por la parte de abajo de Central Park, donde la acera estaba poblada de vendedores ambulantes, caricaturistas, cantantes callejeros y los turistas que justificaban su existencia.

Eso estaba cerca del barrio donde yo crecí, donde mi madre seguía viviendo. Yo sabía que Sophie vivía allí, y que asistía a la iglesia que mi familia había frecuentado. Pero no estaba seguro de cuál era su apartamento, de modo que no sabía lo lejos que estábamos cuando divisé a Tom. Se encontraba a media manzana de distancia, y se dirigía hacia nosotros. No le había visto en años, y lo vi más gordo y satisfecho. Rodeaba con el brazo a una rubia menuda y sonriente, el tipo de bombón de New Hampton con el que debería haber salido desde el principio. Si esa era la chica, debía de haber regresado de la Facultad de Derecho justo entonces, lo que significaba que había ido a visitarlo. O bien Tom ya estaba con otra, ejerciendo su nueva libertad.

Lo vi antes que Sophie, y tuve tiempo de decir algo o de hacerla cruzar la calle elegantemente. Pero no dije nada. Quería que Tom nos viera juntos. Me gustaba la simetría de los cuatro topándonos cara a cara. Me situaba en la misma categoría que la de la chica que había roto su matrimonio. Y me dije que sería bueno para Sophie tenerme a su lado cuando se encontrara con Tom, cosa que acabaría ocurriendo.

La chica levantó la vista hacia nosotros, y lo supo. De alguna manera, mediante una palabra susurrada o mediante el tensarse de su cuerpo, le comunicó la noticia a Tom, que también levantó la mirada. Solo Sophie ignoraba lo que iba a ocurrir.

—Tom —dije en voz baja cuando estuvieron a tres metros, tanto para advertir a Sophie como para saludarlo a él.

—Charlie Blakeman —dijo Tom con cierto recelo, como si fuera un viejo amigo cuya repentina aparición con su exmujer constituyera una traición. Me acordé de lo poco que conocía a Tom. Habíamos hablado apenas unos minutos en cuatro años de universidad, y después de eso fue simplemente el novio, y luego el marido, de la chica que yo amaba. Antes de esa semana no había conocido ningún detalle de su vida, ni las circunstancias de su niñez. Ahora que lo sabía todo, no estaba seguro de qué pensar. En su aspecto nunca había habido nada que delatara ninguna tragedia. Me di cuenta de algo que no había sentido ni siquiera al saber que Sophie le había

escogido a él: odiaba a Tom. Fue un alivio ver que él y Sophie apenas eran capaces de mirarse a la cara.

—¿Qué te trae por el barrio? —preguntó él, como si la respuesta no estuviera a mi lado.

—Estábamos dando un paseo —dije—. Puede que este sea el último día agradable en bastante tiempo.

—Nunca se sabe —contestó Tom—. Hay cosas que duran más de lo que esperamos.

Sophie y yo aguardamos a que nos presentara a la chica. Como no lo hizo, ella me tendió la mano y dijo:

—Soy Willa.

—Yo soy Charlie. Fui a la universidad con Tom.

La chica se volvió hacia Sophie, que había presenciado toda la escena sin decir palabra, pero que ahora le tendió la mano y sonrió.

—Yo me llamo Sophie —dijo—. Soy la mujer de tu novio.

—Tenemos que irnos —dijo entonces Tom, dirigiéndose solo a mí—. Lamento ser grosero, pero tenemos mucha prisa.

Y desaparecieron. Todo había ocurrido en un momento. Esperé a ver cómo reaccionaba Sophie.

—Cuando se marchó —dijo—, salí a la terraza y miré las estrellas. No recordaba la última vez que las había visto.

—Yo tampoco.

—Simplemente ocurrió. La desaparición de las estrellas, quiero decir. No en el tiempo de nuestra vida, quizá, pero sí en el de unas pocas generaciones. No pensamos mucho en ello, pero no hay precedentes en la historia. Mientras estaba en la terraza, imaginé que todo el mundo estaba iluminado como una ciudad, de manera que nadie podía ver las estrellas. Con el tiempo ocurrirá. ¿Qué pensará entonces la gente de nosotros, y de toda nuestra cháchara sobre el cielo? Canciones que hablan de constelaciones. La poesía de gente que mira las estrellas.

Me sentí obligado a seguirle la corriente.

—«Qué incontables se congregan» —dije—. «Sobre nuestra tumultuosa nieve»^[1].

—«Su corazón era más oscuro que una noche sin estrellas» —dijo Sophie—. ¿Qué significará eso cuando todas las noches estén vacías de estrellas? Pensarán que todos sufríamos una alucinación en masa.

—O sabrán que vimos algo que ellos ya no pueden ver.

—Peor aún.

Como era de esperar, Max y yo aprovechamos el apagón para dar una fiesta. Subimos a la azotea de Gerhard y contemplamos la ciudad a oscuras. Pero no recordaba que nadie hubiera mirado las estrellas ni hubiera pensado en ellas.

—A lo mejor no les importará —dije—. Tendrán la comodidad de las ciudades, la

supervivencia de la especie humana, eso compensará la desaparición.

—¿Cómo sabrán si les compensa, si nunca han visto las estrellas? ¿Cómo pueden medir la pérdida bajo un cielo vacío?

No sabía qué contestar a eso.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Cuando volviste a entrar en casa y te olvidaste de las estrellas.

—Me fui al centro a salvar el alma de Crane.

Comenzó a llover antes de que llegáramos al edificio de Sophie. No era una lluvia de verano con el cielo despejado, sino un chaparrón que salía de unas nubes oscuras. El viento cobró fuerza, derribó un cubo de basura en una esquina y arrastró papeles y vasos de plástico hasta la alcantarilla. Paré un taxi y volvimos a casa de Gerhard. Los dos estábamos empapados, y Sophie tenía el pelo, que llevaba más largo que nunca, pegado a la cara.

—Debería volver a casa —dijo—. Ya os he impuesto demasiado mi presencia.

Los dos sabíamos que su presencia era lo contrario de una imposición.

—Hay visitas que se quedan durante meses —dije.

—Bueno, pues yo no soy de esas.

—No has acabado tu relato —dije.

—Ya te he contado suficiente.

El taxi se detuvo delante de casa de Gerhard y pagué. Sophie me atrajo hacia ella y apretó su cara mojada contra la mía. No entendí lo que estaba ocurriendo. Salí del taxi y esperé a que me siguiera. Entonces la puerta se cerró y ella desapareció. No oí lo que le dijo al conductor, y no supe dónde la llevaba. Me quedé tan sorprendido que fui incapaz de hacer otra cosa que quedarme de pie en la lluvia, viéndola marchar.

En casa, Max seguía viendo la película. Debía de ser la segunda vez desde que yo había salido, o la tercera.

—Ojo con la falacia patética —dijo cuando me vio goteando en la entrada—. Atiende siempre al tiempo que hace en tu corazón.

Subí a mi cuarto sin contestar, me duché y me cambié. Al acabar, había dejado de llover. Me quedé un rato junto a la ventana del dormitorio, mirando el cielo vacío. Abajo, la televisión estaba apagada. Max miraba la pantalla negra con una copa recién servida en la mano.

—¿Quieres una? —preguntó.

—Claro.

—¿Dónde está Sophie?

La pregunta llegó como un alivio. Al menos confirmaba que había estado allí, y

que yo no me lo había inventado todo.

—Se ha ido —dije.

—¿Para siempre?

—Nos encontramos por la calle a Tom y su actual novia, pero no estoy seguro de que sea eso lo que la ha impulsado a marcharse.

—No creo que tuviera planeado quedarse más de un par de días.

—¿Por qué lo dices?

Soltó el aire en un susurro de irritación, como si percibiera una complicación inminente.

—Eso es lo que dijo cuando llamó.

—¿Cuando llamó? Pensaba que te la habías encontrado por la calle.

—Me llamó al trabajo unos días antes de presentarse. Quería saber si podía hacernos una visita.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me pidió que no te lo dijera. Y de todos modos, sabía que te pondrías furioso. Le dije que teníamos invitados el viernes, y que podía presentarse si quería. No tengo ni idea de por qué me mintió.

—Así, sin más, ¿te llamó y te dijo que quería venir a visitarnos?

—Quería venir a la ciudad unos días.

—¿Dijo que quería venir a visitarnos, o dijo que quería venir a la ciudad?

—No lo sé, Charlie. Una conversación telefónica. No saqué mi caja de herramientas hermenéuticas.

—No te estoy pidiendo una exégesis —dije—. Solo quiero saber lo que te dijo.

—Bueno, pues si no va a haber exégesis, no veo por qué hay que establecer una edición definitiva.

—Max —dije—. Ayúdame un poco.

Dejó su copa sobre la mesa como si se la hubiera echado a perder.

—Quería quedarse unos días.

—¿Te dijo dónde había vivido hasta entonces?

—La verdad es que no hablamos de eso.

Parecía estar creando más misterio del necesario.

—¿Hubo algo entre vosotros?

—¿Te refieres a hace ocho años o a esta semana?

—¿Dónde fuisteis cuando os marchasteis de la fiesta la noche que ella apareció?

—Hostia, Charlie. Este rollo del perpetuo adolescente no deja de tener su encanto, pero la verdad es que *ya* no tenemos dieciocho años.

—Solo te lo pregunto.

—Fuimos a dar una vuelta por el parque. Ella tenía ganas de hablar, de ti. De cómo te iba, de si salías con alguien. De cómo te iba lo que estabas escribiendo. No sé por qué no te lo preguntó directamente.

—¿Preguntó cómo me iba lo que estaba escribiendo?

—Sí, lo preguntó.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que estabas trabajando en unas cuantas cosas. Francamente, no estaba seguro de que el repentino interés de Sophie Wilder por tu vida fuera a hacerle ningún bien a nadie. Lo que visto en retrospectiva parece razonable. Pero mantuve la boca cerrada. Cuando llegaste a la fiesta, le dio bastante mal rollo así que salimos a dar un paseo. Y cuando volvimos, te habías ido arriba. ¿Satisfecho?

—Desde luego —dije, aunque los dos sabíamos que no podía estarlo.

Max se puso en pie y se dirigió a la cocina.

—Te prepararé esa copa.

En días posteriores llegué a desear que Sophie nunca hubiera vuelto a mi vida. Tampoco es que antes fuera especialmente feliz, pero me sentía bastante cómodo en mi infelicidad. Había alcanzado cierta paz. Ahora la paz había desaparecido. La presencia de Sophie en mi vida —aunque fuera como una sombra— suponía un reto. Me di cuenta entonces de que siempre había sido un reto. Y hacía falta un gran esfuerzo para enfrentarse a ese reto, y yo no sabía si todavía sería capaz.

El reto se complicó al descubrir que Sophie había planeado aquella visita. ¿Qué más había planeado? A lo mejor sabía que Tom estaría en su antiguo barrio porque tenía que dejar una llave o llevar a cabo alguna otra tarea programada de antemano. Los incontables encuentros fortuitos que marcaban nuestra historia a lo mejor habían sido planeados por Sophie.

¿Qué pretendía, entonces? ¿Por qué planeaba las cosas de una manera y no de otra? ¿Por qué había venido justo en ese momento, y por qué luego se había ido de forma tan repentina? No le habría costado nada entrar, recoger las pocas cosas que había traído y despedirse como Dios manda.

No sabía dónde empezar a buscarla, hasta tal punto nos habíamos distanciado. No tenía el número de su móvil ni una dirección de e-mail reciente. Había dicho que volvía a casa, pero yo no estaba seguro de qué significaba eso. Encontré el número de Sophie y Tom en el listín, pero sabía que ya no vivían en el apartamento. De todos modos llamé y dejé que sonara el teléfono. Mandé un e-mail a su cuenta de antiguos alumnos de New Hampton, aunque yo rara vez miraba mi propio correo, y cuando lo hacía estaba lleno de correos basura. Escribí que me encantaría verla. Que me había gustado volver a hablar con ella, y que me avisara la próxima vez que estuviera en el barrio. No manifesté ninguna urgencia, pero ella lo comprendería si llegaba a leer el correo. Cuando acabé, sentí el desamparo que siempre nos invade después de enviar un mensaje del que deseamos desesperadamente una respuesta inmediata. Ya no se podía hacer nada más.

Unos días después fui a dar un paseo con la esperanza de recuperar la costumbre que había perdido antes de la llegada de Sophie. En Washington Square la música llegaba de tres direcciones distintas. Un trío de jazz —percusión, un instrumento de viento y un contrabajo, los tres probablemente estudiantes universitarios— había atraído a un nutrido público en el extremo sur del parque. Debajo del arco del lado norte un hombre con pinta de necesitado tocaba una versión lenta de «I Should Have Known Better» de los Beatles con una guitarra acústica. En el lado oeste del parque sonaba un radiocasete, rodeado del mismo grupo de break dance de la semana anterior. Solo el lado este estaba abierto, y salí por ahí.

No pretendía repetir el primer paseo que había dado con Sophie, pero eso fue lo que hice. Todo encajó cuando llegué a la manzana de Crane. Ella me había guiado hasta allí desde el principio. Ahí era donde terminaba su relato. Y comprendí por qué se había marchado cuando lo había hecho: me había contado todo lo que podía contar.

Me quedé un buen rato mirando el edificio, como si pudiera revelarme sus secretos gracias al poder de mi voluntad. Casi me reí cuando me dijo que había ido a salvar el alma de Crane. No podía tomármelo en serio. Yo me había criado más o menos como católico, había ido a una escuela católica toda mi vida antes de matricularme en New Hampton, pero creo que no conocí a nadie que hablara de salvar el alma de otra persona. La gente religiosa que conocía hablaba de su fe como pidiendo disculpas. Su fe avergonzaba a su razón e inteligencia, pero no dejaba de resultarles necesaria. En sus justificaciones a menudo invocaban un efecto vagamente terapéutico. Necesitaban que sus vidas tuvieran sentido. Querían creer que las cosas ocurrían por una razón. Pero hablar de almas y condenación, hablar de intervenir en la vida de otro por su salvación, era harina de otro costal.

Cuando finalmente quedó claro que la asistencia de Sophie a la iglesia de fuera del campus no era un rumor ni iba allí para escribir un relato, que algo había cambiado en ella, me acordé de su embarazo y de que no la había ayudado. A continuación recordé que ella había ido con nosotros a misa del gallo de tres Nochebuenas y, que yo supiera, fueron las tres primeras veces que había entrado en una iglesia católica. No pude dejar de relacionar conmigo su nuevo comportamiento. Lo mismo hice cuando me enteré de que había empezado a ir a misa a St. Agnes, la misma Iglesia a la que yo la había llevado entonces, aunque también era la más cercana a su apartamento. Nunca lo habíamos mencionado durante nuestras conversaciones a lo largo de los años. Yo no le preguntaba nada de su religión, puesto que sus respuestas solo marcaban la distancia que había entre nosotros. Aquello me parecía casi totalmente irreal. Seguía imaginándome a Sophie tal como la había conocido siempre, y no podía concebir que esa persona acudiera a Dios en un momento de necesidad.

Mi padre procedía de una larga estirpe de creyentes, aunque él no creía

demasiado. Para mi madre la cuestión era totalmente indiferente. No se opuso a que me bautizaran y confirmaran, pero ni por un momento fingió que eso significase nada para ella. Y toda la capacidad para la fe que yo pudiera tener había muerto con mi padre. Sin embargo, mi madre y yo habíamos seguido yendo a misa unas cuantas veces al año con la familia, y podía comprender la religión como una herencia, una tradición familiar.

También la comprendía como una elección estética. En mi infancia había pasado el tiempo suficiente en las iglesias como para apreciar la fuerza de ciertas ceremonias, el atractivo del incienso en la nariz. Parecía una respuesta adecuada al caos del mundo moderno. Esa clase de religión siempre resultaba una opción para una cierta sensibilidad. Y también estaba la religión como provocación o *performance* bohemía. Dylan renacido. No resultaría sorprendente que Max anunciara un día que había encontrado a Dios, como una especie de afectación, como jugar al bridge con jubilados en los clubs de cartas de la zona alta de la ciudad.

Pero cuando Sophie dijo lo de salvar el alma de Crane, me di cuenta de que su fe nada tenía que ver con la sensibilidad. Ella creía. Otro reto: yo jamás había creído que tal cosa fuera posible.

Aquella noche abrí un cuaderno en mi escritorio. Era uno de esos viejos cuadernos marmolados que los dos utilizábamos, y ya había unas cuantas páginas llenas de comienzos escritos en meses anteriores y que no habían llegado a nada. Las arranqué y las tiré a la basura para poder empezar de nuevo. Encontré un lápiz en el cajón y lo mordisqueé mientras examinaba la página. Ya lo había roído hasta la mina cuando Morgan Bench apareció en la puerta de mi habitación.

—Hey, tío —dijo—. ¿Tienes un cigarrillo? Estamos todos abajo y a nadie le apetece ir a la esquina.

—Debe de haber alguno en la cómoda —dije sin levantar la mirada de la página.

—Cojonudo —dijo. Se quedó en la entrada—. ¿Qué estás haciendo?

—Escribir —dije.

—¿Trabajas en tu segundo libro?

—No te sabría decir.

—Te escucho. —En ese momento ya había encontrado los cigarrillos y encendido uno—. ¿Cómo va?

—No muy bien —le dije—. Es difícil concentrarse en este ambiente.

—Tienes razón —dijo Morgan—. Es por el puto George Bush.

—Estaba hablando del ambiente *local*.

—Bueno, toda la política es local, ¿no?

Observé cómo Morgan se volvía y se encaminaba hacia las escaleras antes de levantarme e ir tras él.

—Espera —dije—. Me toca un descanso.

A la mañana siguiente bajé tarde y Max volvía a estar delante de la pantalla, mirando algo en blanco y negro que no había visto nunca.

—Ha llegado una carta —dijo, como si fuera algo habitual.

—¿Una carta?

—Está en la mesa junto a la puerta.

En el sobre no había remitente, pero en la dirección se leía la inconfundible letra de Sophie. La abrí y encontré una sola hoja de papel pautado.

Querido Charlie, comenzaba la carta. Por favor, perdona este anacrónico método de comunicación, que no es del todo un esnobismo. Me alojo en la Casa Parroquial, donde no hay conexión a internet. Hay teléfono, por supuesto, pero eso tampoco ayuda mucho si no tienes un número al que llamar.

La Casa Parroquial era el nombre irónico, tomado de Hawthorne y Emerson, que le dábamos a la casa de Connecticut donde se había criado Sophie. La heredó cuando sus padres murieron, y había vivido allí unas cuantas veces en nuestra época universitaria. La herencia daba lo suficiente para pagar los impuestos de la casa y mantenerla habitable, pero Sophie a menudo había hablado de venderla cuando se graduara, para tener dinero con que vivir mientras escribía. Yo daba por supuesto que ya hacía tiempo que no era suya. Pero cuando publicó su primer libro y se casó con un hombre con carrera, pareció lógico conservar la propiedad. Debería haber imaginado que ahí era donde iría Sophie, que se había referido a ella al decir que se iba a casa.

Escribo estas líneas un martes. Si llegas a tiempo para coger el tren de la una y media del viernes, te esperaré en la estación. Si no apareces, naturalmente lo comprenderé.

—¿Qué día es hoy? —le pregunté a Max.

—Siempre con preguntas difíciles —dijo antes de comprobar su teléfono—. Viernes.

—¿Y la hora?

—Poco después de mediodía.

Leí por encima el resto de la carta. No decía gran cosa más. Debajo había firmado con su nombre: *attmente., sophie*. Debajo, a unas líneas de distancia, hasta el punto de que casi no la vi, una posdata:

Por la noche, aquí siempre se ven las estrellas.

SEGUNDA PARTE
La ley interior

El tercer día, le dijeron a Sophie que recogiera a su padre. Antes de eso no había vuelto al hospital. Había pensado que tardaría un poco en prepararse, pero sus preparativos finalmente consistieron en sentarse en el apartamento preguntándose qué pasaría ahora. Había decidido quedarse en el centro con Crane —no tenía sentido llevarlo a su casa, extraña para él y que ya no era un hogar para ella—, pero no había preparado el equipaje antes de la llamada.

Recogió sus cosas como si se fuera de viaje. Su intención era quedarse con él hasta que muriera, pero no sabía cuánto tiempo sería eso, si serían días o meses. Cogió ropa para una semana, junto con pasta de dientes y champú, su estuche de maquillaje y una crema facial cara que Tom le había comprado para su aniversario el año anterior. Se dio cuenta del absurdo de llevarse esos dos artículos, pero sabía que si los dejaba ahora, ya no volvería a buscarlos.

El único libro que se llevó fue la Biblia del rey Jacobo del estante que había junto a su escritorio. La había comprado en la librería universitaria el día que regresó al campus después de pasar la Navidad en casa de Beth. Nunca había leído la Biblia en ninguna versión. Había leído innumerables libros que aludían a ella, y más o menos había comprendido esas alusiones. Pero no conocía el libro.

Como tenía entendido que el Libro de Job era el más «literario» de todos, empezó por ahí. Se quedó impresionada por el reto que Satán le proponía a Dios, que pusiera a prueba a Job sometiéndolo a infortunios: *Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.* Pero más asombroso aún había sido que Dios aceptara el reto: *He aquí, todo lo que tiene está en tu mano.* Cuando llegó a las lamentaciones de Job —*¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre? ¿Por qué me recibieron las rodillas? ¿Y a qué los pechos para que mamase? Pues ahora estaría yo muerto, y reposaría—* estaba llorando en su habitación.

Si aquel día no hubiera leído esas palabras, el ir a la iglesia de Beth se habría convertido en un extraño recuerdo, y no en el hecho que cambió su vida. Mientras lloraba, se acordó del niño que había perdido. Sabía que en cualquier caso habría puesto fin al embarazo, pero era como si nunca hubiera tenido elección. Había pasado dos días con terribles calambres, y al final había ido al hospital. Eso había sido un mes antes de las vacaciones de Navidad, un mes antes de que Tom se sentara a su mesa, junto a ella. Desde entonces no había tenido tiempo para evaluar la pérdida.

Debería haberme acostado y quedado en silencio, se dijo. Debería haber dormido.

La Biblia fue lo último que recogió antes de salir del apartamento, dejando para siempre su vida anterior. Regresaría, pero ya no volvería a ser su hogar. El contrato de alquiler acababa en otoño. Ella y Tom buscarían cada uno otro lugar donde vivir. No sabía qué ocurriría entonces. Solo sabía lo que ocurría ahora, y tenía un nombre: Bill Crane.

En el hospital, Crane se puso en pie con la única ayuda de un bastón, y tenía el mismo aspecto que cuando se habían conocido en ese mismo lugar semanas antes. A Sophie su aparición le pareció una especie de resurrección. Tras haberlo visto inconsciente en la cama, con tubos saliendo de la nariz y los brazos, había imaginado vagamente que cuidaría a un objeto mudo e inmóvil. Pero seguía estando muy vivo. Tampoco es que tuviera buen aspecto. Se le veía incluso más delgado que antes. La camisa le colgaba como si fuera un vestido. El cinturón le ceñía los pantalones negros, que parecían una bolsa de basura vacía anudada en lo alto. En una esquina, o en un banco de Union Square, fácilmente lo hubieran tomado por un vagabundo.

—Ahora su padre está un poco desorientado —dijo el médico. Se llevó a Sophie para que Crane no los oyera, aunque estaban lo bastante cerca como para que los observara con aire desamparado mientras ellos conferenciaban—. Esta mañana estaba bastante lúcido. Imagino que sufrirá altibajos. A medida que el cáncer se extienda, existe la posibilidad de que afecte a sus facultades cognitivas. Procure hablar con él, que le preste atención, aunque él no diga gran cosa o parezca que no la entiende.

Siguió hablando, contándole a Sophie qué podía esperar, sin esforzarse en darle ánimos. Al día siguiente le mandarían al apartamento a un especialista en cuidado de enfermos terminales para que le llevara medicamentos y le enseñase lo que hiciera falta.

—¿Su marido es un hombre fuerte?

Sophie casi soltó una carcajada.

—A su manera —dijo.

—Puede que tenga que levantar bastante peso. Cuando su padre quede inmóvil, tendrán que moverlo para evitar que le salgan llagas.

—Creo que podremos hacerlo.

—A partir de ahora el mayor reto será controlar el dolor.

¿No lo es siempre?, se dijo Sophie.

—Lo que le voy a dar es bastante fuerte —dijo el médico mientras le entregaba dos recetas—. Una es para el dolor y la otra para ayudarlo a dormir. Lea las instrucciones y adminístreselo con cuidado.

—¿Y con esto se encontrará mejor?

—No del todo. Mientras viva, sufrirá.

Dos celadores colocaron a Crane en una silla de ruedas, aunque con el bastón se movía bastante bien. Era difícil saber si había comprendido qué iba a ser de él a partir de entonces, si pensaba que ella se iría después de dejarlo en casa, igual que la última vez. Ella tampoco estaba segura de que la relacionara con la mujer que lo había llevado a casa anteriormente. *Procura que te preste atención*, se dijo Sophie, empujando la silla a la calle. ¿Cómo consigues que te preste atención un hombre al que llevas a casa a morir?

—Decían que eres mi hija —dijo Crane.

—Así ha sido menos complicado —dijo Sophie.

—No eres mi hija.

—Ya lo sé.

Después de eso, no dijeron gran cosa hasta que no hubieron entrado en su edificio, donde ella contempló las escaleras y comprendió la enormidad de lo que había asumido. En el hospital, cuando le habían hablado de lavarlo y cambiarlo, de cuñas y baños con esponja, no le había parecido real. Pero aquellas escaleras que había delante de ellos eran el mayor reto de su vida.

—Puedo subir andando —dijo Crane levantándose de la silla.

Y lo consiguió, agarrándose al pasamanos con una mano y apoyándose en el bastón con la otra. Sophie retrocedió un poco, arrastrando la silla de ruedas mientras apretaba un hombro inútil y alentador contra la zona lumbar de Crane. Sophie sabía que si él perdía el equilibrio caerían los dos.

Desplegó la silla de ruedas cuando Crane abrió la puerta, pero él no le hizo caso y se dirigió al sofá.

—Voy a buscar estas recetas y a comprar unas cuantas cosas —dijo Sophie—. ¿Quiere algo en especial?

Él la miró impávido, como si dijera: ¿Qué podría querer?

—Me refiero para comer.

El médico le había dado el nombre de una bebida proteínica y le había sugerido que tuviera una buena provisión, añadiendo que Crane podía comer pequeñas cantidades de comida sólida si tenía apetito. Los frutos secos, en especial, eran buenos. Pero ya no le iba a afectar mucho lo que comiera; Sophie le daría lo que pidiera.

—La verdad es que no tengo hambre —dijo Crane—. He tenido problemas estomacales.

Si estaba haciendo un chiste, no lo delató.

—Eso me han dicho.

Cuando Sophie volvió al edificio, pasó por delante de la puerta de Lucia Ortiz, y se le ocurrió llamar para contarle que por fin estaba haciendo lo que debería haber hecho mucho antes: venir a cuidar de su padre. Pasó de largo, consolada por el simple hecho

de saber que aquella mujer estaba allí. Cuando llegó arriba, Crane parecía más presente, como si esa parte de él que antes había estado dormida se hubiera despertado en su ausencia.

Sophie calentó un cuenco de sopa que esperaba que pudieran compartir. Vertió una lata de la bebida proteínica en un vaso que encontró en el fregadero y llenó un pequeño cuenco de anacardos sin sal. Regresó a la otra habitación, donde se sentó junto a él en el sofá. Cuando le entregó el vaso, Crane lo examinó como si fuera un insulto antes de colocarlo en la mesa delante de ellos.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Sophie.

—Más o menos igual.

Permanecieron en silencio mientras ella comía la sopa y pensaba en lo duro que sería aquello. Cuando hubo acabado, colocó el cuenco al lado del vaso lleno. Sophie quería decirle lo que sabía, que se había informado de su vida desde la última vez que estuvo en el apartamento. Se lo quedó mirando, intentando determinar hasta qué punto saber aquello lo había transformado a sus ojos.

—Puedo leerle un poco, si quiere. A lo mejor le ayuda a pasar el rato.

Crane apoyó la cabeza en el brazo del sofá y cerró los ojos, como para indicar que la presencia de Sophie le resultaba totalmente indiferente, pero que no le impediría quedarse allí si lo deseaba. Ella metió la mano en el bolso y sacó la Biblia.

No había pensado qué pasajes podía leerle. Quería algo del Nuevo Testamento, a ser posible de los Evangelios, un mensaje de redención más que de condena. Eligió más o menos al azar en el Evangelio de Juan y comenzó a leer.

—«Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro» —leyó Sophie—. «Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: “Vamos a Judea otra vez”. Le dijeron los discípulos: “Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?”. Respondió Jesús: “¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él”».

—¿Por qué me lees esto?

Él había estado tan callado que Sophie dudaba que la escuchara, o que estuviera despierto. Casi se había olvidado de que Crane estaba allí. Entonces comprendió lo brutal que había sido leerle ese pasaje a un moribundo.

—Lo siento —dijo—. Lo he hecho sin pensar.

Pero no era eso lo que había molestado a Crane.

—No me vengas con esa mierda de Iván Ilich —dijo—. Aquí no va a haber ninguna comunión ni conversión en el lecho de muerte.

—No lo he leído con esa intención.

—Apuesto a que conozco este libro mucho mejor que tú —dijo Crane—. Y es fascista.

Sophie pensó que había vuelto a perder el juicio, que había comenzado a alejarse

de ella.

—¿El rey Jacobo?

—Dios. El primer totalitario. Tiene que controlarlo todo. Lee tu correo. Te interviene el teléfono. Te vigila mientras cagas. No veo que haya que admirar nada. Y los campos de exterminio. Auschwitz es un lugar de vacaciones comparado con los círculos del infierno. Y por cierto, te mandan allí por la misma razón: por no ser cristiano.

La impresión que sufrió Sophie no fue por la resistencia de Crane, sino por haber pensado que con él las cosas serían diferentes. Después de su conversión, Sophie esperaba tener que hacer frente a las objeciones de sus amigos escépticos, pero nadie parecía interesado en poner en entredicho su fe. Quizá les daba igual. O quizá la fe les parecía algo tan ajeno que no valía la pena ni hablar de ella. Durante una época se interrogó a sí misma, al ver que nadie más lo haría. Pero ahora que parecía importante, ahora que se enfrentaba con alguien a quien deseaba convencer, las respuestas se le escapaban.

—Lo está simplificando —dijo ella, consciente de lo deficiente que era esa respuesta—. Él no te espía de manera morbosa. No quiere pillar a la gente haciendo algo malo. Y no lo controla todo. Podría, pero nos concede el libre albedrío.

—Libre albedrío —dijo Crane casi gritando, repantigándose en el sofá—. Eres libre para hacer lo que quieras. Y si no eliges adorarlo, te manda a las llamas. Me parecería mejor que nos obligara a hacer lo que quiere que hagamos, en lugar de dejar que lo adivinemos y quemarnos si nos equivocamos.

Aquellos argumentos no eran nuevos para ella. Los había leído antes, incluso de vez en cuando se los había repetido a sí misma. Los argumentos en favor de un dios malévolos eran más convincentes, en todo caso, que los que defendían que no existía. Pero, una vez que se aceptaba la realidad de su existencia, parecía difícil cuestionar su naturaleza.

—No le culpo por estar enfadado —dijo Sophie.

—Pues qué alivio —le replicó Crane—. No soportaría tener eso sobre mi conciencia.

—Naturalmente no puedo ni imaginar lo que usted habrá pasado.

—En eso tienes razón —dijo Crane—. Así que ni lo intentes. No sé qué te habrá contado Tom, lo que tú crees saber de mi vida, pero no sabes una mierda, así que no quiero oírlo.

A falta de nada mejor que hacer, Sophie llevó su cuenco vacío a la cocina. Cuando regresó al sofá, el moribundo había reemplazado a la bestia furiosa.

—Tome un poco —dijo Sophie levantando el vaso lleno de un líquido viscoso.

Ella se recostó a su lado.

—Si no toma nada, simplemente se consumirá.

—Es lo que pretendía —dijo—. No sé por qué esa mujer de abajo vino a ver cómo estaba. Nunca había mostrado ningún interés por mí.

—Yo se lo pedí.

Crane miró a Sophie con una especie de respeto y rencor, como a un adversario que ha resultado un digno rival.

—Entonces esa es la razón por la que todavía estoy vivo.

—Supongo que sí.

—Es una suerte saber a quién echar la culpa.

Entonces Sophie comprendió que la cólera le daba más posibilidades. Era más difícil derrotar la indiferencia.

—Solo quería ayudarle.

—Al menos me has traído a casa. O sea, que he vuelto al lugar de salida, y tú puedes volver adonde esté tu casa.

Así que todavía no se lo habían dicho.

—Voy a quedarme aquí —dijo Sophie.

—¿Cuánto tiempo?

Hasta que se muera, dijo el silencio que había entre ellos.

—De manera definitiva.

—¿Y a Tom no le importa?

—No está en situación de oponerse.

—¿Cómo es eso?

Sophie creía que no tendría que hablar de ello, aunque naturalmente era imposible.

—Se ha ido.

—¿También de manera definitiva?

—No lo sé —dijo ella en tono reflexivo. A continuación lo pensó mejor y añadió—: Supongo que sí. Nuestra relación no era de esas de dejarlo y volverse a juntar. Y Tom no toma decisiones a la ligera. Imagino que si se ha ido, es para siempre.

Crane le lanzó una mirada entre vengativa y comprensiva, instándola a que se lo contara en detalle, como si estuvieran aliados: las dos personas a las que Tom había abandonado. Pero ella no quería seguir por ahí, pues ya había perdido interés en los hechos predecibles de su matrimonio fracasado.

—Debería tomarse estas pastillas —dijo Sophie—. Una es para el dolor, y la otra para ayudarle a dormir. Pero no se las puede tomar con el estómago vacío. Ha de beber un poco de esto.

Crane dio dos sorbos y se volvió hacia ella, necesitado. El deseo de mitigar el dolor se imponía a su tozudez, incluso a su crueldad. Era terrible verlo. Mejor que estuviera furioso.

Después de tomarse las píldoras, se levantó del sofá por sus propios medios. Sophie lo siguió al dormitorio, donde se quitó la camisa. Sophie se estremeció al ver aquel cuerpo pálido y destrozado. La quemadura era más grande de lo que al principio había sospechado, y ocupaba todo un hombro, un brazo y casi todo el pecho. Parecía carne picada, roja e hinchada, y era como si le hubieran echado algo

por encima que pudiera quitarse justo antes de meterse en la cama. Le llegaba a la tripa, donde rozaba la reciente cicatriz de su vientre: aquella zona desfigurada en la que Crane había hurgado el día que se conocieron. Seguía sentado en la cama, al parecer para que ella lo viera, como si dijera: *Eso es lo que el mundo nos impone*. Pero en su cara no había ninguna intención. Apenas se daba cuenta de que Sophie estaba allí.

Ella no le era de ninguna ayuda, y no quería ver cómo se desvestía, pero como le había seguido hasta su cuarto, no sabía muy bien cómo marcharse. Finalmente, cuando Crane se hubo quitado todo menos los bóxers, colocó las piernas encima de la cama. La ropa estaba amontonada en el suelo, como un cuerpo abandonado por el espíritu, y ella la dejó allí. Apagó la luz y lo dejó dormir.

En la cocina rebuscó entre las cosas que había comprado unas horas antes: unas latas de sopa, dos paquetes de espagueti, dos tarros de salsa de tomate. Se le ocurrió probar una de las bebidas proteínicas, aunque solo fuera para saber qué era lo que le había pedido a Crane que tomara antes de darle las pastillas. Y entonces vio una botella de whisky en un rincón de la encimera lleno de polvo.

No había bebido desde la noche en que averiguó que estaba embarazada, aunque no le llamó la atención hasta después del aborto, y parecía indicar que una parte de ella había considerado la posibilidad de tener el bebé. En ese momento se alegró de haberlo dejado; no quería tener nada de qué culparse. Podría haber empezado a beber otra vez, pero no lo hizo. Durante mucho tiempo, el alcohol no la sedujo. Posteriormente, cuando a veces quería una copa, la inercia le impedía tomarla. En el campus la consideraban una conversa religiosa y una bebedora reformada, dos cosas que para los demás iban unidas de manera natural, pese a que hubiera dejado de beber meses antes de sentir el despertar de su fe y que lo uno no tuviera nada que ver con lo otro. Jamás dijo a nadie, ni a sí misma, que tuviera intención de dejarlo; simplemente había dejado de beber cuando así lo decidió.

Todo lo cual le daba libertad para volver a beber. No supo por qué le apeteció tomar una copa precisamente en ese momento, y no antes. ¿Pero por qué no iba a tomarla, si le apetecía? Se sirvió un vaso. La cubitera estaba vacía, como era de esperar, pero añadió al whisky un poco de agua del grifo. Dio el primer sorbo todavía en la cocina. Tosió y se echó un poco más de agua, y fue al comedor.

—No es mi irlandés —dijo en voz alta—, pero algo es algo.

En la mesita baja de delante del sofá encontró la cajetilla de cigarrillos de Crane. Encendió uno para completar el cuadro y dio una sola calada antes de dejar que se consumiera en el cenicero. Cogió la Biblia y comenzó a hojearla.

Cuando la compró, sabía que era una Biblia protestante, pero no había pensado mucho en ello hasta que no habló con el padre Edmundson, el pastor de la iglesia de New Hampton.

No sabía por qué no había ido a la capilla del campus. No era la vergüenza lo que se lo impedía. Muchos estudiantes iban a misa al pueblo, y sabía que algunos contaban que la habían visto. Supuso que no quería que el capellán de la universidad la tratara como a alguien que todavía arrastra la adolescencia y pasa por una fase religiosa. Estaba segura de que era algo más que eso.

Al cabo de una semana se presentó al padre Edmundson e intentó explicar lo que le había ocurrido.

—¿Has leído la Biblia? —le preguntó el padre durante su segunda o tercera conversación.

Ella le habló de la que se había comprado.

—Si vas a reflexionar sobre lo que lees, podrías probar con la versión Estándar Revisada.

Sophie se había comprado la traducción que le recomendó el pastor, y a menudo la estudiaba. Pero volvía continuamente a la traducción del rey Jacobo. Le parecía más verdadera por su belleza, estaba más cerca de la auténtica voz de Dios, aunque a veces le preocupaba que esa preferencia indicara que su fe tenía una naturaleza más literaria que espiritual.

Unas semanas después, el padre Edmundson le recomendó que comprase un ejemplar del catecismo.

—No se lo digo a todo el mundo —dijo—, pero quizá tenga algún efecto sobre ti.

«¿Cómo podemos hablar de Dios?», se titulaba una de las secciones, y en ella se leía: «Puesto que nuestro conocimiento de Dios es limitado, nuestro lenguaje no puede dar cuenta de él de forma adecuada». El capítulo ahondaba después en los límites del lenguaje, en su incapacidad para captar a Dios en su «infinita simplicidad». Al leer esas dos palabras, experimentó de nuevo el impulso que había sentido el día de Navidad. Se dio cuenta de que todas las palabras que leía sobre Dios tenían valor como aproximaciones solo porque ella había estado en contacto directo e inefable con esa infinita simplicidad.

El padre Edmundson no la presionó en sus estudios. En todo caso, el fervor de Sophie le inspiraba dudas. Pero como ella seguía asistiendo a misa y hablaba con él de lo que iba aprendiendo, la inscribió en el programa Rito de Iniciación Cristiana para Adultos. Entonces era primavera, y el padre dijo que si todo iba bien quizá la bautizaría la Semana Santa siguiente.

Aquella noche le habló a Tom de su decisión. En realidad, él fue el primero en saberlo, pues hablar con el sacerdote no era exactamente decírselo a alguien. Tom pareció muy feliz cuando ella comenzó a ir a misa con él, pero le extrañó que fuera sola los días laborables, cuando él tenía que hacer los deberes de clase. Ahora parecía desconcertado.

—No tienes por qué hacerlo —dijo.

Sophie estaba indecisa. De todos modos, no se esperaba esa reacción de Tom.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que no tienes que hacerlo por mí.

—Claro que no lo haría por ti.

—Oh —dijo Tom—. Pensaba que a lo mejor lo hacías por eso.

En los años siguientes guardaría la imagen de ella yendo en el viejo Jaguar de sus padres a preguntarle a Beth si quería apadrinarla. Se acordaba de la sonrisa en la cara de Beth, la alegría que compartieron en ese momento. Pero se empeñaba en apartar de sus recuerdos el hecho de que su primera idea había sido preguntárselo a Tom. Había borrado la noche que pasó llorando, pensando en la reacción de él, que la había dejado perpleja. *No tienes por qué hacerlo*. Lo que había querido dar a entender había quedado claro con el tiempo: Tom no quería que se pareciera a él ni a Beth, no quería que arraigara en el suelo de su vida. Lo que quería en realidad era compartir su desarraigo.

Mientras estaba sentada en el sofá de Crane, recordó otra decepción olvidada: Tom no comprendía por qué no podían acostarse juntos.

—Es pecado —decía ella, todavía tanteando la palabra en la lengua.

—¿Y antes no tenía nada de malo?

—Antes no era católica.

—Pero yo sí.

—Eso no es cosa mía.

—¿Me estás diciendo que lo que hacíamos estaba mal, y que simplemente no lo sabías?

No estaba segura de haber dicho eso.

—No estoy segura de haber dicho eso.

A él le dolió que pudiese siquiera considerarlo así. De hecho, a ella también le dolió. Sophie no sabía cómo relacionarse con la persona que había sido, una persona que todavía parecía existir y seguirla en ocasiones, reivindicando sus derechos. Para ella no era tan fácil como, al parecer, lo era para los conversos acerca de los que había leído. No podía renunciar a su vida anterior tan fácilmente. Al mismo tiempo, las leyes de la Iglesia, establecidas por los descendientes directos de los apóstoles, parecían el acceso más inmediato a la infinita simplicidad. Era el único camino que hasta ese momento le habían enseñado.

Tom se había mostrado dispuesto a marcharse una temporada. ¿Y por qué no? Tampoco hacía tanto tiempo que salían juntos; no había ninguna razón por la que sus vidas estuvieran decididas, ninguna razón por la que la nueva fe de Sophie los uniera y no los separase. Sophie supo desde el principio que Tom carecía de grandes sentimientos religiosos, que la religión le importaba solo porque le importaba a Beth. Pero mentalmente era incapaz de separar su conversión del hecho de conocer a Tom, y le parecía que él estaba esencialmente unido al cambio operado en su vida.

Al final, Tom no se marchó. Pero su paciencia tenía un límite, y la primera fase de su matrimonio estuvo relacionada con la línea que ella había trazado. Como el personaje de una vieja novela, él le había propuesto matrimonio a fin de obtener lo

que quería, para poseerla completamente. A Sophie no le importaba. Con el tiempo se habrían acabado casando. ¿Qué más daba que se casaran antes que sus amigos, que vivirían juntos hasta cumplir los treinta, haciéndolo todo juntos menos pronunciar los votos?

Eso es lo que pensaba entonces. Pero ahora que Tom se había ido, todo le parecía diferente. Ahora que él le había dicho: Nunca he tenido la oportunidad de vivir solo. Como si ella lo hubiera obligado a decidirse. Fuiste tú el que no pudo esperar, le habría dicho, de haberlo tenido delante.

Sophie dejó la Biblia sobre la mesa y bajó la mirada. En el suelo, parcialmente oculta debajo del sofá, había una de las carpetas de papel manila que en su primera visita estaban desperdigadas por todas partes, esas que ella había intentado ordenar pero que siempre volvían a aparecer tiradas por el suelo y el sofá. La cogió, sin otra intención que ponerla en otra parte, ordenar un poco del apartamento. Pero ya no le debía discreción a nadie, y en cuanto la tuvo en la mano le resultó imposible no abrirla.

Dentro había un grueso fajo de recortes de periódico amarillentos. Casi todos parecían ser de principios de los noventa, y a Sophie no le decían gran cosa. Cuando cerró la carpeta, vio el número siete escrito en la parte delantera. El resto de las carpetas, metidas bajo la mesa y el sofá, también estaban numeradas. Tardó unos minutos en encontrar la número uno. También contenía recortes, de un periódico llamado *Columbia Daily Tribune*. Encima del montón había un breve artículo, unos cuantos párrafos que ocupaban menos de una columna, bajo el titular «Mujer de Columbia muere en un incendio cerca de Fort Leonardwood». Debajo del titular se leía: «Sobreviven el hijo y el marido, profesor de la UM». El periódico estaba fechado el 13 de agosto de 1983. El artículo decía que se desconocía el origen del fuego, y no se mencionaba ninguna sospecha acerca de la causa. Se informaba de que William Crane, profesor en Misuri, se hallaba en estado crítico, entre la vida y la muerte. Al parecer, había sufrido graves quemaduras mientras buscaba a su hijo en la casa en llamas. La policía lo consideraba un héroe.

¿Quién provocaría un incendio y luego entraría corriendo para salvar a alguien de las llamas? Sophie había visto las cicatrices, con lo que al menos esa parte de la historia parecía cierta. ¿Por qué Tom no había dicho que su padre lo salvó? ¿Por qué no había permitido que ese acto pesara en la balanza a favor de Crane?

Pues sí que pesaba. El hecho de que Crane hubiera guardado esos recortes tan a mano durante veinte años también indicaba otra cosa, aunque Sophie no supiera muy bien qué. Cada vez que recogía las carpetas, volvían a aparecer. Se imaginó a Crane repasando continuamente esos recortes, pensando en lo que había ocurrido. Era una imagen terrible. Dejó aquella página y miró la que venía a continuación. «La policía investiga el incendio de Fort Leonardwood», decía el titular. Leyó las palabras que había debajo varias veces antes de captar el significado: «La autopsia revela que la víctima estaba embarazada».

Asimiló la información lentamente, y no resultó fácil aceptarla. Recordó las palabras que Crane le había dicho delante del hospital: *Tú no eres mi hija*. De haber tenido una hija, habría sido mucho más joven que Sophie, a lo mejor tendría veinte años, sería estudiante universitaria de tercer año. En aquella época Tom era ya bastante mayor, y seguramente le habrían dicho que tendría una hermanita. Dependía de lo avanzado que estuviera el embarazo en el momento del incendio.

Todos los recortes de aquel montón, y de las demás carpetas de la sala, amenazaban con revelar más cosas terribles. Toda la historia de Bill Crane estaba en el apartamento, esperando a que alguien la leyera. Incluso la había numerado. Y el relato comenzaba justo allí donde uno habría esperado que terminara. La idea aterraba y fascinaba a Sophie. Cerró la carpeta y la apartó de su vista.

El cigarrillo, consumido casi por completo, se había apagado en el cenicero. Encendió otro y fumó mientras apuraba la copa. A continuación se puso en pie sin pensar y se sirvió otra. Cuando la terminó, pensó en la noche que tenía por delante. El sofá era lo bastante grande como para que cupiera entre los dos brazos. Podría haber ido a buscar una manta o un almohadón en la habitación de Crane, pero no se atrevía a volver allí. Si le entraba frío, cogería ropa de su bolsa. Apagó las luces y se tendió en la oscuridad de su nueva vida.

Me fui a la Casa Parroquial sin saber por cuánto tiempo me habían invitado. Si Sophie me hubiera pedido que fuera para siempre, que abandonara la casa de Gerhard y todo lo que había en ella, lo habría hecho sin vacilar. Pero no quería llegar pertrechado para pasar una semana y que solo me esperara para una tarde. De modo que metí una sola muda y dos libros en una bolsa. También recogí unas cuantas cosas que ella se había dejado al marcharse a toda prisa.

Sophie me esperaba en la estación al volante del viejo Jaguar de sus padres. Me había olvidado del coche, que ella tenía cuando estábamos en la universidad. Debía de tener al menos veinticinco años. Lo divisé antes de bajarme del tren, pero me quedé un momento en el andén, fingiendo confusión mientras me calmaba. Encendió y apagó las luces largas para hacerme saber que estaba allí.

—Todavía funciona —dije a modo de saludo.

—Cuando todo lo demás se derrumba.

Teníamos dieciocho años e íbamos en coche de New Hampton a Nueva York cuando Sophie me contó que gracias a ese coche sus padres seguían vivos. Lo dijo en serio. A lo largo de casi toda su infancia, fue el único coche de la familia. Pero unos meses antes del accidente su padre había comprado uno nuevo, que era el que conducía aquella noche. Al ser tan nuevo, quedó fácilmente olvidado. Posteriormente, Sophie vio el Jaguar en la entrada y pensó: *No pueden estar muertos; el coche sigue aquí*. Salió en mitad de la noche y pasó las manos por la carrocería, palpando su solidez. Ni un golpe, ni una rascada. Duermen en su cuarto, se dijo. Todo ha sido una pesadilla.

No era muy dada al misticismo, al menos en aquella época, pero algo en su interior creía que sus padres seguirían a salvo en alguna parte mientras el coche se conservara en buen estado. Y al mismo tiempo rechazaba ese pensamiento mágico, quería desembarazarse de él, de manera que fingía tratar el coche sin ninguna consideración: lo conducía de manera temeraria, lo sacaba de noche y aceleraba en la oscuridad al tomar las cerradas curvas de las sinuosas carreteras que rodeaban la Casa Parroquial.

Me contó todo esto en medio de un atasco, en un tramo recto de la Ruta 1 de Nueva Jersey. Ya entonces, viéndola conducir, pude percibir esa ambivalencia. Nunca más me sentí del todo cómodo cuando ella iba al volante, y volví a sentirme igual mientras nos alejábamos de la estación.

—Te fuiste sin despedirte —comenté.

Hasta ese momento no me di cuenta de lo enfadado que estaba con ella por haber cerrado la puerta de aquel taxi y haber desaparecido de manera tan repentina, ni del miedo que me daba que volviera a desaparecer.

—Se me ocurrió una idea, y tenía que meditarla.

—Podrías haberla meditado en Nueva York —dije—. Te habría prestado papel y lápiz.

—Como sabes, ese ya no es mi medio.

No dije nada, así que añadió:

—Fue estupendo estar contigo. De no haberme ido, a lo mejor me habría quedado para siempre.

—No habría estado tan mal —dije.

—Pero tenía que irme. Tenía que hacer una cosa.

La Casa Parroquial estaba a unos quince kilómetros del pueblo, junto a una carretera poco concurrida y flanqueada por una larga hilera de granjas con cercas altas y blancas y campos verdes y vacíos en los que se veía algún que otro caballo. Hacía años que no iba allí, pero todo parecía igual. Era una de esas típicas casas de Nueva Inglaterra, de estilo colonial, tejas blancas y un gran porche delantero, alojada en un terreno más pequeño que el de las casas vecinas, pero con una piscina en la parte de atrás, y no lejos de ella un pequeño cobertizo que el padre de Sophie había utilizado como despacho.

Era un día extrañamente cálido, más propio del verano que de principios de otoño, y el sol de la tarde palpitaba en un cielo por lo demás vacío. Sophie me acompañó hasta la habitación de invitados, donde dejé mi bolsa sin abrir en la cama.

—¿Quieres nadar un poco? —preguntó—. Puede que sea la última oportunidad de este año.

—No he traído bañador.

—Puedes coger uno de mi padre.

Subimos al piso de arriba y recorrimos el pasillo hasta la habitación de sus padres, que en todas mis visitas parecía inalterada. En una pared había una fotografía ampliada y enmarcada de Sophie cuando tenía dos o tres años, y otra de la familia al completo en la pared de enfrente. Sophie encontró un bañador de su padre en la cómoda que había junto a la cama, y salió para que yo me cambiara. El bañador era corto, con franjas blancas y azules. Me quedaba un poco ancho en la cintura, pero ajusté el cordón. Llevé mi ropa a la habitación de abajo, donde vacié la bolsa rápidamente antes de bajar.

Sophie no estaba en la piscina, pero había un montón de toallas limpias sobre una mesa de hierro forjado entre dos tumbonas Adirondack. En el extremo menos profundo de la piscina, en mitad de la pared, una luz subacuática hacía rielar la

superficie como si reflejara el sol. Me quedé en el otro extremo, mirando la luz. Entonces me zambullí.

Al meterme en el agua fría, se desanudó el cordón del bañador y me resbaló por las piernas. En lugar de intentar cogerlo, liberé los pies con un movimiento de tijera y nadé hacia el fondo, donde toqué con una mano los azulejos oscuros de la piscina. Me dirigí a la pared que tenía delante, a la luz, siguiendo la pendiente hacia arriba, cada vez menos profunda. Antes de la mitad del trayecto ya sentía los pulmones vacíos. Primero noté dolor en el pecho y luego subió hasta el cuello, empujándome a la superficie para tomar aliento, aunque otra fuerza más poderosa me arrastraba hacia abajo, en dirección a la luz. Me impulsé con brazadas rápidas y enérgicas y patadas violentas, con movimientos torpes y desesperados. Lo más importante era no detenerse. De repente, el final de la piscina se abalanzó hacia mí y casi choqué contra la luz. Lancé las manos hacia delante como para frenar una caída y me impulsé hacia arriba, hacia el aire que solo un momento antes parecía tan lejano.

—Impresionante —dijo Sophie mientras yo jadeaba con furia. Estaba junto a la piscina, cubierta con un albornoz azul claro y con un cigarrillo en la mano. Dio una calada mientras rodeaba la piscina hasta la parte más profunda, cerca de donde yo me había zambullido. Cuando llegó allí arrojó el cigarrillo, que crepitó al apagarse en el borde húmedo de la piscina. Se quitó el albornoz, y debajo no llevaba bañador. Se quedó un momento delante de mí. Un instante después ya estaba en el agua.

La primera vez que vi a Sophie desnuda fue unos días después de la visita de Max a New Hampton. Ella y yo habíamos pasado la noche en su habitación, bebiendo y hablando de libros, cosas que todavía no se habían convertido en hábito, de modo que yo no tenía claro cómo acabaría la noche. Al final me quedé dormido en su sofá. Cuando desperté, ella se estaba cambiando para meterse en la cama, y no llevaba nada de cintura para arriba. Al inclinarse sobre el cajón abierto de la cómoda, unos pechos oscuros en forma de lágrima le colgaron hacia delante. Encontró una camiseta negra y se la puso.

Cuando iba a desabrocharse los tejanos, se me ocurrió hacerle saber que estaba despierto, pero me quedé callado. Deslizó los pantalones sobre las caderas con un meneo insinuante. Con un único y ágil movimiento se bajó las bragas de algodón blanco, tirando del elástico con los pulgares, y dio un saltito cuando llegaron a los pies. Al aterrizar separó las piernas, y un vello oscuro asomó entre ellas.

Se volvió. Su camiseta mostraba a Mickey Mouse, y el color de su pelo era tan idéntico al de la camiseta que parecía que formaran una sola pieza. No pareció avergonzada ni sorprendida al ver que la miraba.

—Sigue durmiendo, perverso —dijo.

Me di la vuelta en el sofá, dándole la espalda. Al cabo de un momento, la luz se apagó. Incluso en la oscuridad cerré los ojos, como un niño jugando al escondite. De

hecho, conté en silencio, sin respirar. Cuando llegué a cero, ella se echó a mi lado. Colocó la cabeza entre mis omóplatos. Al cabo de unos minutos su respiración adquirió un ritmo lento y regular, con un asomo de ronquido al espirar, y supe que dormía.

Cuando desperté, estaba sentada en la butaca de la esquina, enfundada en la misma camiseta negra de Mickey Mouse y con unos pantalones de pijama a rayas blancas y azules. Leía una novela de Thomas Bernhard: creo que era *Trastorno*, o a lo mejor *El malogrado*. Me sonrió cuando me incorporé en el sofá. Pasó otro mes antes de que acabáramos juntos en la cama.

Ahora avanzaba rápidamente por la piscina, aunque desde donde yo estaba parecía que no hiciera nada para impulsarse, como un pájaro que permanece completamente inmóvil mientras surca el cielo. Parecía menos un cuerpo que el rielar del agua. Cuando se acercó al extremo me aparté, esperando que asomara la cabeza, pero ejecutó un giro perfecto, empujándose con los pies e impulsándose hacia el lado de donde había venido. Al verla nadar sentí como si me asfixiara y volvió a dolerme el pecho. Quería sacarla a la superficie. Tuve que recordarme que no se iba a ahogar. Si necesitaba aire, ya saldría a por él.

Sentí alivio cuando llegó al otro extremo, pero ni siquiera entonces salió enseguida, sino que formó una bola con su cuerpo y bajó al fondo de la piscina, como una piedra que se hunde. Cuando llegó al fondo, se impulsó como un resorte, haciendo fuerza con los pies contra el azulejo.

Al cabo de un momento volvía a estar fuera del agua, recuperando el aliento con las manos sobre las rodillas. Recogió el albornoz y se lo puso. Todo había durado apenas un minuto. Miró la piscina en actitud desafiante, algo enfadada incluso, como si yo le hubiera dicho que no podría hacerlo y hubiese demostrado lo equivocado que estaba. Se le calmó la respiración y metió la mano en el bolsillo del albornoz para sacar otro cigarrillo. Cuando lo hubo encendido rodeó la piscina y se sentó en una tumbona.

Nadé hacia mi bañador, me lo puse y salí del agua. Entre las toallas había otro albornoz, y me cubrí con él antes de sentarme junto a Sophie.

—Lo construimos mi padre y yo —dijo, moviendo la mano como si hablara del patio, la casa y el mundo entero que nos rodeaba.

—¿Qué es lo que construisteis? —pregunté.

—Esto —dijo. Con el pie dio una patada en el suelo de madera—. Fue el verano después de que instalaran la piscina y nos llevó unas semanas. Mi padre tenía idealizado el trabajo físico, igual que le pasaba a Tolstói con la trilla. Todos los fines de semana del verano los pasaba sin camisa, al sol, arreglando el jardín. Y siempre quería que yo le ayudara. Construimos ese cobertizo, donde instaló su pequeño despacho. Pero aquel año fue este suelo. Él fue rodeando la piscina, clavando su pala

en la tierra, retorciéndola para arrancar las raíces, que iba apartando a un lado. Yo le seguía, colocaba un poste en cada agujero y vertía cemento rápido de una bolsa grande que arrastraba de agujero en agujero.

—Parece bastante resistente —dije, y en broma arree una patada a las tablas. Sophie no sonrió.

—Mi abuelo fue albañil en la región central de Pensilvania. —Ya me lo había contado, pero no la interrumpí—. En sus años de instituto y universidad mi padre pasaba los veranos al aire libre, acarreando piedras. Durante el resto de su vida creo que pensó que su trabajo en la oficina no era suficiente. El verdadero trabajo era el que se hacía con las manos. Creo que le parecía un fracaso que su trabajo no diera frutos tangibles. Le hacía ganar mucho dinero con el que poder comprar cosas tangibles, pero no era lo mismo. Sobre todo se sintió frustrado por no poder transmitirme el oficio. Tres generaciones de albañiles Wilder. Era consciente de que no era mucho, pero algo es algo. La estirpe de tres generaciones acabó con su padre. En su opinión, el trabajo compartido era la auténtica base de la relación entre padre e hijo. Era un aprendizaje. Un oficio que se transmitía, y eso solo se podía hacer con la práctica. De este modo el trabajo tenía dos frutos: hacías el suelo, y además transmitías un saber.

—Es bonito tener estos recuerdos —dije.

—Yo detestaba aquello —contestó Sophie—. Era una comedia. Él era banquero. Construir un entarimado no es un trabajo de verdad, y nunca iba a ser el mío. ¿Quién quiere pasarse las vacaciones de verano haciendo un trabajo manual al sol? Yo quería quedarme dentro leyendo. Pero ahora me gustaría tener otra habilidad práctica aparte de la de verter cemento y arrastrar la manguera por el patio. Quizá así tendría algo que hacer con el resto de mi vida.

—Escribir es una habilidad práctica —dije—. Al final has producido algo.

—También me he dado cuenta de otra cosa —dijo Sophie—. Mi antigua preferencia por la obra de arte autónoma, que siempre había considerado un frío principio estético, no era más que una predilección sentimental por lo artesanal. Después de todo, soy hija de mi padre.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que no sé para qué sirve esa habilidad artesanal. ¿Qué tienes, cuando has acabado? Por muy grueso que sea el libro que has escrito, no puedes sentarte encima de él.

—Pero has hecho algo hermoso.

Dejó escapar una larga columna de humo y a continuación la disipó con la mano, mezclándola con el aire que tenía delante.

—No estoy segura de que eso sea posible.

—¿Desde cuándo?

—La belleza procede de la decencia y la aptitud, dice san Agustín.

—No te sigo.

—En otras palabras, la belleza viene a ser un producto secundario de la elegancia con la que un objeto cumple su propósito. Una obra cuyo propósito es ser hermosa queda atrapada en la circularidad. Esa meta nunca puede alcanzarse. Solo se puede alcanzar la belleza cuando se satisface alguna necesidad real. ¿Qué sentido tiene, entonces? ¿Qué es lo que tiene que conseguir la escritura? ¿Cuál es el objetivo que persigue, el que fundamenta su belleza?

—¿No crees que la necesidad de belleza es una necesidad real?

—Claro que la necesitamos —dijo Sophie—. Pero ya existe sin nosotros. «Dos cosas llenan la mente con un asombro y un respeto reverencial siempre nuevos y crecientes: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral que hay en mi interior.»

—Me dejas perplejo —dije.

—Es de Kant.

—¿Has estado leyendo a Kant?

—Eso me lo dijo Bill Crane.

Yo todavía no estaba preparado para él. Quería tener la oportunidad de estar con Sophie sin que la presencia de ese hombre se interpusiera entre nosotros.

—¿Por qué me has invitado a venir? —pregunté.

—Porque quería volver a verte, y no en esa casa con Max y todos sus amigos. Y porque quería despedirme de ti.

—¿Viniste a despedirte?

—Me voy.

—Ya te has ido.

—Ahora me voy para siempre. Ha llegado el momento de que me acompañen a la salida.

—Yo no voy a acompañarte a la salida —dije—. Quiero estar contigo. Quiero casarme contigo.

Era cierto.

—Eso es imposible, Charlie. Ya estoy casada.

—Estás divorciada.

—Estoy separada.

—¿Y cuándo va a llegarte el divorcio? Puedo esperar.

—No lo voy a tener, Charlie. No hay divorcio. Me casé por la Iglesia. Eso significa que sigo casada.

—¿Tom piensa lo mismo?

—No me importa lo que piense Tom. No es cosa suya.

—O sea, que si se casa con la chica que vimos por la calle, ¿por lo que a ti se refiere seguirás siendo su esposa?

—Exacto.

—¿Y la anulación? Cuando te casaste eras joven, y no habéis estado juntos mucho tiempo. ¿No puedes conseguir que un sacerdote haga algo?

—No lo entiendes. Era consciente del voto que hacía. ¿Qué podría alegar para la

anulación?

—Invéntate algo. La gente lo hace.

—La gente lo hace, sí. Pero yo no lo voy a hacer.

—Esto es irracional, Sophie. No estamos en 1940. Y no tiene nada que ver con lo que en teoría significa la religión: la caridad, el amor, portarse bien con los demás. Castigándote no consigues nada.

—En eso tienes razón —dijo.

—O sea, ¿que vas a pasar el resto de tu vida sola porque cometiste un error cuando tenías veintidós años?

—Si mi marido no vuelve conmigo, sí.

—No es posible que Dios quiera que sufras durante el resto de tu vida si no has hecho nada malo.

—Puede que también tengas razón en eso. No puedo saber qué quiere Dios. Solo sé lo que le prometí.

—Tom rompió la promesa, no tú.

—Mi promesa no era con él.

—Se ha acabado, Sophie. Tú respetaste tu parte del trato. No es culpa tuya.

—Tanto da de quién sea la culpa.

—Esto no tiene sentido —dijo.

—Nunca he dicho que lo tuviera. Ni yo misma lo entiendo, pero no voy a cambiar de opinión.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque espero no darle más vueltas —dijo.

Proseguir aquella conversación significaba echar a perder lo que quedaba de la noche. Me dije que la convencería antes de irme.

—Vamos dentro —dijo Sophie—. Prepararé la cena.

En la cocina, sirvió un vaso de vino para cada uno.

—¿Así que te vas de verdad? —pregunté.

—Sí —dijo.

—¿Dónde vas?

—Todavía no lo he decidido. Solo sé que ha llegado el momento de marcharme de aquí.

Sacó una bandeja de pasta del horno y sirvió dos platos. La seguí a la mesa.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —le pregunté mientras nos sentábamos—. No hablabas en serio al decir para siempre.

—Tampoco estoy segura de eso. Mientras tanto, puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. El cobertizo de mi padre es un sitio estupendo para escribir.

—Es una oferta muy amable, Sophie, pero no puedo aceptarla.

—Deberías quedarte —dijo—. Es decir, quiero que te quedes. No lo digo solo por

ser amable.

—Te lo agradezco, pero no creo que pudiera quedarme aquí sin ti.

—Como quieras —me dijo—. Pero piénsalo antes de decidirte. Te la dejo exclusivamente a ti.

Sophie se sirvió otro vaso de vino.

—¿Te acuerdas de lo que te he dicho antes, que odiaba trabajar con mi padre?

—Sí.

—No era solo eso —dijo Sophie—. Casi siempre lo odiaba. Era tan desgraciado... Creo que le gustaba trabajar así porque pensaba que, si se agotaba, su mente se calmaría un poco. Creo que su cerebro le torturaba. Todo esto, naturalmente, lo pensé después. En aquella época simplemente me resultaba desagradable estar a su lado. A lo mejor había hecho algo que realmente lamentaba. A lo mejor solo quería olvidar. Ojalá hubiera sido más comprensiva.

No la había visto llorar desde el día en que me dijo que estaba embarazada. Es posible que su mente también relacionara ambas cosas, porque dijo:

—Me acordé de él después del aborto. Sigo sin saber por qué.

Hasta entonces nunca me había contado el final de su embarazo. No supe qué decir.

—Basta ya —dijo Sophie, secándose las lágrimas, que ya le habían llegado a las mejillas—. No quiero estropear la cena.

Después de que mi padre muriera, nos dirigimos en una larga comitiva de coches al cementerio de Long Island, donde lo enterramos al lado de su padre. Antes de eso, hubo un funeral, donde el sacerdote dijo que mi padre había sido bautizado en Cristo y que ahora había alcanzado la vida eterna. Aunque la primera parte era estrictamente cierta —lo habían bautizado como católico—, del resto no sabría qué decir. Nunca fue un hombre especialmente religioso. Es decir, no era lo primero que alguien diría de él, así que me pareció extraño que tuviera que ser lo último, y que tuviéramos que recordarlo así.

Mi tío se encargó de todo, y al ser un hombre muy tradicional, lo hizo todo como es debido. Mi tío decía que, fueran cuales fueran tus creencias los demás días de tu vida, para el matrimonio y la muerte había que regresar a la Iglesia. Mi abuela quería ver a su hijo descansando junto a su marido, cerca del lugar al que ella iría pronto, y eso no podía ocurrir si no había un entierro como los de toda la vida. En aquel momento nada de eso me importaba nada. ¿Qué más le daba a mi difunto padre? Esas cosas se hacían para los que seguían con vida. Pero ahora pensaba de manera distinta. Había personas como Sophie que se tomaban las palabras de la fe como algo más que palabras. A la luz de ese hecho, no parecía correcto que todos los demás hablaran solo para cubrir las apariencias.

Todo esto era lo que pensaba aquella noche mientras seguía a Sophie por el

pasillo, rumbo a mi habitación. Nos habíamos bebido dos botellas de vino, y de la cocina habíamos pasado a la sala, donde nos habíamos sentado en el sofá. Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, permanecimos un momento el uno junto al otro, incómodos. Entonces la atraje hacia mí y ella me rodeó con sus brazos.

—Te quiero, Sophie —le dije.

—Yo también te quiero —dijo.

Empujó la puerta y me condujo al interior. No supe muy bien cómo tomármelo después de lo que me había dicho de su matrimonio durante la cena, pero la seguí hasta la cama. A lo largo de los años me había imaginado volver a estar con Sophie, aunque sabía que era muy improbable. Ahora los dos estábamos nerviosos, incómodos y un poco perdidos. Tardamos un poco en encontrar el ritmo del cuerpo del otro. Me colocó encima de ella, me guió a su interior y a continuación se retorció bruscamente, como para protegerse. Pero al ver que yo me apartaba, volvió a atraerme hacia ella. Nada más terminar, se levantó de la cama.

—Buenas noches, Charlie —dijo.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí —dije.

—Ojalá las cosas fueran de otra manera.

Se inclinó hacia mí y me besó.

—Entonces escríbelo de otra manera.

Aquella noche Sophie no durmió bien. Se sentía extraña en aquella cama, que ni siquiera era una cama, con una copa en la tripa y otra dándole vueltas por la cabeza. Se despertó varias veces y se incorporó en la oscuridad, escuchando el zumbido del mundo y preguntándose si le quedaba energía para crearse otra vida. Al final se filtró la suficiente luz por las persianas para poder dar por acabada la noche.

Se puso los tejanos y se fue a la cocina, donde se frió dos huevos e hizo café. Luego le prepararía algo a Crane, algo que no se comería, pero en aquel momento le dejó dormir todo lo que pudiera. Probablemente serían horas, pues no eran más que las seis de la mañana. En cuanto se despertara, le llevaría un cuenco con frutos secos y otra bebida proteínica, y comenzaría su primer día juntos. Mientras tanto, Crane estaba a salvo en la cama, y no había nada que ella pudiera hacer por él quedándose en la cocina. Cuando acabó de desayunar se fue a buscar una iglesia.

Frente al edificio encontró a un viejo durmiendo en la acera, metido en un túnel de cartón y con los pies envueltos en periódico, y lo rodeó para llegar a la esquina. Las calles estaban casi vacías y la luz de la mañana inundaba el aire de una intensa claridad.

No tardó en encontrar una iglesia católica en una calle que salía de Tompkins Square. Estaban construyendo en la manzana y había unos altísimos edificios de apartamentos casi terminados. Las moles incompletas ya eran más altas que la iglesia, que en otro tiempo había sido el punto más elevado de la calle y se veía a lo lejos, cuando las iglesias eran los edificios más altos de cada barrio, de cada población. Sophie se encontró delante de ella casi sin darse cuenta. Un cartel anunciaba que se celebraba misa cada día a las siete.

La iglesia parecía más grande por dentro que desde fuera, y las luces bañaban el suelo de baldosas entre telarañas irregulares de sombra. Cuatro ancianas llenaban la primera fila, pero los otros bancos estaban vacíos. Sophie entró en silencio y se arrodilló para rezar. Siempre rezaba primero por Tom, y no hacerlo ahora le parecía pecar de inconstante.

Si regresaba, ella lo aceptaría —seguía siendo su marido—, pero sabía que eso no era lo mismo que desear que volviera. Intentaba imaginarse a la otra chica, no porque le interesara realmente, sino porque pensaba que debía hacerlo. No resultaba fácil interesarse por los demás. Era algo que acarreaba responsabilidad. De eso se encargaba Dios, se dijo Sophie: de pensar en nosotros todo el tiempo, de seguir

imaginándonos, para que pudiéramos seguir existiendo.

Después rezó por la hermana de Tom, cuya existencia ahora imaginó. Entonces se acordó de su propio hijo no nacido, y pensó en él con triste curiosidad. Se dijo que probablemente no tendría más hijos. No había tantas oportunidades como uno pudiera pensar para crear una vida.

Sonó una campanilla en la sacristía, y el sacerdote apareció con un solo acólito, una niña de diez u once años que transportaba la cruz. Las primeras palabras de la misa desorientaron a Sophie. Tardó un momento en resolver el enigma. Fuera no se indicaba que la misa se celebrara en un idioma extranjero, pero el barrio era en su mayor parte hispano, o lo había sido hasta que comenzaron a construir edificios de lujo, así que no debería haberla sorprendido que el sacerdote hiciera su saludo en español. No conocía el idioma, pero sí la ceremonia, de manera que fue bastante fácil seguirla. Incontables generaciones se habían pasado la vida asistiendo a misas pronunciadas en un idioma que no hablaban fuera del templo, un idioma que ya no era público, sino el lenguaje privado con el que Dios se comunicaba con sus fieles. La combinación de familiaridad y extrañeza hizo que, años después, Sophie volviera a experimentar por vez primera el estupor con que recibió la gracia el día en que todo cambió. De vez en cuando llegaba así, de manera espontánea, pero en cuanto ella reconocía su presencia, desaparecía, dejándola con el dolor de la ausencia. Quería pensar que si otra mañana regresaba a esa misa, volvería a sentir lo mismo, pero sabía que no sería así. Era una sensación que no se encontraba si uno la buscaba. Lo único que se podía hacer era esperarla.

Cuando llegó el momento de darse la paz, el sacerdote bajó del altar y dio un largo abrazo a cada una de las mujeres de la primera fila, como si fueran familia, cosa que era perfectamente posible. Se acercó al banco de Sophie y ella se dirigió hacia el pasillo central, dispuesta a tenderle la mano. Pero él la abrazó como a las demás, y dijo en inglés, como si supiera desde el principio que ella había entrado por error:

—La paz sea contigo.

Al volver al apartamento, Sophie sintió que disponía de una nueva reserva de energía. Eran más de las ocho, y decidió echarle un vistazo a Crane. El celador del hospital para enfermos terminales tardaría tres horas en llegar, de manera que tenía mucho tiempo para despertarlo y dejarlo presentable. No estaba segura de por qué eso le parecía necesario, por qué necesitaba que la persona que le enviaran creyera que estaba cuidando bien al enfermo. Llenó un vaso de bebida proteínica y la llevó al dormitorio. Llamó suavemente a la puerta. Como nadie contestó, entró.

Lo primero que observó fue que la cama estaba vacía. Se quedó en la puerta, desconcertada, hasta que lo vio echado en el suelo. Estaba tan inmóvil, en una posición tan incómoda, que al verlo no tuvo ninguna duda de que estaba muerto. Se arrodilló y descubrió que no solo respiraba, sino que estaba despierto y la miraba con

los ojos abiertos, aterrorizado y avergonzado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

Él intentó responder, pero no le salió ni una palabra. Ella le rodeó el pecho con los brazos para incorporarlo. Casi tuvo que retroceder por el olor, como de una herida abierta que hubiera supurado.

Una vez incorporado, Crane recuperó un poco la conciencia.

—Me he caído de la cama.

—¿Cuándo ha sido?

Él la miró impotente. ¿Cómo iba a medir el paso de las horas?

—Te he llamado, pero al final me he cansado.

—A partir de ahora —dijo Sophie—, dormiré aquí, así me daré cuenta si vuelve a pasar.

Le dio el vaso y él bebió despacio. Mientras bebía, Sophie encendió las luces de la habitación y abrió la ventana para que se fuera el olor. Se sentó a su lado. Cuando él acabó de beber, Sophie intentó levantarlo. Parecía imposible que se hubiera debilitado tanto de la noche a la mañana.

—Ahora no puedo levantarme —dijo Crane.

Estaba más tranquilo, y en sus ojos ya no había esa expresión de miedo y vacío. Se lo imaginó debatiéndose durante la noche, quizá durante horas, antes de rendirse, agotado pero demasiado asustado para dormir.

—Cuando esté listo —dijo Sophie—, volveré a meterle en la cama para que pueda descansar. Le daré otra píldora.

—No quiero meterme en la cama.

—Le colocaré en el centro —dijo—. Me quedaré aquí y procuraré que no se vuelva a caer.

—No es eso.

Crane tenía algo más que decir, pero no acababa de soltarlo.

—¿Qué es?

—Me he cagado encima —le dijo—. No quiero llevar la mierda a la cama.

—Le limpiaré.

Sophie fue a buscar lo necesario para limpiarlo en el suelo. Del cuarto de baño trajo algunas toallas y una pastilla de jabón. Encontró un cubo debajo del fregadero de la cocina y lo llenó de agua caliente antes de regresar junto a la cama con una esponja y un rollo de papel de cocina. Se sentó y le sacó a Crane la blusa sudada. Se le pegaba al cuerpo y se resistía, y cuando por fin se desprendió, se llevó una fina capa de piel. No era solo la parte cubierta de quemaduras, sino que toda la piel parecía inflamada.

Sophie disolvió el jabón en el agua y mojó la esponja: una esponja de cocina, probablemente áspera, pero no había encontrado nada más. La estrujó y la pasó lentamente por el exterior del brazo izquierdo. Crane hizo una mueca de dolor cuando ella levantó el brazo y pasó la esponja por la parte de dentro. Cuando llegó a la axila,

vio que tenía la piel ulcerada. La había desgarrado un poco al levantarle el brazo, y se había abierto una pequeña herida. Crane se estremeció cuando la esponja pasó por encima. Sophie no estaba segura de que fuese bueno para la herida, pero no sabía qué más hacer. Cuando acabó le secó el brazo y se lo volvió a colocar junto al costado. Pasó al otro y de ahí al pecho y la espalda, después de lo cual lo único que faltaba era quitarle los bóxers manchados. Cuando salieron, dejaron un rastro marrón verdoso a lo largo de la piel. Sophie los tiró al cubo de la basura que había cerca de la cama.

No pudo evitar detenerse un momento para mirarlo. La barriga le caía sobre el vello púbico negro grisáceo, visible solo a retazos aislados, como hierbas asomando a través de las grietas del cemento. Más abajo había un amasijo de piel inerte, formado por diversas partes indistinguibles y metido casi totalmente entre las piernas, como escondido, y el pellejo rojizo del prepucio se le pegaba al muslo. De repente, Sophie notó la esponja muy pesada y la dejó caer dentro del cubo. Cuando le separó las piernas, vio que no podía seguir con el resto del cuerpo desde delante, no podía seguir viéndolo observar en silencio su trabajo. Se colocó a un lado y, acercándole la mano por detrás, lo limpió con papel de cocina. Lo que encontró entre sus piernas era del mismo color y consistencia que la bebida que le había obligado a beber. Puso una toalla en el suelo y lo colocó sobre ella.

Cuando hubo limpiado el suelo y lo hubo vestido, Crane aceptó volver a la cama. Ahora estaba más fuerte, o quizá solo más dispuesto a ayudar. Lo levantó del suelo sin ningún problema y lo movió hasta el centro del colchón. Sophie colocó almohadones a los lados para que no rodara. Le dio una pastilla para dormir y se sentó en una silla al otro lado de la habitación, desde donde lo escuchó respirar.

Cuando sonó el interfono, Crane todavía dormía y Sophie seguía sentada en la silla. En el descansillo apareció una mujer oronda y de aspecto severo con lo que parecía una gran bolsa de gimnasio colgada del hombro. Llevaba el pelo negro oscuro recogido en una cola de caballo.

—Me llamo Sarah —dijo—. Me mandan del hospital.

Sophie se presentó y le tendió una mano que la mujer no estrechó.

—¿Dónde está su padre? —preguntó Sarah.

—Está durmiendo. Ha pasado mala noche.

—¿El médico no le ha recetado nada para dormir?

—Sí, pero se ha caído de la cama.

La mujer asintió. Su interés por el problema parecía sobre todo teórico.

—Le mandaremos algo para que pueda instalarlo en la cama e impedir que vuelva a ocurrir.

—Sería un alivio —dijo Sophie.

Sarah se sentó en el sofá y vació la bolsa mientras explicaba los servicios que le proporcionaría el hospital de terminales. El seguro pagaría a alguien para que fuera al

apartamento una hora al día.

—Si necesita más tiempo —dijo—, nos lo puede traer al hospital. Recibirá toda la atención que necesite.

—Él quiere quedarse en casa.

—¿Lo cuida usted sola?

—Sí.

—Pues va a ser todo un reto. —No era un reproche, simplemente una opinión profesional. Como Sophie no contestó, dijo—: Ahora me encargaré yo de él. Si tiene algún recado que hacer, aproveche para salir un rato. Esta vez puedo quedarme un poco más, pues seguro que tendrá usted cosas que hacer.

Unas horas antes, disponer de ese rato no le habría parecido algo tan valioso a Sophie, pero ahora sabía que ya no podría dejar solo a Crane. Tendría que aprovechar aquella ocasión. Si se daba prisa, le daría tiempo a ir a su apartamento sin hacer esperar demasiado a Sarah. Si su trabajo iba a consistir sobre todo en estar sentada mientras Crane dormía, necesitaría más libros, aunque ya no se hacía la ilusión de leerle.

No le preocupaba la posibilidad de encontrarse con Tom en el apartamento, pues él ya se habría mudado al pisito de Brooklyn o del West Village que la chica hubiera alquilado para pasar el verano. El portero la saludó tan afectuosamente como siempre, y ella se preguntó si sabría que Tom se había marchado.

Al entrar en el apartamento, tuvo la sensación de haber estado fuera mucho tiempo. En el estante que había junto a su escritorio, encontró otro libro de Thomas Merton, *Las aguas de Siloé*, sobre su experiencia en Getsemaní, un monasterio trapense de Kentucky donde había vivido y escrito. Cuando leía a Merton, Sophie siempre envidiaba que su conversión lo hubiera llevado a la soledad y el silencio. En su momento, le había parecido natural que la suya la llevara al sacramento del matrimonio, a compartir su vida con otra persona. Ahora le parecía que no tenía por qué haber sido así.

A pocos kilómetros de la casa de sus padres, en Connecticut, había una abadía de monjas benedictinas. Cuando era pequeña pasó por delante muchas veces en coche, y después de su conversión había hecho unas cuantas visitas. Era el lugar más tranquilo en el que había estado nunca. No se le ocurrió hasta que fue demasiado tarde que podría haber elegido ese tipo de paz. No sabía cómo vivían las monjas, pero imaginaba que su existencia sería distinta a la de Merton entre los trapenses. A lo mejor a eso había sido llamada desde el principio sin que lo supiera: a la vida contemplativa. ¿Tendría valor para ello, llegado el caso? No se podía permitir equivocarse otra vez. No podía seguir yendo de una vida a otra.

Tuvo que hacer un esfuerzo para sacudirse esa idea de la mente. Tenía que regresar con Crane. Colocó unos cuantos libros más en la bolsa y miró a su alrededor

para ver qué otra cosa podía llevarse. Su cuaderno seguía donde Tom lo había dejado la noche que se marchó. Si se lo llevaba, no sería para trabajar en la solicitud de subvención, cuyo plazo de entrega expiraba dentro de una semana. Sería para escribir sobre Crane.

Antes de marcharse llamó a la directora de la clínica de logopedia. Le salió su buzón de voz, por lo que fue sencillo explicarle que su padre estaba muy enfermo — de hecho se estaba muriendo, dijo sin vacilar— y no podría terminar la propuesta a tiempo. Naturalmente, no le cobraría a la clínica las horas que ya había invertido, y en cuanto le fuera posible les buscaría otra fuente de fondos apropiada para ellos. Colgó y echó una última ojeada antes de marcharse. No había nada más que necesitara.

El buzón de la entrada estaba lleno, como si hubiera estado fuera semanas en lugar de solo una noche. Un único sobre grande ocupaba casi todo el espacio y el resto no era nada más que la propaganda de un día normal. El sobre, dirigido a ella, llevaba el remite de Peters and Ryan, la agencia donde trabajaba Greg. El mero hecho de pensar en él la agobiaba. Se le ocurrió tirar el paquete, pero al final se lo metió en la bolsa.

—He colocado un protector encima de la sábana, por si hay otro accidente —dijo Sarah a modo de saludo cuando Sophie regresó. No dijo cómo se había enterado del primero—. De todos modos, será mejor que compre pañales.

Sophie le dio las gracias y la acompañó a la puerta.

—Mañana vendrá otra persona —añadió Sarah al despedirse—. Es mi día libre. Pero volveré a verla dentro de un par de días.

Cuando se quedó sola otra vez, Sophie regresó al dormitorio, donde Crane todavía dormía. Era primera hora de la tarde, y ya estaba agotada. Si Crane dormía todo el día, se pasaría la noche en vela, y ella le haría compañía. Se dijo que debería intentar dormir un rato ahora que podía. Pero lo que hizo fue llevarse su bolsa a la silla del rincón y sacar el paquete de Greg. Dentro había un libro, con una nota escrita a mano sujeta con un clip: *Esta es la novela de la que te hablé por teléfono. ¿Podrías plantearte hacer algo de ese estilo? Naturalmente es decisión tuya. La idea del viejo todavía podría funcionar.*

En la portada del libro se veía la fotografía de una pareja joven que se separaba en una calle cubierta de nieve. Al pie de la foto, siguiendo el borde de la acera, se leía el nombre del autor: Charles R. Blakeman.

Charlie le había mandado unas galeradas a Sophie meses antes, y ella había comenzado a leerlo varias veces, pero no podía pasar del primer capítulo. Contaba cosas de un muchacho llamado Charlie, que vivía con otro joven llamado Max, asistía

a fiestas literarias, tomaba drogas y se acostaba con agentes de prensa guapas y jóvenes. Todo le resultaba muy triste a Sophie, y no sabía si Charlie había pretendido que lo fuera.

Charlie escribía sobre un mundo que ella ya no compartía con él, pero eso no era razón suficiente para que le costara tanto leer el libro. ¿Se debería a que parte de ella había deseado, después de todo, vivir en ese mundo con él? ¿Le habría gustado pasar de otra manera los últimos años, desde que se separó de Charlie? En cierto momento él había significado mucho para ella, y los dos prometían tanto... Quizá su tristeza se debía al hecho de que ese libro —ahora que el delgado tomo de sus relatos estaba ya casi olvidado— era todo el fruto que había dado esa promesa, pues tenía la impresión de que después de ese libro ya no vendrían más.

Podría haberse casado con él de haber querido, aunque probablemente ese matrimonio no habría acabado mejor que el que había contraído. Gracias a Tom se había hecho católica, y a pesar de como había acabado todo entre ellos, era algo que no lamentaba. Pero si no se arrepentía de la vida a la que había renunciado, ¿por qué le parecía tan difícil leer el libro de Charlie?

Algo poderoso se lo había impedido, algo que no podía comprender. Quería algo mejor para Charlie, algo mejor para los dos. Al cabo de un tiempo ya ni siquiera fue capaz de mirar la sencilla cubierta en blanco y negro. La avergonzaba. Un día, en un impulso, lo tiró a la basura, y desde entonces había intentado olvidarlo. Sabía que debería haberle llamado para felicitarlo cuando el libro salió a la venta. Pero en tal caso habría tenido que admitir que no lo había leído, pues seguramente él le habría preguntado qué le había parecido, y ella no habría podido mentirle, al menos no en eso. Así que no había hecho nada.

Hubo una época en que consideraba a Charlie y a su propia escritura como algo muypreciado a lo que tenía que renunciar como prueba de su fe. Sabía que era absurdo, pero el sentimiento era inconfundible. Mientras miraba la cubierta del libro, recordó la época en que les parecía que sus vidas estaban inextricablemente entrelazadas, pasara lo que pasara, como los caminos de los personajes en una novela. Sophie seguía sintiendo lo mismo, y la diferencia era que ahora sabía quién era el autor de su historia. Pero ¿por qué le mandaban ese libro? ¿Por qué la mandaban otra vez con Charlie, o a él con ella?

—¿Qué es eso?

Al otro lado de la habitación, Bill Crane la miraba, incorporado en la cama. Sophie casi había olvidado que estaba allí. Con una mano hizo ademán de mostrarle el libro mientras con la otra se secaba las lágrimas.

—Algo que estoy leyendo.

—No estás leyendo. Simplemente estás mirando la tapa y llorando.

La voz de Crane ya no tenía toda una gama de tonos; todo lo pronunciaba de forma monótona, de manera que Sophie no sabía si se lo había dicho con malicia.

—Conocía al autor.

—¿Un antiguo amor? —preguntó con la misma voz inexpresiva.

—Algo así —dijo ella. Casi a pesar de sí misma, añadió—: Estaba enamorada de él.

—¿Tom lo sabía?

—Fue antes de conocer a Tom.

—Entiendo —dijo Crane—. Mi hijo fue el premio de consolación.

—No, no fue así. —Sophie decidió que si iba a contarle algo, no debía callarse nada—. Me tiré a su primo.

—Las tentaciones de la carne.

—Fue lo único que se me ocurrió hacer para que nunca me perdonara.

Ahora Sophie ya lloraba más abiertamente, sin avergonzarse delante de aquel hombre al que había lavado y cambiado aquella mañana como si fuera un bebé.

—¿Todavía estás colgada de él, después de todos estos años?

—Estaba pensando en otra cosa —dijo Sophie—. Me quedé embarazada.

Nunca se lo había contado a ninguna persona ajena al asunto, nunca lo había contado sin más.

—¿Tuviste el niño?

—Lo perdí.

—A ver si lo adivino: entonces encontraste a Dios.

—Más o menos.

—Eres más previsible de lo que pensaba.

Crane parecía saber que lo peor que podía hacer era banalizar su fe.

—No sé hasta qué punto una cosa tuvo que ver con la otra.

—Así que el pequeño está ahora en el limbo. ¿Es así como funciona?

Tenía que hacer un esfuerzo para resistir sus provocaciones, pese a saber que no eran más que eso y que él estaba sentado en la cama sin poder valerse por sí mismo.

—No —dijo Sophie—. No es así como funciona. Los niños que no han sido bautizados se confían a la misericordia de Dios. —¿Cuántas veces se había repetido esas palabras?—. Pero Dios no ha revelado a la Iglesia su destino definitivo.

—Hablando en plata, pues, no sabes si tu hijo está en el infierno.

—Exacto.

—Pero adoras a un Dios que podría haberlo mandado allí.

—¿Dónde cree que está su hijo? —preguntó Sophie, sabiendo en ese mismo momento que cometía un terrible error.

—¿Dónde creo que está Tom?

—Tom no —dijo Sophie—. El otro.

Crane puso los ojos como platos y se le cortó el aliento. A continuación le dio una especie de ataque, emitiendo una especie de resuello. Lo estaba matando. Pero al acercarse se dio cuenta de que en realidad estaba riendo.

—Tenemos algo en común, entonces —dijo Crane—. Los dos dejamos a un niño entre las llamas.

—Es usted un monstruo.

—Naturalmente que lo soy. Debías de saberlo mucho antes de conocerme.

—¿No le importa que le esté cuidando?

—Claro que me importa —dijo—. Te odio por ello.

Sophie se quedó a medio camino entre la silla y la cama.

—Solo intento que sufra lo menos posible. Podría haberle dejado en el suelo entre su propia mierda. ¿Eso habría sido mejor?

—Ya habría dejado de sufrir si no hubieses enviado a esa mujer a ver cómo estaba.

Eso era innegable. ¿Pero qué podía hacer ahora? ¿Dejarlo morir de hambre? ¿Dejar que pasara sus últimos días sufriendo?

—No va a conseguir echarme —dijo ella—. Nada de lo que diga, por horroroso que sea, hará que le deje pudrirse aquí solo.

Pero al menos la alejó hasta la sala de estar, donde Sophie se retiró después de darle una píldora. No podía creer que hubiera bromeado con su hijo muerto, ni siquiera para castigarla. Su crueldad le hizo pensar que había provocado el incendio a propósito, que lo peor que pensaba Tom acerca de ese hombre era cierto, aunque no supiera decir por qué. Pero mediaba un largo trecho entre hacer un chiste acerca de algo así y ser culpable.

Se llevó a la sala el libro de Charlie, pero lo dejó encima de la mesa y sacó la carpeta de debajo del sofá. Volvió a repasar los recortes que ya había leído, y leyó algunos más que se limitaban a recapitular la misma información. Entonces llegó el primero que mencionaba la sospecha de incendio premeditado. Decía solamente que la policía investigaba las condiciones en las que se había declarado el incendio. También mencionaba brevemente el estado de Crane, todavía crítico, pero no establecía ninguna relación entre él y aquella cuestión sin resolver. En ese momento la noticia se había desplazado a las páginas interiores del periódico, pero la siguiente crónica volvía a la primera página, con un titular que encabezaba tres columnas:

«En el incendio mortal, la policía sospecha del hijo de las víctimas».

El artículo comenzaba diciendo: «La policía investiga la posibilidad de que el incendio que mató a una mujer embarazada en Columbia y dejó a su marido, un profesor de la Universidad de Misuri, en estado crítico, fuera provocado por el hijo de ocho años de la pareja».

No leyó más. Cerró la carpeta con violencia, como para apartar la sola idea de su mente. No quería saber nada de aquella nueva información. Sabía que era una falsa pista. Crane había provocado el incendio. El hecho de que la policía no lo hubiera averiguado de inmediato no significaba nada. Pero esa nueva posibilidad, una vez plantada, resultaba difícil de desarraigar. Explicaba por qué Tom nunca había querido hablar de su padre, por qué ese tema había sido permanentemente tabú. Si provocó él

el incendio, habría sido un accidente, algo horrible que había llevado sobre la conciencia todo ese tiempo.

De haber podido regresar a la ignorancia en que Tom había intentado mantenerla, lo habría hecho. Se levantó del sofá, deseando poder alejarse de todas esas posibilidades. De nuevo en el dormitorio, vio que Bill dormía. Apagó la luz y se sentó en el rincón. Cuando había salido del dormitorio, minutos antes, estaba agotada. Ahora estaba completamente despierta. Metió la mano en la bolsa que había en el suelo. Había demasiada oscuridad para leer, pero tal vez el mero hecho de pasar las páginas la calmaría. Al coger el bolso no esperaba oír ese chasquido, como de monedas sueltas, pero fue lo que encontró. Volvió a oírlo cuando su mano chocó con el frasco de plástico.

Esas píldoras para dormir se recetaban para el insomnio, no solo para enfermos terminales. Habría obtenido un frasco para ella simplemente pidiéndolo. No había nada malo en tomar una, aunque solo fuera para adaptarse al horario de Crane. De lo contrario quizá no dormiría nunca.

Cuando a la mañana siguiente bajé las escaleras, no quería que el crujido de los estrechos peldaños de madera despertara a Sophie. Después de cada uno me paraba, esperando a que los tablones se asentaran, y sentía la casa bajo mis pies. Por fin llegué al comedor. Un coche pasó a toda velocidad por la carretera, y el sonido siguió oyéndose un buen rato. Luego todo quedó en silencio, y yo también.

Puse la cafetera al fuego y pensé en la invitación de Sophie para que me quedase en la casa. Estaba seguro de que la oferta era seria, pero eso también significaba que hablaba en serio al decir que se marchaba. Intenté imaginarme un futuro en la Casa Parroquial, pero sin ella era imposible. Decidí preparar el desayuno, con la esperanza de que ese acto doméstico la ayudara a imaginar nuestra vida juntos y le hiciera desear quedarse. En la nevera solo había una barrita de mantequilla y medio litro de leche caducada. El congelador estaba en un estado parecido, con una sola cubitera y un muy poco apetitoso trozo de carne envuelto en plástico. Si iba a cuidar de Sophie, tendría que empezar haciendo la compra.

Fuera, el sol asomaba entre dos colinas a lo lejos, y compartía el cielo con una media luna pálida. El reloj del salpicadero del Jaguar indicaba las 6:02 de la mañana. En Nueva York podía dormir hasta mediodía y seguir estando cansado, pero aquella mañana me sentía como nuevo, como si el permanente cansancio de la ciudad fuera una especie de agotamiento espiritual del que comenzaba a recuperarme. Acercándome al pueblo en un momento podía comprar todo lo necesario para el desayuno, y Sophie lo encontraría preparado cuando se despertara. Desayunaríamos en el porche y yo le explicaría la solución que se me acababa de ocurrir. Ella podía seguir casada con Tom para siempre, yo no me opondría, pero estaríamos juntos. A pesar de lo que había ocurrido la noche antes, no teníamos por qué acostarnos. Pero necesitábamos compartir nuestras vidas. Conseguiría que al menos reconociera eso.

En sentido estricto, yo sabía conducir —me había sacado el carnet después de ir a la autoescuela en St. Albert—, pero nunca había tenido coche. La última vez que había conducido había sido aquel Jaguar, con Sophie a mi lado. Me había dejado coger el volante un día que fuimos al multicine que había cerca de la facultad. Casi me estrello por el camino. Después de la película me cogió las llaves y condujo ella hasta el campus. «Si vamos a matarnos», dijo, «seré yo la responsable.»

Salí lentamente de la entrada para coches, con el intermitente puesto aunque no había ningún otro coche a la vista. Seguí la curva de la carretera, concentrándome en

mantener el volante firme. Al conducir por la curva comencé a sentirme más cómodo. Cuando enfilé una recta larga, puse la radio y bajé el cristal de la ventanilla. Saqué el brazo al viento y aceleré.

Al venir de la estación habíamos pasado por el pueblo, de manera que no debía ser difícil encontrar el camino de vuelta. Pero el caso es que me perdí. Al cabo de unos cuantos quilómetros la carretera ya no me sonaba. Estaba seguro de que Main Street estaba en algún lugar a mi derecha, así que giré por la siguiente salida en esa dirección. Pero la carretera daba la vuelta, con lo que acabé en la misma dirección que antes, que me alejaba del pueblo y de la casa. La carretera era de un único sentido, por lo que no podía hacer otra cosa que seguir hasta donde me llevara. A esa hora no había nadie que pudiera indicarme. Ni siquiera había casas al lado de la carretera, solo campos donde se veían caballos deambulando y comiendo. La carretera se empinaba y se iba haciendo cada vez más estrecha, pero yo me veía obligado a seguirla. Cuando ya me resignaba a esa sensación de impotencia, divisé una pequeña señal de madera cerca de un sendero de tierra que salía de la carretera: la abadía de Regina Laudis.

Conocía la existencia del lugar, que se encontraba a unos quilómetros de la Casa Parroquial. Sophie me había hablado de aquel sitio mucho antes de su conversión, como una curiosidad de la zona. Pero toparme con la abadía en aquel momento significaba algo. No sé qué esperaba encontrar al final de ese camino de tierra, pero acabé en un aparcamiento medio lleno. Junto a él había un edificio de ese estilo rectilíneo típico de las iglesias suburbanas de posguerra, parecido a la parroquia a la que asistían mis abuelos cada domingo en Long Island, donde yo había ido para el funeral de mi padre. Seguí a un pequeño grupo de gente hasta el interior. Todos buscaron un banco y se arrodillaron en silencio. De manera automática, hice lo mismo.

Durante doce años, me había arrodillado cada mañana en la capilla de St. Albert. Más o menos en quinto curso, había dejado de rezar durante esos minutos de silencio que precedían a nuestra charla diaria en la capilla. Me dedicaba a pensar en el día que me esperaba, o en los deberes que no había hecho la noche anterior. En cuanto eso se volvía insoportable, abandonaba tales pensamientos y simplemente le daba vueltas a palabras sin ton ni son hasta que nos poníamos en pie para cantar algún himno de nuestro grueso cantoral rojo. A veces alguna frase me llamaba la atención —no su sentido exactamente, sino su forma—, e intentaba desesperadamente retenerla hasta llegar a clase, donde la escribía. Normalmente, en la página la frase parecía sin vida, y me preguntaba qué me había entusiasmado de ella. Las palabras conservaron su poder quizá una docena de veces a lo largo de los años, y la satisfacción que sentí en esos casos me duró todo el día. Me había olvidado de ellas hasta aquella mañana: había hecho mis primeros intentos reales de escribir estando de rodillas.

Sonó una campanilla y una hilera de monjas salió de la sacristía. Una recargada reja metálica, que llegaba casi hasta el techo, las separaba de la congregación

mientras rodeaban el altar. Sin duda la barrera tendría alguna justificación teológica, quizá las protegía de los pecadores del exterior, pero parecía que aquel muro tanto podía servir para mantenerlas a ellas dentro como a nosotros fuera. Indicaba que aquellas mujeres no estaban allí dentro por propia voluntad y que vernos a nosotros entre ellas podía impulsar a huir a las de voluntad más débil.

Había unas treinta monjas, algunas viejas y enfermas, casi todas ellas próximas ya a la tercera edad. Me sorprendió ver a alguna mujer tan joven como mi madre. Pero la última en entrar no era mayor que yo. El silencio de la iglesia pareció acentuarse con su aparición, aunque casi toda la congregación debía de estar acostumbrada a verla. Lo que sorprendía no era tanto su juventud como su belleza. Habría sido hermosa en cualquier ambiente, pero en aquel lugar parecía una bendición que se concedía a los demás. ¿Qué podía haberla llevado a ese lugar?

Mis prejuicios, o mi falta de imaginación, daban un sesgo siniestro a todas las respuestas que se me ocurrían. Nadie se retiraba del mundo de forma tan radical a menos que encontrara en él algo insoportable. Quizá su padre había abusado de ella, tal vez un novio; puede que hubiera una violación, un embarazo no deseado o algún tipo de escándalo que ahora había que reparar. Sabía que esta última idea era anticuada: no solo la idea de la vida religiosa como un asilo, sino la propia idea del asilo, de la huida de algún hecho vergonzoso del pasado. Ahora el pasado podía olvidarse. Ya no era posible deshonorarse. Si alguna de las mujeres que había delante de mí había acudido a la abadía para redimir una juventud disoluta, sería alguna de las encorvadas nonagenarias, hijas de la época de la Depresión, lo bastante viejas para haber vivido en un mundo en el que ciertos errores eran irreparables.

Las mujeres se colocaron junto al altar y comenzaron su canto gregoriano. Me acordé de una época en la universidad en la que el canto gregoriano era una música de fondo habitual en la sala de estudio del colegio mayor. Era relajante, incluso inspiradora, pero también un tema habitual de los comentarios irónicos sobre nuestro entorno artificial. Nos alojábamos en torretas medievales, en soledad monástica, y leíamos alguna glosa sobre Derrida. Lo que presencié en la abadía aquella mañana era completamente distinto. Ocurría justo delante de mí, emanaba no de los pobres altavoces del ordenador, sino del otro lado de esa separación metálica. No había en ello ni un asomo de ironía, no se trataba de cultivar un hábito anticuado ni de conservar un arte en peligro de desaparición. Cantaban como si para ellas no hubiera otra manera mejor de estar en el mundo. Y la gente que me rodeaba escuchaba como si tampoco para ellos hubiera mejor manera de estar en el mundo.

Cuando acabó el canto, dos sacerdotes oficiaron una misa en latín mientras las monjas asistían como los demás. El extraño ritual celebrado en una lengua muerta transmitía una belleza peculiar, pero no resultó tan conmovedor como el cántico de las monjas. Por unos minutos todo había quedado inmóvil; la voz de mi cabeza se había callado. Pensé que, de haber podido tener fe, la habría sentido entonces. Después de eso, seguí observándolo todo con respetuosa curiosidad. Cuando

ofrecieron la comunión, me levanté para comulgar. La última vez que lo había hecho había sido en el funeral de mi padre, rodeado de miembros de mi familia que ignoraban que mi educación católica no había sido muy estricta. Mientras me dirigía al altar supe que no estaba debidamente capacitado, pero me acerqué de todos modos, esperando recuperar la sensación que había experimentado al comienzo del canto. Pero no pasó nada. Recibí en las manos la monedita de 25 centavos de cartón, me la llevé a la boca y dejé que se disolviera en la lengua.

Eran más de las nueve cuando acabó la misa. Sophie estaría despierta, quizá preocupada por mi desaparición con el coche, y mi plan de preparar el desayuno se habría echado a perder. Sin embargo, en lugar de volver directamente al aparcamiento, me paseé por los jardines durante unos minutos. Estaba a punto de tener una iluminación, no podía marcharme. Recordé a la hermosa joven del hábito. Si pudiera verla, transmitirle esa imagen a Sophie cuando llegara a casa, ella lo comprendería. Es una gran historia, diría.

Lo sería. Mientras caminaba, se me ocurrió escribir algo sobre esa chica, sobre qué la había impulsado a ir a la abadía. Desde luego, sería distinto de las vacuas escenas de fiestas literarias y conversación irónica de mi primer libro. Quería quedarme un rato en ese lugar, averiguar cómo era su vida, no solo esa pequeña parte pública en la misa, sino los momentos privados que componían sus días.

Naturalmente, no vi nada de eso. Las mujeres estaban enclaustradas, lejos de miradas como la mía. De eso se trataba. Lo que vi fue una especie de granja: dos graneros, y más allá, las viviendas. Después de la misa, las mujeres habían salido de la iglesia por la parte de atrás, y no se las veía. Había un pequeño edificio abierto al público, y entré con algunos de los asistentes a la misa.

Me decepcionó encontrar una tienda de regalos, aunque no sé decir por qué. Nada más entrar había un estante de libros sobre la orden, y cogí un panfleto para llevármelo a casa. Al lado del estante había un montón de cuadritos enmarcados que mostraban escenas de la abadía.

—Los han pintado las propias hermanas —dijo la mujer que estaba detrás de la caja registradora cuando vio que los miraba.

Cogí una pintura de la iglesia de entre el montón y la llevé a la caja.

—¿Es usted de la orden? —le pregunté a la mujer.

—Solo trabajo para ellos.

—¿Cómo es la vida aquí? Para ellas, quiero decir.

—Las hermanas son benedictinas —dijo la mujer—. Eso significa que siguen la regla de Benedicto: *ora et labora*. Reza y trabaja. El trabajo depende de la habilidad de cada mujer, y de sus intereses y experiencia antes de ingresar. Es una vida en su mayor parte contemplativa. Mucha oración y estudio. Y nunca salen de la clausura.

—¿Cree que son felices?

No sé qué me impulsó a preguntarle eso, pero aceptó la pregunta como algo natural.

—¿Las ha oído esta mañana? —preguntó.

—Sí.

—Bueno, imagino que tienes que ser feliz para producir un sonido tan dichoso.

—Supongo que tiene razón.

—¿No quiere nada más? —preguntó.

—Creo que no.

—¿No quiere un poco de queso?

Señaló una docena de grandes quesos redondos que había detrás de la caja.

—Los hacen las hermanas. Les han granjeado cierta fama.

—¿Son buenos?

—Ya lo creo. Y también hacen pan para acompañarlo.

Me dio uno de los quesos y sentí su peso, su gratificante solidez. Me gustaba la idea de que esas mujeres, aisladas para la contemplación estética, produjeran esos objetos redondos que encontraban una función en el mundo que ellas habían dejado atrás. Recordé el desayuno que quería preparar. Ahora ya no volvería con las manos vacías. Quizá la meta que me había retenido en la abadía había sido el desayuno, no la revelación.

De nuevo en el coche, salí al aparcamiento y volví por donde había venido. Seguí las curvas hasta lo alto de la colina. Al cabo de otro quilómetro y medio la carretera giraba en redondo para entrar en la que yo había tomado al salir de casa. Regresé al punto de partida y al cabo de otros diez minutos había llegado. Cuando apagué el motor el reloj del salpicadero indicaba las 9:40.

Todo estaba igual como lo había dejado. En la cocina encontré un cuchillo y un plato. El queso emitió un agradable olor acre cuando el cuchillo atravesó la corteza. Corté dos trozos y los subí con un poco de pan. La puerta de la habitación de Sophie estaba entreabierta, y la llamé, pero no contestó. Di unos golpecitos en la puerta antes de entrar. La cama estaba vacía, y ya estaba a punto de marcharme a buscarla en otra parte cuando la vi en el suelo. Supe en el acto que algo terrible había ocurrido, pero hasta que no estuve en mitad de la habitación no comprendí lo terrible que era. En el suelo, una aureola de sangre o bilis rodeaba su cabeza, y sus mejillas tenían un morboso color gris. Dejé el plato y la zarandé para despertarla. Al ver que no reaccionaba, cogí el teléfono de la mesilla y llamé a una ambulancia. Entonces me senté a su lado y esperé a que llegara alguna ayuda.

Cuando oí las sirenas bajé para llevar a los sanitarios hasta ella. Eran tres y entraron corriendo, pero cuando llegaron a su lado, su reacción me lo dijo todo. Después de eso, las cosas fueron más despacio. No lo digo de manera metafórica ni impresionista. Me refiero a que la urgencia desapareció y los sanitarios se movieron con fatigada lentitud. Ya había pasado el tiempo de las prisas. Ya habíamos entrado en la fase posterior. Dos de los hombres estaban inmóviles, como azorados, mientras

el tercero apretaba las manos en diversas partes del cuerpo de Sophie. Entonces uno de los que miraban se me acercó.

—Es su... esto... su... —Hablaban con calma profesional y se esforzaba por encontrar la palabra adecuada—. ¿Su esposa? —aventuró.

—Mi amiga.

—Su amiga —dijo como tanteando. Entonces se le ocurrió otra cosa que le pareció mejor—: La joven... —dijo con evidente satisfacción—. La joven. Me temo que hemos llegado demasiado tarde.

—¿Está muerta?

Volvió la cabeza, como decepcionado ante el mal gusto que yo había mostrado al expresar la situación con esas palabras.

—Sí —dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—En este momento no se lo puedo decir. Vendrá la policía para examinarlo todo con más atención. Mientras tanto, le rogamos que espere abajo.

Veinte minutos más tarde llegaron dos agentes en un coche con la sirena apagada. Al verme sentado en el porche fumando un cigarrillo tomaron nota de mi presencia, pero no dijeron nada antes de hablar con uno de los sanitarios en la entrada. Los tres charlaron unos minutos antes de que uno de los policías se me acercara.

—¿Es usted el que llamó a urgencias? —preguntó.

—Sí —dije—. Me llamo Charlie Blakeman.

—Yo soy el detective Sutton —dijo—. ¿Podría enseñarme su documentación?

Le mostré el carnet de conducir. La foto era de quince años atrás, de cuando aún estaba en el instituto, antes incluso de conocer a Sophie, pero casi ni la miró.

—¿Cuál era su relación con la víctima?

—No soy más que un viejo amigo de la universidad. Vine a pasar el fin de semana con ella.

—Muy bien —dijo—. Quisiera que me hablara de ustedes dos, que me contara que pasó.

¿Hasta dónde quería que me remontara? ¿Cuánto era necesario, o incluso útil, contar? Le dije que llevábamos años sin vernos cuando unas semanas atrás apareció en una fiesta en mi casa de Manhattan y que me invitó a pasar el fin de semana con ella. El agente garabateaba sin interrupción y parecía dar la misma importancia a cada palabra, sin valorar ningún hecho por encima de otro, con lo que resultaba imposible saber si lo que le contaba le parecía irrelevante o de un modo u otro revelador. Le conté que la noche anterior los dos habíamos bebido mucho, que me había dejado en la habitación de invitados y se había ido a la cama. No le dije que antes nos habíamos acostado. No dejaba de escribir, y no me interrumpía.

Le dije que aquella mañana había salido en coche con la esperanza de comprar

algo para desayunar, pero que de camino al pueblo me había perdido y había estado unas horas fuera de casa. Sabía que parecía inverosímil, pero no quise decirle que había ido a la abadía. Guardaba esa historia para Sophie; se estropearía si se la contaba a otra persona antes. Volví a decirle que me había perdido y que había vuelto más tarde de lo que esperaba. Luego había subido a buscarla, y como no se despertaba, había llamado al 911.

Siguió escribiendo durante un minuto después de que yo dejara de hablar. No sabía si transcribía mis palabras o añadía sus propios comentarios acerca de mi conducta o alguna incoherencia en lo que había dicho. Cuando acabó, levantó la mirada hacia mí.

—¿Sabe quién es William Crane?

Fue como si solo hubiera oído lo que yo no había dicho.

—Era su suegro.

—¿Está casada?

Lo anotó todo meticulosamente.

—¿Su amiga sufría algún tipo de problema emocional?

—Estaba bastante afectada por la muerte de Crane. ¿Le importa que le pregunte de dónde ha sacado ese nombre?

Me miró de arriba abajo.

—Estaba en el frasco de píldoras que tomaba.

—¿Tomaba píldoras? ¿Qué clase de píldoras?

—Todavía no lo sabemos —dijo—. O sea, que estaba deprimida por la muerte de su suegro.

—No sé si deprimida es la palabra. Como le he dicho, se había separado de su marido. Comenzó a beber otra vez, después de haberlo dejado durante años. Pero no se suicidó, si es a lo que se refiere. Estoy seguro.

—¿Por qué lo dice?

—Era católica —dijo—. Iba contra su religión.

Pareció pensar que con ese comentario intentaba hacerle el trabajo más difícil, pero respondió con calma.

—Yo también soy católico. Solo le diré que no sería el primero de mis correligionarios que contradice la doctrina de la Iglesia.

—Mi familia es católica —dijo—, y no diría de ellos que son incapaces de suicidarse. Pero Sophie se lo tomaba muy en serio. Ella creía de verdad. Habría sido como mandarse al infierno.

—Muy bien —dijo. Escribió unas cuantas líneas más—. Gracias por todo. ¿Sabe usted algo de estas píldoras?

—No.

—Había dos frascos vacíos junto a la cama. Es posible que las tomara para dormir, que solo quedara una o dos en cada frasco, y que no calculara bien, que mezclara las pastillas con alcohol, etcétera. Sobre todo si no estaba acostumbrada a

beber.

Lo decía por consideración a mí. Ya había decidido lo que había ocurrido, aunque ni siquiera había entrado en la casa.

—En los próximos días averiguaremos lo ocurrido. Pero quiero serle sincero. Según mi experiencia, no es fácil ingerir una sobredosis de este tipo de medicamentos de manera accidental. Sospecho que sabía lo que hacía.

Me dijo que esperara un poco más mientras entraba en la casa para hablar con los demás.

Cuando volvieron a salir, llevaban a Sophie en una bolsa de plástico cerrada con cremallera, encima de la camilla. Aparté la mirada mientras la cargaban en la ambulancia. El agente Sutton se quedó para hablar conmigo. Al final de la conversación, me entregó su tarjeta y anotó el número de mi móvil.

—Gracias por su ayuda —dijo—. Y le acompaño en el sentimiento. Sabremos mucho más en las próximas veinticuatro horas. Y llámeme si se le ocurre algo. Puede que tengamos que hacerle alguna pregunta más, así que, de momento, no vaya a ninguna parte.

—Descuide —le prometí. No tenía ni que pedírmelo. No tenía ningún lugar en la tierra adonde ir.

Aquella noche Sophie durmió incómoda pero profundamente. Cuando el interfono la despertó por la mañana, tenía tortícolis allí donde el cuello se había apoyado contra el brazo de la butaca. Se preguntó qué aspecto ofrecería a la persona que estuviera al otro lado de la puerta. Llevaba la ropa arrugada. El pelo, más largo de lo que lo solía llevar, se le había pegado en una parte molesta de la cara. Su reloj marcaba las ocho. No esperaba a nadie del hospital hasta dentro de varias horas.

A través de la mirilla vio a dos hombres, uno blanco y el otro negro, ambos bastante grandes. No tenían mala pinta, pero Sophie no tenía ni idea de qué podía haberlos llevado allí. Puso la cadena antes de abrir la puerta, apenas lo bastante como para asomarse.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Traemos la cama —contestó uno de los hombres.

—¿La cama?

—¿No hay aquí un paciente que necesita una cama de hospital?

Sophie había imaginado que instalarían una especie de barrera o pasamanos en la cama de Crane. No se le había ocurrido que fueran a traerle una cama completamente nueva. Quitó la cadena y abrió la puerta. Junto a los hombres, en el pasillo, había varias cajas grandes y un colchón. Se apartó mientras lo entraban todo en el apartamento.

—¿Dónde quiere que la instalemos?

—En el dormitorio, supongo.

Los condujo hasta allí y encendió las luces. Crane no se inmutó.

—No se preocupen por él —dijo Sophie—. Tiene el sueño muy pesado.

Los dos hombres se pusieron a trabajar sin decir nada más, montando una cama de hospital completa con armazón de acero sobre ruedas y un ajustador eléctrico que parecía un antiguo mando a distancia de dos botones. Cuando acabaron de instalarla, le enseñaron cómo funcionaba. Entonces uno de los hombres se volvió hacia Crane.

—Podemos moverlo, si quiere.

Sophie se lo pensó. Crane se sentiría incapacitado si esos hombres le ayudaban, pero no era esa su principal preocupación. Todavía no había comprado los pañales, y no estaba segura de que Crane no se hubiera ensuciado durante la noche.

—¿Me dan un momento para despertarlo?

Los dos hombres salieron discretamente de la habitación. Al llegar junto a la

cama, Sophie se encontró con el leve hedor a sudor y sueño, pero nada indicaba que Crane se hubiera vuelto a cagar. Lo zarandeó ligeramente hasta que abrió los ojos. Parecía asustado y confuso, como cuando lo había encontrado en el suelo. En aquellos momentos era imposible no sentir afecto por él, aunque tuviera un carácter difícil cuando era realmente él mismo.

—Buenos días —dijo Sophie, procurando adoptar un tono tranquilizador.

—¿Qué hay?

Podría haberse referido al mundo que tenía ante sus ojos.

—Vamos a moverle a otra cama. Solo será un momento. Allí estará más seguro y más cómodo. Podrá incorporarse o levantar las piernas. Y no volverá a caerse.

No estaba segura de que recordara su caída. Esperó a que reaccionara, aunque no necesitaba su consentimiento para nada; Crane ya no tenía ningún control sobre lo que le ocurría a su cuerpo, si Sophie quería moverlo, lo movería. Él pareció darse cuenta, y asintió débilmente. Sophie hizo entrar a los dos hombres, con la esperanza de que la ayudaran a levantarlo y llevarlo a la cama. Pero lo que hicieron fue colocar las manos debajo de él y levantarlo, como si transportaran otro colchón. Después de dejarlo en la nueva cama, lo taparon con una sábana y una manta en un gesto extrañamente tierno.

—Aquí estará muy cómodo —dijo uno de los hombres.

Cuando se marcharon, Sophie quitó las sábanas de la cama ahora vacía y puso sábanas limpias del armario. Cuando hubo acabado, comprobó cómo estaba Crane. Estaba despierto, pero no reaccionaba, tenía la cara petrificada en una expresión de derrota. Estaba exactamente en la situación de la que había intentado escapar desesperadamente todo ese tiempo: muriéndose en una cama de hospital. Ahora que lo habían instalado en su nuevo lecho con esos gruesos barrotes, Sophie podría salir en cualquier momento sin tener que preocuparse. Pero la cuestión era precisamente preocuparse de él, de manera que pasó la mañana sentada en la habitación de Crane. Cada pocos minutos se levantaba y se acercaba a su lado. Intentó hacerle beber, pero solo lo consiguió una vez.

Mientras lo observaba, se acordaba de Tom y del incendio, como si fuera el recuerdo de una pesadilla. A lo mejor no se apartaba de la cama de Crane porque sabía que en la otra habitación le esperaban aquellas carpetas, y no quería oír la historia que tenían que contarle.

Cuando llegó la mujer del hospital para relevarla, Sophie fue a la farmacia, donde compró un paquete de pañales para adultos y una esponja grande y suave más apropiada para la piel que para los platos. Volvió a rellenar la receta para las píldoras de Crane, aunque le quedaban muchas. Solo lo hizo por comodidad, se dijo, para que Crane no tuviera que sufrir si se le acababan a alguna hora inconveniente.

De nuevo en el apartamento, acompañó a la mujer a la puerta, le dio una píldora a

Crane y se sentó en la sala. Tras haberlas evitado todo el día, ahora repasó las carpetas con premura. Necesitaba demostrar lo que ya sabía: que la policía había cometido un error, que Crane era el responsable. Era asombroso cómo proliferaban los artículos, y cuántos había guardado aquel hombre. Ahora iba por la carpeta número tres. Encontró más referencias a que las «sospechas» recaían en el «hijo de la víctima».

Antes de eso, a Tom lo habían tratado como a una víctima, pero ahora era, como mucho, un pariente. Nunca daban su nombre ni mostraban ninguna foto, pero un artículo comentaba que se había ido a vivir con una tía fuera del estado. Esos artículos a veces mencionaban, en algún párrafo cerca del final, que el estado de Crane no había cambiado, o que los doctores se mostraban cautos, pero esperanzados. Al final, casi debajo del todo, encontró un artículo que se centraba directamente en Crane. «Profesor de la Universidad de Misuri herido en un incendio recupera la conciencia.» Debajo de ese titular se decía que la policía interrogaría a Crane ese mismo día. La página siguiente de la carpeta era el primer artículo en el que se nombraba a Crane como sospechoso. Más exactamente, se afirmaba que se había «declarado responsable» del incendio.

Sophie avanzó rápidamente a través del resto de recortes, que después de eso eran más breves. Explicaban de manera resumida el proceso de su confesión, el pacto entre el fiscal y la defensa, su salida del hospital, custodiado por la policía. La cuarta carpeta acababa con su entrada en la cárcel. Llegar a ese inevitable final no le produjo ninguna satisfacción a Sophie. La historia quedaba sin resolver.

Se fue a la cocina a comer, y mientras estaba allí se sirvió un whisky, que se llevó a la sala. El libro de Charlie estaba sobre la mesita baja. Lo cogió e intentó leerlo durante unos minutos, pero aún le pareció más poca cosa que antes. Su mente no dejaba de pensar en las carpetas. No soportaba volver a repasarlas, pero tampoco podía dejar de pensar en ellas. Decidió saltarse unas cuantas y ver qué había sido de la vida de Crane desde su salida de la cárcel. La carpeta número ocho estaba llena de recortes más recientes. Le alivió comprobar que no tenían nada que ver con el incendio.

El primer artículo procedía de las páginas deportivas de un periódico de Nueva Jersey. Aquello desconcertó a Sophie, hasta que vio que se trataba de un partido de béisbol en el que el universitario Thomas O'Brien había logrado con sus lanzamientos que el otro equipo no anotara ninguna carrera. Junto al artículo vio una foto de Tom con su equipación: su cara radiante asomaba debajo de la visera redondeada de su gorra de béisbol. Sophie había visto una foto muy parecida a esta en el escritorio de Beth. Se demoró un momento en la cara de su marido antes de pasar al resto de las páginas. Encontró anuncios de concursos de debates y obras universitarias, noticias de interés humano acerca de servicios comunitarios llevados a cabo por la iglesia local, todo ello procedente de pequeños periódicos que cubrían algunas poblaciones al sur de Nueva Jersey.

Cuando hubo acabado con la carpeta, fue a ver cómo estaba Crane y lo encontró dormido. Salió y bajó las escaleras. Lucia Ortiz contestó después de llamar una sola vez a la puerta.

—Sophie Crane —dijo—. Ya me parecía haberla oído por el pasillo.

—He venido a cuidar a mi padre.

—¿Cómo le va?

—Me temo que no muy bien.

—Rezo por él cada día —dijo Lucia. Al ver la expresión preocupada de Sophie, añadió—: ¿Puedo hacer algo para ayudarla?

—Es posible —dijo Sophie—. Puede que le parezca una petición extraña. Pero me dijo que mi padre llevaba varios años viviendo aquí. ¿Ya vivía en este edificio cuando usted se mudó?

—No —dijo Lucia—. Vino un par de años después que yo.

—¿Se acuerda de cuándo fue exactamente? Siento molestarla con esto, pero me resultaría de gran ayuda saberlo. Intento dejar solucionados algunos de sus asuntos.

Lucia lo pensó un momento y sonrió.

—Lo sé exactamente, porque aquel año mi hijo acabó el bachillerato. Ayudó al señor Crane a subir algunas cosas, y luego, en otoño, el señor Crane le ayudó a llevarse sus cosas cuando se fue a la universidad. —Contó en voz baja—. Casi veinte años. Cómo pasa el tiempo. Mi hijo ahora es médico. Siempre habla de sacarme de aquí. ¿Por qué voy a querer irme? Me gusta estar aquí.

—Es maravilloso —dijo Sophie—. Debe de estar muy orgullosa de él.

—Hágamelo saber si puedo serle de ayuda.

—Siga rezando por él. Rece por todos nosotros.

Cuando volvió arriba se llenó el vaso y se lo llevó al dormitorio. Crane tenía los ojos cerrados, y movía la cabeza de un lado a otro, como si negara algo, mientras emitía una serie de gemidos. Tenía una mano cerca de la cara, que abría y cerraba, pero solo cogía aire.

Podría haber sido un animal apaleado que no sabe nada de su sufrimiento, solo lo habita. Y ella no podía hacer nada para ponerle remedio. Podría haberlo despertado, como si todo fuera una pesadilla de él, pero al despertar solo sentiría más dolor. Deseaba tranquilizarlo tocándolo. Parte de ella simplemente quería no mirar, no saber que lo que veía era real. Se arrodilló a su lado, apoyándose contra el armazón de la cama como si fuera un comulgatorio, y rezó para que su suplicio terminara.

Si a Lucia no le fallaba la memoria, Crane había ido a vivir a Nueva York el año que salió de la cárcel. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar una nueva vida, y debía de saber que Tom y Beth estaban apenas a una hora de viaje. Sophie no estaba segura de si en aquella época los periódicos locales de Nueva Jersey llegaban a Manhattan. Lo más probable es que tuviera que ir allí a buscarlos. Incluso

se lo imaginó asistiendo a uno de esos partidos de béisbol, siguiendo a Tom a una distancia prudente. ¿Qué más había hecho con su vida? Habría tenido un trabajo, desde luego, quizá hasta que enfermó, aunque no parecía haber hecho carrera. En el apartamento todo sugería que había dedicado los últimos veinte años a esa historia.

Si había seguido a Tom, también la habría seguido a ella durante el tiempo que compartió su vida con él. Lo que sabía el día en que se conocieron, acerca del libro y de la conversión de Sophie, era solo el principio. ¿Cuántas veces la había visto Crane antes de que se presentara en el hospital? Tom pensaba que había desaparecido, pero había estado allí todo el tiempo, casi lo bastante cerca como para tocarlo, aunque invisible.

—Levántate, levántate —le oyó decir. Ella levantó la mirada, y vio sus ojos abiertos. Hacía dos días que no estaba tan lúcido—. Sé lo que estás haciendo —dijo—. No te lo he pedido, y no quiero que lo hagas. No sirve de nada.

Ella permaneció de rodillas, mirándolo.

—Si no sirve de nada, ¿qué más da que lo haga o no?

—No quiero verte —dijo Crane—. Si vas a rezar, puedes hacerlo fuera.

Pero Sophie no se levantó. Esperando que la provisión de generosidad que había en su interior pudiera hacer frente a la hostilidad de Crane, recordó aquellos recortes y la vida fantasmal que había llevado.

—Lamento su sufrimiento.

—Voy a sufrir de todas maneras. Tus oraciones no lo alivian una mierda. Solo sirven para que tú te sientas mejor.

Crane cerró los ojos y volvió la cabeza. Su mano continuaba agarrando la nada. Era un consumado experto, se dijo Sophie, sabía cómo utilizar su dolor como arma contra ella. Pero no había ninguna duda de que el dolor era real, ni de que las oraciones nada podían contra él.

A lo largo de los años no había pensado mucho acerca de la eficacia de la oración, aunque era una cuestión fundamental de su fe. Sophie rezaba mucho, pero casi nunca *por* algo. Rezaba oraciones de acción de gracias, de penitencia y adoración, más que de petición o intercesión. A veces rezaba por las almas de sus padres, pero no para que Dios interviniera en el mundo visible.

No la guiaba en ello ningún principio. No se contaba entre los que piensan que Dios tiene mejores cosas que hacer que preocuparse por los que pierden la llave del coche o porque el tren se retrasa. En el momento en que Dios dejaba de preocuparse por las cosas terrenales, dejábamos totalmente de existir. La atención divina no era una reserva que pudiera agotarse. Guiar a un taxi vacío hasta una anciana rica bajo la lluvia en Park Avenue no podía distraer a Dios de la gente que se moría de hambre en otro rincón del mundo. Simplemente no se le ocurría pedirle nada cuando se arrodillaba para hablar con Él.

Pero era imposible ver debatirse a Crane sin rezar para que aquello cesara. Así, aquel día pidió algo. Algo que tampoco le pareció gran cosa. En aquel momento

podría haber pedido que se borraran dos décadas, que aquella casa del bosque volviera a levantarse y con ella la familia que había dentro. Pero no era tan ambiciosa. Rezó tan solo para que Crane no sufriera durante los días que le quedaban. Y luego se arrodilló, contemplando la prueba inequívoca de que su oración no había sido atendida.

Dios atiende las oraciones a su manera, había dicho la hermana Dymphna a los iniciados. Sus respuestas a veces son inescrutables. A lo mejor pides a Dios que te ayude a concertar una cita y esperas que reconfigure el tiempo y el espacio para que acojan tu petición. Sería infantil pensar que Dios no existe, o no es bueno, simplemente porque se niega a conformar el mundo a tu voluntad. En ese momento, aquello había dejado satisfecha a Sophie, pero ahora parecía insuficiente: ¿Qué significaba decir que Dios atendía las oraciones, si Él escogía cuáles valía la pena atender? ¿O Su respuesta era tan indirecta que no era ninguna respuesta? Era más sencillo decir que Dios atendía todas las oraciones, pero que a veces la respuesta era no. Que Él creaba el mundo a su voluntad, y que si la tuya coincidía con la Suya, tus oraciones eran atendidas.

¿Por qué tuvo que ser Bill Crane quien la moviera a plantearse esas cuestiones? ¿Qué había en su sufrimiento, por encima de todo el sufrimiento del mundo, que a ella le parecía desorbitado? ¿Quizá, en el fondo, le molestaba ser testigo? Ella había escogido ese lugar. Él no se lo había pedido, y no quería que lo perdonaran. Ni siquiera quería que se quedara. Ella había escogido mirar aquellas carpetas, averiguar cosas que Tom le había ocultado durante años. Había escogido llamar a la puerta de Lucia Ortiz, confirmar la sospecha que tranquilamente podría haber dejado sin confirmar. No para ayudar a nadie, sino porque deseaba comprender aquella historia.

Decidió buscar una iglesia en la zona que celebrara misa a la hora en que Sarah estaba en casa.

Ahora estaba de pie, y apretaba torpemente una mano contra la piel caliente y húmeda de la cara de Crane. Él se volvió hacia ella y abrió los ojos, pero no dijo nada. Parecía haber olvidado lo que se habían dicho antes.

—Le traeré unas píldoras —dijo.

Sophie llenó un vaso de agua en el cuarto de baño y le trajo los calmantes. Lo incorporó sirviéndose del mando a distancia. Él intentó coger las píldoras, pero las manos le temblaban y no le obedecían, de manera que inclinó la cabeza hacia delante y abrió la boca. Ella le colocó dos píldoras oblongas y blancas en la lengua. Si las píldoras conseguían mantener el dolor a raya, quizá fueran la respuesta a su oración. Le llevó el vaso a los labios y vertió el agua en su garganta.

Antes de acabar de tragar, Crane echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Era imposible que sintiera alivio tan pronto, pero la sola expectativa le había dado un poco de paz. Sophie acercó la silla a la cama y se sentó a observar. No le hacía falta estar de rodillas. Él no podía saber lo que ocurría en el corazón de Sophie, y aunque lo supiera, no podía cambiarlo. Observó cómo su cuerpo se tranquilizaba, la

respiración se hacía menos fatigosa. Las manos volvieron a caer a los lados. Sin pensar, Sophie cogió una y la retuvo entre las suyas. Si Crane fue consciente de que lo tocaba, no dio señal de ello.

¿Le importaba algo todo aquello? Sophie sospechaba que no. Pero no estaba segura de que ella necesitara que él la necesitara. Quizá no lo hacía por eso. ¿Era egoísta, entonces, cogerle la mano, desear que una vida se encontrara con otra? ¿Era por él o por ella, por quien quería salvar su alma?

Su alma. Si Sophie hubiera dicho la palabra en voz alta, él se habría reído. Habría escupido sobre la palabra. ¿Qué le diría, si él le pidiera que le explicara esa idea? Si se consideraba que el alma era algo que vivía dentro del cuerpo como una especie de prisionero, pero que en última instancia no estaba subordinada a él, ¿dónde estaba el alma de Crane mientras su cuerpo sufría delante de ella? ¿El alma también sufría? ¿O era que el cuerpo ya no la controlaba? ¿Había escapado? Pero entonces, ¿qué había en ese cuerpo todavía vivo, qué lo animaba, en su estado actual, si no era el alma? ¿Y dónde podía encontrarse su alma, sino en su cuerpo, mientras este aún viviera?

Esos pensamientos quedaron interrumpidos cuando Crane la llamó. Al principio el sonido parecía una extraña deformación de su propio nombre, como si la palabra hubiera quedado atrapada en su garganta y hubiera salido alterada, o la hubiera dicho en una lengua extranjera. Parecía estar afirmando la continuación de su existencia en el mundo. Sophie levantó la mirada, todavía estrechándole la mano, y esperando que volviera a hablar.

Píldoras, debía de haber dicho, no Bill^[2]. Aunque tampoco era exactamente eso.

—Puedo darle más dentro de dos horas.

Él negó con la cabeza, lenta pero enérgicamente. La expresión dolorida de su cara tanto podía ser el efecto del movimiento como expresar la indignación ante la negativa de Sophie. Volvió a pronunciar ese torpe imperativo, y entonces ella comprendió, en el instante antes de que lo repitiera, lo que realmente había dicho, de manera que las palabras, cuando regresaron, no brotaban de él, sino de algún lugar en el interior de Sophie.

—Mátame^[3].

Ella le miró a la cara, que había quedado sin expresión, y pensó que iba a perder otra vez la conciencia. Eso esperaba. Entonces podría fingir que no lo había oído. Podría eludir esa carga. Pero había vida en los ojos de Crane e iban pasando de la cara de Sophie al frasco de calmantes que ella tenía en la otra mano, intentando señalarle el camino.

—No pienso hacerlo —dijo Sophie, procurando transmitir seguridad con su voz—. Quíteselo de la cabeza.

Pareció hacer justamente eso. De hecho, pareció ausentarse completamente, dejándola sola en la habitación. Sophie pensó que aquel hombre no sabía lo que decía. En su estado no era posible que le pidiera aquello. Pero en todo momento él había querido morir, y ella le había estropeado el plan desde el instante en que había

entrado en su vida. Crane necesitaba a alguien que firmara un impreso en el hospital para que lo dejaran salir. No quería que lo salvaran. Quería que lo dejaran morir.

Ahora dormía, y ella se levantó. Cuando extrajo su mano sudada de la de él, los dedos le cosquilleaban con una especie de remedo de dolor, como para recordarle qué era realmente el sufrimiento. Regresó a la cocina sin otro propósito que el de huir de él. Se preparó un whisky con dos cubitos y se lo bebió lentamente mientras lloraba sobre el fregadero.

¿Cuál había sido su intención al rezar para que acabara el suplicio de Crane? ¿Qué otra cosa podía pedir, sino que lo sacaran de este mundo? Y si Sophie podía pedirlo por él, ¿por qué no iba a pedirlo él mismo? Solo le pedía que atendiera a su propia oración.

Cuando se terminó el whisky, Sophie se quedó aturdida, con el vaso vacío en la mano, sintiéndose ella misma vacía. Se preparó otro y le añadió agua, inspirada por un inexplicable sentido del decoro. Se fue a la sala y se sentó en el sofá.

Había un mundo dentro del mundo, como la estación secreta debajo de City Hall. Detrás de lo visible se hallaba la verdadera naturaleza de las cosas. En ese mundo secreto, las cosas eran libres. A lo mejor el cuerpo no era una jaula que contuviera el alma, sino una mano que la agarraba como si fuera un bastón, aparentando guiarla, dominarla, aunque siempre subordinada a ella, agarrándola con tanta más fuerza cuanto más lo necesitaba, y al final soltándola.

Pero Crane no pedía que liberaran su alma. No le estaba pidiendo que lo llevara de una naturaleza a otra, de este mundo al otro. Quería un final. Ya no quería seguir existiendo. Sophie no podía culparlo. Si pensara que tal cosa era posible, a lo mejor ella también lo querría; pero no lo era, una vez que te creaban para que existieras, no tenías otra opción que seguir existiendo para siempre. No había huida para nadie.

El tormento que Crane sentía ahora iría seguido de otro aún mayor. Pero eso ocurriría de cualquier manera. Sophie había renunciado a la idea de que Crane se arrepintiera y se confesara. Si estaba condenado, ¿qué más daba que su condena comenzara ahora, dentro de una semana o dentro de un mes? Pronto estaría fuera del tiempo.

No estaba segura de cuánto había bebido, con lo que tampoco estaba segura de si debería tomarse la píldora, pero no tendría paz sin ella. Necesitaba dormir muchas horas y sin sueños. Se metió en la cama vacía de Crane, el cuarto lugar en el que dormía en cuatro noches, con la sensación de que nunca encontraría un lugar de descanso propio.

—¿Cómo se encuentra hoy su padre? —preguntó Sarah por la mañana.

Sophie no podía decirle exactamente, pues acababa de despertarse con el sonido del interfono. Le parecía que, dadas las circunstancias, teniendo en cuenta lo que compartían, deberían intimar un poco, pero era incapaz ni de comenzar una conversación con la mujer.

—Ha estado muy inquieto —contestó.

Al entrar en el apartamento, Sarah vio de inmediato el vaso de whisky en la mesa, como si fijarse en esas cosas formara parte de su trabajo. No lo mencionó, solo dejó reposar sus ojos lo suficiente sobre el vaso para que no hubiera dudas. Sophie quiso explicarle que era de la noche anterior, pero eso solo habría significado admitir que había pasado toda la mañana durmiendo, con lo que la opinión de Sarah sería la misma.

—Iré a ver cómo está —dijo Sarah—. Debe de tener ganas de tomarse un descanso.

—Sí —dijo Sophie—. Ha sido difícil.

Cuando volvió a casa —por primera vez desde que se marchara consideró el apartamento como su hogar—, podría haberse conectado a internet para averiguar el horario de alguna iglesia cercana, pues Crane no tenía ordenador. Dando un paseo, a lo mejor habría encontrado una iglesia que celebrara misa a las 11:15 o a las 11:30, pero habría tenido que volver a toda prisa antes de que Sarah se marchara, con lo que confirmaría que no era una cuidadora responsable. Al final volvió a la iglesia española, aunque a esa hora estaba vacía.

Fue directamente al banco de la primera fila, donde había visto a aquellas mujeres dos semanas antes. Se arrodilló y se santiguó, dejando que por un momento el silencio resonara en ella. A continuación intentó empezar. Desde que la oración entró en su vida, nunca se había sentido tan perdida al intentar rezar. No sabía qué pensar de la imagen que ahora tenía de ese hombre, que había seguido a su hijo toda la vida. Y cuando logró apartar ese pensamiento, lo reemplazó la imagen de un anciano tembloroso, alojado en una cama de hospital, lo que Crane tanto había deseado evitar. El efecto de los calmantes habría terminado durante la noche. Esperaba que Sarah le hubiera dado más, hasta que recordó que los llevaba ella encima.

En el bolsillo, los dedos de Sophie rodearon las píldoras. Mientras él siguiera sufriendo sin ellas, era imposible pensar en otra cosa. Y era imposible, mientras ella pensara en ello, no desear que el sufrimiento terminara. Rezó por ello, aunque sabía lo que significaba rezar por una cosa así.

De nuevo en la calle, entornando los ojos heridos por el sol de mediodía, era incapaz de identificar la causa de sus lágrimas. Eran como lágrimas de rabia, incluso de desafío. Pero rabia ¿contra quién? Desafío ¿a qué? Había sido derrotada, pero no podía identificar al adversario que la había vencido.

Sarah permanecía en el dormitorio, al lado de Crane, y le secaba la cara con una toalla. Trazaba un ocho con la mano, bajaba de la frente a la mejilla, atravesaba el labio superior hasta la barbilla y volvía a empezar. No detuvo el movimiento ni al levantar la vista hacia Sophie. Se mantuvieron en silenciosa oposición. A continuación Sarah miró el reloj.

—Tiene otros quince minutos —dijo—. Seguro que querrá descansar un poco.

—Estoy bien —contestó Sophie—. Puede irse.

Sarah vaciló antes de dejar la esponja. Miró a Bill, que no se daba cuenta de la presencia de ninguna de las dos.

—Esperaré en la otra habitación. Por si me necesita.

Sophie ocupó su lugar junto a la cama de Bill y lo encontró impasible pero despierto, los ojos abiertos y moviéndose de un lado a otro en aterrador contraste con la quietud de su cuerpo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

No sabía si Crane pretendía que los sonidos que emitía formaran palabras, o expresaran algo de manera más directa y urgente. Parecía estar volviendo a la infancia, en el sentido etimológico del término: había abandonado el flujo del lenguaje. Prosiguieron el diálogo que habían comenzado aquella mañana, pero él resultaba mucho más convincente ahora que había renunciado a las palabras.

Él estaba allí, sobre todo, para desafiarla; existía como un desafío. Era terrible pensar en él mientras seguía sufriendo, como si el dolor fuera más real para ella que para él. Aparte del sufrimiento, no había en él nada que se pudiera respetar; solo podía vivir dentro del dolor. El propósito de ella era ser testigo.

Sophie volvió a salir, y encontró a Sarah sentada en el sofá.

—Agradezco su dedicación —dijo Sophie—. Pero la verdad es que puede irse.

—Muy bien —contestó Sarah al cabo de un momento—. Volveré mañana.

—De hecho, no la necesitaré más. —Sophie no pensaba decirle eso al entrar en la sala—. A partir de ahora voy a encargarme de todo.

—¿Está segura? Necesitará un poco de ayuda, al menos.

Por primera vez se le ocurrió a Sophie que estaba en juego el sustento de aquella mujer. Su interés en cuidarlo tenía un propósito bien sencillo: quería conservar su trabajo.

—Totalmente.

—No estoy autorizada a cancelar el servicio —dijo Sarah—. Tendrá que llamar a nuestra oficina.

—De acuerdo.

Mientras Sarah le daba una tarjeta con el número al que tenía que llamar, Sophie se sintió aliviada por no haber establecido ninguna relación con la mujer.

—Gracias —dijo por fin Sophie—. Agradezco su ayuda.

—Buena suerte —dijo Sarah, sin ocultar su desaprobación.

Al volverse desde la puerta, Sophie vio la sala de estar tal como debía de haberla visto Sarah: los papeles en el suelo, el whisky medio vacío todavía sobre la mesa, al lado del sofá. Cogió el vaso y dio un sorbo lento. Hacía mucho que los cubitos se habían derretido, y la bebida no era tan fuerte como la noche anterior. Sophie la terminó rápidamente. Sacó el móvil e hizo la llamada de cancelación. Ahora que había tomado la decisión, quería actuar en consecuencia antes de arrepentirse.

—¿No está satisfecha con nuestro servicio? —le preguntó el hombre que cogió el

teléfono.

—Sí, no es eso —dijo Sophie—. De hecho, quiero que sepa que he quedado muy satisfecha con el trabajo de Sarah. Es solo que quiero encargarme yo misma de todo.

Al hombre le era totalmente indiferente. Lo preguntaba porque estaba obligado a ello. A continuación prosiguió con los trámites. Todo acabó muy de prisa. Lo que fuera a ocurrir a partir de ahora ocurriría solo entre Sophie y Crane. Acababa de expulsar al resto del mundo.

Regresó junto a la cama de Bill, le colocó dos píldoras en la lengua y le acercó el agua a los labios. Ahora estaban solos. Nadie se entrometería.

Así comenzaron los últimos días.

A veces parecía que él no estaba allí dentro, que Sophie contemplaba una cáscara vacía de la que ya había escapado. Pero luego tenía súbitos arrebatos de sorprendente lucidez, en los que volvía a ser totalmente él mismo. Sophie se preguntaba si esos momentos eran para él como pequeñas islas de conciencia rodeados de horas que pasaba flotando, si tenía la sensación de subir a la superficie en busca de aire, o si esos breves momentos eran todo lo que existía para él, y los períodos que había entre ellos los vivía como sueños o como nada.

A veces él decía algo que parecía otro sinsentido, pero al cabo de un momento Sophie comprendía que se refería a una conversación que habían mantenido durante su último período de lucidez. O a lo mejor nombraba algo que había delante de él, un color o un objeto, como si recordara que esas cosas tenían nombre y estuviera ansioso por participar en nombrarlas. O como si una palabra pudiera ser un puente entre el hablante y la cosa nombrada, y esa fuera su manera de cruzar el puente, de volver al mundo.

Cada vez que hablaba le hacía saber que seguía queriendo morir, que ella tenía el poder de satisfacer su deseo y se negaba. Uno de sus períodos duró mucho más que los otros, de manera que por unos días ella creyó que a lo mejor se había frenado el declive. Durante tres días, aprovechó todos los momentos de vigilia para pedir su muerte a gritos. El último día Sophie tuvo que irse a la otra habitación; no podía seguir escuchando. Aquella noche durmió en el sofá; de vez en cuando iba a ver cómo estaba, pero se retiraba atemorizada incluso cuando lo encontraba durmiendo tranquilamente.

Él sufría para salvar el alma de Sophie. Era por ella, no por él, que Sophie se negaba a intervenir, cuando podría haber puesto fin a aquel padecimiento en cualquier momento. ¿De qué le servía a él que lo obligara a vivir? ¿Qué ganaba él con ese sufrimiento? ¿Dónde estaba la nobleza de tasar el alma de ella a costa del sufrimiento de él?

Durante un tiempo se sintió atraída por la concepción menos convencional de Judas Iscariote, que, en resumen, afirma que Jesús necesitaba que Judas lo traicionara

para poder salvarnos a todos. Eso le convertiría en el menos egoísta de todos los apóstoles, quizá en el más grande, porque era el único que no podía salvarse y pese a ello interpretaba el papel que le habían adjudicado.

Sofía hacía lo contrario. Cuando Bill regresaba a sus períodos de confusión, ella le administraba la bebida proteínica, que sabía que aceptaría en ese estado. No quería que se muriera de hambre. Sería demasiado doloroso. Era absurdo, dadas las circunstancias, pero su instinto la empujaba a conservarle la vida. ¿Por qué? ¿Acaso no debería Crane, que creía que no había nada fuera de esta vida, valorar lo que tenía por encima de todo lo demás? ¿No debería haber sido ella la que estuviera impaciente por conducirlo fuera del mundo visible?

Mientras él dormía, Sophie anotaba sus pensamientos en su cuaderno. No intentaba escribir un relato. No deseaba esclarecer los misterios que seguían rodeando a Bill Crane. Ahora escribía para salvarse. Necesitaba que esos pensamientos abandonaran su cabeza, y ponerlos sobre la página era la manera más sencilla de librarse de ellos. Necesitaba transmitirlos a alguien, que fuera otro el que recibiera esa carga. Ya no pensaba con mucha claridad. Tomaba dos pastillas para dormir cada noche, pues se despertaba con un terrible sudor cuando solo tomaba una, y el corazón le latía desbocado por culpa de unos sueños que no podía recordar. Incluso cuando tomaba dos, acababa despertando con la sensación de haber tenido un sueño agitado.

Un día se dio cuenta de que llevaba una semana sin salir del apartamento. Pensándolo en abstracto, le habría gustado salir. Pero no había nadie más que pudiera vigilar a Crane. No había imaginado que duraría tanto. Cuando hubo terminado la botella de whisky encontró otra debajo del fregadero, escondida entre los productos de limpieza, como si fuera de contrabando. Procuraba no mezclarlo con las píldoras para dormir, por lo que solo bebía durante el día y tomaba las píldoras por la noche.

El día que descubrió la segunda botella fue el día que dejó de rezar. No por él. Habría seguido rezando felizmente y sin parar en contra de su voluntad, manteniéndolo vivo contra su voluntad. Pero ya no era capaz. Y seguiría siendo incapaz mientras él viviera. Como mucho, podría conseguir volver a rezar cuando él falleciera.

Después de eso resistió dos días. Entonces lo liberó.

Cuando la ambulancia y la policía se hubieron marchado, me quedé en el aparcamiento mirando el coche de Sophie, que había sobrevivido a otra generación de Wilders. Supuse que ahora pertenecía a Tom, igual que la casa. Probablemente vendería ambas cosas, pues me costaba imaginarlo utilizándolas. Pero de momento ambas estaban a mi disposición, y decidí darme otro paseo con el coche.

La carretera que iba al pueblo estaba tan bien señalizada que me pareció increíble que unas horas antes no la hubiera visto. Me pregunté qué habría cambiado si la hubiera cogido la primera vez. No sabía cuándo se había tomado Sophie las píldoras, cuándo se había caído de la cama. Probablemente todo se había decidido ya antes de que yo saliera de casa aquella mañana. Pero quizá podría haberla salvado de haber ido donde tenía previsto y haber regresado una hora antes.

En el pueblo compré productos de limpieza y comida suficiente para otra semana. No estaba seguro de cuánto tiempo esperaba la policía que me quedara, pero pasarían al menos unos cuantos días antes de que nadie en Nueva York se preguntara dónde estaba. Max y yo teníamos horarios diferentes, y de vez en cuando desaparecíamos sin dar explicaciones. En una de sus fiestas, alguien podría preguntarle por qué yo no estaba, y Max se encogería de hombros y diría: «¿Acaso soy yo el guardián de mi primo?». Yo no hablaba con mi madre más de una vez por semana, de modo que unos cuantos días sin tener noticias mías no era nada extraordinario. Podía desaparecer de mi vida; la verdad es que nadie se daría cuenta.

¿Quién se daría cuenta de la desaparición de Sophie? De nuestro encuentro con Tom en la calle se podía deducir que no había hablado mucho con él. La policía lo llamaría pronto, si es que no lo habían llamado ya. Luego él se lo contaría a su tía y a los demás, y empezarían los preparativos para el entierro. Pero en aquel momento era posible que fuera yo el único que lo sabía. De haber ocurrido antes de que ella apareciera en el piso de Gerhard, no sé a quién se le habría ocurrido decírmelo. Como mucho, me habrían incluido en una lista de correo electrónico que recibiría un mensaje de Tom anunciando la hora del funeral. O me encontraría por la calle con un antiguo compañero de clase que me preguntaría: «¿Te has enterado de lo de Sophie Wilder? ¿No estabais muy unidos?».

Pero había ocurrido así porque ella había venido a buscarme para despedirse. Todo ese tiempo que yo había estado pensando en ella, ella también había pensado en mí. Había querido para nosotros la misma vida que yo, aun cuando no creyera que

fuera posible. Mientras colocaba la comida en el armario de la cocina, imaginaba esa vida, y en cierto modo pensé que no era demasiado tarde para que nos salváramos el uno al otro. Llevé un cubo, una fregona y un frasco de jabón a la habitación de Sophie. Contemplar aquella medialuna rojo oscuro en el suelo me dejó extrañamente impasible, hasta que comencé a frotarla con la fregona. Lloré mientras el color se desvanecía, pero no dejé de frotar hasta que la mancha desapareció.

Cambié las sábanas de la cama de Sophie, donde pasé el resto del día.

Por la mañana, el detective Sutton llamó a mi móvil.

—¿Hay alguna novedad? —pregunté.

—No gran cosa —dijo—. Pero me gustaría volver a hablar con usted. Solo para hacerle unas cuantas preguntas más.

—De acuerdo.

—¿Dónde está ahora?

—En la casa.

—¿En la casa de la señorita O'Brien?

—Sí.

—¿Se ha mudado allí?

—Pensaba que quería que me quedara.

—Que no se alejara de la zona —dijo—. Que no saliera del país. Que estuviera localizable. No me refería a la casa.

—Lo siento, no lo entendí bien. Espero que no sea ningún problema.

—No, no —dijo—. Supongo que tiene derecho.

—Bueno, pues ahora estoy aquí.

—Muy bien. Perfecto. Tardaré una hora en llegar.

Nos sentamos en el porche y repasamos unas cuantas cosas. Me preguntó cuánto había pasado desde la última vez que vi a Sophie antes de esa semana. No estaba muy seguro.

Le hablé de la boda a la que habíamos asistido hacía más o menos un año. Yo había bailado con Sophie borracho, apretándola contra mí. «¿Eres feliz?», le susurré. No me contestó, pero noté que se ponía rígida. Bailamos hasta que terminó la canción. Luego sonó una más rápida, y todo el mundo salió a la pista y se puso a saltar formando grupos amorfos. La multitud nos absorbió y nos separó, y no volvimos a hablar en toda la noche. Yo seguí bebiendo. Al final convencí a una de las damas de honor —una amiga del instituto de la novia a la que no conocía y que nunca volví a ver— para que viniera a la habitación de mi hotel para meternos un poco de mano antes de quedarnos dormidos. Cuando desperté, apenas recordaba el incidente con Sophie. No había vuelto a pensar en él desde entonces.

—Así pues, ¿diría que fue más o menos hace un año? —preguntó Sutton, con una sonrisita.

—Lo siento —dije—. Este no es mi mejor día, y no estoy muy seguro de qué es relevante y qué no.

—Digamos que peca más por exceso que por defecto.

A continuación me preguntó lo mismo que ya me había preguntado antes. No parecía tener ningún enfoque nuevo; simplemente quería que lo repitiera todo.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté—. ¿Hay algo en particular que pretenda averiguar?

—La verdad es que no —dijo—. La causa de la muerte es sin duda una sobredosis. Sé que no le gustará oírlo, pero debo decirle que no es probable que se dictamine como muerte accidental. Había demasiadas píldoras en su organismo. Queríamos hacer un seguimiento, pues los tiempos podrían parecer sospechosos.

—¿Los tiempos?

—Hace más o menos un mes, la señorita O'Brien hizo algunos cambios importantes en su testamento.

No imaginaba que la gente de nuestra edad hiciera testamento, quizá porque yo no tenía nada que legar.

—Bueno —dije—, su marido la abandonó. Quizá eso le hizo reconsiderar algunas cosas.

—¿No le comentó nada del asunto? —preguntó. Con un gesto brusco señaló la puerta principal, como si me diera la bienvenida.

Te la dejo a ti.

—¿La casa?

—La casa —dijo—. Y un pequeño fondo para pagar su mantenimiento. Todo lo demás (todavía queda una buena cantidad de la herencia de sus padres y los derechos del libro que escribió) lo dividió entre su marido, unas cuantas iglesias, algo que denominó el Centro de Patologías del Habla de Manhattan y una mujer llamada Elizabeth O'Brien. La madre del marido, supongo.

—La tía.

—¿Y usted no sabía nada de esto?

—No me lo dijo. Es decir, no claramente. Me dijo que podía quedarme una temporada, que ya no iba a utilizar la casa. Pero no hablamos de testamentos ni nada parecido.

Eso pareció dejarlo satisfecho.

—Naturalmente, en cierto sentido todo queda bastante claro —dijo Sutton—. Si sabía lo que iba a hacer y no quería que las viejas propiedades familiares fueran a parar a su marido. Es un poco raro que fueran justo esas dos cosas. Hay una cartera de inversiones, que según los abogados vale más que la casa y el coche juntos, y gran parte de eso irá a parar a él. O sea, que no es que quisiera que el tipo se quedara sin nada.

—Sus padres están aquí —dije.

—¿Sus padres?

—Los fantasmas de sus padres. —Sabía que no era momento para frases como esa, así que intenté explicárselo con palabras racionales—. La casa y el coche fueron lo último que compartió con sus padres. Quería que se quedara con ellos alguien que los conservara, que los utilizara.

—Muy bien. ¿Tiene algo más que añadir?

—Sigo sin creer que lo hiciera a propósito.

—¿Por su religión?

—No se mandaría a sí misma al infierno.

Pareció considerar esas palabras no como un agente de la ley, sino como un hombre que habla con un muchacho confuso.

—A no ser que fuera al infierno de todos modos.

Esa conjetura hizo que se sintiera incómodo, y se levantó de la silla. Recorrió todo el porche antes de volverse hacia mí.

—¿Ayer por la noche tuvieron una riña o algo parecido? ¿Pudo ocurrir algo entre ustedes que precipitara algo así?

Les habría resultado bastante fácil comprobar que nos habíamos acostado juntos unas cuantas horas antes de que ella muriera.

—No —dije—. Lo que ocurrió, sea lo que sea, no tiene nada que ver conmigo.

Era cierto. Nunca había tenido nada que ver conmigo.

—Bueno, creo que eso es todo por ahora. Probablemente muy pronto cerraremos el caso, pero a lo mejor tendré que volver a hablar con usted. No hace falta que se quede, solo procure contestar al teléfono.

—Muy bien —dije—. ¿Y qué pasa con la casa?

—Eso no es cosa mía. El abogado que ejecute el testamento se pondrá en contacto con usted pronto. Todo eso lleva un poco de tiempo, pero suponiendo que el marido no intente impugnarlo, podrá formalizar pronto las cosas. Aparte de esto, no puedo decirle nada más.

Lo acompañé a su coche y lo vi alejarse. En cuanto desapareció, me quedé en la entrada, preguntándome qué hacer a continuación. Se había levantado viento, y sacudió la puerta mosquitera antes de que entrara en la casa, pasara sobre los tablones del suelo y subiera las escaleras.

Había poco trecho desde el pueblo hasta la carretera principal del sur. Pocos minutos después ya iba camino de Nueva York. No había conducido mucho por la autopista anteriormente, y me habría sentido aterrorizado de haberme parado a pensar. Pero sentía contra el coche la misma cólera de la que Sophie me había hablado; lo que me había dejado no era un regalo, sino una carga. ¿Qué esperaba que hiciera con él? Habría sido muy fácil renunciar al control del coche, quitar las manos del volante,

soltarlo para que fuera sin rumbo hacia la mediana y nos destruyera a él y a mí: destruyera toda la historia, puesto que solo quedaba yo para contarla. Lo que me impidió hacerlo no fue un gran deseo de sobrevivir, sino la sensación de que Sophie tenía un plan.

Aparqué a unas cuantas manzanas de Washington Square y fui andando hasta la casa de Gerhard. Tenía la sensación de haber estado fuera mucho tiempo. Imaginé una escena salida de un sueño o una fábula: la casa ocupada por desconocidos que me trataban como si fuera un intruso y me decían que llevaban años viviendo allí, pues ese era el tiempo que aquellos dos extraños primos llevaban desaparecidos. Pero entonces vi a Max bajando las escaleras con la maleta en la mano.

—El mismo don de la oportunidad que Groucho Marx —dijo cuando me vio junto a la puerta—. ¿Dónde coño te habías metido?

Al parecer se había dado cuenta de mi ausencia.

—Ha ocurrido algo terrible —le dije.

—No me jodas —contestó—. Papá ha vuelto a casa.

Max señaló el sofá, donde Gerhard estaba repantigado con la cabeza entre las manos. Hacía meses que no le veía.

—Bienvenido —le dije.

No reaccionó.

—Son unos niños malcriados —dijo, a nadie en particular—. Una pandilla de niños malcriados.

Entonces salió de la sala y entró en la cocina, y en su ausencia vi el acuario. Uno de los cristales estaba hecho añicos, y el agua y los peces habían desaparecido. Un trozo de la estructura de hierro forjado que debería haber sujetado el cristal que faltaba estaba doblado hacia la pecera. El daño no era producto de la casualidad; alguien lo había causado a propósito.

Max dejó la maleta en el suelo y se dirigió hacia las escaleras.

—Vamos, Charlie —dijo—. Necesito que me eches una mano.

—¿Qué cojones ha pasado? —le pregunté en la segunda planta.

—Es difícil estar seguro —contestó Max—. Ayer por la noche vinieron unos colegas. Nada del otro mundo. Hubo un altercado. Algo raro en esta gente, no hace falta que te lo diga. No suelen ser hombres de acción. Los mejores carecen de cualquier convicción, etcétera. Pero Rick Tanner arrojó a Jeff al interior de la pecera.

—Mierda.

—En aquel momento no parecía estar tan mal.

—La jodieron del todo.

—No voy a decir que la cosa tenga buena pinta, visto ahora. Te digo lo que nos pareció en aquel momento. Vas a tener que confiar en mí, pues tú no estabas presente. De todos modos, mi intención era arreglarlo todo por la mañana. Pero al parecer durante la noche el agua fue goteando hasta vaciar la pecera.

—¿Goteando? Pero si se la cargaron completamente.

—Lo que sin duda explica que perdiera agua. El problema es que a los peces no les va muy bien sin agua. Tampoco es un problema insuperable. Es decir, el problema del agua desde luego resultó insuperable para los peces. Quiero decir que el problema de los peces no tenía por qué haber sido insuperable para nosotros. Solo que Gerhard ha llegado esta mañana de alguna metrópolis del Benelux de sonido gutural.

A su manera, se lo estaba pasando bien. Tampoco es que hubiera deseado que ocurriera, pero le alegraba poder montar un buen numerito al menos.

—Max —dije.

—Lo sé, lo sé. —Me hizo seña de que me callara—. Y el regreso de Gottlieb ha ocurrido en un momento un tanto inverosímil. Todo lo que puedo decir es que así es como ha ocurrido. Cuando lo cuentes en tu próximo libro, puedes hacer las modificaciones que quieras para que resulte más verosímil.

—Max —dije otra vez, y esta vez calló—. En este momento no puedo hablar de esto.

—Desde luego que no —contestó Max—. Quiere que nos vayamos inmediatamente. Ha dicho que esos peces eran lo más importante de su vida. Le he dicho que si eso era cierto, debería haberlos visitado más a menudo. Y la cosa ha seguido como ya te puedes imaginar. Así pues: el mundo se abre ante nosotros. Mano a mano, con paso errante y despacio. Esta noche me dirijo a casa del *pater familias*. Hay sitio para ti, desde luego, aunque imagino que querrás ver a tu madre.

Mientras lo decía, me entraron muchas ganas de verla.

—Sophie ha muerto —le dije.

Entonces sucedió algo extraño. La máscara de Max se derrumbó, y quedó a la vista lo que había debajo de ella. La última vez que lo había visto había sido en la muerte de mi padre, y contemplarlo fue horroroso. Su actuación se basaba en su solidez, en la creencia de que nada podía penetrarla jamás. Por mucho que eso exasperara, también era un consuelo. Una vez que Max se derrumbaba, no había duda alguna de que la pérdida era real.

—¿Qué ha pasado?

—La verdad es que no estoy seguro —dije—. Murió mientras dormía.

—Lo siento —dijo Max—. Sé lo importante que era para ti.

—En los últimos años no habíamos estado muy unidos.

—Pues peor aún.

Casi todo lo que había en la casa pertenecía a Gerhard. Yo solo tenía que empaquetar la ropa y los libros. Metí lo que cabía en una maleta y dejé el resto. Dije que volvería en cuanto Gerhard se hubiera calmado, pero ya intuía que eso no ocurriría nunca. Podría haberle dicho que yo no estaba presente cuando ocurrió el percance, que de haber podido, habría procurado salvar a los peces. ¿Pero quién puede decir cómo habría actuado de haber estado allí?

Abajo, Gerhard seguía llorando delante del acuario. Ver así a aquel hombre que tan generoso había sido con nosotros en su ausencia desató toda la desesperación que tenía acumulada. Nos habían entregado algo hermoso, y solo nos habían pedido que lo cuidáramos. Por culpa de nuestra despreocupación todo se había echado a perder.

—Mañana comenzaré a buscar algún sitio —dijo Max cuando salimos—. Estoy seguro de que podemos encontrar algo igual de grande si buscamos en Brooklyn.

—Voy a dejar la ciudad una temporada —contesté.

—Muy bien —respondió al cabo de un momento—. Puede que Morgan se marche del loft de West Broadway, así que los muchachos buscarán a alguien que ocupe su lugar. Eso será una solución.

—No es mala idea.

Caminábamos por el extremo sur del parque.

—¿Quieres que te lleve a la zona alta? —pregunté.

—¿Vas a pagarme un taxi?

—Tengo el Jaguar de Sophie.

—Joder, Charlie. ¿Le robaste el coche?

—Me lo dejó.

Condujimos en silencio hasta el edificio de mi tío en el Upper West Side. Aparqué en doble fila y ayudé a descargar las maletas de Max.

—Puede que no nos veamos en una temporada.

—Irte de la ciudad te sentará bien —dijo—. A lo mejor vuelves a trabajar.

—Es posible.

—¿Sabes dónde vas a ir?

—Tengo algunas ideas.

—Charlie —me dijo—. Siento haber estropeado las cosas entre vosotros dos.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé. Y hace mucho tiempo que lo siento. —Su brazo me pilló por sorpresa—. Te quiero, Charlie.

—Yo también te quiero —dije. Seguimos abrazados mientras el portero entraba las maletas de Max en el vestíbulo.

Mientras atravesaba en coche Central Park de camino al apartamento de mi madre, recordé los fines de semana de mi infancia, cuando Max y yo y nuestros padres jugábamos un partidillo de baloncesto: dos contra dos. Max siempre fue un poco más grande, un poco más fuerte, y puesto que nuestros padres eran jugadores mediocres, él y mi tío siempre nos ganaban. A veces me sentía frustrado, y Max aflojaba en defensa o lanzaba de cualquier manera para no encestar. Eso me enfurecía aún más, porque yo quería derrotarle sin que me lo pusiera fácil. En algún momento, mientras nos hacíamos mayores, Max abandonó esa actitud protectora, sabiendo que yo la detestaba.

Hacía tiempo que no iba a visitar a mi madre. Me había propuesto hacerlo una vez al mes, pero no había pasado de la intención. En aquella época disponía de mucho tiempo libre, así que no tenía excusa. Daba por sentado que estaría en casa, aunque no tenía ni idea de cómo pasaba los días en aquel entonces. Entré en el apartamento y oí el televisor en su habitación. Estaba en la cama con un vaso de vino, mirando una de esas series de la policía científica en las que alguna estrella de cine en declive se pasa una hora mirando una muestra de semen bajo el microscopio.

—Hola, Charlie —dijo cuando me vio en la puerta—. Qué sorpresa más agradable.

No parecía especialmente complacida.

—Hola, mamá. Siento haberme presentado sin avisar.

Intenté decir algo más cuando se levantó de la cama y se acercó a mí, pero no me salieron las palabras.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Sophie se ha ido.

—¿Se ha ido? No sabía que hubiera vuelto.

—Quiero decir que ha muerto.

Mi madre me pasó las manos por el pelo, un gesto familiar desde mi infancia. Era algo que había hecho a menudo cuando mi padre agonizaba, y recordé lo fuera de lugar que me había parecido entonces, como si en aquel momento ella hubiera podido hacer algo a la altura de las circunstancias. Retiró las manos y me miró, tambaleándose y con los ojos húmedos.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días.

—Lo siento mucho.

Parecía desear que yo la liberara de sentir demasiada lástima por esa chica que solo recordaba a medias, que hacía años había dormido en casa unas cuantas veces.

—Ocurrió mientras dormía.

—¿Quieres que prepare un café?

Llegamos al vestíbulo y vio la maleta que yo había traído.

—¿Vas a quedarte una temporada?

—No —dije—. Me voy de la ciudad, y quería despedirme.

En cuanto nos hubimos sentado a la mesa de la cocina, con un café en la mano, me preguntó:

—¿Te ha afectado mucho?

—Me siento solo —dije.

—Yo también —dijo mi madre.

No sé por qué eso me sorprendió tanto. Era natural que una viuda, cuyo hijo único nunca la visitaba, se sintiera sola. Debería haber sabido que había alguien cuyo sufrimiento yo podía mitigar.

—Debería venir más a menudo.

—Se te hace cuesta arriba venir a esta casa —dijo—. Y tienes tu propia vida.
—Podría quedarme unos días. La verdad es que no tengo que irme enseguida.
—Tampoco importa mucho.

Tenía razón. Era demasiado tarde. Nos quedamos sentados, reconociendo con tristeza que la época en la que podríamos habernos consolado uno al otro había pasado, y que los dos habíamos fracasado hacía mucho tiempo.

—Nunca comprendí por qué no funcionaron las cosas entre vosotros —dijo—. Siempre me gustó Sophie.

—A mí también.

Pasamos casi toda la noche charlando, no de Sophie, sino de mi padre. Contamos historias de mi infancia, historias que cada uno llevaba consigo sin que jamás se nos hubiera ocurrido contárnoslas. Mi madre me relató historias de épocas anteriores, que yo nunca había oído, y que quizá solo ella sabía.

—Tu padre tenía un viejo cárdigan —me dijo—. Te arropaba con él y se pasaba horas sentado, leyendo mientras dormías.

Al comprender que ya no podíamos solucionar los problemas del otro, que ya no íbamos ni a intentarlo, nos sentimos más unidos de lo que lo habíamos estado en los últimos años. Al final de la noche la acompañé a su habitación. La dejé allí y pasé una última noche en el dormitorio de mi infancia.

A la mañana siguiente tardé más de lo que esperaba en salir de la ciudad por culpa del tráfico. Todavía inseguro al volante, observaba todas las señales atentamente y conducía con la permanente sensación de que me había pasado algún desvío. No podía dejar de pensar que llevaba demasiado rato en la carretera. Pero por fin llegó la salida, y tras cruzar el pueblo llegué a la casa. Sabía que todavía no me pertenecía, y quizá ese momento no llegara nunca si Tom decidía poner dificultades. Pero mientras tanto, sabía que nadie me impediría quedarme allí.

Permanecí en la entrada de los coches con la mano sobre el capó, sintiendo el calor que emanaba. La casa me esperaba delante. En lugar de entrar, la rodeé por detrás. Pasé junto a la piscina y llegué al cobertizo. El candado estaba abierto. Debía de llevar años así, o quizá Sophie lo habría dejado abierto en uno de sus últimos actos. Dentro había un pequeño escritorio de madera, y encima dos cuadernos marmolados, de los que utilizábamos en la universidad. También había una lámpara y una mesa. Debajo de la silla se amontonaban más cuadernos, y había un segundo montón de carpetas de papel manila, quizá media docena, todas ellas numeradas. También había algunos libros, ninguno de los cuales me resultaba familiar. Por lo demás, la habitación estaba desnuda. El sol matinal que entraba por la pequeña ventana ovalada iluminaba el polvo que yo había levantado al entrar. Me senté en aquel cuartito que Sophie y su padre habían construido con sus propias manos.

Y cuando ya era demasiado tarde para salvar a nadie, ni siquiera a mí mismo, me

puse a escribir.

Crane aceptó las píldoras de dos en dos. Su cara no pareció reconocer que Sophie estaba cumpliendo su deseo. Si sentía algo, quizá era resentimiento por que ella tuviera o no el poder de concedérselo. Dejó escapar una serie de breves eructos mientras se tragaba las píldoras, pero eso fue todo. Sophie no estaba segura de cuántas serían necesarias, de manera que le fue dando hasta que él dejó de abrir la boca. Entonces Sophie dejó el frasco y esperó.

La respiración de Crane dio paso a unas boqueadas breves y desesperadas. En los intervalos quedaba completamente inmóvil. Y cada respiración parecía, en el momento siguiente, haber sido la última. Cada vez pasaba más tiempo entre boqueada y boqueada. Cada vez que Sophie pensaba que el alma se había marchado, esta luchaba para volver a proclamar su existencia. Ella ya sabía que había cometido un terrible error —lo sabía incluso mientras lo hacía—, pero ahora ya no había manera de volver atrás.

Y entonces todo acabó.

Sophie no veía ninguna diferencia entre esa nueva quietud y las que la habían precedido, de manera que se quedó esperando un largo rato antes de asegurarse de que no volvía a boquear. Nunca había visto morir a alguien. Antes había dos personas en la habitación, y ahora estaba sola. Era extraño cómo había ocurrido: la vida no se había desgarrado violentamente del cuerpo, sino que la materia y el espíritu se habían separado lentamente.

Durante los años posteriores al fallecimiento de sus padres, Sophie había soñado con muertes violentas. Veía el accidente mientras ocurría. Estaba dentro del coche con ellos. No es que se lo imaginara, sino que lo presenciaba; creía verlo tal como había ocurrido. Su padre había tomado un par de copas, no más, y el calor de la bebida lo había impulsado a apartar una mano del volante y ponerla en la rodilla de su mujer. No iba muy de prisa, o al menos no de manera irresponsable. Entonces ocurría algo que le hacía perder el control del coche, y el coche se salía de la carretera, y daban rápidas vueltas de campana hacia dos gruesos olmos.

En algunos sueños era su propia presencia en el coche lo que provocaba el accidente. Su padre se daba cuenta de que ella lo estaba mirando, y apartaba la mirada de la carretera para volverse y preguntarle algo. Sophie era como el ángel de la muerte. Estaba en el coche por lo que tenía que ocurrir a continuación. Su padre apartaba la otra mano del volante para satisfacer alguna necesidad de Sophie. Ella

permanecía con ellos mientras el coche se salía de la carretera, mientras daba vueltas de campana, incluso hasta el momento en que chocaba contra el primer árbol. Pero entonces era expulsada. Había una línea que no deseaba cruzar. Nunca había visto la muerte de sus padres.

Las manos de Bill estaban entrelazadas y colocadas sobre el pecho como si las hubieran posado siguiendo el modelo habitual. Si alguien hubiera querido asegurarle a Sophie que le había dado la paz, le habría dicho que se lo imaginara tal como estaba entonces. Pero eso no significaba nada. ¿Qué era ese cuerpo ahora? ¿Por qué se podía decir que estaba en paz? ¿De quién eran esas manos sosegadas? Lo que quedaba de él había pasado al mundo invisible. Crane no encontraría descanso.

Sophie se arrodilló junto a la masa de carne que Bill Crane había abandonado e intentó rezar otra vez, como si el final de su presencia sufriente en el mundo hubiera eliminado cualquier barrera que la separara de la oración. Pero incluso ahora era incapaz de hablar. Lo que la había mantenido en silencio aquellos días no había sido solo el sufrimiento de Crane. Su fe no se había visto afectada, pero se sentía fuera de la atención de Dios. Había invadido Su dominio: el lugar donde se prolongaba o se eliminaba la vida. Podría haber rezado por el alma de Crane, pero también era demasiado tarde para eso. Había muerto sin arrepentirse, y ahora no había manera de interceder por él. Podría haber rezado para pedir perdón, pero también para eso era demasiado tarde. Había sabido lo que hacía en el momento de hacerlo. Si ahora Crane la sorprendiera con otra boqueada, si esa muda quietud que había delante de ella recobrara la vida y siguiera existiendo, Sophie seguiría administrándole píldoras. *¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre?*

Cualquiera que los hubiera visto en ese momento habría comprendido la imagen: un hombre que acaba de abandonar este mundo y su hija llorando a su lado. En las últimas semanas había dicho a tantas personas que era su hija que comenzaba a creer que en cierto modo era verdad. Pero no confundía el significado de sus lágrimas. No lloraba por él. La pérdida que sentía era de algo completamente distinto.

En cuanto vio que no podía rezar, se fue a la otra habitación a llamar al hospital de enfermos terminales, como si Bill pudiera oír que anunciaba su muerte.

—Soy Sophie Crane —dijo—. Mi padre acaba de morir.

El hombre que contestó al teléfono le dijo que esperara mientras comprobaba el nombre.

—Usted canceló el servicio —dijo cuando volvió a ponerse.

—Sí —dijo Sophie.

—Lo siento, pero no podemos hacer nada por usted. Podemos darle el número de teléfono de una empresa de pompas fúnebres del barrio.

—Se lo agradecería.

—No está afiliada a ninguna religión, así que tanto da la que su familia practique.

En cuanto los empleados de la funeraria dijeron que se ponían en camino, a Sophie se le ocurrió por primera vez que podía estar metida en un lío. Si se hacía la

autopsia o se investigaba podrían descubrir lo que había hecho. Volvió al dormitorio y se llevó todos los frascos de píldoras que había en el suelo. Los metió en el bolso, que estaba cerca de la cama.

Pero los empleados de pompas fúnebres no le hicieron ninguna pregunta, ni siquiera la de cuál había sido la causa de la muerte. No era tan viejo, pero había estado muy enfermo, y no había nada extraordinario en que falleciera. Ahora que había pasado a mejor vida, el trabajo de aquellos hombres consistía en encargarse de los restos. Eran cuatro, y todos llevaban colores oscuros y mostraban esa cara plácida y compasiva de los profesionales de la muerte. Se los imaginó de guardia una hora antes, jugando a cartas o fumando inquietos mientras esperaban que los llamaran. Sophie les enseñó primero el cadáver, y a continuación uno de los hombres la llevó de vuelta a la sala mientras los demás se encargaban de lo que tuvieran que hacer.

—¿Su padre había dispuesto lo que quería que se hiciera con los restos? — preguntó.

—No estoy segura —contestó Sophie—. No hablamos de ello.

—¿Hay alguien en la familia que pueda saberlo?

—No se lo dijo a nadie más.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que habría preferido?

Ya tenía lo que quería.

—No creo que le importara mucho —dijo Sophie—. No era una persona religiosa; no creo que deseara ningún funeral. Supongo que habría que incinerarlo.

—No tiene que tomar ninguna decisión ahora, si él no dejó instrucciones. Debería hablarlo con la familia.

Mientras hablaban, los otros hombres salieron del dormitorio con una camilla plegable. Sobre ella había lo que parecía una bolsa para trajes de gran tamaño, negra, con una larga cremallera que iba de arriba abajo. El primer hombre seguía hablando, como para distraerla. Sophie quería decirle que no hacía falta; Bill Crane no estaba en esa bolsa.

—Procure descansar un poco —dijo el hombre—. Podemos hablar por la mañana.

El hombre le entregó su tarjeta y siguió a los demás hacia el vestíbulo, donde se prepararon para bajar la carga por las escaleras. Sophie cerró la puerta. Volvía a estar sola.

En el caso de sus padres, Sophie no tuvo que preocuparse por los detalles, aunque su muerte hubiera sido tan inesperada. Su padre había dejado en su escritorio una serie de papeles que especificaban todo lo que había que hacer, de manera que no tuvo que decidir nada. Fue como seguir un guion, por lo que aquellos primeros días su único trabajo fue atenerse a las indicaciones.

Solo mucho más tarde pensó en lo extraño que era todo aquello. Los demás simplemente lo consideraban una prueba de la diligencia de su padre, de su

consideración. Pero pocas personas conocían su atribulado carácter. Habría sido bastante fácil conseguirlo: tan solo habría tenido que girar el volante medio centímetro. En sus peores pesadillas, veía a su madre gritándole que parara, que volviera a la carretera, que no se la llevara consigo. Una vez imaginada, aquella visión nunca desapareció. A la luz de ella, todos aquellos preparativos para su muerte, la manera en que todo estaba ya dispuesto, adquirirían un significado aterrador. Incluso la compra del coche nuevo, el hecho de dejarle el Jaguar a ella, significaba algo terrible. *¿Por qué me recibieron las rodillas? ¿Y a qué los pechos para que mamase?*

En el cementerio, sus padres estaban enterrados uno al lado del otro, y Sophie quedó impresionada al ver la cantidad de tierra que habían extraído para colocarlos. En vida no habían sido muy grandes, habían sido personas frágiles, y pensó: *No hará falta todo eso para que quepan en la tierra; no quiero que estén tan lejos.* Con el paso de los años, era cada vez menos capaz de evocar los detalles necesarios para que estuvieran presentes en su vida, y culpaba a toda esa tierra. Los habían enterrado a demasiada profundidad.

Después del funeral, en cuanto ya no había ningún guion que seguir y tuvo que volver a improvisar su propia vida, Sophie dejó de sentirse real. Ya no sabía qué papel interpretar. Ni siquiera entonces su padre la había dejado sola; estaba el abogado, un viejo amigo de la familia llamado Harvey Green, que seguía administrando las propiedades y cuidaba de la Casa Parroquial, que había permanecido vacía todos esos años.

En ese momento sentía unas ganas enormes de volver, de estar en aquella casa. Conocía cada rincón de aquel extraño lugar, mejor que ningún otro lugar del mundo. Y el lugar la conocía a ella mejor que ningún ser viviente. El verano pronto terminaría; en el ventoso otoño la Casa Parroquial ofrecía su cara más hermosa, más llena de espíritus. Recordó el poema de Rilke: *No hará casa aquel que ahora no la tenga, el que ahora está solo lo estará siempre.*

Pero todavía quedaban cosas por hacer.

Tom había llamado unas cuantas veces desde su marcha. Como ella no había cogido el teléfono, había ido dejando mensajes que Sophie no había contestado. Decía que solo quería hablar, como si fueran viejos amigos que se ponen al día de su vida. Ella no comprendía por qué seguía llamándola si no deseaba volver. ¿De qué tenían que hablar? Entonces se le ocurrió que quizá intentaba averiguar cuánto había descubierto ella en los días que había pasado con Crane, qué sabía ahora. Pero no pensaba decírselo.

Tom cogió el teléfono después de un solo pitido y parecía receloso.

—Tu padre ha muerto —dijo ella con brusquedad—. Ha ocurrido hace unas horas.

—Vaya.

—El hombre de la funeraria dijo que debía hablar con la familia para decidir qué hacer con el cadáver.

—Yo no soy su familia —dijo Tom.

—Es posible —contestó Sophie—. Pero eres la mía.

Él se quedó un momento callado.

—¿Estabas con él?

—Sí —dijo Sophie—. Desde que te marchaste.

—Lo siento, Sophie.

—No tienes por qué sentir nada. Habría estado con él de todos modos.

—Me refiero a que siento lo nuestro.

—¿Vas a volver? —preguntó ella.

—No —dijo Tom—. No creo que vuelva.

—Entonces no me digas que lo sientes.

Sophie no tenía ningún interés especial en ponerle las cosas fáciles. Tampoco eran fáciles para ella.

—¿Puedes darme el nombre del lugar donde lo han llevado?

—No pasa nada —dijo Sophie—. Sé que quieres mantenerte al margen. Simplemente me ha parecido que tenía que decírtelo.

—No —dijo Tom—. Debería encargarme yo. No es cosa tuya. Debería haberme encargado desde el principio.

No sabía muy bien cómo tomarse que Tom se encargara del asunto. Le parecía que era demasiado pronto para romper su relación con Crane cuando, de una manera u otra, nunca escaparía de las consecuencias de lo que había hecho. Viviría con eso el resto de su vida. Quizá todo lo que había ocurrido era inevitable. Crane había vivido como un fantasma y se había ido como un fantasma. Tanto daba ahora lo mucho o poco que se preocuparan por su restos.

—Quiero pedirte algo —dijo Sophie después de darle el número. Al llamarle no pensaba que tuviera nada que pedirle—. Quiero que te encargues del apartamento. De nuestras cosas. Haz lo que quieras con ellas. Me voy de la ciudad por un tiempo.

—¿Te vas a Connecticut? —preguntó.

—Eso creo.

—¿Cuándo te marchas?

—Supongo que dentro de un par de días.

—A lo mejor podemos charlar antes de que te vayas.

—No estoy segura de que tengamos nada de que hablar.

Mientras hablaba por teléfono Sophie había entrado en la cocina, y tras colgar se sirvió una copa. Se la llevó a la sala y se sentó en el sofá, hundiéndose de agotamiento. Quedaba una cosa por hacer, algo que se le había pasado varias veces por la cabeza en los últimos días, aunque no había sido capaz de hacerlo. Recogió las carpetas y sacó las que todavía no había leído.

Las repasó rápidamente, sin detenerse hasta que encontró lo que buscaba, algo

que sabía que estaría ahí. En la tercera carpeta que miraba se topó con un breve del *New York Observer* que anunciaba la firma del contrato en el que ella vendía los derechos de su colección de relatos junto con los de una novela todavía no escrita. El siguiente recorte había aparecido meses más tarde, cuando comenzaba a hablarse del libro ya publicado. Todas las reseñas, buenas o malas, todas las entrevistas impresas, estaban en la carpeta. Encontró el anuncio de una lectura que había dado en una librería del Soho. Qué poco habría desentonado Crane entre los extraños ancianos que asistían a esas lecturas. En cuanto vio que Tom no estaba presente —alguna urgencia le había retenido en el trabajo—, seguramente se le acercó y le pidió que le firmara un ejemplar del libro. Imaginó que podría encontrar ese ejemplar firmado en alguna estantería del apartamento. Todo aquello podría haberla incomodado, pero no fue así. Le gustaba pensar que la hubiera estado vigilando.

El último recorte de la carpeta era el anuncio de su boda, del periódico local de Connecticut. En la foto que lo acompañaba aparecían ella y Tom delante de la Casa Parroquial. Después de ese recorte ya no había más. Había más carpetas, pero no se molestó en mirarlas. Puesto que no había escrito ningún otro libro, ya no se había publicado nada más sobre ella.

Si no se marchaba entonces, quedaría atrapada allí para siempre. Nada la retenía ni un instante más, solo que estaba demasiado cansada para moverse. Miró a su alrededor mientras se acababa la copa. No había duda de que era un apartamento sórdido. No era pequeño, para ser Nueva York, ni siquiera estaba sucio, pues ella lo había limpiado. Pero tenía el aspecto de haber estado habitado durante años por un hombre al que su propia vida no le importaba. El mundo estaba lleno de personas así, y Sophie estaba a punto de convertirse en una de ellas.

El libro de Charlie estaba sobre la mesa, delante de ella. Si lo llamaba, aceptaría volver con ella sin pensárselo dos veces. Lo dejaría todo, incluso después de los años transcurridos. Sophie no sabía dónde vivía, ni cómo le iba, pero sería fácil averiguarlo. Probablemente no les costaría mucho volver a su vida de antaño. Era un poco presuntuoso pensar eso, pero sabía que no se equivocaba. Al igual que sabía que no quería volver a esa antigua vida, no más de lo que deseaba la que tenía ahora. Cogió el libro y lo sostuvo en la mano.

No dejaba de mirar la cubierta, esa pareja joven que se separaba en la nieve. No era una imagen especialmente evocadora; no debería haberla afectado de ese modo, pero lo hizo. Quitó la sobrecubierta y la tiró al suelo. Se quedó mirando la cubierta roja que había debajo, donde solo figuraba el nombre de Charlie y el título del libro. Había algo hermoso e intemporal en un libro de tapa dura sin la funda, un libro que solo se podía conocer leyéndolo. Lo primero que había hecho cuando tuvo su propio libro entre las manos fue quitar la sobrecubierta y ver qué aspecto tenía.

Cuando se levantó del sofá, se llevó el libro al dormitorio y lo recogió con el resto de sus cosas. Se lo llevaría allí donde se dirigiera. Vio las píldoras en la bolsa. Debería haberlas tirado, pero también se las llevó. En la bolsa también había los otros

libros que había traído de su apartamento. La idea que había albergado aquellos primeros días, la de convencer a Bill para que hiciera una confesión que cambiara su vida, ahora le parecía risible. Él había dominado la situación en todo momento. Había sabido desde el principio lo que quería de ella, y lo había conseguido. Y no le había importado la situación en que ella quedara tras su muerte. El hecho de arrastrarla con él al infierno puede que incluso le proporcionara un placer añadido.

Las sábanas de la cama de hospital en la que había dormido Crane estaban amarillas del sudor y todavía conservaban el hedor de sus últimos días. Sophie creía que le repugnarían, pero aquella cama parecía atraerla, como si pudiera darle a ella el descanso final que le había proporcionado a él. Se subió y se tapó con las sábanas. A pesar del olor y de la sensación pegajosa de las sábanas sucias contra su piel, se obligó a quedarse. Le costó mucho no pensar en las píldoras que llevaba en la bolsa. Unirse a Bill Crane allí donde estuviera sería de lo más fácil. *Pues ahora estaría yo muerto, y reposaría; dormiría y entonces tendría descanso.*

Tras haber decidido lo que iba a hacer, Sophie se movió con ligereza. Si se desviaba lo más mínimo de ese nuevo rumbo nunca conseguiría su meta. Llevó la bolsa a la sala y metió en ella todas las carpetas. A continuación salió del apartamento sin cerrar con llave. Allí ya no quedaba nada de valor para nadie.

Al regresar al mundo, se dio cuenta del aspecto que debía de tener. Llevaba días sin ducharse ni cambiarse de ropa. Llevaba una camiseta vieja sin sujetador. El pelo, que había llevado corto toda la vida, le crecía ahora de cualquier manera. Probablemente incluso antes de meterse en la cama de Crane ya olía un poco; ahora, desde luego, olía más. Cualquiera que la conociera, al verla en ese estado, pensaría que se había vuelto loca, que finalmente se había convertido en ese ser salvaje que desde el principio todos pensaban que sería.

En el tren hacia la zona alta, los demás pasajeros se apartaban de ella, lo que le producía cierta satisfacción. Se imaginó que se encontraba con Tom. Habría sido típico de él ir al apartamento poco después de su charla; cuando le encargaban una tarea, la cumplía con diligencia. La perspectiva de encontrarse con él en su viejo barrio le dejaba por completo indiferente. No le avergonzaba su aspecto; había alcanzado el estado adecuado de humildad. Deseaba encontrarse una cucaracha por la calle, para que la gente viera cómo la cogía y se la comía, igual que Juan Bautista se había alimentado de langostas; pero en el breve trayecto del metro al garaje no encontró a Tom ni ningún bicho.

—O'Brien —le dijo al empleado del aparcamiento—. Es el Jaguar del 218.

Casi nunca sacaba el coche, y el empleado no la conocía. Pensó que a lo mejor habría alguna complicación, con aquella pinta. Pero no la hubo. El hombre desapareció por la rampa y a los pocos minutos subía con el coche y le entregaba las llaves. Sophie le dio unos cuantos dólares de propina, los últimos que tenía a mano.

Habían pasado meses desde que condujo por última vez, cuando había ido a Nueva Jersey para el cumpleaños de Beth. Sintió la tentación de ir a verla, comentarle la decisión que había tomado. Sentía curiosidad por saber qué pensaría. Pero el peligro más grande era desviarse del camino. Tenía que seguir adelante. Había hecho el viaje tantas veces en su vida que no le costó a pesar del agotamiento, a pesar del hambre que a mitad de camino le provocó un mareo. Condujo con las ventanillas bajadas —apenas soportaba su propio olor—, y el viento la mantuvo atenta y despierta.

Nada más aparcar delante de la Casa Parroquial, sintió un gran alivio al comprobar que seguía allí, como si pudiera haberse derrumbado en su ausencia. Harvey se encargaba de todo, y había asistentes y jardineros que mantenían el lugar a punto por si había alguna visita. Y se le ocurrió entrar, aunque solo fuera para ducharse y cambiarse antes de continuar hacia la siguiente etapa del camino. Pero decidió presentarse tal como estaba: una mendicante, ensuciada por el mundo. Dejó la bolsa en el maletero, con los frascos de las píldoras y el libro de Charlie dentro. Lamentó darse cuenta de que ya nunca lo leería, pero eso no tenía remedio. Charlie tendría que encontrar otro público, otra alma para la que escribir.

Había ocho kilómetros, el último de los cuales era cuesta arriba, y tardó dos horas en llegar. De vez en cuando se detenía junto a la carretera y se apoyaba contra un poste para descansar. En una de esas paradas, un caballo que había estado paciando se le acercó y la hoció con curiosidad. No tenía nada que darle al animal, pero le ofreció unos golpecitos amistosos debajo de los ojos. Cuando llegó al lugar donde la carretera se empinaba, pensó que quizá no podría seguir. Pero continuó. Tomó el camino de tierra. Su viaje casi había terminado. Al caminar levantaba polvo, que se le pegaba a la piel sudorosa.

Su aspecto era casi cómico. Pero no importaba. Lo sabía, porque preveía lo que iba a pasar, casi todo. Iba a ofrecerse a ellas. Ellas la lavarían, la cambiarían y la dejarían descansar. Por la mañana comenzarían los preparativos. Y cuando llegara el momento, le dejarían traspasar las puertas, y nunca volvería a salir. Iba a ser perdonada. Daría la vida por ello.

Y tendría que ser la obra de una vida: hasta la última página no podía saber si había sido redimida.

AGRADECIMIENTOS

No creo que pueda expresar lo que significa tener una editorial tan comprometida como Tin House Books. Tony Perez es un editor experto y sensible. La inteligencia y el entusiasmo de Nanci McCloskey son más de lo que merezco. Meg Storey no puede imaginar lo que significó su respuesta a mi obra. Hace años, Helen Schulman me presentó a la familia de Tin House, en la que Rob Spillman y Elissa Schappell me aceptaron; doy gracias de poder considerarlos a todos mis amigos. Y quiero dar las gracias a Win McCormack por hacer que todo eso fuera posible.

Hubo momentos en que Sarah Burnes creyó en *Qué fue de Sophie Wilder* más que yo. No es solo una agente pertinaz, sino una lectora brillante y una persona extraordinaria. Jamás dejó una llamada ni un e-mail sin contestar, ni siquiera en momentos difíciles. Mi reconocimiento a ella, a Logan Garrison y a todo el personal de la Gernert Company es tan inagotable como el esfuerzo que ellos hicieron por mí. También fue Sarah quien puso el título a este libro, dicho sea de paso.

He tenido la suerte de contar con grandes amigos, y quiero darles las gracias a todos. Y quiero dar las gracias en especial a aquellos que leyeron este manuscrito o me ayudaron a terminarlo de otra manera: Bret Asbury, Millicent Bennett, Brian DeLeeuw, Jim Fuerst, Macy Halford, Dane Huckelbridge, Alexis Rudisill, Benjamin Taylor y Moira Weigel. Las Twin Keys me mantuvieron en la senda de la sinceridad.

Gracias a todo el personal de *Harper's Magazine*.

Gran parte de este libro fue concebido mientras hacía compañía a Mimi Escott en sus últimos meses de vida. No solo me concedió su permiso, sino que me alentó a servirme del tiempo que pasamos juntos para cualquier cosa que mi imaginación considerara idónea. Fue un regalo que no me debía, y es muy poca cosa comparado con el regalo de haberla conocido durante veintisiete años. Pienso en ella cada día, y seguiré haciéndolo mientras conserve la facultad de pensar. Quiero expresar mi agradecimiento a ella, a Sanny Beha y a todos los Escott, Ganse y Radloff.

Por último, y sobre todo, ni este libro ni su autor habrían sobrevivido sin el amor y el apoyo de Jim (*mon semblable, mon frère!*) y Alyson Beha, Mary Alice y Len Teti, ni de mis padres, Jim y Nancy Beha, a quienes dedico este libro con orgullo. Mis seis sobrinos nunca dejan de asombrarme, y los dos que se añadirán a ese cómputo para cuando este libro vea la luz del día son una inspiración. Vosotros me habéis salvado, y os quiero a todos.



CHRISTOPHER R. BEHA es escritor y periodista. Es colaborador habitual de *Harper's Magazine* y ha publicado artículos y reseñas en *The New York Times*, *The London Review of Books*, *The Believer* y *Bookforum*, entre otros medios. Es autor de la novela *Qué fue de Sophie Wilder* (2012) y del libro de memorias *The Whole Five Feet* (2010). Ha editado junto a Joyce Carol Oates la *Ecco Anthology of Contemporary American Short Fiction* (2008).

Notas

[1] Del poema de Robert Frost «Stars». (*N. del T.*) <<

[2] En inglés, *pills* (pastillas) es muy parecido fonéticamente a Bill. (N. del T.) <<

[3] En inglés, *Kill me.* (N. del T.) <<